

IVÁN RÁMILA

España y los enigmas nazis

La historia
secreta
jamás
contada



ESPAÑA Y LOS ENIGMAS NAZIS

La historia secreta jamás contada

IVÁN RÁMILA

Espejo de Tinta

Colección: Historia Apócrifa

Director de colección: Lorenzo Fernández Bueno

© Iván Rámila

© Espejo de Tinta, S. L., 2006

Diseño de cubierta: Manuel García y Nieves Barco

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico o de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

EDICIONES ESPEJO DE TINTA
C/ General Arrando, 40 B – 28010 Madrid
Teléfono: 91 700 00 41
e-mail: editorial@espejodetinta.es
www.espejodetinta.es

ISBN: 84-96280-87-X
Depósito Legal: M-42.752-2006

Printed in Spain - Impreso en España

AGRADECIMIENTOS

Es difícil seleccionar nombres cuando alguien como yo tiene tanto que agradecer a las personas que me rodean. Pero en una lista siempre hay un comienzo y ésta deben encabezarla mi familia. A mis padres y hermana les debo mi existencia y los valores que han sido mi guía en todo momento.

Se me hace difícil separar la amistad de la familia porque muchas veces no sabes dónde comienza una y dónde acaba la otra cuando se tiene buena gente cerca de ti y se vive lejos de los que te vieron crecer. Mi más sincero agradecimiento a Marimar, Romina, Sonia, Elisa, Andrea, Nayra y Dani. Siete personas a las que admiro profundamente y que me han enseñado un camino que llevaba largo tiempo buscando. Mi más profunda gratitud.

No me olvido —cómo hacerlo— de Jordi, Peio y Alberto, tres buenas personas —creo que es el mayor elogio que se puede hacer a alguien en el mundo actual—. Siempre me entendieron, y reconozco que no es fácil en ocasiones. Sin ellos nada de todo esto hubiera sido posible.

Más saludos para mi entrañable amigo Lorenzo Fernández, la primera persona que apostó por esta investigación y que desde su dirección en la revista *Enigmas* guió mi camino en las publicaciones desde el inicio. Agradecimientos también para Espejo de Tinta, con la que espero seguir colaborando mucho tiempo.

Y reservo para el final mi agradecimiento a usted lector, que ha decidido leer estas páginas. Discúlpeme por no saber su nombre, pero sepa que desde el comienzo usted ha sido el verdadero motivo que me impulsó a escribir este ensayo. En un mundo que tiende a la frialdad, aún existen lazos invisibles de unión. Los libros son buenos ejemplos.

Y para finalizar, y a modo de cajón de sastre, agradecimientos de corazón a todos los que creyeron en mí porque me dieron moral y a los que no sabían nada de este proyecto y lo conocen en estos instantes porque me aportan ánimos para futuras investigaciones.

A todos... gracias.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9	
CAPÍTULO I. HITLER Y FRANCO, ALIADOS		
EN LA PAZ Y EN LA GUERRA	15	
Dos dictadores, dos personalidades	15	
Las verdaderas pretensiones de Alemania y España ...	21	
España, la pieza codiciada del Reich	29	
La ayuda de Hitler a Franco	34	
La ayuda de Franco a Hitler	41	
¿Por qué España no luchó en la II Guerra Mundial? ...	50	
CAPÍTULO II. HISTORIA MÁGICA DE LA II GUERRA		
MUNDIAL	55	
Las raíces esotéricas del nacionalsocialismo	57	
La Ahnenerbe y la búsqueda de reliquias	66	
Símbolos de terror para un Reich inmortal	76	
Franco busca sus fuentes de poder	81	
El esoterismo en guerra	88	
CAPÍTULO III. ARMAS PARA EL DOMINIO MUNDIAL .		93
Sueños de dominación	94	
Alemania se rearma	98	
Superioridad y debilidad del ejército alemán	102	
Las armas ultrasecretas nazis	106	
La promesa de las <i>wunder waffen</i>	111	
España y la carrera nuclear	115	
CAPÍTULO IV. LA BATALLA DE LA INTELIGENCIA ...		123
La complejidad del espionaje europeo	124	

Mentiras, alianzas y buenas intenciones	131
Madrid, base de operaciones	140
Grandes misiones de la II Guerra Mundial	144
El Vaticano y la Santa Alianza	150
CAPÍTULO V. EXPOLIO Y SAQUEO DE LAS	
COLECCIONES ARTÍSTICAS EUROPEAS	157
Asalto al coleccionismo europeo	158
El destino conocido del arte expoliado	163
Otros probables destinos del tesoro nazi	170
La participación española en el expolio	175
La política de restitución	182
El saqueo personal de Franco	185
CAPÍTULO VI. LA HISTORIA DEL ORO NAZI	
La importancia del oro en la guerra	189
El horror de los campos de exterminio	194
El robo a los bancos centrales	200
El verdadero paradero del oro nazi	206
La política de restitución	212
El oro nazi en España	219
CAPÍTULO VII. LOS REFUGIOS DEL NAZISMO	
El hundimiento	228
La política vaticana ante el nazismo	232
El «pasillo vaticano»	237
El paraíso argentino	245
ODESSA	252
España, cobijo de nazis	255
¿Qué sucedió con los nazis huidos?	263
EPÍLOGO	273
BIBLIOGRAFÍA	281

PRÓLOGO

El 28 de mayo de 2006, el papa Benedicto XVI viajó a la tierra natal de su predecesor en el cargo, Polonia. Fue una estancia cargada de simbolismo. No sólo por elegir este país como recuerdo a Juan Pablo II, sino también por los lugares que visitó. Joseph Ratzinger, del que los medios de comunicación desvelaron su pasado en las juventudes hitlerianas, entró por tercera vez en el antiguo campo de concentración de Auschwitz-Birkenau, el mayor de los construidos por el Reich.

Auschwitz ha quedado grabado en el inconsciente colectivo como el símbolo del horror. Pocas son las personas que conocen realmente los terribles episodios que vivieron sus prisioneros, pero mencionar el nombre del campo evoca inmediatamente maldad y desesperación.

Y fue precisamente allí, en una tarde ventosa, donde el Papa lanzó al aire la siguiente pregunta: «¿Por qué, Señor, has tolerado esto?»

En esas palabras quedaba resumido el sentimiento de una época en que la oscuridad de adueñó de Europa y

amenazó con extenderse más allá de sus fronteras. Quizá Dios no tuviera nada que ver con el ascenso del nazismo. El mismo Benedicto XVI dio en la clave cuando afirmó que el pueblo alemán fue engañado «por un grupo de criminales que logró el poder mediante promesas mentirosas, que hablaban de un futuro de grandeza, de recuperación del honor de la nación y de su importancia, con promesas de bienestar y también con la fuerza del terror y la intimidación, de forma que nuestro pueblo fue utilizado como instrumento de sus manías de destrucción y dominio».

Sus palabras resumieron a la perfección el ascenso del nacionalsocialismo al poder. Pero detrás de ese apoyo popular hubo mucho más. Por sí solo el nazismo no hubiera podido subsistir y extenderse en la forma como lo hizo. Sí, cierto es que Benedicto XVI se declaró consternado no sólo como alemán, sino también «como cristiano». Así debe ser, al menos por la escasa energía con la que Pío XII luchó a cara descubierta contra Hitler o por la ayuda vaticana que recibieron los criminales de guerra para huir a lugares seguros tras la victoria aliada, o por el caso omiso que se hizo desde Roma al resto de religiones perseguidas.

Realmente aquellos fueron años terribles. Al igual que una sombra, el nazismo fue engullendo poco a poco las repúblicas y democracias convirtiendo a sus gobiernos en títeres de Berlín. Con sus primeras victorias, el Reich de los mil años parecía ser una realidad. Los países aún libres observaban atemorizados el avance de las tropas alemanas acercándose a sus fronteras, con la angustia y la incertidumbre de no saber si también ellos sucumbirían a un ejército que parecía invencible.

La Historia nos ha demostrado que no lo era, pero aún persisten muchas incógnitas por desvelar, y muchas de ellas guardan relación con España. De ahí el sentido de este libro.

Mucho antes de que estallara la II Guerra Mundial, Alemania mostró un interés particular por el territorio español convirtiéndose en un importante socio político y comercial. Con el paso de las décadas, la relación y la confianza mutua se fortaleció de tal manera, que el sublevado Francisco Franco no tuvo reparos en solicitar la ayuda de Hitler, cara al golpe de estado que desembocaría en la guerra civil de 1936.

Los aviones, ametralladoras, barcos, pertrechos, municiones... pedidos por escrito llegaron puntualmente y, gracias a ello, Franco acabó venciendo. Desde ese instante el franquismo y el nazismo caminarían de la mano en muchas cuestiones.

Hablar de esas relaciones es mi pretensión. De la importancia que España desempeñó para la supervivencia del III Reich, no sólo durante la guerra, sino también tras su final ofreciendo refugio a los criminales escapados de la justicia aliada.

Esa afinidad ideológica se dejó sentir en el comercio, convirtiéndose Alemania en el principal socio español; en el espionaje, permitiendo España que los agentes de inteligencia nazis operaran desde suelo nacional sin trabas; en la investigación armamentística, trayendo a la Península científicos huidos tras la derrota para que consiguieran el despegue de la industria aeronáutica española; en la compra del oro nazi; en el saqueo a las obras de arte europeas...

De todos estos episodios, y de muchos más, se habla en las siguientes páginas. A medida que usted vaya leyéndolas advertirá la gran cantidad de historias y anécdotas que ocurrieron en aquellos años cruciales. Descubrirá a intrépidos espías españoles trabajando al servicio del MI6 y a otros en la nómina de la Abwehr; a contrabandistas de arte robado operando desde San Sebastián o Madrid; via-

jará en los trenes que trajeron el oro nazi cruzando las estaciones de Hendaya o Canfranc; compartirá las penalidades de los encerrados en los campos de exterminio; acompañará a criminales como Eichmann o Mengele en su huida del Reich con ayuda española y vaticana; asistirá al inicio de la carrera nuclear en España con científicos alemanes; observará a Franco acumulando reliquias que le dieran fuerza en su gobierno y a Hitler ordenando la búsqueda del Arca de la Alianza o del Santo Grial.

Pero antes de dar paso a la primera de estas historias me gustaría hacer una breve mención al esquema del libro. Cada uno de los capítulos se compone de una breve presentación introductoria, a excepción del primero, que ya actúa por sí mismo como una introducción a todo el ensayo al hablar de las personalidades de Franco y Hitler y los motivos ocultos que les sirvieron como guía.

Acto seguido irán apareciendo diferentes apartados que siempre se cerrarán con uno dedicado específicamente a España. Ello no significa que antes no se hable de ella, simplemente es una manera de centrar el cometido del libro en esas líneas porque, como observará, la sombra española está presente en casi todas las páginas.

Y a modo de final, un epílogo sorpresa en el que se analiza el misterio en torno a las fechas de la muerte de los dos dictadores.

Pido disculpas por no haber incluido todos los nombres y los datos relativos a cada una de las historias mencionadas. Sé que los historiadores podrán considerar mi trabajo incompleto. Créanme que es imposible llevarlo a cabo de esa forma. Son tantas las anotaciones, tan voluminosa la bibliografía disponible... que no perder un solo nombre o fecha convertiría esta escritura en tarea de una vida.

Discúlpennme también porque reconozco no haber sido imparcial en el uso de adjetivos. ¿Cómo serlo cuando se habla del Holocausto, del perdón que algunas naciones aliadas dieron a asesinos nazis a cambio de su colaboración, del desprecio con el que Franco trató a los trabajadores españoles en el Reich e incluso a los propios miembros de la División Azul?

Ya sólo me resta desear que disfruten con esta lectura y advertirles que he desechado muchas teorías por carecer del fundamento suficiente para ser introducidas en un libro de Historia. Aun así, aparecerán otros relatos que les puedan parecer fantásticos, pero créanme cuando les digo que si están aquí es por contar con datos consistentes que avalan su posibilidad real.

A modo de apunte final, sólo un consejo. Cuando hayan acabado el libro no busquen culpables únicos, no analicen aquellos años en blanco y negro, porque como también dijo Benedicto XVI en su visita a Polonia, «nos equivocamos si pretendemos ser jueces de Dios y de la Historia».

En San Sebastián a 10 de octubre de 2006

Capítulo I

HITLER Y FRANCO, ALIADOS EN LA PAZ Y EN LA GUERRA

Dos dictadores, dos personalidades

A Hitler y a Franco les separaron en su nacimiento tres años y ocho meses. El primero llegó al mundo al noroeste de Viena, entre el Danubio y la frontera de Bohemia-Moravia, un 20 de abril de 1889. Franco hacía lo propio el 4 de diciembre de 1892 en la localidad gallega de El Ferrol.

Ambos vivieron, por tanto, la misma época y estuvieron influenciados por acontecimientos políticos comunes. No sería lo único que compartirían en su vida.

Desde muy jóvenes se creyeron dotados de una personalidad inigualable, personas a las que el destino les tenía reservado un papel especial. Hay que reconocer que no se equivocaron en sus premoniciones. Distinto es que esa «misión» les llegara de una providencia divina como creía Franco o del espíritu de los ancestros, como aseguró Hitler en más de una ocasión.

Pero las coincidencias llegan cuando se estudian sus vidas por completo, porque nada hacía presagiar que los dos personajes acabarían configurando la historia del siglo xx y de los venideros.

Hasta la muerte de su madre, Adolf Hitler vivió constantemente arropado por el amor materno, no así por el paterno encarnado en la figura de Alois, un funcionario serio, inteligente y trabajador, al que los mimos de su mujer, Klara Pölzl, hacia el niño le parecían excesivos. Puede que lo fueran, pero la muerte de tres hijos anteriores al poco de nacer hizo volcar todas sus esperanzas y cariño en Adolf, que creció rodeado de caprichos y consentimientos.

De haberla conocido, quizá Francisco Franco envidiara esa vida, aunque tampoco él sintió jamás el desasosiego de la privación. Hijo de un funcionario naval llamado Nicolás y de Pilar Bahamonde, desde niño sintió la atracción del mar, en parte porque toda su familia procedía de marinos y porque se crió en El Ferrol, puerto español por excelencia.

Lo que sí tuvo siempre claro fue su vocación de militar. Siguiendo la llamada de las armas, el 13 de octubre de 1907 se le ordenaba cadete en el Alcázar de Toledo tras jurar fidelidad al Rey y a la bandera. Tenía quince años.

Mientras, en Viena un adolescente enfermaba y se dedicaba, con el consentimiento familiar, a una vida contemplativa. Adolf se levantaba muy entrada la mañana, paseaba por la tarde y a la noche asistía a la ópera, leía o dibujaba planos de lo que él consideraba sería la ciudad ideal.

En su cabeza permanecía el sueño de ser arquitecto. «La ambición de mi juventud era estudiar arquitectura y creo que si no me hubiera acaparado la política, no hubiera practicado ninguna otra profesión», anotó en su autobiografía escrita en 1921.

Ese sueño nunca se haría realidad. Desilusionado por no haber sido aceptado en la escuela de Bellas Artes, Hitler se entregó a una existencia bohemia como pintor de postales, malviviendo en pensiones, apenas comiendo y gastando todos sus ingresos en libros y entradas para la ópera. En esas veladas conoció a su único amigo de aquella época, August Kubizek, hijo de tapicero y apasionado de la música.

Sí parece que Franco contó con más amigos durante su instrucción militar. Lo importante es que esos años forjaron el carácter de ambos personajes. Hitler se caracterizó por ser un niño despierto, alegre, travieso, que actuaba como cabecilla frente a sus compañeros de colegio, pero al que la muerte de su hermano, víctima del sarampión, le transformó en un ser de once años sombrío, apático y soberbio. Jamás volvería a ser el de antes.

A medida que crecía, su personalidad se tornó más oscura. Sus condiscípulos lo describen como un mal estudiante que se abstraía de todo para refugiarse en un mundo interior al que nadie más tenía acceso. Sus profesores lo recuerdan como un muchacho «intolerante, pendenciero, obstinado, arrogante y de mal genio. Reaccionaba con hostilidad oculta y enfermiza a los consejos y reproches; al mismo tiempo, exigía de sus compañeros un ciego servilismo, enorgulliciéndose de su papel de jefe». Había surgido el futuro Führer del III Reich.

Durante la II Guerra Mundial, los generales del Estado Mayor alemán no entendieron nunca la negativa que recibían de Hitler a sus consejos tácticos. Su líder no atendía a razones, e incluso si se le llevaba la contraria estallaba en ataques de ira que le llevaban a tirarse al suelo y a patalear. El futuro se unía al pasado.

Más equilibrada pareció ser la personalidad de Franco. En lo que adolecía uno, destacaba el otro. Si en algo se

recuerda a Hitler es en el poder de su mirada, en la fuerza de sus palabras, en la manera que tenía de cautivar a sus auditorios. Era una personalidad carismática, capaz de sostener la atención de miles de personas durante horas y conseguir que aflorara en ellos los sentimientos que buscaba despertar. Por ese motivo fue designado tras la I Guerra Mundial instructor de reeducación mental para los soldados alemanes que llegaban de las prisiones rusas, y en estos factores se basó su meteórico ascenso en la política.

Nada que ver con Francisco Franco. Su cuerpo era tan menudo que en la academia se pensó en darle un mosquetón en lugar del pesado fusil reglamentario. El dilema se solucionó asignándole un arma a medida. Carecía de oratoria y mostraba una gran artificialidad en el trato con sus allegados. También adolecía de una formación política que intentó disimular con el culto a su personalidad. Realmente no era una persona convincente, pero sí poseía una mirada intimidatoria que lo unía nuevamente a su homólogo alemán. Eso, y su carácter manipulador, engañando al pueblo sobre el peligro comunista, enquistando el miedo en la sociedad para someterla a sus designios.

Durante los mítines de su época de orador, Hitler sabía cómo crear el ambiente adecuado a sus intereses. Le gustaba que acudieran muchos enemigos para provocarles y que su discurso acabara con una pelea multitudinaria. Aludía al paro, a la cuestión judía, a la miseria cotidiana... sólo para excitar a la masa. Mezclaba verdad con falsedad si así conseguía lograr el objetivo buscado. Sus mismos libros están plagados de mentiras y argucias. En ellos se asigna el papel de víctima, de luchador, de hombre que se hizo a sí mismo sin la ayuda familiar. Todo falso. Como Rasputín mucho antes que él, Hitler no pasó de ser un provinciano hasta su entrada en política.

Existe un informe médico realizado durante la Gran Guerra al soldado Adolf Hitler en el que se le califica como «mentalmente insano». No fue el único de este tipo. En 1943 el Servicio Secreto norteamericano (OSS), precursor de la CIA, solicitó al psicoanalista Walter Langer la confección de un estudio que detallara la personalidad del Führer. El resultado fue un dossier de 255 páginas llamado «La mente de Hitler», en el que se le describe como un «neurótico» que sufrirá un deterioro mental progresivo hasta el punto de alejarle de la realidad.

Sus últimos días de vida en el búnker de la Cancillería coinciden con lo anotado. Hitler murió en sus ensoñaciones de grandeza, con ataques de ira cada vez más frecuentes, un desprecio total por la vida de sus propios soldados, y la confianza en que la providencia o un golpe de suerte modificaría el signo de la guerra, ya ganada por los aliados.

Ante cuestiones tan importantes como un contraataque o el inicio de una ofensiva, Hitler callaba bajo la mirada de sus generales esperando un signo que le mostrara el camino a tomar.

En España se vivieron situaciones similares. Pero no era la providencia quien debía ayudar al «caudillo», sino Dios. Se han recogido varios momentos en los que Franco solicitó esa intercesión divina. La primera se produjo ante la llamada desesperada del general Mola informando de que los sublevados carecían de armas. Al colgar el teléfono, Franco solicitó la presencia del capellán y tras rezar durante una hora, el mercante *Mar Cantábrico* era capturado con las bodegas repletas de armamento originariamente para la República.

Como éste, se conocen otros tres momentos semejantes: la exigencia alemana de que entrara en la II Guerra Mundial con el Eje, el miedo a que la caída del Reich lleva-

ra a España al caos, y la posibilidad de que se rompieran las negociaciones con Estados Unidos. En todos ellos actuó siempre de la misma forma: llamada al capellán y petición de que le expusiera al Santísimo.

El escritor Luis de Galinsoga llegó a decir que «la vida de Franco ha sido conducida por el dedo de Dios». Por Él, o por la *baraka*, esa creencia de los marroquíes en una especie de suerte que acompaña a ciertas personas durante su vida.

De existir, a Franco le acompañó hasta su muerte. Ya en África recibió heridas mortales que no lo fueron en su caso, sobrevivió a intentos de asesinato, e incluso esquivó la muerte gracias a casualidades fortuitas.

Estos episodios recuerdan al cadete Hitler de la I Guerra Mundial, cuando su arrojo le llevaba a ofrecerse voluntario en las misiones más audaces y difíciles para el cuerpo de enlaces al que pertenecía. Su regimiento combatió en las batallas más duras, padeciendo un 60 por ciento de bajas, pero Hitler sólo terminó herido levemente en el rostro a pesar de que una granada británica estalló a su lado, o por la metralla en una pierna mientras un millón de personas morían en los combates del Somme.

La fortuna volvió a ponerse de su lado en los numerosos atentados que sufrió ya en el poder. El más grave, la explosión de un maletín dentro de la «Guarida del Lobo» el 20 de julio de 1944. Tres generales murieron y el resto resultó herido. Hitler salió del refugio con los tímpanos reventados y heridas en las piernas, pero consciente y vivo. Ya el 13 de marzo de 1943 se había intentado algo parecido al introducir una bomba en el avión que le llevaba a Rastenberg. Todo estaba controlado menos el intenso frío que provocó la rotura de la mecha y la inutilización del detonador.

Los dos dictadores no se acobardaron ante estos hechos. Ambos pasaron por ser personas valerosas. Hitler ganó la Cruz de Hierro de segunda clase, la Cruz del Mérito Militar de tercera clase con espadas, el diploma del regimiento, la Cruz de Hierro de primera clase, la Cinta Negra y la Medalla al Servicio Militar de tercera clase por sus méritos en combate. Franco fue condecorado en tres ocasiones con la Cruz del Mérito Militar y su nombre aparecía mencionado constantemente en la orden del día durante la guerra de Marruecos.

A Franco esos méritos le sirvieron para convertirse en el capitán de menor edad del ejército español y posteriormente en el general más joven de Europa desde Napoleón. A Hitler no le sirvieron para ascender. Su carácter excéntrico y malhumorado, así como sus discursos nacionalistas y antisionistas con los que aburría a los superiores y camaradas de armas, desaconsejaban cualquier tipo de promoción.

Tenemos, así, a dos hombres complejos. Semejantes en su arrojo, egolatría, creencia en una fuerza superior y en el desprecio por el pueblo. Dos almas destinadas a estar unidas pese a sus diferentes visiones de la religión y la política europeas.

Las verdaderas pretensiones de Alemania y España

Para comprender la forma en la que actuaron dos personalidades tan controvertidas como Hitler y Franco, se hace imprescindible averiguar los motivos que se esconden tras su toma de decisiones respectivas. ¿Por qué quiso Franco involucrarse en la guerra? ¿Por qué buscó Hitler con tanto ahínco la confrontación bélica? ¿Qué pautas, o marcos de actuación, tenían ambos personajes?

En el caso de Hitler es irrefutable afirmar que sin su locura conquistadora el mundo no se hubiera visto abocado a una guerra tan destructiva como la II Guerra Mundial. Desde luego no fue el único motivo del conflicto; sus raíces deben buscarse en el final de la Gran Guerra y en las fuertes sanciones que se impusieron a la Alemania derrotada. A la postre, la vergüenza y la humillación con la que se trató a un pueblo tan orgulloso como el alemán provocaron el auge de los radicalismos que intentaron recuperar el orgullo perdido.

Precisamente éste fue uno de los argumentos esgrimidos por Hitler para justificar su sed de expansión y el rearme que tenía prohibido realizar. Y el mundo le creyó, en gran medida porque las conciencias de los vencedores reconocían el exceso con el que habían actuado.

Con ese discurso Hitler logró grandes éxitos en política exterior, la mayor parte en sus primeros cinco años de gobierno (1933-1938). En aquel tiempo el resto de países confiaba en sus palabras. Creyeron de verdad que Hitler buscaba conciliar el sistema de Versalles con sus propios objetivos declarados, creyeron que pararía a sus ejércitos en cuanto se le devolvieran las tierras arrebatadas y creyeron, por último, que todo lo hacía por buscar la paz definitiva.

Sólo cuando Hitler abandonó la retórica y se lanzó a la conquista por la conquista percibieron la inmensa trampa en la que habían caído y de la que sólo podía escaparse de una forma: declarando la guerra.

Hasta entonces, ningún dirigente tomó en serio al joven político. Le consideraron alguien ordinario y no pensaron jamás que realmente fuera capaz de derribar el orden establecido a pesar de que lo anunciara con bastante frecuencia. Esa falta de visión sirvió para ocultar la verdadera naturaleza de Hitler.

Incluso cuando Alemania retomó Renania, se anexionó Austria y avanzó hacia los Sudetes, seguía hablando de paz. Esa combinación de agresividad y buenas maneras desconcertó a las potencias europeas. Francia e Inglaterra se planteaban muchas interrogantes: ¿Era Hitler un hombre sincero? ¿Podía confiarse en él para lograr la paz? Por otra parte, los dilemas morales les impedían tomar una decisión. ¿Tenían el derecho de poner en peligro las vidas de sus soldados para defender una situación claramente discriminatoria para Alemania, o era mejor atacar ahora que aún se encontraba en inferioridad militar?

La Historia ha dado respuesta a cada una de estas preguntas, pero en 1936 Hitler supo aprovechar la incertidumbre creada.

Hoy, con la perspectiva que da el paso del tiempo, sabemos cuáles eran sus verdaderos motivos, las estrellas que le guiaron en el camino a su propia destrucción.

Ante todo, Hitler deseaba una Alemania grande, no entendida como una economía sólida sino como un superestado, un imperio germano que aglutinara territorios entonces pertenecientes a Austria, Checoslovaquia, Rusia y Polonia, a semejanza del ya desaparecido Imperio austro-húngaro.

En su imaginación soñaba con una alianza germano-británica que supusiera el fin de los Habsburgo y el sometimiento de Francia. A cambio, estaba dispuesto a ceder sus posesiones en África y no incentivar el desarrollo de la marina en beneficio de Gran Bretaña.

Desde sus inicios en el ruedo político luchó por difundir su doctrina personal, apropiada en buena medida de las ideas de Schoenerer. Hitler proponía la unión de todos los alemanes, nuevas tierras en las que expandir su raza y donde sólo tendrían cabida aquellos que pudieran demos-

trar la pureza de su sangre, trabajo para todos los ciudadanos con igualdad de derechos y deberes, expulsión de los no alemanes, fortalecimiento de la clase media y mejoras en las pensiones, remilitarización, el fin de los judíos, mejora de la sanidad, reformas en la prensa...

De este ideario, las medidas de carácter social desaparecieron en cuanto accedió a la Cancillería. Las reformas en la prensa se transformaron en el cierre de los periódicos no nazis, la mejora en la sanidad sólo la vieron los ciudadanos arios y nunca hubo igualdad en derechos y deberes. En cambio, los judíos sí fueron expulsados y exterminados, sí se implantó la obligatoriedad de demostrar la pureza de la sangre, se agrandó el territorio nacional y se incentivó el rearme hasta límites jamás vistos.

Hitler sabía combinar la ilusión con la realidad para contentar al populacho y ganar los votos necesarios para realizar sus verdaderas pretensiones.

El mundo se asombró cuando estas medidas se fueron implantando. Bastaba con que los dirigentes hubieran leído el *Mein Kampf* (Mi lucha) para saber que tales disposiciones iban a ser una realidad.

Tiempo habían tenido para ello. El libro comenzó a escribirlo en la prisión de Landsberg tras el fallido golpe de Estado fraguado en la cervecería Bürgerbräukeller en noviembre de 1923. Fue una estancia tan agradable y llena de lujos que el propio Hitler la definiría como «un año de Universidad becado por el Gobierno».

El director de la cárcel le habilitó una celda con estanterías para libros, una mesa de trabajo y una máquina de escribir. Su secretario fue el eficiente y servicial Rudolf Hess, y con esos elementos el libro, que se ideó como una autobiografía, terminó convirtiéndose en la mejor muestra del ideario nazi.

En sus páginas, Hitler alternó momentos de su vida con pensamientos propios, habló del odio a lo judío, de la puñalada por la espalda, de la necesidad de expansión alemana, del fin de la República y de la conquista del mundo.

Su ideario descansaba sobre tres puntos cardinales: acabar con las imposiciones del Tratado de Versalles, expandir el Reich a todos los rincones donde hubiera alemanes y conquistar nuevas tierras para asentar a los excedentes de la población alemana utilizando a los campesinos como nuevos colonos. Cuesta creer que los líderes mundial le dejaran ascender a lo más alto habiendo tenido la oportunidad de saber lo que su mente albergaba con la suficiente antelación. Y no fue por falta de divulgación del libro.

Con Hitler como canciller, todos los recién casados recibían como regalo un ejemplar del *Mein Kampf*, lo que le daba a su autor 300.000 marcos anuales en concepto de derechos de autor. Y muchos más cuando se tradujo al inglés, italiano, ruso, sueco, japonés, portugués, español... entre 1933 y 1939.

Menos ostensibles fueron los motivos por los que Franco pensó en luchar junto al Eje y entablar relaciones económicas. Es indudable que el dictador tenía una necesidad urgente de dinero. La Guerra Civil había devastado el país y agotado los recursos propios. La ayuda alemana no fue gratuita y el pago de la deuda exigía incentivar la colaboración con el Reich, por lo que todo fueron buenas maneras hacia ellos.

Tres días después de la declaración de guerra, el 4 de septiembre de 1939, el dictador español promulgó un decreto por el que España pasaba a desempeñar el papel de neutral. Pesaba mucho la afinidad ideológica de ambos estadistas, pero también influyeron otros factores. Sectores cercanos a Franco vieron en el conflicto una oportunidad

para agrandar las expansiones territoriales españolas que pudieran originar un nuevo imperio. En concreto se pensaba en Gibraltar, el Norte de África y el Rosellón francés, e incluso en las zonas vírgenes a partir de Río de Oro y el golfo de Guinea.

Los dos requisitos imprescindibles para conseguirlo eran ayudar al Eje y que Alemania resultara vencedora. Las rápidas victorias iniciales con el sometimiento de Francia, Bélgica, Holanda, Noruega, Austria, Checoslovaquia... hicieron ver factible tal posibilidad.

Además, se sabía del interés de Hitler por la Península Ibérica debido a su posición estratégica entre el Mediterráneo y Atlántico y a los ingentes recursos minerales que sus tierras atesoraban. Parecía que bastaba con sugerir la intención de apoyarle para que cediese ante las pretensiones españolas. No iba a ser así.

Realmente la situación del país tras la Guerra Civil desaconsejaba la entrada en un nuevo conflicto bélico, pero la tentación superó a la razón. No sólo por los territorios que podrían adquirirse, sino por la humillación que sufrirían Francia e Inglaterra al ser derrotadas y por las envidias que despertaba el imperio africano de la Italia de Mussolini.

Con estas miras, el 12 de junio de 1940 España pasó a ser un estado no beligerante, lo que en la práctica significaba esperar el momento oportuno para entrar en guerra. Se ocupó militarmente Tánger y se celebró la entrada de los nazis en París.

Auspiciado por el clima de euforia, Franco pronunció un discurso el 17 de julio ante el Consejo Nacional de FET y de las JONS en el palacio de Oriente donde desgranó sus ansias expansionistas. «Es preciso hacer una Nación y forjar un imperio», dijo, «de aquella época inicial de la Unidad

nos queda como un deber y como misión de un pueblo, el mandato de Gibraltar, la expansión africana. No estamos ausentes de los problemas del mundo. No han prescrito nuestros derechos ni nuestras ambiciones; la España que tejió y dio vida a un continente se encuentra ya con pulso y virilidad. Tiene la sangre de 500.000 muertos por la Unidad de la Patria y por la grandeza de su destino, y tiene dos millones de soldados dispuestos a enfrentarse con quien sea para respaldar los derechos de España.»

Un día después, el Führer concedía a Franco la Gran Cruz del Orden del Águila Alemana en oro, máxima condecoración del país a un no alemán. Comenzaron a realizarse reuniones para negociar el apoyo de España a través de Serrano Súñer.

Más adelante se relatarán minuciosamente esos encuentros. Por ahora baste decir que España pedía como pago, además del reparto territorial descrito, un préstamo de 20 millones de marcos, 200 carros de combate, 100 cañones de 155 mm, 40 aviones Junker 88, gasolina, algodón, trigo...

Las exigencias fueron tan grandes que Hitler cerró los encuentros. Él buscaba la entrada en la guerra de los españoles de forma inmediata, y Franco no paraba de negociar y dar evasivas. Incluso se le amenazó con utilizar los 60.000 soldados desplazados en Francia para invadir la Península, pero tampoco eso surtió efecto.

España no entró en liza y con ello se esfumaron los sueños territoriales. Desde entonces Franco seguiría una política confusa para sus aliados y enemigos, pero tremendamente lógica para el país: se acercaría al bando que llevara la iniciativa en cada momento del conflicto.

Hasta 1942 los contactos con Alemania no cesaron de producirse, pero cuando el curso de la guerra viró en redondo, su política giró hacia el lado aliado. La situación

cambió de tal forma que el gobierno recibió órdenes de acallar los apoyos dados al ejército alemán. Entre las medidas que se adoptaron estuvo la de retirar la nacionalidad española a los nuevos combatientes que quisieran alistarse en la División Azul o renegar de los españoles que habían muerto defendiendo a Hitler en el búnker donde se suicidó. «Es absolutamente falsa la noticia de la existencia de españoles participando con el ejército alemán en la batalla de Berlín. Si algún español pudiera encontrarse, como combatiente, en cualquiera de los ejércitos beligerantes, lo haría por su libre albedrío y bajo su exclusiva responsabilidad, a espaldas y en contra de la voluntad neutral del gobierno de España», se decía en un comunicado emitido por ese gobierno de España. Si unos meses antes se alentaba a la incorporación en las filas de la División Azul, ahora se renegaba de ella.

Lo que nunca cesó fue el contacto comercial con Alemania. De hecho, España apoyó a los nazis huidos y se convirtió en terreno abonado para la instalación de las empresas y de los bienes sacados del Reich, antes de que Estados Unidos y Rusia se hicieran con ellos. Pero esas medidas no fueron simplemente por afinidad ideológica con el Partido Nacionalsocialista, más bien por la propia necesidad del país de recibir a científicos y empresarios que alentaran el crecimiento militar, económico y social de una España en crisis.

Así, si Hitler actuó en base a lo descrito en su *Mein Kampf*, Franco lo hizo según requería la situación concreta. Nunca tuvo unas guías precisas, un marco general de actuación. Sólo aprovechar el momento y navegar con el viento que mejor soplara.

España, la pieza codiciada del Reich

Mucho se ha escrito sobre las relaciones económicas entre España y Alemania durante la década de los treinta y de los cuarenta. Si bien es cierto que fue en aquellos años cuando la relación bilateral se intensificó, hasta el punto de poder hablarse de aliados más que de socios, no es menos cierto que aquella colaboración mutua tuvo unos inicios anteriores al período prebélico.

Debemos remontarnos a junio de 1925 y seguir la llegada a España de un joven oficial, futuro jefe de los espías de Hitler, llamado Wilhelm Canaris. La misión que se le había encomendado pasaba por entablar conversaciones con la Marina española para que se permitiera a Alemania construir submarinos en sus astilleros.

Los Tratados de Versalles, firmados tras la derrota en la Gran Guerra, les prohibía tal construcción, pero los alemanes sabían que la independencia de su país exigía disponer de un armamento propio y actualizado, por lo que a escondidas se aprobó un tímido programa de rearme.

Los japoneses fueron tanteados por disponer de puertos bien pertrechados y alejados de Europa, pero Inglaterra supo enseguida de los planes secretos alemanes y se optó por buscar la colaboración de España. Canaris era la elección perfecta por su dominio del castellano. Había residido con anterioridad en Madrid y mantenía excelentes contactos con políticos y empresarios.

Nada más recalar en la capital concertó una cita con el industrial y banquero Horacio Echevarrieta, «el hombre más rico de España» y excelentemente situado en las altas esferas del poder. Canaris le expuso la situación ofreciéndole la entrega de dinero y submarinos para la Armada española a cambio del consentimiento político.

Echevarrieta visitó a las personas oportunas y el plan de Canarias fue excelentemente acogido en un país ansioso por disponer de una industria armamentística propia. Para España esa colaboración significaba el nacimiento de una nueva orientación financiera y despojarse para siempre de su dependencia del capital inglés que tanto abominaba en aquellos años. El propio monarca Alfonso XIII estuvo siempre al tanto de las negociaciones y nunca puso objeciones o emitió reproche alguno.

Fue tan sólo un punto de inicio. Canarias sentó los cimientos de lo que sería una cooperación duradera con el Estado español. Se firmaron acuerdos con la policía secreta y con los servicios de inteligencia y contraespionaje, se concretó la instrucción de pilotos alemanes que volarían junto a los españoles para adquirir experiencia de combate sofocando conjuntamente la rebelión de Marruecos. Por cierto, que en aquella guerra se utilizaron bombas de gas tóxico de fabricación alemana en el más estricto secreto saltándose las prohibiciones internacionales sobre su uso y fabricación.

España comenzaba a ser relevante para Alemania al ser una de las pocas naciones que le abría sus puertas a los negocios. Desde entonces el flujo comercial no paró de crecer: se estableció una línea aérea española de forma conjunta con la Lufthansa, se abrieron bancos con capital compartido, se prosiguió con la venta de armamento y tecnología punta...

Cuando Hitler llegó al poder en 1933 las relaciones seguían su curso, pero la situación había cambiado. Buena parte de la sociedad española comenzaba a criticar los modos de actuación nazis y el país viraba hacia una izquierda que se oponía plenamente a los intereses alemanes.

Aun así, Hitler decidió intensificar los contactos con España porque su mente ya se preparaba para la guerra y, en ella, la Península tendría una importancia capital. Especialmente relevante era el puerto de Gibraltar, llave de entrada al Mediterráneo. Gran Bretaña basaba su poderío imperial en la dominación de este mar. Si Alemania poseía Gibraltar, toda posesión inglesa interior sería indefendible al no tener un puerto desde el que recibir suministros. Hitler y sus generales lo sabían bien y la cuestión fue tan crucial que se convirtió en la piedra de toque en las negociaciones sobre la entrada de España en la guerra.

Pero en el comienzo de los años treinta esa posibilidad no podía ni entreeverse para los políticos españoles. Basta con saber de momento que Hitler ya había puesto sus ojos en España. Más tarde se desgranarán con detalle las conversaciones que se mantuvieron para decidir la incorporación al Eje y los motivos por los que se frustró tal posibilidad.

El estallido de la Guerra Civil facilitó mucho más las cosas para Hitler. Como años más tarde le sucedería a Franco, el Führer tuvo que decidir en ese instante si ayudar a los sublevados o mantenerse al margen del conflicto. Sobre esa decisión pesaban muchas consideraciones. Como acertadamente se ha dicho en muchos libros, lo que España vivió en aquellos tres años terribles fue un ensayo de lo que más tarde llegaría con la II Guerra Mundial. Rusia y Francia apostaron claramente por el bando republicano, mientras que Italia ya había mostrado su preferencia por el nacional. Alemania no podía permitir que sus enemigos europeos dominaran la estratégica Península Ibérica y no vaciló en prestar ayuda al bando franquista. De hecho, enseguida se comentará también cómo sin la ayuda alemana las aspiraciones de Franco hubieran quedado simplemente en eso, en aspiraciones.

Además de la razón puramente geográfica, Hitler también se alió con los nacionales por otros motivos. Primeramente por minar la influencia francesa e inglesa en la Península. Cuando Franco solicitó ayuda al gobierno alemán pidiéndole el envío de aviones, ametralladoras, municiones... los diplomáticos de Berlín respondieron negativamente por no prever ningún beneficio y sí muchas complicaciones internacionales.

Sin embargo, Hitler dio una respuesta afirmativa. Europa estaba inmersa en ese instante en una doble confrontación entre democracia-totalitarismo y fascismo-antifascismo. España fue el primer país en escenificar este choque. En Franco vio un fiel aliado contra el avance comunista, algo que el Führer odiaba profundamente, y era un hecho que Francia estaba ayudando a los republicanos españoles. El peligro de un gobierno profrancés se mostraba como real y eso debía ser evitado.

Hitler también valoró afirmativamente la petición de Franco porque veía a España como un campo de pruebas para su armamento y las nuevas tácticas de combate que serían utilizadas en la gran guerra que se avecinaba. El 26 de abril de 1937, Gernika se convirtió en perfecto ejemplo de cómo Franco se plegó a los deseos de Hitler, convirtiéndose en el primer lugar donde una población civil indefensa sufría el ataque de las bombas.

Y todo sin olvidar la cuestión económica. Una nación tan rica en yacimientos minerales y dispuesta a pagar por la tecnología alemana no podía ser menospreciada.

Con estas cábalas en mente, el 18 de noviembre de 1936 el III Reich y la Italia de Mussolini reconocieron oficialmente al régimen de Franco como gobierno legítimo del país. A esa declaración le siguieron diversos protocolos de colaboración económica por los que España enviaría

materias primas a cambio de divisas y la ayuda que recibiera Franco de Alemania se saldaría al término de la contienda.

El envío de armamento, militares, víveres, pertrechos, aviones, tanques... llevó a Franco a la victoria y desde entonces la colaboración entre los dos estadistas se intensificó profundamente. De forma progresiva la economía española iba vinculándose a los intereses germanos. Se calcula que durante el período 1939-1945, cerca del 40 por ciento de las exportaciones españolas se enviaron al III Reich, principalmente hierro, wolframio, plomo, aceite de oliva, cuero y naranjas.

Uno de los pocos aspectos que había que pulir era el creciente rechazo que tenía la sociedad española hacia la política de Berlín. Los medios de comunicación hablaban de la retirada de libertades a ciertas personas en el interior del Reich, del acoso a la prensa, del rechazo al catolicismo... La gente sentía la influencia nazi en España y temía que en su país se repitieran las noticias que casi a diario les llegaban desde Europa.

El miedo llegó a oídos de Hitler y se trabajó para cambiar la animadversión de la sociedad hacia su régimen. La Cámara de Comercio alemana para España en Barcelona hizo llegar a sus socios y corresponsales un comunicado en el que se aseguraba que «las noticias de toda clase de actos de crueldad son infamias producidas por motivos fácilmente comprensibles; a nadie se ha ultrajado y tampoco a ningún judío».

Desde finales de 1933, Franz von Goss, agente de los servicios secretos alemanes, y Josef Hans Lazar, corresponsal de la agencia Transocean, enviaron notas de prensa a los diarios nacionales a la vez que sobornaban a periodistas para que sus plumas escribieran a favor del III Reich.

Se abrió una oficina de propaganda en Salamanca desde la que se distribuía propaganda favorable al nacionalsocialismo, relatando los éxitos de su política, transcribiendo partes interesadas de los discursos de Hitler, e incluso recordando la fecha de su cumpleaños.

Mientras eso ocurría, una compleja y extensa red de espías nazis se iba estableciendo en la geografía peninsular ocupando las ciudades más importantes y los puestos clave de la economía española. Hitler había comprendido que España iba a tener una importancia esencial en los años venideros y no escatimó tiempo ni recursos para asegurar su filiación.

La ayuda de Hitler a Franco

Hasta ahora se ha hablado principalmente de los motivos que impulsaron a Hitler y a Franco a obrar del modo como lo hicieron en sus respectivos países y, también, de cómo se inició y prosiguió la colaboración hispano-germana en base al valor estratégico que la Península tenía para los dirigentes alemanes y los beneficios que Alemania podía aportar a España.

Se hace necesario, por tanto, detallar en este y en los siguientes apartados en qué consistió esa ayuda, cómo se canalizó y qué ventajas e inconvenientes supuso.

Por lo que respecta al apoyo dado por Hitler, éste comenzó a producirse en fecha muy temprana. En 1936, España contaba con una floreciente comunidad alemana compuesta por unos 15.000 individuos —la tercera en importancia tras la portuguesa y la francesa—, que disponían de una organización bancaria propia y una red de sucursales de sus empresas nacionales. Los contactos

comerciales iniciados diez años atrás habían abierto las puertas a empresarios, comerciantes, banqueros y aventureros extranjeros que vieron en el país y en sus colonias africanas tierras de oportunidades. Además, la guerra de Marruecos había llegado a su fin y la paz trajo estabilidad y la reactivación comercial con el Norte de África.

Precisamente en Tetuán, capital del protectorado español, residía un comerciante de origen alemán llamado Johannes E. F. Bernhardt. Director de ventas de una empresa de representación comercial, Bernhardt mantenía excelentes contactos con la organización del partido nazi en Marruecos y con la oficialidad del ejército español.

La sublevación del 18 de julio de 1936 despertó el instinto comercial del alemán, que rápidamente comprendió la situación. Las mejores unidades militares españolas las formaban la Legión Extranjera y los regulares marroquíes, ambas bajo el mando de Franco. Su experiencia en combate les hacía imprescindibles en la Península, pero al haberse decantado la Marina por el bando republicano, no se contaba con los medios adecuados para transportarlas desde sus bases africanas.

Fue en ese punto donde intervino Bernhardt por iniciativa propia. Sin problemas se reunió con Franco para ofrecerse como intermediario ante el dictador Adolf Hitler. Franco necesitaba aviones y buques de transporte y Hitler podía dárselos. En la operación también se contó con la colaboración del banquero mallorquín Juan March, la única persona en España capaz de financiar los costes de la Guerra Civil. Franco necesitaba algún medio para hacer frente al gasto que la posible ayuda alemana originaría y se pensó en el banquero como la mejor fuente de crédito. Así que con la oferta de Bernhardt bajo el brazo, representantes de los conspiradores se desplazaron al

domicilio de March en Biarritz. Se le entregó la petición de aviones y munición escrita por Franco. «Consígame doce bombarderos y acabaré con la guerra en una semana», decía la nota.

La solvencia y el aval de March garantizaban el éxito de la operación. El mallorquín respondió afirmativamente y Franco dio luz verde a la oferta de Bernhardt. Días más tarde, el comerciante alemán, acompañado de Adolf Langenheim, jefe de la organización nazi local, partía rumbo a Berlín.

Ambos fueron recibidos por Hitler gracias a la intercesión de Rudolf Hess, y tras escucharles, decidió apoyar la sublevación basándose en su pura intuición. Por contra, sus asesores se mostraron reacios a la participación alemana, pero tras escuchar a su líder quedaron convencidos de su conveniencia, con lo que el plan de apoyo a Franco se puso en marcha sin pérdida de tiempo.

El 31 de julio se creó la empresa privada Hispano-Marroquí de Transportes Sociedad Limitada (HISMA) con capital enteramente alemán. Su función sería la de servir de tapadera para ocultar la venta de aviones de transporte y armamento a los sublevados. Gracias a ella, las tropas de Franco fueron llegando a la Península, bien armadas y a bordo de veinte *Junkers-52* y media docena de cazas *Heinkel* con tripulación germana. A ellos se sumaron 11 bombarderos *Savoia 81* comprados por March a los italianos, que protegieron desde el aire las embarcaciones con las que las tropas moras consiguieron cruzar el Estrecho.

Los planes de los golpistas pasaban por someter a la República en pocas semanas, pero la resistencia de sus leales reconvirtió la situación en una guerra civil de duración imprevisible. Los nacionales temieron que esa eventualidad provocara la retirada de la ayuda alemana, pero Hitler

decidió prolongar su intervención. Y con él la Italia de Mussolini, que siguió el ejemplo alemán enviando ayuda militar a los sublevados.

Claro está, nada de lo ofrecido le iba a salir gratis a Franco y en ese instante comenzó a fraguarse la famosa deuda que tantos quebraderos de cabeza daría al dictador español en años sucesivos.

Mientras, la República recibía el apoyo de Francia, y muy especialmente de la Unión Soviética, de donde procedían gran parte de integrantes de las Brigadas Internacionales. Inglaterra se mantuvo como observadora al preferir ver un gobierno fascista antes que otro aliado del comunismo. Su política en ese instante pasaba por evitar la guerra y Francia recibió un mensaje por el que los británicos se declararían neutrales en caso de que estallara un conflicto mundial, a consecuencia de la ayuda gala a España. Fue un aviso a navegantes.

Para esta última, la guerra suponía la lucha entre la izquierda y la derecha, mientras que para el resto del mundo lo que estaba en liza era la supremacía del fascismo o del antifascismo. Hitler también lo comprendió así y aprobó el envío de más material, a la vez que aumentó su implicación en el conflicto.

Desde su despacho en la Cancillería seguía atentamente la evolución de la contienda, alegrándose de los éxitos franquistas y desesperándose ante el lento avance de sus protegidos.

En octubre de 1936 la situación no se presentaba favorable para el bando franquista. Madrid seguía resistiendo y el estratégico frente del Norte, con el cinturón de Bilbao, no terminaba de ceder al empuje fascista. Decidido a dar un vuelco a la situación, Hitler dio luz verde a la creación de una fuerza aérea compuesta por 5.600 soldados, artillería

antiaérea y más de cien aviones modernos que lucharían junto a Franco con el nombre de Legión Cóndor.

La pretensión inicial consistía en ofrecer apoyo aéreo a los soldados de tierra, pero por si algo se conoce a este cuerpo de elite fue por el ataque indiscriminado a la población civil. Su principal actuación tuvo lugar en Gernika el 28 de abril de 1937. A las cuatro y media de la tarde, los habitantes de la villa pudieron ver el primer bombardero sobre sus cabezas. Tras virar noventa grados a la izquierda, dejó caer doce bombas de cincuenta kilos cada una en el interior del pueblo provocando el desconcierto y el pánico. Acto seguido llegó una escuadrilla de aviones italianos que descargaron 1.800 kilos de bombas alcanzando casas y estructuras civiles.

Fue sólo el inicio porque aún le siguió un tercer, cuarto, quinto, y sexto ataque en el que las bombas incendiarias arrasaron la localidad asesinando a más de cien personas.

No fue la única intervención militar alemana en el conflicto. Dos días antes se había bombardeado Durango y en Almería ocurriría algo similar un mes después. En sus aguas se encontraba fondeado el acorazado de bolsillo *Deutschland*. Como la ayuda nazi ya era claramente manifiesta, los aviones republicanos recibieron la orden de atacar y hundir el buque alemán, que resultó gravemente dañado.

La noticia llegó rápidamente a Berlín, y gracias a una nota escrita por el ministro de Propaganda alemán, Joseph Goebbels, conocemos la reacción de Hitler al ser informado del ataque. «El Führer espumajea de furor por el bombardeo del *Deutschland*. Tenía primero la intención de hacer bombardear Valencia. Después da la orden al *Deutschland* de que desembarque sus heridos en Gibraltar y al *Admiral Scherr* de ir hoy por la mañana a Almería, bombardear la ciudad y,

si es posible, hundir el *Jaime I*. Ésta es nuestra respuesta adecuada. El prestigio ya no permite que nos contentemos con una protesta. Los rojos sólo quieren comprobar hasta dónde pueden llegar. Ahora se lo diremos.»

El *Admiral Scherr* cumplió las órdenes el 31 de mayo de 1937 y 300 proyectiles cayeron sobre el puerto y la ciudad de Almería provocando su destrucción parcial y la muerte de 19 personas.

Ninguno de estos actos fue reprobado por los mandos nacionales. Es más, la compra de armamento alemán aumentó a medida que la guerra se recrudecía, sin importar que parte del material fuera de una calidad inferior a la estipulada. Richard Protze, de la sección III-F de la Abwehr, explicó cómo se compraban en Checoslovaquia y los Balcanes rifles, municiones y granadas que eran retocadas posteriormente rebajando su carga explosiva o se vendía armamento obsoleto y sobrante de la I Guerra Mundial.

Nada impidió a los franquistas conseguir la victoria en 1939. Para entonces la deuda contraída con Alemania alcanzaba el valor de varios cientos de millones de marcos. Deuda imposible de sufragar con unas arcas estatales totalmente vacías.

Aparte del plano económico, Franco dependía de los nazis en materia política. Finalizada la contienda, la adquisición de armas ya no era tema prioritario. El problema residía en qué hacer con los refugiados republicanos exiliados en Francia. Las autoridades franquistas no se conformaron con su huida. Estaban decididos a perseguirlos hasta el fin y por ese motivo se solicitó nuevamente la colaboración de Hitler.

Desde ese instante la Gestapo los acorraló sin descanso. Primeramente eran detenidos y después se les entregaba a los mandos españoles para ser fusilados. Ese fue el

final de políticos como Lluís Companys, Juan Peiró o el propio Manuel Azaña, si la muerte natural no le hubiera llegado antes.

Si quien daba con su paradero eran los enviados del colaboracionista mariscal Pétain, los apresados podían considerarse afortunados, ya que el fusilamiento se cambiaba por presiones para que regresasen a su patria o la oportunidad de enrolarse en la Legión Extranjera, donde su pasado era irrelevante y podían comenzar una nueva vida al servicio de Francia.

Como el «problema» parecía no tener solución debido al alto número de republicanos exiliados —sólo en vísperas de la II Guerra Mundial se consiguió la repatriación de 250.000 personas—, Franco decidió aplicarles el mismo fin que Hitler destinaba a los judíos: la muerte en los campos de exterminio. Nuevamente el Führer respondió afirmativamente a la petición y las deportaciones a campos como el de Mathausen comenzaron a ser una realidad también para los españoles.

Fue entonces cuando muchos de ellos decidieron alistarse en la Resistencia francesa para impedir su propia deportación y continuar luchando desde suelo francés contra los fascismos europeos.

Los nazis aún ayudarían a Franco en otras muchas empresas, tal y como quedó reconocido en la conferencia fundacional que celebró la ONU en abril de 1945. A propuesta de la delegación mexicana, presidida por Luis Quintanilla, se aprobó por aclamación la condena al régimen franquista y su repudio como miembro de la ONU. Más tarde, fueron los dirigentes de Estados Unidos, Rusia e Inglaterra quienes desde Potsdam reconocían y denunciaban la ayuda que el nazismo había prestado a Franco en su lucha ilegítima por el poder.

Aun así, aquella condena quedó olvidada con el inicio de la Guerra Fría. Las democracias occidentales prefirieron ver en España a un dictador de derechas que a un político de izquierdas. La condena a su régimen quedó revocada el 4 de noviembre de 1950 y todos sus pecados fueron olvidados durante los siguientes veinticinco años.

La ayuda de Franco a Hitler

Con tales precedentes, era innegable e incluso inevitable que Franco decidiera ayudar a Hitler en cuanto éste se la solicitara. Los alemanes trabajaron para camuflar esa ayuda en forma de contraprestación siempre en base a la deuda acumulada por España durante la Guerra Civil y que ató muy en corto a las autoridades franquistas. Sobre el mariscal Göering recayó la tarea de asegurar el pago de los 140 millones de dólares en los que quedó finalmente la cuenta.

La cantidad era tan elevada, tan imposible de costear para aquel país en ruinas, que se establecieron medios de pago alternativos aprovechando el conflicto bélico que se forjaba en Europa. Así, parte de la misma se canceló a lo largo de 1939 con dinero en metálico. El resto se fue sufragando por otras vías.

La primera de ellas se correspondió con la política militar. España dio facilidades infinitas a la Wehrmacht en sus deseos de establecer bases militares en el territorio y en el uso de los puertos para el resguardo y aprovisionamiento de submarinos y buques. También permitió la instalación de estaciones de radar. Una de las más importantes, y que aún sigue en pie, se ubicó en la localidad lucense de Arneiro. Gracias a tres antenas de 112 metros cada una, los

aviones y barcos eran guiados a lo largo de Europa, el Norte de África y el Atlántico. Cada minuto un mensaje de radio en morse emitía medidas de longitud y latitud de forma tan exacta que el ejército español siguió utilizando este método hasta el año 1971, cuando se abandonó por la llegada de los satélites.

Tampoco hubo reparos en colaborar en tareas de espionaje. Un aspecto interesante, y poco estudiado, es el envío de españoles a países extranjeros en calidad de trabajadores, pero con el verdadero cometido de funcionar como espías para los nazis.

La ciudad que más agentes españoles recibió fue Londres. El nombramiento de Serrano Súñer como ministro de Asuntos Exteriores significó un revulsivo para la captación de espías y colaboradores. Diplomáticos, periodistas, empresarios... alternaban sus actividades cotidianas con el recabo de información vital que adelantara al Reich en el desarrollo de la guerra.

Uno de los más famosos fue Ángel Alcázar de Velasco. En 1941, este falangista radical creó la primera red de espías al servicio del Eje en el Reino Unido, de la que podrían haber formado parte el cónsul español adjunto en Londres, el embajador de Argentina y el de Turquía, e incluso miembros del ejército británico. Su trayectoria política alternaba condecoraciones impuestas por Primo de Rivera con insubordinaciones al partido único y penas de cárcel.

Fueron los propios nazis quienes le instruyeron en las técnicas del espionaje gracias a sus excelentes relaciones con Serrano Súñer. Se le destinó a Londres donde recibió, como primera misión, el encargo de llevar a España al ex rey de Gran Bretaña y simpatizante alemán, Eduardo VIII. No es que Velasco lo hiciera mal, pero la misión no finalizó como se esperaba y al tiempo el espía español acabó siendo descu-

bierto y expulsado del país. Comenzó entonces a trabajar para Japón, haciendo lo que mejor sabía hacer: crear una red de espías, pero esta vez en Estados Unidos y Sudamérica. Él mismo aseguró en sus memorias que ayudó a introducir en Argentina al criminal de guerra Martin Borman.

A Alcázar de Velasco le siguió Luis Calvo y a éste otros españoles de los que apenas se tiene constancia, pero que se sabe superaron la treintena. La propia embajada española en la City envió informaciones periódicas al Gobierno alemán sobre las horas en las que producían las alarmas aéreas, el llamamiento a los refugios y los ataques realmente efectivos sobre la ciudad.

Pero la colaboración española más importante en materia militar llegó con la División Azul, el cuerpo expedicionario enviado para luchar contra los soviéticos en el frente ruso. En el siguiente apartado se analizarán las causas por las que España no entró finalmente en la guerra. Baste por ahora saber que Franco deseaba combatir con el menor coste posible y que finalmente terminó comprometiéndose a ayudar militarmente al Eje. La campaña rusa fue la oportunidad para cumplir ese compromiso.

La idea consistía en enviar un destacamento militar a la Unión Soviética para asegurarse el derecho a recibir algún tipo de recompensa al fin de la contienda. El bajo nivel del ejército español, la escasez de pertrechos y la difícil situación del país no permitían campañas mucho más ambiciosas. Además, con ello Franco cumplía sus dos propósitos principales: no enfrentarse a los aliados y ayudar militarmente a Hitler.

La División Española de Voluntarios nació el 20 de junio de 1941, dos días antes de la invasión de la URSS, en una reunión mantenida entre Serrano Súñer y sus dos hombres de confianza, Manuel Mora y Dionisio Ridruejo.

En la charla se debatió la posibilidad de enviar un cuerpo expedicionario formado por voluntarios a Rusia, antesala de una mayor implicación en el conflicto.

La idea contó con la aprobación de Franco y se inició una agresiva campaña de captación de soldados con la apertura de centros de reclutamiento, editoriales en los que se demonizaba al comunismo y manifestaciones en favor del orgullo patrio.

En pocos meses 18.466 hombres habían firmado su ingreso en la unidad comandada por el general Agustín Muñoz Grandes y dirigida por oficiales procedentes del ejército y de las milicias de la Falange.

La tropa la conformó personal enteramente civil, algunos de ellos sacados de las cárceles a cambio de la conmutación de sus penas. Todos partieron en julio de 1941 para ser instruidos en la Baja Baviera, donde juraron fidelidad al Führer y luchar sin descanso contra los comunistas.

Un mes después, aquellos 18.000 hombres recorrían a pie, y con 40 kilos de carga cada uno, los mil kilómetros que les separaban del frente ruso. Además de por sus vidas, los expedicionarios debieron luchar por ganarse el respeto de sus compañeros de armas que veían a los españoles como «agitanados y bajitos», no aptos para la guerra. Pero su tenacidad y resistencia les llevó a ser el único cuerpo de ejército al que, aún bajo estructura alemana, se le permitió conservar sus mandos propios, bandera y sometimiento a las leyes de guerra españolas.

El propio Hitler vio desafortunada la orden de regreso a casa ordenada desde Madrid en 1944. Para entonces todo había cambiado. Alemania se encaminaba a la derrota total, los rusos avanzaban hacia Europa y Franco buscaba el medio de ocultar su colaboracionismo cara a los aliados victoriosos.

Algunos de los voluntarios decidieron seguir luchando y muchos de ellos acabarían defendiendo el búnker en el que Hitler pasó sus últimas semanas de vida. Los que regresaron a casa sólo encontraron la indiferencia de las autoridades franquistas, y a otros ni siquiera se les permitió el retorno al renegar el gobierno de ellos, por lo que adquirirían automáticamente la condición de apátridas.

De los 48.000 hombres que formaron parte de la división en sucesivos reclutamientos, unos 5.000 murieron en las estepas rusas y otros 300 acabaron recluidos en campos de concentración soviéticos, en ocasiones, durante once, doce o trece años.

Igual de trágico fue el final de los miles de trabajadores que, engañados, viajaron a las factorías alemanas como mano de obra barata, constituyendo la tercera vía con la que Franco quiso saldar la deuda contraída.

La guerra llevó a la movilización de millones de hombres en los territorios alemanes y en los afines a su ideología. Como los frentes bélicos se fueron incrementando, al igual que las bajas en combate, se recurrió a nuevos reclutamientos. Para el final de la guerra, se podía ver a jóvenes de apenas trece años empuñando fusiles con los que intentaban repeler los obuses de los tanques rusos.

Tal sangría humana hizo necesario la importación de trabajadores que ocuparan los puestos dejados por quienes iban al frente. Algunos historiadores estiman en unos ocho millones las personas que llegaron procedentes de toda Europa para trabajar casi como esclavos en las fábricas alemanas, muchas de ellas dedicadas a la confección de material militar. El engranaje no podía detenerse; de lo contrario, la derrota estaba asegurada.

Pese a esta necesidad, las leyes raciales también se aplicaron a los trabajadores. Los de origen judío eran extermi-

nados sin demora; a quienes venían de Rusia se les obligaba a trabajar hasta la extenuación con malos tratos incluidos, y a los polacos no judíos se les reservaba especiales condiciones de vida basadas en la rudeza.

Mejor situación vivieron quienes llegaban de Francia, Dinamarca, Holanda o Suiza. Los italianos y españoles eran considerados una raza inferior, pero su situación fue infinitamente mejor que la de los de Europa del Este.

Los primeros trabajadores españoles partieron el 24 de noviembre de 1941. Tres meses antes las autoridades franquistas firmaron el Convenio Hispano-Alemania para el Envío de Trabajadores Españoles a Alemania, por el que se comprometían a reclutar y seleccionar a los voluntarios y proporcionarles la ropa adecuada. Las obligaciones alemanas consistían en firmar para cada uno de ellos un contrato de trabajo según las leyes germanas y devolverlos a España una vez éste expirara.

Todo el proceso se dirigiría y supervisaría desde la Comisión Interministerial Permanente para el Envío de Trabajadores a Alemania (CIPETA), dependiente del ministerio de Asuntos Exteriores y con una delegación especial en Berlín con jurisdicción en todo el Reich.

En octubre de 1941 comenzó la campaña de captación con la difusión de los requisitos que debía cumplir el aspirante y las condiciones que recibirían. La idea inicial era dar salida a la mano de obra no especializada para no perder competitividad y, de paso, aliviar el problema del paro; justo lo contrario de lo que se solicitaba desde Alemania. Como aliante se les prometía el disfrute de actos deportivos al final de la jornada laboral, asistencia a bibliotecas, museos, veladas artísticas y entretenimientos varios. Todo formó parte de un engaño premeditado, al igual que hacerles creer en la existencia de un seguro que cubriría posibles accidentes laborales.

Con tales promesas, las oficinas de inscripción recibieron una avalancha de solicitudes procedentes de personas que ansiaban huir del hambre y la miseria. Miles de ellos quedaron en listas de espera que fueron menguando a medida que la verdadera situación de los trabajadores se iba conociendo y el signo de la guerra cambiaba de bando.

Los honorarios fueron mucho menores de lo estipulado y ni siquiera el destino o el puesto de trabajo se correspondía con lo firmado. La alimentación era escasa y mala, el alojamiento carente de las mínimas condiciones higiénicas con ausencia de luz, duchas y agua, y por si fuera poco, muchos debieron soportar los bombardeos aliados sobre Alemania e incluso malos tratos y amenazas de los soldados nazis. Por descontado, de las actividades culturales anunciadas en los panfletos y el deporte al aire libre nunca se supo nada, a excepción de algunos artistas de variedades españoles desplazados al lugar.

La situación fue denunciada por los trabajadores a sus representantes de la CIPETA y a los familiares por medio de cartas, pero las autoridades españolas hicieron caso omiso a las denuncias. La tragedia cobra mayor crudeza cuando se descubre que esas mismas autoridades ya conocían las pésimas condiciones en las que malvivían, llegando incluso a incentivar el encierro de los emigrantes por considerarlos «rojos» o indeseables.

Como quedaba demostrado que España no haría nada por los trabajadores, fueron ellos mismos quienes diseñaron la huida del Reich y el regreso a casa, en ocasiones arriesgando sus vidas, asaltando convoyes de tren o gastando todo lo ganado en sobornos a los agentes de aduanas.

La entrada en el país se hizo en la más absoluta indiferencia. El franquismo, como en otros muchos temas, intentó acallar sus historias por miedo a que los vencido-

res descubrieran la ayuda dada a Hitler. En total, 10.000 trabajadores recalaron en Alemania, ninguno de ellos recibió nunca una disculpa oficial por el engaño y el posterior silencio con el que se les «premió» sus deseos de trabajar.

En lo relativo a la vía más importante, y última, por la que se canalizó el pago de la deuda, ésta se basó en el comercio exterior. Aunque Alemania mantuvo durante toda guerra la posición de socio principal, España nunca se convirtió en un satélite económico al tener libertad para firmar tratados comerciales con el resto de países. Por irrelevante que parezca, esta medida se le aplicó en forma de privilegio, ya que las naciones en la órbita del Eje tenían la obligación de negociar primero con el Reich.

Durante 1941, 1942 y 1943, ambos regímenes aprobaron nuevos convenios en los que los intereses españoles ganaban posiciones, y siempre discutiendo en la celeridad del pago de la deuda y en el aumento de envíos de material militar desde la Península.

Principalmente se exportaba fruta, tejidos, plomo, zinc y el imprescindible wolframio. La importancia de este último obliga a dedicarle unas líneas propias.

El wolframio se caracterizaba por una combinación de dureza y ligereza. Si se le aleaba con el acero aumentaba la resistencia de los blindajes aplicados a los carros de combate, y a la contra, aplicado a las armas les infería la capacidad de atravesar corazas.

Antes de la guerra, el wolframio llegaba de India y de China, pero el comienzo de las hostilidades cerró ambos mercados pasando a ser España y Portugal las dos únicas fuentes de avituallamiento. Su valor estratégico era tal, que Inglaterra diseñó una estrategia para disminuir las extracciones y envíos del codiciado mineral al Eje. Comenzaba la llamada «guerra del wolframio».

Para ganarla, el Tesoro británico autorizó compras preventivas o de acaparamiento con el fin de que no todo el material fuera a manos nazis, pero el elevado precio de la tonelada, 20.000 dólares en octubre de 1941, obligó a pedir la ayuda norteamericana.

Los Estados Unidos aprobaron una partida de 22 millones de dólares para retirar el wolframio del mercado, pero Alemania nunca dejó de recibir sus pedidos. Los americanos y los británicos desconocían que España había otorgado a Göering un crédito de 400 millones de pesetas, a cuenta de la deuda, para gastarlas libremente en el mercado español. Con ese dinero, el Reich compró el doble de wolframio. Sin saberlo aún, los americanos sólo podían certificar que cuanto más mineral compraban, mayor cantidad salía a la venta.

El erario público español fue el gran beneficiado de esta peculiar disputa llegando a ingresar 390 millones de dólares en 1943 sólo con la venta del wolframio. La negativa franquista a modificar esta situación acabó con la paciencia de Estados Unidos, que el 12 de enero de 1944 aprobó el embargo de petróleo a España hasta que no se suspendieran las exportaciones de wolframio a Berlín.

Durante meses la vida cotidiana se fue deteriorando paulatinamente y sólo cuando la situación del país se hizo agónica, sin comida en las tiendas y con las fábricas paradas por falta de combustible, se avino Franco a negociar con los americanos. El acuerdo se alcanzó el 2 de mayo de 1944, con una reducción tan drástica de envíos de wolframio al Eje que en la práctica equivalía a no entregar nada. Al menos de manera oficial, porque a través del contrabando incentivado por las autoridades españolas, Hitler siguió recibiendo grandes cantidades del mineral que prolongaron el esfuerzo bélico de los aliados y aumentaron las

reservas de divisas en el Banco de España con las que más tarde se compraría parte del famoso oro nazi.

¿Por qué España no luchó en la II Guerra Mundial?

La victoria franquista en la Guerra Civil favoreció las relaciones comerciales con el país germano, pero no supuso jamás la condonación de la deuda contraída.

Cuando la situación comenzó a estabilizarse, Franco recibió la petición correspondiente para que abonara los 480 millones de marcos que Alemania consideraba se les debía por la ayuda prestada durante el conflicto.

Realmente Hitler sabía que era una cantidad exorbitante y que Franco a duras penas podría pagarla. Su propósito consistía en exprimir al máximo los recursos españoles y el no poder saldar la deuda serviría para conseguir ventajas económicas muy interesantes para el Reich.

La cuestión se convirtió en un conflicto económico de primera magnitud que no se resolvería hasta 1948. Mientras, los alemanes fueron consiguiendo participaciones en empresas españolas a costa de los franceses y de los ingleses, que quedaron relegados a un puesto secundario.

Alemania ya podía considerarse el principal socio de España y la dependencia de esta última obligó a Franco a dar muestras de apoyo ideológico al nazismo. El 27 de marzo de 1939 el caudillo firmó el Pacto Antikomintern para luchar contra el comunismo junto a Alemania, Italia, Hungría, Japón y Manchuria. Cuatro días después hacía lo mismo con el Tratado de Amistad hispano-germano, destinado a desarrollar las relaciones políticas, económicas y militares asegurando la neutralidad de España en caso de

que Alemania entrara en guerra. Como se ve, el clima prebélico ya rondaba en la mente de Hitler.

En mayo de 1939, Franco retiró a su país de la Sociedad de Naciones, organismo creado tras la Gran Guerra y antecesora de Naciones Unidas. La identificación con el resto de fascismos europeos quedaba patente. Se remodeló el gobierno, colocando a personajes como el germanófilo Serrano Súñer en puestos clave y acomodando la estructura de poder a los nuevos tiempos que se avecinaban.

El 3 de septiembre estallaba la II Guerra Mundial y cuatro días después Franco declaraba a España país neutral, pero simpatizante del Eje. Esa posición les permitía vender minerales y materiales a los alemanes, mitigando la deuda contraída durante la Guerra Civil. Pero con el tiempo los negocios pasaron a convertirse en un apoyo incondicional al Reich, cuestionando el concepto de neutralidad.

Y entonces el mundo asistió sorprendido al avance fulgurante de la Whermacht. Ningún enemigo parecía rival digno de las divisiones Panzer con las que, en pocos meses, media Europa quedó sometida a la bandera nazi.

Esas rápidas victorias motivaron que el 3 de junio, Franco mencionara a sus allegados la posibilidad de entrar en guerra alentado por quienes veían en todo ello una oportunidad idónea para incrementar los territorios españoles en África. En una misiva enviada a Hitler se le ofrece la participación española a cambio de equipamiento y tierras africanas.

Al dictador alemán la oferta no le pareció especialmente interesante. España era clave para conseguir el dominio del Mediterráneo, pero la capacidad ofensiva de su ejército se consideraba nula y de momento los nazis se contentaban con los recursos naturales, los víveres y la

mano de obra españoles. Y sin olvidar la deuda, que seguía siendo reclamada.

La insistencia de los políticos españoles, que consideraban a Hitler vencedor de la guerra, les llevó a declarar a su país como país no beligerante y a ocupar militarmente Tánger. También se organizó una delegación española para viajar al Reich y entablar contactos directos con los jerarcas nazis. Al frente de la misma se situó a Serrano Súñer, quien llegó a Berlín el 16 de septiembre con todo su equipo diplomático. En los días siguientes se entrevistó en varias ocasiones con el ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, al menos en una con Himmler, ministro del Interior, y en dos con el propio Hitler.

Serrano trasladó nuevamente los deseos de Franco de entrar en el conflicto, pero los dirigentes alemanes no estaban dispuestos a aceptar las peticiones españolas. Italia ansiaba los mismos territorios africanos y dárselos a los franquistas no sólo les enfrentaría con los italianos, sino también con la Francia colaboracionista de Pétain, que podría aliarse con el general antifascista De Gaulle al ver ambos amenazado el imperio colonial francés. Sin embargo, si España rebajara su precio, Alemania la aceptaría sin dudarlo como aliada en la guerra. Sólo debían confiar en el Führer y esperar a la victoria final en la que se repartirían las conquistas.

Con ese mensaje regresó Serrano a Madrid el 5 de octubre. Franco le nombró ministro de Asuntos Exteriores y los alemanes se felicitaron de tal elección. Parecía que el caudillo respondería favorablemente a la contraoferta alemana.

Serrano Súñer organizó la visita que el 19 de octubre realizó el Reichsführer de las SS y de la Gestapo, Heinrich Himmler, a España. De San Sebastián viajó a Burgos y de allí a Madrid, donde se reunió con el recién nombrado ministro en el palacio de El Pardo.

Durante la entrevista se cerraron los pormenores del célebre encuentro que protagonizarían Franco y Hitler en Hendaya el 23 de ese mismo mes. No hay constancia directa de lo que ambos mandatarios se dijeron en la única ocasión en la que se vieron cara a cara, pero a través de versiones indirectas se sabe que los dos expusieron sus políticas respectivas.

Hitler anunció la disposición del ejército alemán para ocupar Gibraltar y Franco mostró nuevamente sus deseos de combatir junto al Eje a cambio de sus exigencias territoriales en África y del envío de petróleo y alimentos.

El Führer rechazó la oferta. Sabía que el ejército español no era rival para Inglaterra en el Norte de África y tampoco estaba en disposición de prestar la ayuda que se le exigía. Lo que Hitler quería realmente era la entrada de España en la guerra y a su término el pago compensatorio, mientras que Franco deseaba lo contrario, el pago antes de entrar en la guerra.

Otra teoría que se ha esgrimido recientemente apunta a que Franco asistió a la reunión dispuesto a no conseguir esa participación debido a la promesa británica de entregarle trece millones de libras esterlinas en oro a cambio de su neutralidad. Los intermediarios entre el gobierno británico y Franco serían el banquero mallorquín Juan March y el propio jefe del espionaje nazi, Wilhelm Canaris.

Parece ser cierto que Gran Bretaña utilizó ese soborno para asegurarse el control de Gibraltar. Documentos desclasificados en 2002 avalan la entrega de esa cantidad a Franco con la autorización de Churchill y de los Estados Unidos. El dinero salió del banco Swiss Banking Corporation de Nueva York y, efectivamente, el nombre de Juan March aparece reflejado en las hojas, pero no así el de Canaris, por lo que su implicación en la trama es aún pura teoría.

Quien no sabía nada del soborno era Hitler, quien llegó a preguntar a Franco por la fecha en la que estaría dispuesto a declarar la guerra, siempre buscando un compromiso serio de España. No obtuvo la respuesta deseada y las continuas evasivas del caudillo acabaron irritándole de tal modo que de regreso a su país aseguró que conversar con Franco era «peor que visitar al dentista». Sí se acordó, en cambio, la firma de un protocolo por el que continuarían desarrollándose las relaciones bilaterales y se obligaría a España a entrar en la guerra una vez recibiera los suministros militares y civiles solicitados, algo improbable debido a la imposibilidad del Reich de otorgárselos si quería mantener engrasada su maquinaria bélica.

Nunca más volvieron a verse ambos personajes. Hendaya perdió interés en cuanto la Wehrmacht recibió la orden de adentrarse en territorio ruso el 22 de junio de 1941.

Desde ese instante los principales intereses alemanes en España serían el pago de la deuda y la recepción de obreros y materias primas. Hitler ya no volvió a creer en una España bélica y quizá ese fuese su gran error porque tras el fracaso de las conversaciones de Hendaya, Inglaterra apuntaló su posición en el Mediterráneo, y como el propio Göering reconoció más adelante, esa falta de acuerdo con Franco «le costó a Alemania la guerra».

Aun así, España no quedó al margen. Sus efectos se dejaron sentir en la vida cotidiana. En los siguientes capítulos se verá cómo la relación con el III Reich fue mucho más allá del plano puramente ideológico. La Península se convertiría en un socio económico, en un país idóneo para blanquear el oro expoliado, en un centro del espionaje nazi y en paraíso para los criminales de guerra huidos tras la victoria aliada.

Capítulo II

HISTORIA MÁGICA DE LA II GUERRA MUNDIAL

Desde la infancia, Hitler vivió en un mundo rodeado por símbolos mágicos y religiosos. Fue un gran aficionado a las óperas de Wagner, en las que se hablaba de la mitología escandinava o germánica, y también se convirtió en lector voraz de las publicaciones esotéricas más famosas del momento.

En su cabeza rondaban héroes, objetos con poderes sobrenaturales, ayudas divinas, seres fantásticos..., hasta terminar forjando el carácter de aquel que llegó a considerarse un elegido de la providencia, el salvador de su patria.

Junto a Hitler, toda una serie de oscuros personajes ayudaron a crear un partido en el que el componente esotérico se convirtió en pieza fundamental de su ideario. Las calaveras, runas y símbolos herméticos se importaron como fuente de poder y de intimidación ante el enemigo.

Sin que el mundo lo supiese, los altos dirigentes nazis buscaron un poder mucho más allá de las simples armas. Se creó la Ahnenerbe, un departamento encaminado a

conseguir toda reliquia que pudiera contribuir a ganar la guerra.

Sus agentes viajaron al Tibet, a España, a las arenas egipcias, a los altos riscos andinos, siempre en pos de un objeto, de un elemento, de una figura, de un icono sobre el que circularan increíbles leyendas sobrenaturales. Así fue cómo se persiguió el Arca de la Alianza, el Santo Grial, la Lanza de Longinos, las Calaveras de Cristal o la Piedra del Destino. Hitler sabía que de ser ciertos los relatos bíblicos y de conseguir alguna de estas reliquias, ningún ejército, ninguna bomba, nada podría frenar sus ansias de conquista porque... ¿qué se podría hacer ante el poder emanado del mismísimo Dios?

Cuando los aliados supieron de las intenciones y creencias nazis, otro nuevo frente de batalla se abrió en la contienda. En él no importaban las armas, sólo la inteligencia; nada de fuerza, sólo el poder de las creencias. Comenzó la llamada guerra del esoterismo en la que participaron mentalistas, magos, adivinos, cabalistas... Una apasionante batalla entre la transparente racionalidad británica y el oscuro mundo mágico nazi.

Pero no sólo Hitler quiso utilizar la religión para provecho propio. En España, el general Franco percibió el poder que ésta poseía como elemento de control. Y al igual que el Führer, también él ordenó rastrear la Península entera para sacar de su escondite reliquias famosas de la cristiandad.

Por increíble que pueda parecer, los siguientes hechos ocurrieron en verdad, demostrando hasta qué punto el mundo de las creencias puede influir en el desarrollo de la Humanidad.

Las raíces esotéricas del nacionalsocialismo

Quizá se debiese a la época o a su propio carácter personal, pero el hecho es que desde su infancia Hitler creció acompañando de un mundo rico en símbolos religiosos e historias míticas.

Siempre destacó por una inquietud intelectual que estuvo reñida con su falta de constancia. Un día podía muy bien anunciar en casa que deseaba dedicarse a la música para que a los tres meses ese deseo cambiara por el de convertirse en pintor.

Así sucedió realmente y, por ejemplo, cuando sus padres hicieron grandes esfuerzos económicos para comprarle un piano de cola, el adolescente Hitler decidió tras un año de clases que aquella no era su verdadera vocación.

Tal falta de constancia provocaba en sus padres desasosiego y en sus profesores una imagen de fracasado, pero a él le permitía explorar otros mundos y percibir hasta qué punto sus padres se plegaban a los caprichos del hijo.

A lo que siempre mostró una fidelidad absoluta fue a la lectura. Leía cuanto caía en sus manos, con una especial preferencia hacia los textos filosóficos, políticos y esotéricos. Con aquellos libros se forjó el carácter de Hitler, y el futuro ideario nazi en el que se mezclarían las creencias religiosas con las políticas. También influyeron en él las óperas wagnerianas, de las que era un asiduo, plagadas de elementos mágicos, las novelas de Karl May, con sus personajes fantasiosos, y las pseudociencias. Todos esos elementos eran asimilados por su mente de diferente manera y nunca de forma racional.

Tanto influyeron en su personalidad que Hitler se convirtió en una persona llena de grandes sueños, de objetivos tan amplios que sólo los prodigios o los milagros eran capa-

ces de hacerlos realidad. Desde ese instante depositó una enorme confianza en la providencia. A veces, adoptando una postura pasiva en espera de que se produjera un milagro.

Esa actitud no varió durante la guerra, provocando el desconcierto entre su Estado Mayor, que lo veía como un enajenado incapaz de llevar las riendas del país. ¿Qué esperar de alguien que en lugar de dar una orden de ataque o de defensa anunciaba que lo mejor sería esperar una señal del destino para decantarse por una de ambas opciones?

Cuando los ejércitos aliados penetraron profundamente en Alemania y su victoria era ya sólo cuestión de días, el presidente norteamericano Roosevelt falleció en su residencia. Hitler y Goebbels creyeron firmemente en que el destino se había aliado con ellos para revivir lo que los libros de historia describen como el milagro de la casa de Brandeburgo, cuando durante la guerra de los Siete Años, con los ejércitos rusos a punto de entrar en Berlín, Federico el Grande se salvó de la derrota al morir súbitamente la zarina Isabel (1762) y ascender al trono un zar que le admiraba ofreciéndole una paz satisfactoria.

Nada de aquello ocurrió en 1945 y Hitler se suicidó seguido por Goebbels y su familia. Pero hasta ese trágico final, los poderes extrasensoriales y mágicos le acompañaron en la vida cotidiana. ¡Y en el amor! En 1906, con diecisiete años de edad, se enamoró perdidamente de una muchacha llamada Stefanie. Se trató de un amor platónico, romántico, del que ella nunca supo nada porque Hitler jamás se atrevió a confesárselo. Se limitaba a observarla y a escribir poemas de amor que nunca le enviaría, a excepción de una carta en la que le proponía matrimonio sin llegar a identificarse.

Quizá fuera por vergüenza, por temor al rechazo, pero también porque estaba convencido de que Stefanie poseía

una mente tan prodigiosa como la suya, capaz de leerle el pensamiento y de recibir todos los mensajes que le mandaba telepáticamente.

Y de no ser así, ella no sería digna de convertirse en la esposa de un elegido. Porque así es como se sentía. Su único amigo en la adolescencia, August Kubizek, lo muestra perfectamente en su libro *Hitler, el amigo de mi juventud* al relatar cómo a la salida de la ópera wagneriana *Rienzi*, ambos subieron hasta la cumbre del monte Freinberg que domina la ciudad de Linz.

Hitler se había emocionado hasta las lágrimas durante la representación en la que se describía cómo de entre la población subyugada a los nobles romanos del siglo XIV surgía un hombre, Rienzi, que se erigía en líder y salvador para morir lapidado siete años más tarde por aquellos que le encumbraron.

Con esa historia rondando aún en su cabeza, en aquella cima, de noche, y observando la ciudad a sus pies, Kubizek le escuchó mencionar cómo algún día él también recibiría del pueblo un mando «para liberarlo de la esclavitud y conducirlo hasta las cumbres de la libertad».

Todo parecía dirigirle en ese camino. Durante la I Guerra Mundial, el cabo Hitler sirvió como enlace entre la línea de frente y los oficiales de retaguardia. A las preguntas de la periodista Janet Flanner, el ya nombrado Führer relató cómo un día en aquel conflicto, mientras comía en una trinchera, escuchó una voz nítida que le ordenaba abandonar ese punto. Obedeciéndole, anduvo veinte metros antes de que un obús cayera en el lugar donde había estado sentado, matando a todos sus compañeros.

¿Es extraño por tanto que se creyera un elegido? Él, que sobrevivió a lo largo de su vida a más de 40 intentos de asesinato.

No, al menos para sus allegados en el partido. Porque Hitler se rodeó de hombres como Himmler, fanático del ocultismo que incluso achacaba a un origen místico los ataques convulsivos que su líder sufría constantemente.

Durante esas crisis nerviosas Hitler profería gritos, a veces ininteligibles. Se despertaba a horas intempestivas, con sudores fríos y los ojos desencajados por el pánico, pedía socorro al borde de la cama y señalaba a seres imaginarios en su habitación antes de dejarse caer al suelo donde se retorció y pataleaba. También presentaba temblores en diferentes partes del cuerpo hasta el punto de que en sus últimos días de vida era incapaz de mantener quieta la mano izquierda.

¿Qué es lo que provocaba esos accesos? Para los historiadores eran el resultado de la tremenda presión a la que le sometía su cargo; para la Oficina de Estudios Estratégicos norteamericana —antecesora de la CIA—, se debían a una mente enferma y degenerada. Pero para sus colaboradores había algo más.

Ellos creían que su líder permanecía en conexión con unos entes a los que llamaban «superiores desconocidos». Los síntomas que presentaba Hitler durante esos trances así se lo hacían creer. Pero ¿cómo habían llegado a esa conclusión? ¿Qué tenían que ver las creencias esotéricas en la alta política alemana, en el nacionalsocialismo?

Todo parte de una época, de un contexto. Al igual que Hitler se vio influenciado desde la niñez por aquellos relatos y óperas plagadas de elementos mágicos, la política alemana vivió un momento en el que proliferaron numerosos grupos espiritualistas de carácter pagano que buscaban el resurgir de la patria.

La derrota en la Gran Guerra sumió al país en una melancolía que disminuyó la autoestima de los habitantes

y el orgullo nacional. Estos grupos se propusieron invertir la situación apelando a las propias raíces germánicas.

Entre ellos se encontraban Hitler, Hess, Himmler, Borman... los futuros altos cargos del nazismo. Todos coincidían en tener una misma visión sobre el hombre ideal, el perteneciente a la raza aria, aquel que no mostraba ninguna tacha ni «impureza» propia del resto de grupos étnicos.

También compartían la influencia de los mismos maestros, o eso es al menos lo que se especula. Entre ellos habría que destacar a nombres como el de Guido von List, escritor nacido en 1875 y del que circulaba el rumor de ser capaz de adivinar el futuro. Ya con catorce años erigió una estatua a Odín, dios de la guerra, lo que deja entrever la catadura moral del personaje.

List creía firmemente en que los germanos descendían de una raza muy anterior dotada de una tremenda inteligencia y unas capacidades espirituales mermadas en sus descendientes. Sus ideas recalaron profundamente en otros pensadores como Philipp Stauff, fundador de la Orden de los Germanos en la que sólo tenían cabida aquellos que demostraran su pureza racial. La forma de averiguarlo consistía en medir el ángulo facial del pretendiente y ver si poseía la estructura craneal adecuada. Un método de selección adoptado posteriormente por las SS, demostrando la influencia de ambos ocultistas en el nacionalsocialismo.

Más influyente aún fue la personalidad de Adolf Joseph Lang, conocido por el alias de Jörg Lanz von Liebenfels. Durante seis años vivió como monje en un monasterio cisterciense hasta que fue expulsado por sus pensamientos impuros.

Fundó una sociedad conocida como la Orden del Nuevo Temple, con un ideario que giraba en torno a la idea de que los arios descendían de los dioses y que los

judíos debían ser destruidos por su carácter demoníaco. Lang estaba convencido de que los hebreos traerían la destrucción mediante engaños y estratagemas. Unirse sexualmente a uno de ellos suponía el fin de la raza aria y la forma de evitarlo pasaba por la esterilización o por trabajar como un esclavo hasta la muerte. ¿Suena de algo?

Todos estos pensamientos los plasmó sin tapujos en una revista llamada *Ostara*, que vio la luz en 1905 y cuyo lema era: «Rubios de todos los países, uníos». Su nombre proviene de una antigua divinidad indogermánica y durante dos décadas fue el canal por el que Lang expresaba sus delirantes ideas.

Se sabe que Hitler fue uno de sus lectores asiduos, ya que llegó a contactar con el autor durante su época de estudiante para que éste le entregara los números que le faltaban en la colección. Otra versión relata que Hitler sólo había visto un número de la revista y que impresionado por su contenido visitó al autor para que le regalara el resto de números, a lo que éste accedió al ver su aspecto harapiento.

Junto a pensamientos antropológicos, Lang mezclaba creencias sobre el mundo del esoterismo y del folclore, donde las runas, los símbolos y las ceremonias adquirían un papel fundamental. Todos estos elementos serían copiados casi exactamente décadas después por los nazis, como símbolo de poder y demostración de la superioridad racial.

De *Ostara* se ha dicho que fue la raíz del antisemitismo visceral que Hitler padeció desde su entrada en política. Quizá no fuera así. Parece más fundado pensar que ese odio procede del carácter ideológico y social de la época. En aquellos años Viena contaba con dos millones de habitantes, de los que 200.000 eran judíos. La comunidad hebrea había crecido con enorme rapidez en los últimos veintitrés años y, con ello, su poder e influencia.

Tal prosperidad comenzó a ser envidiada y deseada por el resto de la población que los veían como unos advenedizos que entraban en Alemania para robarles el pan.

Lo más probable es que Hitler pensara como sus conciudadanos, lejos del influjo único de una revista, y que utilizara esos sentimientos compartidos para conseguir el apoyo a la causa. La lectura de las obras comentadas hizo el resto.

Otro personaje destacable es Rudolf Steiner, conocido filósofo esotérico, francmasón y espiritualista. Uno de sus libros fundamentales fue *La ciencia oculta*, en el que recoge leyendas tibetanas sobre una civilización regida por el concepto del honor y que habitaba en la tierra de Thule, un lugar mitológico oriental donde crecía una exuberante vegetación producto de su clima templado a pesar de encontrarse en lo que hoy es el continente Ártico. Ese lugar se corresponde con la idea actual de la Atlántida.

Precisamente fue Thule el nombre elegido para denominar a una sociedad surgida y fundada en 1912 por el noble alemán Rudolf von Sebottendorff. Sus integrantes también creían firmemente en que los pueblos germánicos descendían de otra raza muy superior ya desaparecida y que por esa razón les correspondía dirigir el mundo.

Entre sus miembros se encontraba el ex sacerdote Guido von List, el filósofo del nazismo Alfred Rosenberg, el confesor de Hitler, Bernhard Stempfle, el jefe de la policía de Munich, Ernst Poner, y el jefe de las SS, Heinrich Himmler.

La presencia de esas personalidades nazis y la correspondencia entre el ideario del partido y las propias de Thule son demostrativas de que realmente tal sociedad desempeñó un papel relevante en la fundación del NSDAP.

El propio Hitler fue invitado al grupo como hermano «visitante» en 1922. Por aquel entonces los criterios de

admisión eran muy laxos y pasaban básicamente por demostrar fidelidad a la tradición germánica y poseer una pureza de sangre nórdica como mínimo de tres generaciones precedentes. También se pedía una fotografía del aspirante para analizar si poseía los rasgos propios de los arios.

Tanta fue la fama de la sociedad que miles de personas se convirtieron en seguidoras de su doctrina. Sus ideas se sentían en las calles y la policía de Munich llegó a achacar a sus miembros el asesinato y desaparición de varios ciudadanos judíos o comunistas entre 1918 y 1922.

La entrada en la orden no suponía mucho problema, lo complicado era ir escalando posiciones en su estructura para alcanzar el núcleo más oscuro de Thule, donde se encontraban los altos jerarcas del nazismo.

Entre ellos celebraban tenebrosas ceremonias con la presencia siempre de la pureza racial, el antisemitismo y el anhelo de contactar con los espíritus pertenecientes a los «superiores desconocidos».

Gran parte de estas ceremonias se desarrollaban en el castillo de Wewelsburg. La fortaleza se ubicaba en Westfalia, en lo alto de una montaña desde la que se dominaba toda la región. En 1934 su estado era de ruina, pero Himmler decidió alquilarlo y reformarlo. Invirtió trece millones de marcos durante los siguientes once años. Una cantidad no excesivamente elevada para las reformas que se efectuaron, debido en parte a la mano de obra esclava empleada y a las ventajas concedidas a tan poderoso inquilino.

La intención de Himmler era convertir el castillo en un centro de poder, en la sede donde coincidieran los más importantes miembros del esoterismo nazi para llevar a cabo sus reuniones y ceremonias.

Todo se planificó al detalle. En la zona norte se encon-

traba un comedor de 35 metros de largo y 15 de ancho con una gran mesa redonda de roble macizo. La coronaban trece butacas, cada una con el nombre del propietario inscrito en una placa de plata, en clara alusión a la mítica mesa del rey Arturo.

Existía una sala de los Supremos Jefes de las SS en la que se tomaban las decisiones más importantes con la presencia siempre de una gigantesca rueda en forma de sol radial, y runas a su alrededor, que simbolizaba el Sol Negro.

Incluso se construyó una cripta para enterrar a los líderes de las SS —a los que gustaba llamar los monjes-guerreros— en la zona más inaccesible del castillo donde se hallaba el llamado Vestíbulo de los Muertos, con trece peanas rodeando una mesa de piedra y un pozo en el centro.

En estas estancias, en su azotea, los miembros de Thule celebraban sus macabras reuniones y ceremonias a la luz de la luna. El propio Hitler sintió fascinación por ellas desde que en su niñez se le obligara a presenciar las que realizaban los monjes benedictinos que se encargaban de su educación. Más tarde las emplearía para celebrar acontecimientos como el segundo congreso del NSDAP con medio millar de abanderados formando una media luna, a la vez que enarbolaban sus esvásticas frente a cuatro guiones cuadrados con astas coronadas por águilas plateadas imitando a las legiones romanas, o los mítines organizados por Goebbels precedidos de grandes desfiles militares con música marcial atronadora y que se cerraban con espectrales comitivas nocturnas iluminadas por miles de antorchas.

También fue entre aquellos muros de la fortaleza, quizá en la biblioteca de más de 12.000 volúmenes sobre magia y ocultismo, donde Himmler decidió crear una sección de las SS llamada Ahnenerbe que se dedicaría a bus-

car reliquias por el mundo y que serían ubicadas en salas especiales de Wewelsburg. Allí debería guardarse el Arca de la Alianza, la Lanza de Longinos o el Santo Grial.

Con ellas el III Reich no temería a nada en el mundo porque ¿qué podría hacer cualquier ejército contra el poder emanado de Dios?

La Ahnenerbe y la búsqueda de reliquias

Terminada la guerra, los aliados removieron hasta el último confín del antiguo imperio nazi para capturar a los dirigentes responsables de crímenes de guerra.

El 11 de mayo los rusos detuvieron en Berlín al ministro de Economía, Walther Funk, y días más tarde al responsable de Trabajo, Fritz Sauckel, y al de la Guerra, Gustav Krupp.

Casi todos intentaron pasar desapercibidos ocultando su identidad bajo un disfraz, como Julius Streicher, que se hacía pasar por pintor, o el jefe del servicio de trabajo, Robert Ley, que se ocultó como médico rural en los montes de Baviera. Pero el más insigne de todos fue Himmler, capturado en un control británico por el que intentaba pasar con documentación falsa y un parche en el ojo.

El jefe de las SS se suicidó en la noche del 23 de mayo de 1945 mordiendo una ampolla de cianuro potásico que ocultaba en la boca.

Con su muerte desapareció el más fiel seguidor de las ciencias ocultas dentro del nazismo. Baste decir que él mismo se consideraba la reencarnación de Enrique el Cazador, fundador de la casa real de Sajonia y muerto en 936. Lo admiraba por haber conseguido unificar los territorios germánicos y porque en sus manos descansó la

Lanza del Destino, una de las piezas más codiciadas por Hitler.

Quizá por ese deseo, a Himmler se le ocurrió crear una sección de estudios esotéricos llamada Ahnenerbe, que en español se ha traducido como Sociedad para la Investigación y la Enseñanza de la Herencia Ancestral, aunque también se la conoce como la Sociedad de Estudios para la Historia Antigua del Espíritu.

Se fundó el 1 de julio de 1935 con una misión clara: conseguir cualquier reliquia que contribuyera a ganar la guerra. Himmler creía firmemente en el poder de las reliquias. Relatos bíblicos como el referente al Arca de la Alianza le inducían a ese pensamiento: «Durante seis días, los 40.000 hombres que formaban el potente ejército dieron vueltas a la ciudad, conducidos por los sacerdotes que llevaban el Arca de la Alianza. Y las murallas se derrumbaron.»

Esta es la descripción que sobre la caída de Jericó realiza la Biblia donde se demuestra el poder del Arca, una de las reliquias más buscadas por la Ahnenerbe. Pero la Ahnenerbe no se creó sólo para este cometido. Con ella también se pretendía investigar el alcance y el espíritu de la raza germánica o estudiar y rescatar las tradiciones y los mitos propios para difundirlos entre la población.

La Ahnenerbe se construyó como un auténtico departamento cultural universitario. Poseía una sección de lingüística, otra de simbología, de danzas populares y leyendas, una de arqueología germánica, sobre la que recayó la tarea de realizar excavaciones para localizar los objetos de poder más importantes de cada religión... así hasta alcanzar el número de 43.

Contaron con la colaboración de ilustres académicos, filósofos e intelectuales y todo cuanto se investigaba se calificaba como «asunto secreto del Reich».

La sede de tan «ilustre» centro cultural se instaló en Waischenfeld. Ya antes había disfrutado de otro emplazamiento, pero los cada vez más constantes bombardeos y el avance de las tropas aliadas acabó trasladando la central a este paraje.

Cuando por fin llegaron los soldados soviéticos, Himmler ordenó la quema de todos los documentos, especialmente los referentes al ámbito arqueológico. Pero la orden no pudo ejecutarse totalmente por el gran volumen de lo archivado, y el contenido de la mayor parte de los informes salvados permanece aún en silencio. Otros documentos fueron incautados en diferentes lugares y su análisis demuestra que la búsqueda de las reliquias fue una realidad más allá de la pura imaginación de un grupo de oscurantistas y soñadores fanáticos.

El objeto más deseado fue sin duda la Lanza de Longinos. Su origen se encuentra en el Evangelio de san Juan, donde se relata cómo un soldado romano, llamado Longinos, traspasó con ella el cuerpo de Cristo cuando éste agonizaba en la cruz.

En la época de Hitler, y aún hoy, existían cuatro lanzas que se disputaban el honor de ser la verdadera. La primera se guarda en el Vaticano junto a la Verónica, la segunda se encuentra en Cracovia, la tercera en París desde la última cruzada, y la cuarta se custodia en el museo del palacio Hofburg de Viena.

Sobre esta última recayeron todas las miradas de la Ahnenerbe al considerarla la verdadera. Esta lanza tenía una genealogía bien delimitada, e ilustres personajes la habían sostenido en batallas cruciales. De hecho, la leyenda dicta que quien posea esta arma jamás perderá una contienda por los poderes sobrenaturales que confiere a su dueño. La misma leyenda sigue contando cómo el emperador Constantino la

portaba en la batalla de Puente Milvio en la que derrotó a su enemigo Magencio después de que la cruz de Cristo se le apareciera en el cielo. También la blandió el líder franco Carlos Martel frente a los árabes y Carlomagno en el siglo IX, que no se despendió de ella durante 47 batallas gloriosas.

Desde ese momento la lanza se entroncó con el pasado germano al recibirla Enrique el Cazador, fundador de la casa real de Sajonia, y más tarde Federico Barbarroja.

El lado oscuro de la creencia decía que cuando su poseedor perdiese la lanza, éste moriría inexorablemente. Y así había ocurrido al menos en los casos de Carlomagno y Barbarroja.

Hitler ya conocía esta tradición desde pequeño, cuando visitaba el museo de Viena y la observaba soñando con blandirla algún día. Ese momento llegó en marzo de 1938. El canciller austriaco se plegó a los deseos de Hitler, y su país se incorporó al III Reich. De las primeras medidas que se adoptaron fue la de trasladar la Lanza del Destino al museo de la guerra en la cripta de Santa Catalina de Nuremberg.

La reliquia tuvo siempre la vigilancia constante de un grupo de elite de las SS y sólo podía ser visitada por personal tan selecto como los miembros de la Sociedad Thule.

Curiosamente, en el momento en que Hitler poseyó la lanza sus ejércitos comenzaron a conquistar el mundo a sangre y fuego. Y más curioso aún resultó que cuando los aliados entraron en el lugar que albergaba la reliquia, a cientos de kilómetros de distancia el Führer se suicidaba de un disparo en la boca. Era el 30 de abril de 1945, la noche de Walpurgis.

La Lanza de Longinos se convirtió en un elemento importantísimo no sólo por las creencias que circulaban en torno suyo, sino también por ser la única reliquia relevante que consiguieron capturar los emisarios de Himmler.

Si se da crédito a la información publicada en el diario ruso *Pravda* en noviembre de 2002, agentes de la Ahnenerbe viajaron hasta Sudamérica para hacerse con las llamadas «Calaveras de la Diosa de la Muerte». Unos cráneos de cristal descubiertos en 1927 por una expedición británica encabezada por el famoso arqueólogo Albert Michell.

Los objetos permanecieron ocultos en la selva durante décadas, hasta que la expedición localizó una perdida ciudad maya en la península del Yucatán con una curiosa pirámide y un fabuloso anfiteatro.

La noticia del descubrimiento debió llegar hasta Alemania y rápidamente se encargó a un hombre llamado Karl Maria Willigut capturar las piezas que la Ahnenerbe entroncaba con los restos de la Atlántida. Pero la misión fracasó, y los agentes nazis fueron capturados. Gracias a los interrogatorios a los que se les sometió conocemos hoy este apasionante episodio.

Más importante que las Calaveras de Cristal parecía ser la llamada Piedra del Destino. También conocida como la «Piedra de Scone» o «Silla Fatal», sobre ella fueron coronados todos los monarcas ingleses desde fines del siglo XIII.

Hoy, esta piedra arenisca de 200 kilogramos se custodia en la abadía escocesa de Scone, aunque durante muchos años permaneció en la de Westminster. Los británicos la consideran el objeto talismán más poderoso de las islas, pero sus orígenes son mucho más lejanos y diversos. Se cree que es la piedra sobre la que Jacob recostó su cabeza teniendo la visión de la escalera que ascendía al cielo y de la que Moisés hizo brotar agua durante su peregrinación por el desierto.

De Egipto, la reliquia pasó a Jerusalén siendo utilizada como pedestal para el Arca de la Alianza y como elemen-

to de coronación para los reyes de Israel. Posteriormente se trasladó a España y de ahí a Irlanda y a Escocia donde sirvió para que 34 reyes escoceses tomaran posesión de su cargo sentados en ella. Eduardo I la robó en 1296 llevándola a su actual paradero. Una inscripción, que se cree poseía la piedra en latín, decía lo siguiente: «El destino ha designado que doquiera encuentren los escoceses esta piedra, ahí ocuparán ellos el trono.» Lo que se desprende de estas palabras es que el objeto se ligaba íntimamente con el destino del país que la poseyera. Y eso fue suficiente para que los nazis se fijaran en ella.

También pesó mucho la táctica psicológica de privar a los británicos de tan poderoso talismán, porque la leyenda transmitía poderes sobrehumanos a la nación en la que residiera. Los ingleses sabían de tal intención y se organizó una misión absolutamente secreta que consiguió salvaguardar el objeto.

Más ahínco puso la Ahnenerbe en dar con el paradero del Arca de la Alianza. La reliquia más poderosa del antiguo Israel. No en vano fue Dios quien ordenó la construcción según sus propios criterios. La Biblia la describe como una caja rectangular de madera de acacia recubierta de oro, flanqueada en cada extremo por dos querubines. En su interior se guardaban las dos tablas con los Diez Mandamientos, el maná en un jarrón de oro, la vara de Aarón y un libro de la Ley.

El Arca simbolizaba la unión con Dios y era un potente talismán en la batalla. Su fuerza parecía ser tan descomunal que debía ser envuelta en velos antes de ser levantada, ya que el mero hecho de tocarla provocaba la muerte repentina y constantemente emitía un leve resplandor que se consideraba una muestra del poder divino.

Sólo podía acercarse a ella el Sumo Sacerdote y única-

mente una vez al año, en el Día de la Expiación. En más de una ocasión fue robada por los enemigos de Israel, pero siempre acababa siendo devuelta porque donde quiera que fuera llevada ocurrían desastres que sólo se aplacaban si era entregada de nuevo al pueblo de Israel.

La última ubicación conocida habla del Templo de Salomón, pudiendo haber sido robada por el emperador Títo y transportada a Roma, pero ese dato nunca pudo ser comprobado.

Los nazis siguieron esa pista y recalaron en diversas zonas de Oriente Medio dispuestos a excavar cuanto terreno hiciera falta para conseguir la reliquia.

La búsqueda se bautizó como «Operación Trompetas de Jericó» y contó con la participación de eminentes arqueólogos, teólogos, historiadores... y un cabalista. Se perseguía un objeto tan sumamente peligroso que sólo un judío podía manipularlo en base al pacto celebrado por Dios con Moisés. Himmler creyó salvar ese impedimento contratando los servicios de un cabalista judío encerrado en el campo de concentración de Auschwitz quien aceptó colaborar a cambio de la libertad para toda su familia.

Se dice que el cabalista recaló en España, en la comunidad judía de Toledo donde aún se guardaba el secreto del verdadero nombre de Dios, la llave necesaria para abrir el Arca. Después desaparecerían del Museo Arqueológico Nacional unas piezas traídas desde Egipto en 1871 para ser entregadas al jefe del espionaje de Hitler, Wilhelm Canaris y en cuestión de semanas, arqueólogos de la Ahnenerbe ya excavaban en alguna zona del norte de Egipto bajo la dirección de Herbert Braum.

En este punto la historia se pierde sin saber si se dio con la pista correcta, aunque la derrota en la guerra hace pensar que no fue así. Donde no erraron los nazis fue al

no decantarse por un único camino y seguir otros indicios como el que les llevó hasta un cementerio de Túnez donde se creía que los templarios podían haber enterrado el Arca tras llevársela del Templo de Salomón.

Aún hoy su paradero sigue siendo un misterio. Como lo es el del Santo Grial y la verdadera naturaleza del cáliz. El símbolo del Grial comenzó a ser conocido en el año 1190 con el relato el *Conte del Graal* del poeta francés Chrétien de Troyes. En sus páginas se cuenta la historia del joven Parsifal, de la corte del rey Arturo y de Merlín el mago. Pero el centro del relato se reserva al Grial describiéndolo como una copa labrada en oro puro refinado con engaste de piedras preciosas.

Desde entonces, diversos eruditos se interesan por la figura de la copa enlazándola con la tradición cristiana. No en vano, una de las interpretaciones que se le otorga es el de recipiente, concretamente aquel que fue utilizado por Cristo para la Eucaristía y en el que posteriormente José de Arimatea recogió la sangre del Maestro mientras moría en la cruz. Tras la crucifixión, José recibirá el cometido de llevar el cáliz hasta Occidente para poder haber acabado siendo custodiado en la abadía de Glastonbury, sede también de la tumba del rey Arturo. En el año 1191 se descubrieron unas tumbas en este lugar que se creyeron pudieran ser las de Arturo y Ginebra, con lo que la leyenda del Grial recobró aún más fuerza.

Otras historias relacionadas con el objeto lo identifican como un plato, una joya y un caldero de curación, e incluso hoy en día se habla de que realmente simbolizaría la sangre real, es decir, la descendencia del linaje de Cristo al pensarse que antes de morir pudo haber tenido hijos con María Magdalena.

Para los nazis la representación del Grial era la de un objeto de poder semejante al del Arca, y al igual que con

ella, la Ahnenerbe no escatimó esfuerzos en dar con su paradero.

Al mando de la búsqueda se situó Otto Rahn, especialista en Filología e Historia Medieval. Al terminar sus estudios, Rahn defendió su tesis doctoral centrada en la herejía cátaro-albigense cuyos miembros, se pensaba, eran herederos de la tradición griática. Por esta razón, cuando se le encomendó la misión de su vida, el primer lugar que decidió visitar fue el sur de Francia, la Provenza. Allí estudió a conciencia los restos del castillo de Montségur, último refugio de los cátaros antes de ser masacrados por los soldados de Enrique IV y del papa Inocencio III a comienzos del siglo XIII.

En el país cátaro recogió numerosas leyendas locales que versaban sobre el Grial, pero ninguna pista fiable sobre su paradero a excepción de la mención de unas cuevas cercanas donde los cátaros realizaban sus ceremonias y donde podían haber guardado sus tesoros, incluido en Grial. En toda la zona se respiraba el ambiente del Sagrado Cáliz, como en el monasterio de San Juan de la Peña, a escasos kilómetros, del que se asegura se convirtió en otro de sus refugios. Los relatos de los pastores y lugareños empezaban a cobrar sentido, y con esa información, Otto Rahn pidió ayuda a Himmler y a Rosenberg.

Una vez analizados los descubrimientos, los dos jerarcas le conceden los medios necesarios para investigar el terreno. Rahn se centra primeramente en las cuevas del Eremita y Fontanet donde se encuentran símbolos tallados en piedra relativos al Grial. Pero de la pieza ni rastro.

Rahn no pudo avanzar más porque murió el 13 de marzo de 1939 practicando un oscuro ritual albigense llamado la *endura*, en el que se simulaba una especie de suicidio. Otras versiones hablan de que todo fue una estrategia

para trabajar con la inteligencia nazi y que su verdadero fallecimiento se produjo en 1975.

Quien no cejó en la búsqueda fue el propio Himmler. El 23 de octubre de 1940 llegó a Barcelona con la intención de visitar el monasterio de Montserrat. Allí fue recibido por el padre Ripoll. Himmler deseaba ante todo recorrer las galerías subterráneas del monasterio, vedadas incluso a los propios monjes, porque sabía que en ellas podía guardarse la reliquia que tanto anhelaba y otros muchos misterios. Pero su deseo no se cumplió y Himmler retornó a Alemania frustrado por la negativa de los monjes.

¿Consiguieron los nazis encontrar finalmente el Grial y el resto de reliquias que tanto deseaban? Algunos investigadores creen que sí. No hay que olvidar que enviados de la Ahnenerbe viajaron incluso al remoto Tíbet para localizar el paradero de la mítica ciudad de Shambala.

De aquellos viajes se trajeron objetos, rituales, libros, figuras... que conformaron lo que se conoció como el tesoro de la Orden Negra, nombre que Himmler daba a su más estrecho círculo de colaboradores de las SS.

¿Cuál es su actual paradero de haber existido? Una pista la tenemos en un inquietante hecho acontecido presumiblemente el 2 de mayo de 1945. Ese día, un convoy se interna en la región alpina de Aussee llegando una semana más tarde al pie del monte Zillertal. Siguiendo un programa prefijado, todos los integrantes del convoy se dispersan, a excepción de un selecto grupo que realiza una ceremonia en mitad de la noche.

Después habrían llevado el tesoro de la Orden Negra hasta lo alto de un glaciar para enterrarlo en los hielos perpetuos donde aún esperaría hoy ser rescatado por los descendientes ideológicos del nazismo.

Símbolos de terror para un Reich inmortal

Alois Hitler llegó con puntualidad a su boda. Eran las seis de la mañana del 7 de enero de 1885 y la ceremonia debía desarrollarse con rapidez, ya que no podía entrar al trabajo más tarde de las siete. Su esposa, Klara Pölzl, mujer alta y de ojos azules, no hizo ninguna objeción. Sabía que su marido era un hombre trabajador, funcionario del Estado sin estudios superiores lo que le obligaba a esforzarse para escalar puestos.

La celebración del enlace se trasladó a la noche y consistió en una cena reservada para unos pocos invitados. Cuatro años más tarde, el 20 de abril, nacería Adolf, el cuarto de seis hermanos, aunque los tres precedentes ya habían fallecido antes de llegar a los dos años de edad.

Tal desgracia desarrolló en Klara un instinto de protección desmesurada hacia Adolf, que chocaba con la exigencia y el autoritarismo de Alois. En lo que ambos coincidieron fue en dar a su hijo una educación religiosa.

Los continuos traslados del cabeza de familia obligaban a la familia a seguirle en sus destinos. Se trataba de estancias temporales, en las que Adolf apenas tenía tiempo para cimentar amistades. En cambio, desarrolló un extraordinario sentido de la observación que forjaría su carácter para siempre.

A la ciudad alemana de Passau llegó con tres años y salió a los seis. Allí adquirió el acento bávaro que nunca perdería y comenzó a sentir pasión por la cultura del país, la misma que años después transmitiría en cada uno de sus discursos.

No tuvo tiempo para más. Otro traslado a la aldea de Hafeld obligó al niño a pasar del ambiente urbano al rural. Comenzaba, además, la escuela. La vida en Hafeld

era dura, marcada por las estaciones y la lejanía de cualquier núcleo urbano. Todo influyó para que dos años más tarde la familia se trasladara a la ciudad de Lambach.

Con ocho años de edad, Adolf fue matriculado en la escuela regentada por los monjes benedictinos. Durante las ceremonias religiosas que tanto le impresionaban, sus ojos observadores seguramente se fijaron en un extraño símbolo que decoraba un escudo de armas y que se repetía en diversas partes del monasterio. Dos líneas con ángulos rectos entrecruzados: la cruz gamada.

Originaria de Oriente, había sido traída al lugar por el abad Teodorich von Hagen y Adolf la veía con ojos de misterio. Un nuevo traslado llevó a los Hitler al pueblo de Leonding, cerca de Linz. Adolf ya no volvió al monasterio, pero la imagen quedó grabada en su mente. Tanto, que años más tarde se convertiría en el símbolo oficial del partido nazi.

Durante la creación del nacionalsocialismo sus dirigentes llegaron a la conclusión de que era imprescindible dotar al nuevo movimiento de una parafernalia y simbología propias. Se debían incorporar símbolos, imágenes, mensajes cortos y pegadizos que dieran fuerza al partido.

En la tarea influyó poderosamente la imaginación y los conocimientos propagandísticos de Goebbels, pero también las creencias místicas de hombres como Himmler, Hess y el propio Hitler. Frases como la del «Reich de los mil años» o su simbología plagada de calaveras, cruces y runas demuestran un uso del ocultismo al servicio de los nazis.

Se sabía del poder mágico que los antiguos escandinavos y germanos daban a esos elementos, especialmente a las runas, y el nazismo intentó adquirir esa misma fuerza en provecho propio.

El símbolo más importante sin ningún género de dudas fue la esvástica, también llamada cruz gamada por su parecido con la letra griega *gamma*. Su verdadero origen se remonta a la Prehistoria cuando los grupos humanos la utilizaban como talismán protector frente a los malos espíritus. Las migraciones la llevaron consigo a zonas de Oriente, donde se instaló con fuerza. En China se la consideró como representación de la longevidad, en Japón de la fortuna y el poder, y en la India se asociaba a la luz y la vida.

También los germanos la emplearon para representar al dios del trueno, Thor. Incluso los vascos la modificaron con el tiempo dando lugar al *lauburu* —cuatro cabezas—, símbolo que puede verse en las puertas o ventanas de las casas y en estelas funerarias. Como no podía ser menos, los romanos la incorporaron a su cultura, fijándola en sus estandartes para proteger a las legiones en el campo de batalla.

Todos estos antecedentes eran conocidos por Hitler, que se apropió de un símbolo de luz y bonanza para convertirlo en la imagen del terror y la oscuridad, en «el significado de la lucha por la victoria del hombre ario», como dejó escrito en su *Mein Kampf*.

Su primera puesta en escena llegó el 26 de enero de 1923 cuando 5.000 jóvenes vestidos con el uniforme del partido enarbolaron 50 banderas gigantescas diseñadas por el propio Hitler. «Después de innumerables ensayos hallé, por fin, la fórmula definitiva: una bandera de fondo rojo, atravesada por una banda blanca que en el medio luciera una cruz gamada negra», dejó escrito en sus memorias.

Según comentó a los asistentes, el rojo simbolizaba la sangre de la patria, el blanco la fuerza y la pureza nacional, y la esvástica la lucha mortal por la victoria del hom-

bre ario. Desde ese instante, la bandera nazi presidió todas las ceremonias del partido dotándola de un poder casi religioso.

Pero había una que sobresalía por encima del resto, la llamada Bandera de la Sangre. Su origen es bastante prosaico. El 9 de noviembre de 1923, Hitler y sus seguidores dan un golpe de Estado en Munich conocido como el «Putsch de la cervecería», por ser ese el lugar —la cervecería Bürgerbräukeller— donde organizaron el intento y desde donde comenzaron a ejecutarlo.

Cuando marchaban por una calle con sus banderas ondeando, la policía disparó sin miramientos sobre los manifestantes. Sesenta personas murieron, algunos de los cuales se encontraban al lado de Hitler y la bandera que marchaba al frente quedó impregnada de sangre. Desde ese instante, el estandarte se convirtió en la reliquia nazi más importante.

Junto a ella, el otro elemento más conocido es el que representaba a las SS, dos runas de la cultura escandinava traídas al partido para dotarle nuevamente de un poder sobrehumano. Concretamente se trataba de la runa Sieg, asociada con la victoria y que pasó a convertirse en el emblema de las juventudes hitlerianas y de las SS.

Las culturas que creían en la fuerza mágica de las runas fueron aquellas que se instalaron en el norte de Europa, en Alemania, Islandia y la Italia alpina. Runa significa secreto, y para aquellas civilizaciones eran un método adivinatorio. Los símbolos rúnicos se grababan en piedras que al arrojarlas contra el suelo unas contra otras mostraban los acontecimientos que estaban por llegar.

Pero las runas eran algo más. Cada una de ellas poseía un sonido oculto que sólo los magos sabían reproducir y descifrar. Un lenguaje propio y mágico capaz de conjurar

tormentas y curar enfermedades, y de otorgar a todo aquel que la llevase en su cuerpo sabiduría, valor y prosperidad.

Wagner recurrió en muchas de sus óperas a estos elementos de poder, como en el famoso *Anillo de los nibelungos*, y Hitler, fiel seguidor del compositor, quedó fascinado por tal mitología. Aún más cuando averiguó que los antiguos teutones grababan las runas precisas en sus espadas antes de entrar en batalla.

Tal fue la implantación del sistema rúnico en la estructura nazi, que los oficiales de las SS estaban obligados a estudiar y conocer el origen de su símbolo. Al tiempo, incluso las cruces cristianas de los cementerios donde se enterraban a miembros del partido fueron sustituidas por la runa Man, símbolo de la muerte.

El uniforme de las SS comprendía otro elemento de poder bautizado como «el anillo del honor». Se representaba por medio de una calavera, acompañada de la runa Heil y la firma tallada de Himmler en el anverso.

El anillo no podía poseerlo cualquier persona. Se reservaba para aquellos que se hacían acreedores a él por méritos personales. Parece ser que eran muchos los que deseaban engarzarlo en su mano ya que se hizo correr el rumor de que quien lo portaba veía incrementado su valor gracias a los poderes psíquicos que se le otorgaban. El único requisito consistía en no perderlo, obligando a su dueño a llevarlo consigo hasta el momento de la muerte.

Un anillo semejante fue utilizado por los generales romanos como símbolo de autoridad. Y es que Hitler nunca paró de beber de esta cultura a la que admiraba por el gran imperio que llegó a crear, por la organización de sus ejércitos, por su espíritu de lucha y la inflexibilidad con la que dominó casi todo el mundo conocido.

De ellos extrajo otro símbolo: el águila. Ésta represen-

taba en Roma la fuerza y el dominio. Con su traslación a los estandartes, querían infundir respeto y miedo entre los adversarios, el mismo que el propio animal inspiraba en el resto de aves cuando batía sus alas en vuelo.

De Roma, el águila pasó a convertirse en emblema de los pueblos visigodos, autoproclamados herederos del Imperio romano. Desde entonces los grandes generales se identificaron con este animal incorporándolo a sus escudos de armas. Así lo hizo Napoleón, Mussolini, el propio gobierno estadounidense en clara alusión al nuevo imperio que empezaban a liderar desde comienzos del siglo XX, y el general Franco, que compartía con Hitler su creencia en el poder de las reliquias.

Franco busca sus fuentes de poder

Con la subida de Franco al poder, el Vaticano vio un fuerte aliado para combatir los fascismos que avanzaban sin freno. Porque, a diferencia del resto de dictadores europeos, el español había dado muestras de una profunda religiosidad. En Alemania se perseguía el catolicismo y en Italia Mussolini había conseguido firmar un concordato que posibilitaba una convivencia pacífica con el Vaticano, pero sin una garantía de futuro.

El entonces papa Pío XI fijó inmediatamente sus miras en España y, poco después de que Franco proclamara su victoria, emitía un comunicado en el que declaraba reconocer como legítimo el nuevo gobierno.

No era para menos. La Guerra Civil destapó odios en ambos bandos que llevaron a una espiral de locura en la que decenas de curas y monjas murieron fusilados por las tropas republicanas. Claro que los franquistas no se quedaron

quietos, ni mucho menos, y también perpetraron matanzas como la de Badajoz, en la que varios cientos de personas fueron ejecutadas y sus cuerpos abandonados en la carretera a lo largo de kilómetros.

Franco siempre utilizó la religión como bandera de la contienda. Al igual que Hitler, él también se consideraba un elegido de la providencia, el nuevo caudillo de España que cambiaba la ancestral lucha contra los moros por la lucha contra los rojos. Hasta el punto de que en muchos cuadros y estatuas se le representaba como un caballero medieval, como un cruzado o incluso como el apóstol Santiago. Él ya lo había dicho: «Estamos viviendo una cruzada contra las fuerzas marxistas y judeomasónicas.»

En lo que los historiadores no se ponen de acuerdo es en hasta qué punto la religiosidad de Franco era sincera o interesada. Quedaba patente que el clero había trabajado mucho en favor de las tropas nacionales dando cobijo a los heridos, denunciando a los republicanos, pasando información confidencial, cediendo sus tierras y monasterios a la causa franquista... pero siempre tomando al general como adalid de su causa. Y, sin embargo, Franco fue siempre Franco. Su mente de estadista le obligaba a utilizar los recursos que tenía a su alcance para conseguir sus fines personales en beneficio del Estado. Y dentro de esos recursos se encontraba la Iglesia católica.

Aun así, nunca se alejó de su brazo. España era, y sigue siendo, un feudo cristiano y él aprovechó, como ocurrió en todos los fascismos, aquellos elementos religiosos que infundieran ánimo a sus tropas y perpetuaran la apariencia de que él estaba al frente de los españoles por voluntad divina. Entre esos elementos destacaron principalmente dos: el Águila de san Juan y el Vítor.

El Águila de san Juan databa de los tiempos de la Re-

conquista y ya los Reyes Católicos la incorporaron a su escudo de armas como símbolo de gloria y fortaleza. Su nombre proviene del libro del Apocalipsis en el que se relata cómo Dios se muestra en un carro rodeado de un león, un toro, un hombre o ángel y un águila. Cada una de esas criaturas se asoció a un evangelista, correspondiéndole el águila a san Juan.

Franco rescató toda esta simbología y la adaptó a los nuevos tiempos añadiendo al escudo un disco solar, las columnas de Hércules como símbolo del fin del mundo y el yugo y las flechas, también propiedad de los Reyes Católicos, que él reconvirtió mostrándolo con cinco flechas que representarían los cinco reinos de España y un yugo atándolos en clara alusión a la unidad patria. Este escudo se convirtió en el símbolo franquista más importante y, al igual que la esvástica en el nazismo, era de obligada incorporación en todas las banderas nacionales.

Junto al águila, el franquismo utilizó el vitor. Fue éste un elemento plagado de connotaciones esotéricas y del que aún se desconoce su verdadero origen, aunque algunos estudiosos mencionan el nombre de Corintio Hazá, un cabalista judío que pudo haber diseñado el símbolo exclusivamente para Franco con el fin de que le sirviera como talismán en la guerra. Parece ser que en África el sefardita predijo al general la guerra que se avecinaba y su futuro papel de líder en la sublevación nacional. Como ambas profecías se cumplieron, cualquier frase u objeto que procediera desde entonces de Hazá poseía connotaciones especiales para Franco.

En el vitor destaca la *tau*, que siempre se asoció a la energía necesaria para iniciar el camino a Dios, la luz; y el martillo de Thor, dios escandinavo símbolo de la fuerza. Todo el conjunto forma una gigantesca V, evocadora de la victoria conseguida en la Guerra Civil. Junto a estos ele-

mentos pueden verse otros como la punta de una flecha, cruces y la luna.

Pero lo más interesante es observar hasta qué punto el caudillo creyó en el poder mágico de las reliquias. No como símbolos de destrucción al estilo de los nazis, sino como objetos de curación o de energía divina.

De todas las que tuvo a su alcance, Franco siempre profesó idolatría por una en especial: el brazo incorrupto de santa Teresa. Realmente se trata de una mano, la izquierda, que el general llevaba siempre consigo dentro de un relicario.

Durante sus largas etapas en el palacio de El Pardo, la urna se guardaba en el interior de un mueble situado a la derecha de la cama sobre cuyo reclinatorio rezaba todas las noches. Si Franco debía viajar por razones de estado o por vacaciones, la mano se desplazaba con él, al cuidado de su fiel sirviente Juan Cobos.

Santa Teresa falleció el 4 de octubre de 1582, cansada y extenuada tras días de viaje hasta Alba de Tormes. Fue enterrada sin embalsamar en el convento al día siguiente, en un lugar húmedo, y su cuerpo fue tapado con piedras y cal. Desde los primeros días las religiosas afirmaron sentir una fragancia perfumada que provenía del ataúd y cuando se exhumó el cuerpo, éste se encontraba sin corrupción alguna a excepción del moho de los vestidos.

Fue el propio exhumador, el padre Gerónimo Gracián, quien amputó la mano izquierda y la llevó de hurtadillas al convento carmelita de Ávila donde se produjeron supuestos milagros desde su llegada.

De España la mano viajó a Lisboa, de donde regresó en 1910 huyendo de la república. Así hasta el 29 de agosto de 1936 cuando milicianos republicanos saquearon el convento de las carmelitas de Ronda y se llevaron a Málaga la reliquia.

El cerco de las tropas franquistas a la ciudad y algún soborno que otro posibilitó que Franco recibiera en su despacho de Salamanca la mano incorrupta. Aunque las monjas se enteraron por la prensa de la recuperación y escribieron al caudillo solicitando la devolución de su reliquia, jamás la volvieron a custodiar.

Era tanta la devoción que Franco profesaba por este objeto, que siempre pensó que santa Teresa le había ayudado en la toma de Madrid ocurrida el 28 de marzo, casualmente el día del aniversario de la santa.

España siempre se caracterizó por la abundancia de reliquias. El ejemplo más carismático es el de Felipe II. Bajo su reinado se vivió una pasión por los fenómenos sobrenaturales, lo que contribuyó a expandir la leyenda negra de su corte, aunque tan oscura no debió ser si a la época en la que vivió el monarca se le conoce históricamente como el Siglo de Oro.

Sí es cierto que en los siglos XVI y XVII las herejías y supersticiones afloraron en la sociedad producto de los grandes cambios que se estaban produciendo. Y en este panorama, Felipe II fue hijo de su tiempo. Se cuenta que el monarca llegó a guardar 7.420 reliquias en las dependencias de El Escorial.

Beneficiado por los amplios territorios que España poseía en aquel momento y por su parentesco con la familia Habsburgo, Felipe II fue recogiendo las reliquias cristianas diseminadas por Flandes, Alemania, Italia, Dinamarca, Portugal... En unos armarios dispuestos cerca de los aposentos del rey se guardaron dedos, huesos, maderas, lanzas, cabellos, miembros incorruptos, vestidos, telas... incluso partes del *lignum crucis*.

Extrañamente, Franco no utilizó ese tremendo archivo de reliquias y sí se lanzó a la búsqueda de otras como la Cruz de la Victoria. Según una mezcla de historia y leyen-

da, cuando los visigodos fueron derrotados por las tropas árabes en la batalla de Guadalete, un grupo de irreductibles se cobijó en las agrestes tierras asturianas para reorganizarse y continuar desde allí la lucha contra el invasor.

Muerto el rey Rodrigo se erigió como nuevo líder Pelayo, hijo del duque cántabro Fafila. La base de operaciones se estableció en el monte Auseva y en la cueva de la Señora, la actual Covadonga. Y fue aquí donde se cuenta que Pelayo observó en el cielo una cruz rodeada de luz en la que podía leerse claramente: «Se vence al enemigo con el signo de la cruz.»

Acto seguido unió dos ramas de roble construyendo una cruz que se convirtió en el estandarte de su mermado ejército. Con ella se enfrentó a las tropas árabes el 28 de mayo de 722 derrotándolas con la ayuda divina, ya que se dice las flechas lanzadas por los moros se volvían contra ellos e incluso parte de los montes cercanos se derrumbaron sepultando a los que aún quedaban con vida.

Fue la primera derrota sarracena en un siglo de conquistas y supuso la coronación de Pelayo como rey de los astures. Comenzaba la Reconquista en la que los sucesivos monarcas de Asturias, León y Castilla portarían siempre consigo la venerada cruz en los campos de batalla durante su camino hacia el sur.

Franco conocía esta historia, al igual que sabía que Alfonso III había ordenado recubrir la de oro y piedras preciosas para protegerla del paso del tiempo. Ya en su poder, el dictador no dudó en levantarla en público, como en la jornada del 5 de septiembre de 1942, cuando miles de ovetenses le vieron desfilar al frente de una comitiva formada por miles de personas, con la Cruz de la Victoria entre las manos en dirección a la catedral. El gesto fue un símbolo. Franco quería mostrarse como el heredero de Pelayo, el ada-

lid de la nueva cruzada anticomunista, el caudillo sacrificado sobre el que Dios había depositado su confianza.

En aquella extraña comitiva viajaban también otras reliquias guardadas en arquetas ricamente decoradas. Destacaban los restos de los santos niños mártires Eulogio, Lucrecia, Serrano y Julián; las reliquias de san Vicente y las cenizas de santa Eulalia de Mérida. ¡Incluso el Santo Sudario de Oviedo!

La conjunción de tanta reliquia demuestra que Franco creyó en el poder que se otorgaba a estos objetos y que aquel día fue un momento importante para su persona.

Sin embargo, en aquellas arquetas faltaba un elemento que tampoco escapó a sus manos. Se sabe que al fin de la contienda, el arzobispo de Valencia narró al general la historia del Santo Grial que presumiblemente se guardaba en la catedral de la ciudad.

Hasta allí había llegado desde el monasterio de San Juan de la Peña huyendo de las invasiones árabes y napoleónicas tras pasar por Zaragoza y Montserrat, lo que concuerda con la visita realizada por Himmler a la montaña sagrada al comienzo de la II Guerra Mundial.

La copa puede verse aún hoy y está formada por tres piezas de diferentes procedencias. Una es la envoltura metálica del siglo XIV que lleva engarzada la pedrería y la orfebrería, la segunda es la piedra que sirve como base y que procede del Califato de Córdoba del siglo X, y la tercera, la más misteriosa, es la pieza superior: un vaso marrón confeccionado en piedra de ágata cuya antigüedad ha sido fechada en torno al siglo I ó II antes de Cristo. Ese dato habilita al cáliz de Valencia como candidato a convertirse en el verdadero Santo Grial.

Parte de estos datos fueron narrados por el arzobispo en aquella conversación, y tanto fervor puso el religioso en

su crónica o tanto fue el deseo de Franco de hacerse con la copa, que en un momento dado gritó: «¡Enseñad el Santo Grial!»

Su orden se convirtió rápidamente en realidad ya que, en 1959, el Santo Grial pudo verse en una procesión que recorrió todas las comarcas aragonesas para volver a ser guardado nuevamente en una capilla de la catedral.

El esoterismo en guerra

Bajo el concepto de «guerra total» se entiende el conflicto bélico que extiende la lucha en todos los frentes posibles. Sus defensores abogan por utilizar cualquier medio disponible para lograr la victoria. Ningún ámbito queda libre: el turismo, la agricultura, la navegación, los espectáculos... pueden ser utilizados como campos de batalla o como vehículos para socavar la fortaleza del enemigo.

Durante la II Guerra Mundial se vivió algo parecido. Sectores que parecían quedar ajenos al conflicto fueron utilizados para provocar el engaño y el desconcierto en las filas contrarias. Quizá uno de los más sorprendentes sea el uso del esoterismo al servicio de las centrales de inteligencia.

No es necesario remarcar que los altos jerarcas nazis eran unos apasionados seguidores de todo lo concerniente a las ciencias ocultas y que el movimiento nacionalsocialista bebió para su nacimiento de las leyendas germanas. Al margen de las creencias personales, en lo que sí coincidieron los servicios de inteligencia aliados y alemanes fue en percibir el potencial que la astrología poseía como arma de guerra.

La primera persona en averiguarlo fue el siniestro ministro de Propaganda de Hitler, Joseph Goebbels. Dentro

de su perversa genialidad se le ocurrió la idea de utilizar las cuartetas de Nostradamus para presentar a Hitler como un elegido y mostrar al mundo que la victoria de Alemania en la guerra ya había sido predicha con siglos de antelación. Quien creyera tales afirmaciones pensaría con lógica que era inútil proseguir con las hostilidades, ya que al estar esa victoria predicha no habría más opción que acabar con la guerra y evitar más derramamiento de sangre.

Afortunadamente los gobiernos aliados no fueron tan ingenuos y la guerra continuó hasta el fin del III Reich, pero Goebbels lo intentó. El nombre de esta novedosa táctica fue «propaganda negra».

El paso inicial consistió en la contratación de un experto en Nostradamus para que estudiara las cuartetas y las interpretara acoplándolas a las finalidades descritas. La misión recayó sobre el astrólogo Karl Ernst Kraft, quien leyendo los escritos proféticos localizó tres cuartetas en las que se hablaba de un tal Hister de Germania.

La semejanza de ese nombre con el de Hitler facilitó la manipulación del texto. Tras su lectura Hitler parecía un enviado de los dioses designado para guiar a los alemanes hacia la victoria.

Miles de octavillas con la cuarteta reinventada se repartieron por Francia intentando subir la moral entre las tropas nazis, y quién sabe si la capitulación francesa. Pero la capitulación no se produjo y la moral de la Wehrmacht tampoco creció significativamente. Quedaba claro que Goebbels debía mejorar su nueva línea de ataque.

Cuando los ingleses descubrieron qué se ocultaba en realidad tras esas octavillas decidieron iniciar su propia guerra esotérica. Se creó el SOI, sección de inteligencia británica encargada de la guerra psicológica y política. Uno de sus primeros actos fue la publicación de un libro con 50

falsas profecías de Nostradamus, en las que, claro está, se vaticinaba la victoria aliada.

Pero los hombres de Churchill fueron más allá y refinaron este campo del engaño hasta diseñar algunas de las misiones de contrainformación más sorprendentes y cautivadoras de la guerra. La idea era considerar la fe que tenían los nazis en la astrología como un punto de debilidad y transformarla en arma arrojadiza.

Con esta intención se contrataron los servicios del astrólogo Luis de Whol y del falsificador de documentos Eric Hall. Ambos colaborarían para elaborar una edición fraudulenta de *Zenit*, la más importante revista alemana de astrología.

Consiguieron crear dos números de la publicación con predicciones catastrofistas para los ejércitos alemanes y en especial para los submarinos. La intención era provocar el desconcierto, e incluso la sublevación de los soldados si llegaban a creer que, tal y como decía el panfleto, se les estaba llevando a una muerte segura. El plan era brillante, pero falló al titular la revista de una forma diferente a la original con lo que la sus contenidos carecieron de toda credibilidad.

No todo serían fracasos, el mayor éxito de la inteligencia militar fue conseguir la llegada de Rudolf Hess a suelo británico para ser detenido. Los aliados sabían de la fuerte estima que Hitler profesaba hacia la persona de Hess. Ambos se conocían desde la época de orador de cervecerías de Hitler y juntos habían alcanzado el poder.

El Führer no sólo lo veía como un amigo, sino como un compañero inteligente y valeroso, aunque en aquel 1941 comenzó a percibir signos de locura. A pesar de ello seguía siendo el segundo hombre en la sucesión después de Göring.

El 10 de mayo, Hess se subió a un bimotor *M-110* y

tras asegurar que realizaría un viaje rutinario, voló hasta Inglaterra donde se lanzó en paracaídas sobre territorio escocés para ser apresado. Nunca ha conseguido descifrarse el verdadero sentido de aquel vuelo. Se ha dicho que la pretensión de Hess era negociar el fin de la guerra, a pesar de que en ese mes las tropas alemanas habían tomado Creta y sólo dos meses antes habían hecho lo mismo con Yugoslavia y Grecia continuando en su camino a la victoria final.

Pero una nueva investigación sobre aquel hecho apunta a que realmente Hess voló engañado a la isla, víctima de un plan orquestado por el SOI. Según esta hipótesis, todo comenzó con la publicación en marzo de 1940 de un libro de Peter Fleming en el que desgranaba la idea de lo que ocurriría si Hess volaba hasta Gran Bretaña para negociar la paz. Era un guiño hacia Hitler, ya que en aquel tiempo se sabía de su deseo de lograr un entendimiento con Inglaterra para atacar a la URSS sin la necesidad de combatir en dos frentes.

Como la publicación no surtió efecto, se elaboró un segundo plan. Los británicos estaban al tanto de la afición de Hess por la astrología y a través de la familia de astrólogos Haushofer, se le comunicó la existencia de un Partido de la Paz en Gran Bretaña que estaría dispuesto a llegar a un entendimiento con Hitler si se le ayudaba a derrocar a Churchill del poder. Su contacto sería el duque de Hamilton, quien esperaba la llegada de un hombre de peso del Reich con el que poder iniciar conversaciones.

Hess y los Haushofer hablaban continuamente de temas ocultistas, por lo que la confianza en ellos era completa. Lo que desconocía es que los Haushofer eran anglófilos y estaban trabajando realmente para el SOI.

Engañado, Hess consultó a su astróloga personal, Frau

Nagenast, sobre el mejor día para realizar el viaje a Inglaterra. También ella trabajaba para los británicos y le dio la fecha dictada por el servicio secreto inglés: el 10 de mayo de 1940.

Para que el sucesor de Hitler disipara cualquier duda sobre la existencia real del Partido de la Paz, se le invitó a ceremonias ocultistas organizadas por el SOI y participó en charlas que hablaban sobre ese movimiento y del creciente odio que se empezaba a tener en Inglaterra contra los judíos.

Quizá haya que esperar para saber si esta teoría es del todo cierta, pero Hess realizó aquel vuelo y el Reich se quedó sin un hombre importante en su estructura. Cuando Hitler se enteró del apresamiento no paró de exclamar: «¡Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Ha volado a Inglaterra!»

Durante dos días no dejó de maldecir a su amigo y compañero suponiéndole víctima de un secuestro. Finalmente se difundió la versión de que Hess había despegado en un avión tras sufrir un ataque alucinatorio producto del tratamiento médico al que estaba siendo sometido. Se ignoraba su suerte.

Capítulo III

ARMAS PARA EL DOMINIO MUNDIAL

La II Guerra Mundial supuso un cambio radical en el escenario mundial. Si tras la Gran Guerra se hizo célebre la frase de que «el mundo ya jamás volvería a ser el que era», este nuevo conflicto armado hizo aún más evidente tal pensamiento.

Dos fueron las potencias beneficiadas: Estados Unidos y la Unión Soviética. Desde el mismo instante en que Berlín quedó dividida en cuatro sectores, ambos países se embarcaron en una guerra más peligrosa y escondida: la armamentística.

Todos los años se destinaban ingentes cantidades de dinero a diseñar armas más potentes, misiles capaces de dar varias veces la vuelta al mundo, lanzacohetes que orbitaran en el espacio, aviones sin piloto, radares a los que no detuviera ningún obstáculo...

Lo que se pretendía era mostrar la superioridad militar. Atemorizar al rival. La carrera fue ganada por Estados Unidos al no disponer la URSS de más dinero con el que

costearla. En realidad estaban haciendo lo mismo que hizo Hitler antes que ellos. De la II Guerra Mundial habían aprendido que la mejor protección consistía en poseer un poder sobrecogedor y el propósito de utilizarlo. Desde entonces buscaron armas con las que asegurarse el dominio mundial y, de paso, debilitar económicamente a sus contrincantes obligándoles a seguir sus pasos.

En ese aspecto Hitler fue un visionario. Los Tratados de Versalles con los que se castigó a Alemania al fin de la I Guerra Mundial eran una barrera para las ansias expansionistas del Führer. Y por eso decidió no cumplirlos.

La respuesta de los futuros países aliados tardó demasiado en llegar. Para entonces Alemania contaba con un potente ejército, con aviones que asombrarían al mundo, con carros blindados nunca vistos antes, con submarinos que revolucionaron el sector... Esto es lo que se veía, porque en la trastienda aguardaba toda una nueva generación de armamento que bien podría ser definido en su época como de ciencia ficción.

Algunos de esos aparatos no han podido aún ser superados y otros sirvieron de base para las armas modernas. Hitler lo sabía: quien tuviera la fuerza, sería el amo del mundo.

Sueños de dominación

Los sueños de victoria que el pueblo alemán había demostrado a lo largo de la I Guerra Mundial desaparecieron el 8 de noviembre de 1918, cuando una delegación civil y dos militares de segundo rango firmaron el armisticio.

Hitler conoció el hecho aún convaleciente en el hospital de Pasewalk. El 14 de octubre su unidad había partici-

pado en un ataque perpetrado con granadas de cloro gaseoso, lo que le había originado una ceguera temporal.

«La noche cayó ante mis ojos y a tientas, a tropezones, regresé al dormitorio y hundí mi cabeza ardiente bajo la manta y la almohada». De esta forma tan poética relató el momento en el que se enteró de la noticia. Seguramente no fuera tal y como lo cuenta, ya que el armisticio fue dado a conocer poco a poco y, además, Hitler era tendente a la exageración y al victimismo, dos cualidades que emplearía desde el inicio de su carrera política para atraerse las simpatías del pueblo a su causa.

El Tratado de Versalles fue un castigo demasiado duro para la Alemania vencida, pero no capitulada. Francia recuperaba Alsacia y Lorena, se imponía la desmilitarización de la margen izquierda del Rin a su paso por el país, Polonia recibía amplios territorios teutones, y no sólo eso, sino que por su condición de perdedor y causante del conflicto debía costear todas las reparaciones de guerra.

En el plano militar se disolvía su Estado Mayor, la aviación desaparecía por completo, al igual que los blindados y la artillería pesada. El Gobierno de Weimar se negó a aceptar tales términos, pero la amenaza de los vencedores de reiniciar las hostilidades en la medianoche del 23 de junio de 1919 provocó la aceptación definitiva seis horas antes de que se cumpliera el ultimátum.

Sin que nadie lo supiese en aquel instante, todos estos hechos germinaban en el interior del joven Adolf Hitler un deseo creciente de revancha. Comenzó a gestarse la conocida expresión «puñalada por la espalda» con la que se hacía referencia a la idea de que los comunistas, judíos y socialdemócratas habían vendido al ejército alemán. Y es que nadie podía explicarse un fin tan deshonesto, cuando tres meses antes del armisticio París había estado a punto de caer.

Sus ideales comenzaron a manifestarse mientras trabajó como agente de la inteligencia militar. Su misión consistía en eliminar a los comunistas que pretendían crear células soviéticas en el interior del ejército. Tan bien desempeñaba su cometido que fue recomendado como instructor para un campo de ex prisioneros de guerra alemanes. Allí permanecían soldados combatientes en tierras rusas. La labor de Hitler se basaba en eliminar de sus mentes cualquier posible contaminación comunista.

También aquí destacó hasta el punto de que su superior, el capitán Karl Mayr, lo calificó como «un orador nato que, por su fanatismo y el carácter directo de su argumentación, fuerza al auditorio a permanecer atento».

A fuerza de repetición, Hitler aprendió a insertar en sus discursos datos históricos más o menos veraces para dar credibilidad, comprobó el efecto que sus palabras producían en el público y averiguó que lo único que hacía a un país ganarse el respeto del mundo era su fuerza militar.

Puede decirse que desde el comienzo Hitler buscó esa fuerza a cualquier precio. Primeramente desde el interior de su país. Mientras escalaba en la vida política y dejaba atrás sus discursos de cervecería, se fue rodeando de siniestras figuras que le acompañarían hasta el fin de sus días.

Con ellos fraguó la quema del Reichstag el 27 de febrero de 1933. En aquel entonces ya ocupaba la Cancillería, y la radio y la prensa difundían sus acusaciones a los comunistas como causantes de la ruina nacional y la necesidad de implantar el servicio militar obligatorio y recuperar el poder armamentístico alemán arrebatado en el Tratado de Versalles.

Hitler buscaba esa fuerza que tanto anhelaba para la conquista de Europa. Pero antes debía ostentar el poderío único en Alemania. Por eso se incendió el Reichstag, símbolo de la libertad y la democracia que tanto odiaba.

Con la desaparición del Parlamento se convocaron elecciones para el 5 de marzo y con ellas las detenciones por motivos políticos, la creación de campos de prisioneros, la persecución y el recorte de libertades. Por cierto, fue en este punto cuando hizo acto de aparición el jefe de la Policía de Baviera, Heinrich Himmler, al que se le encargó la jefatura de las SS y la dirección del campo de Dachau, quedando su nombre adscrito para siempre al mundo carcelario.

Se cerraron periódicos contrarios al ideario nacional-socialista, se clausuraron sedes de partidos políticos y decenas de mítines acabaron siendo boicoteados. El partido de Hitler fue el más votado en las urnas, pero sin la mayoría suficiente para gobernar en solitario, por lo que tuvo que formar coalición con el Partido Nacional Alemán.

Esa contrariedad no hizo sino aumentar la represión política por medio de exilios forzados, detención de dirigentes políticos, anulación de cargos burocráticos, asalto de asociaciones religiosas y culturales. El presidente Hindenburg recibía las quejas de ciudadanos y políticos ante tanta barbarie, pero les despachaba argumentando que nada podía hacer. Mientras, Hitler anotaba los nombres de los querellantes engordando su lista negra.

El 23 de marzo de 1933 se abrió el nuevo Reichstag, pero no para devolver la democracia al pueblo, sino para otorgar la dictadura a Hitler. Rodeado por cientos de simpatizantes y miembros de las SS uniformados, los diputados votaron la llamada Ley de plenos poderes, presentada por el Partido Nacionalsocialista y por la cual se otorgaba a Hitler el papel de dirigente único.

Antes de la votación, el candidato realizó un discurso que fue vitoreado y aplaudido a gritos de «Sieg, Heil! Sieg, Heil!». Tras sus palabras se inició la votación sin contar el

hecho de que faltasen los 81 diputados comunistas encarcelados o huidos y los 19 socialdemócratas apresados o coaccionados.

Sin sus votos, Hitler fue elegido dictador de Alemania. Ya tenía la fuerza interna necesaria para alcanzar la tan ansiada fuerza internacional.

Alemania se rearma

En sus afanes de conquista, Hitler veía el rearme como la condición indispensable para conseguir el dominio mundial. La situación era complicada. Alemania había sido despojada de su poderoso ejército, y cualquier intento de recuperarlo podría causar las suspicacias de los países europeos.

Pero el dictador no estaba dispuesto a que otros gobernantes frenasen sus ansias de poder y para ello recurrió a la estrategia que tan buenos resultados le había ocasionado durante sus campañas electorales: colocarse en el papel de víctima.

Primero mostró una postura pacifista instando al resto de países a que cumpliesen los acuerdos de desarme. Al no seguir sus ruegos, Hitler denunció la situación asegurando que sólo Alemania los cumplía, lo que la colocaba en una situación de debilidad e indefensión extrema.

El sagaz y victimista orador fue consiguiendo sus objetivos. La prensa internacional se volcó dándole la razón, y más aún cuando en 1933 tomó la decisión de retirarse de la Conferencia de Desarme y de la Sociedad de Naciones. Los editoriales periodísticos acusaron al resto de países de abandono y desdén hacia Alemania.

Realmente todo formaba parte de un plan premedita-

do. Hitler no podía comenzar su rearme habiendo firmado esos tratados. Sin su pertenencia a la Sociedad de Naciones ya no habría inspectores ni obligación de rendir cuentas sobre armamento. Supo aprovechar la situación, el desdén de sus vecinos y su falta de visión política para imponer sus criterios y colocarse en la posición idónea para que Alemania volviera a la escena militar internacional.

Comenzó entonces un programa destinado a recuperar la fuerza perdida tras los Tratados de Versalles, e incluso superarla. El problema era la intensidad. Las fábricas no podían producir carros de combate o aviones en masa. Había que evitar alarmar al resto del mundo y desvelar los planes secretos que en su mente albergaba el Führer para el futuro.

Uno de los países más preocupados por la nueva situación era Polonia. El corredor de Dantzing, que más tarde reclamaría Hitler, partía a Prusia Oriental y conectaba directamente con tierras polacas. La situación se resolvió en enero de 1934, cuando los dos países firmaron un pacto de no agresión y se vislumbró la posibilidad de una alianza germano-polaca para atacar conjuntamente a la URSS.

Salvado este nuevo obstáculo, el rearme comenzó de forma lenta. Hitler optó por la política de la cal y la arena. Anunciaba que Alemania se estaba remilitarizando y a la vez discutía con el Reino Unido la posibilidad de ampliar las seguridades colectivas; aprobaba el servicio militar obligatorio pero aseguraba que lo hacía para defender el país de aquellas naciones que no cumplían los acuerdos de desarme... Por increíble que parezca nadie hizo nada. Ningún gobernante se preocupó de investigar las verdaderas pretensiones del dictador. Bastaba un repaso a las páginas del *Mein Kampf* para entender que Hitler estaba cumpliendo lo escrito años atrás. Ese único dato hubiera sido sufi-

ciente para comprender que el fin del rearme era la guerra, pero como diría el propio Hitler, «en Europa no hay solidaridad, sólo sumisión».

Quien lo vio claro fue Joseph Goebbels. En abril de 1940, poco antes de la invasión de Noruega, en un informe secreto escribió: «Hasta ahora hemos logrado dejar a oscuras al enemigo con respecto a las verdaderas metas de Alemania, así como antes de 1932 nuestros enemigos internos nunca vieron adónde íbamos, ni que nuestro juramento de lealtad no era sino un truco... Podrían habernos suprimido... Pero no, nos dejaron pasar por la zona de peligro... En 1933 un primer ministro de Francia habría tenido que decir: “El nuevo canciller del Reich es el hombre que escribió *Mein Kampf*, que dice esto y lo otro. No podemos tolerar a este hombre cerca de nosotros, ¡O bien él desaparece o nosotros nos ponemos en marcha!” Pero no lo dijeron. Nos dejaron en paz, permitiéndonos cruzar la zona de peligro, y logramos sortear todos esos escollos peligrosos. Y cuando terminamos y estuvimos mejor armados, ¡entonces ellos nos declararon la guerra!»

Estas palabras por sí solas bastan para comprender la situación irracional que se estaba viviendo. Y es que Francia y Gran Bretaña optaron por permitir el rearme porque realmente no sabían qué otra cosa hacer.

En 1935 Alemania contaba ya con una fuerza aérea y un ejército de 550.000 soldados. El presupuesto nacional destinado al nuevo ejército que se estaba creando fue del 8 por ciento en 1935, del 17 por ciento en 1938 y del 23 por ciento en 1939. Los de Francia y de Gran Bretaña juntos no alcanzaban al alemán. Es más, mientras Alemania no paraba de producir aviones, en Inglaterra esa producción siguió congelada por los acuerdos de 1932. Un incentivo extraño para que Hitler firmara un desarme bilateral

mientras Inglaterra se desarmaba unilateralmente. Sólo Churchill fue capaz de solicitar el aumento de la Real Fuerza Aérea, pero nadie en el Gobierno secundó la propuesta. El propio primer ministro Baldwin sostuvo que no había «una amenaza inmediata ante nosotros o ante nadie en este momento».

Frente a la desidia inglesa, Francia se refugió en débiles alianzas con los países del entorno germano. Pequeñas, insuficientes para pararle los pies a Hitler en el frente oriental.

A la par, Alemania seguía inyectando dinero a las fábricas de armamento dando como resultado la creación de una fuerza naval compuesta por 50 navíos y 57 submarinos; dos millones de soldados y varias unidades acorazadas compuestas por camiones, carros blindados y artillería pesada. Y lo más importante, se estaba invirtiendo en una tecnología que asombraría a las generaciones futuras.

Cuando Hitler creyó disponer de un ejército a su medida comenzó a invadir Europa. El 7 de marzo de 1936, 20.000 soldados, caballos y carros de combate cruzaron el puente Hohenzollen atravesando el Rin y ocupando la zona desmilitarizada del río. Francia y Gran Bretaña tardaron en reaccionar, más ocupados en sus asuntos domésticos que en el exterior. Finalmente, soldados franceses ocuparon posiciones en la frontera alemana. De haber atacado hubieran acabado con las fuerzas alemanas, cambiando la Historia para siempre. De hecho, el contingente alemán tenía la orden de retirarse luchando ante los primeros disparos franceses. Pero nada de eso ocurrió. Francia no atacó y Hitler vio el camino libre para proseguir con sus conquistas.

El siguiente paso sería la anexión, bajo amenazas, de Austria al territorio alemán, la incorporación de los Sudetes

con 2.800.000 checos de origen alemán... Sólo la firma del Pacto de No Agresión con la URSS el 23 de agosto de 1939 hizo ver a Europa que la guerra era inminente. Guerra que llegó el 3 de septiembre de ese año, dos días después de que las tropas nazis penetraran en territorio polaco.

A buen seguro que un escalofrío debió recorrer las espaldas de todos los dirigentes europeos. Aún quedaba cercana la sombra de la Gran Guerra con sus millones de muertos y heridos, los campos devastados, las nubes tóxicas, la economía hundida, el hambre en las ciudades... ¿Estaba el mundo preparado para otra contienda semejante? ¿Por qué no se paró a Hitler cuando se pudo? ¿A dónde llevaría este conflicto?

Superioridad y debilidad del ejército alemán

Desde los primeros choques armados, Alemania alardeó de una mejor preparación para la guerra. No sólo por superioridad armamentística, sino por un mejor empleo de las tácticas y del material bélico.

El ejército de Hitler —la Wehrmacht— contó para su preparación con los integrantes de la vieja Reichswehr. Todos ellos, unos 100.000, se reconvirtieron en oficiales y suboficiales demostrando unas dotes de mando excepcionales con un alto sentido del deber y de la astucia. Gracias a su experiencia diseñaron un moderno concepto de guerra que superó en casi todos los puntos a las tácticas aliadas.

Eso explica el fulgurante avance de las tropas nazis en los primeros años de la guerra. A ellos se debe el concepto de «guerra relámpago» o *blitzkrieg*, el novedoso empleo de la aviación como apoyo de la artillería, el mejor uso de los carros de combate en detrimento de la caballería, la actua-

ción de la infantería como fuerza de avance y no de choque... Además, las tropas alemanas ya habían entrado en acción con la sucesiva conquista de territorios europeos y estaban concienciados para la lucha.

En un principio las fuerzas de ambos bandos estuvieron muy igualadas. Los aliados contaban con 137 divisiones de infantería, los alemanes con 136; la aviación del III Reich ganaba en número, pero sus carros de combate eran menos numerosos y más pequeños... Aun así, Alemania sorprendió por los avances que los ingenieros habían diseñado e incorporado al armamento.

Pese a disponer de una flota reducida de submarinos, éstos tenían una robustez envidiable. Eran capaces de sumergirse a mayor profundidad de lo habitual y el sistema de disparo de torpedos se había mejorado para no perder maniobrabilidad durante el ataque.

También la aviación causó estupor. La compañía Heinkel se especializó en la fabricación de biplanos y monoplanos que desde el comienzo rivalizaron con los aparatos aliados más avanzados. En esta época surgieron los temibles *Stuka* que barrían con sus ametralladoras todo cuanto encontraban en su caída en picado. Pero el as indiscutible de la aviación nazi era el *Messerschmitt BF 109*, un caza actualizado que causó estragos en las filas enemigas.

En tierra destacaban los carros de combate *PzKw*, *Tiger* y *Panther*, que tanta gloria dieron al mariscal Rommel en tierras africanas, y la artillería pesada y anticarro. Los aliados sabían de esta superioridad y hasta 1942 sólo pudieron aguantar los envites de la Wehrmacht.

En un mes los nazis habían conquistado Francia desfilando como dioses bajo el Arco del Triunfo de París. De nada sirvió la famosa Línea Maginot. Las tropas británicas huían en desbandada por el puerto de Dunkerque gracias

a los pesqueros, navíos, barcos mercantes... traídos desde las islas.

Más tarde llegarían las victorias en Noruega, Dinamarca, Grecia y Yugoslavia. Con las tierras ya ocupadas de Checoslovaquia, Francia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo, más las alianzas con Italia, Hungría y Rumania, Hitler era el verdadero dueño de Europa.

Quizá ese pensamiento aflorara durante su meditación ante la tumba de Napoleón cuando llegó triunfante a París. ¿Se sentiría superior al famoso general corso? «Ha sido el momento más bello de mi vida», le comentó a Hoffman, su fotógrafo oficial, tras ese instante.

Hasta mediados de 1941 sus ejércitos parecían imparables. Solamente las campañas de Italia y Grecia marchaban más lentas de lo previsto por la inoperancia de las tropas de Mussolini. Situación que cambió en cuanto el general Erwin Rommel asumió la jefatura de las acciones al mando de un pequeño ejército instruido para la lucha en el desierto, el Africa Korps.

Todo comenzó a cambiar el 22 de junio de 1941. Tres millones y medio de soldados alemanes, 7.200 cañones, 3.350 carros de combate y unos 100.000 vehículos cruzaron la frontera internándose en tierras rusas. La Operación Barbarroja se había puesto en marcha. En un primer momento, la sorpresa jugó para dar ventaja a Hitler. El plan calculado minuciosamente se acompañó de unos buenos mandos y de la experiencia acumulada tras años de combate. El ejército soviético no pudo hacer más que aguantar el empuje o retroceder a pesar de disponer de una superioridad numérica manifiesta. Sus aviones eran derribados sin apenas entrar en lucha, los carros de combate rusos se mostraban viejos y anticuados...

Y, sin embargo, el Ejército Rojo no se descompuso, no

hubo rendición ni capitulación, porque sin saberlo Hitler, Stalin había ordenado la movilización de 15 millones de hombres. Las fábricas de armamento fueron trasladadas al este produciendo 8.000 aviones al trimestre y más de 3.000 carros de combate tan buenos como los alemanes.

Aun así, Moscú se encontraba a tan sólo 300 kilómetros de distancia. Cuando su cerco parecía inminente, el Führer modificó el plan de ataque. Ordenó la suspensión de las operaciones sobre la capital y la movilización de las tropas hacia Leningrado en el norte y a Crimea en el sur.

Ese cambio causó estupor en los mandos nazis. Algunos presentaron su dimisión, otros sólo su disconformidad; pero finalmente acataron el nuevo plan a sabiendas de que era una locura estratégica.

Su resultado sería la ralentización del empuje en el frente oriental y la pérdida de cientos de miles de hombres ante la llegada del invierno y las nuevas reservas rusas.

El revés en la marcha de la guerra para el Reich llegó en 1941. A la desastrosa invasión de Rusia se le unió Estados Unidos en el conflicto tras el ataque japonés de Pearl Harbor. Inglaterra seguía siendo atacada desde el aire, pero en Alemania también comenzaban a escucharse la llamada a los refugios y los bombardeos aliados. Las fuerzas se estaban igualando.

En 1942 la decadencia del Eje era ya manifiesta. Las tropas destinadas a Rusia se habían atascado en Stalingrado y en África no podían más que defenderse de los ataques del general Montgomery. Las incursiones aéreas británicas sobre suelo alemán se intensificaron y Japón perdía la crucial batalla de Midway. Los hundimientos ocasionados por los submarinos nazis habían descendido a la mitad que el año anterior y la capacidad industrial de los aliados cuadruplicaba a la alemana. La flota alemana

de superficie no podía competir con la británica y carecía de poderosos buques de asalto.

El mayor fallo de Hitler fue embarcarse en una guerra de dimensiones tales que las líneas de abastecimiento eran demasiado extensas para cubrir las necesidades de sus ejércitos. La apertura de varios frentes obligaba a reclutar a cientos de miles de hombres todos los años, y Alemania no podía cubrir esa necesidad, al igual que se mostró incapaz de fabricar los carros de combate, aviones, submarinos, cañones, fusiles... necesarios para suplir a los dañados o perdidos en combate.

Se hacía necesario un nuevo golpe de efecto. El Reich había asombrado al mundo al inicio de la contienda con una superioridad armamentística y estratégica que le trajo grandes y rápidas victorias, pero los aliados habían aprendido la lección y mejoraron los tanques y aviones igualándolos a los nazis.

Fue entonces cuando en la mente de Hitler comenzó a gestarse la idea de fabricar una nueva generación de armamento que le devolviera la hegemonía en todos los frentes. Disponía de ingenieros y científicos capaces de diseñar estas nuevas armas, aún había recursos económicos para sufragar la investigación y fábricas en las que construirlas. Tan sólo el tiempo corría en su contra.

La victoria aún parecía posible. Nuevamente las armas, la fuerza, serían la clave del éxito.

Las armas ultrasecretas nazis

El capricho de la política internacional, el cambio de intereses, la búsqueda de la defensa o de la expansión territorial, provocan a menudo extrañas alianzas.

Hitler sabía que su mayor enemigo en Europa era Gran Bretaña, y por eso intentó invadirla en cuanto creyó poseer una fuerza aérea digna para la empresa que a la postre demostró no serlo. La batalla de Inglaterra fue ganada por la Real Fuerza Aérea y posibilitó el desembarco de Normandía y, con ello, la caída del III Reich.

Pero mucho antes, concretamente cuatro décadas atrás, Alemania y Gran Bretaña estuvieron a punto de formar una alianza para invadir los Estados Unidos. El plan consistía en bombardear Manhattan desde buques alemanes y desplegar fuerzas en Nueva York.

Gran Bretaña rechazó la oferta y prefirió aliarse con Rusia y Francia, quizá porque como le dijo un oficial estadounidense a un colega de la Royal Navy: «No te equivokes, en la próxima guerra estaremos luchando contra Alemania.»

Dejando de lado la anécdota, la idea de la invasión demostraba el nacimiento de una latente rivalidad entre Estados Unidos y Europa... y también una audacia sin límites.

Alemania nunca perdió esa audacia. Hitler fue un digno sucesor de la misma embarcando a su país en la mayor guerra jamás conocida, planificando estrategias inverosímiles que en ocasiones dieron magníficos resultados y en otros fracasos decisivos para el devenir de la contienda; y ordenando la creación de un armamento tan avanzado, tan genial... que posibilitara la victoria en cuestión de semanas o a lo sumo de meses.

Al menos así lo aseguran algunos investigadores actuales, pero es difícil separar la leyenda de la realidad. Está fuera de toda duda que ingenieros, científicos, aeronáuticos... trabajaron en el diseño de tales armas y que lograron la creación de diversos prototipos. Más discutido

es si ese armamento entró en funcionamiento y si todos los aviones, cañones, submarinos, misiles de los que tanto se está hablando llegaron siquiera a formar parte de la imaginación nazi.

Pero comencemos por lo seguro y verificado. Al estrecharse el cerco sobre Berlín, las tropas de la Wehrmacht se vieron obligadas a retirarse en todos los frentes. Los mandos comprendieron que era imprescindible continuar atacando. Luchar a la defensiva significaba perder irremediamente la guerra. El problema residía en que las ciudades enemigas, las grandes capitales europeas como Londres, estaban cada vez más lejos de la artillería. La aviación apenas contaba, puesto que las fábricas de aviones habían sido arrasadas casi por completo y ya era imposible hablar de una fuerza aérea.

La solución se encontraba en crear un arma no tripulada capaz de ser disparada a cientos de kilómetros de distancia y que lograra impactar en el blanco. De esa simple idea nació el proyecto de las bombas volantes.

La fama de tales ingenios recayó en el ingeniero Werner von Braun, pero antes que él, otros científicos como Tsiolkovsky, Goddard y Oberth marcaron las pautas al crear los primeros cohetes capaces de ser lanzados a varios kilómetros de distancia.

Los nazis vieron que conseguir tal ingenio era posible, y para ello levantaron un enorme complejo en la isla báltica de Peenemünde. Cientos de científicos fueron trasladados en el más absoluto de los secretos para que trabajasen en el diseño de los primeros misiles teledirigidos. El investigador José Lesta reproduce en el libro *El enigma nazi* la descripción que el ex oficial A. Haberstroh le hizo del lugar: «Existían tres zonas de seguridad. Tenías que tener pases especiales para cada una. Mi cometido a veces consistía en que los operarios que lanzaban los cohetes recibieran

por radio y con total seguridad el código de lanzamiento que constaba de seis números... Tenía órdenes de disparar a cualquier mando, incluso de rango superior, que llevara contraórdenes distintas a las originales.»

Lo que se esperaba de estos hombres es que crearan cohetes con los que infundir el terror y la destrucción en ciudades como Londres y, por qué no, Nueva York. El viejo sueño de atacar los Estados Unidos estaba más cerca que nunca y no se podía desaprovechar la oportunidad.

De conseguir tal arma, el curso de la guerra podía cambiar, por eso Hitler otorgó a los «Proyectos V» la máxima prioridad. Al frente se colocó a Von Braun y se le dieron todos los medios necesarios para alcanzar los objetivos marcados, a excepción de tiempo. Y se consiguieron.

Las primeras en llegar fueron las V1. Poseían un rudimentario mecanismo de impulso basado en una rampa orientada a la posición del enemigo desde la que eran lanzadas. Una hélice propulsaba el cohete, que llegaba a interrumpir el giro de forma programada para caer en picado.

La gente aprendió a reconocer la caída de las V1 porque al sonido del motor le acompañaba un pavoroso silencio que marcaba su mortífero descenso. Su alcance era de 300 kilómetros con una velocidad de 640 kilómetros por hora.

Este complejo proceso necesitaba de un observador sobre el terreno para que informase de los impactos. Por cierto, la persona que transmitía esos datos a Berlín desde Londres fue el español Juan Pujol. De su historia se hablará en el capítulo dedicado al complejo entramado del espionaje europeo en aquellos años.

El siguiente paso llegó el 8 de septiembre de 1944 con la caída de las V2 sobre la capital inglesa y la destrucción de varios edificios. El 3 de octubre de 1942 la primera V2 había atravesado la barrera del sonido y recorrido una lon-

gitud de 190 kilómetros de forma experimental. En el verano del 44 ya estaban siendo empleadas en la guerra. Se diferenciaban de sus antecesoras porque a éstas les acompañaba un silbido agudo al caer.

Había nacido el primer misil moderno. Exultantes por el éxito, sólo se necesitaron unas pequeñas reformas para que en poco tiempo más de 8.000 bombas volantes cayeran sobre Londres y se aprobara la construcción de fábricas subterráneas en las que ensamblar 12.000 cohetes más. El descubrimiento de sus bases de lanzamiento impidió que tal devastación se produjera.

Las investigaciones sobre las bombas V posibilitaron la creación de una gama de armas novedosas que se fueron aplicando a los ejércitos de tierra, mar y aire.

Fue en los ataques a los buques aliados donde este tipo de armamento se mostró más eficaz y destructivo. Con el nombre de *BV-143* y *BV-246* se bautizaron a los primeros misiles-crucero capaces de volar a ras de agua hasta impactar en el blanco. Éstas, a su vez, fueron el germen de la *HS-293* y sus sucesoras. Al igual que se sigue haciendo hoy, estos misiles eran lanzados desde aviones y guiados hasta sus objetivos por radio.

Todas estas armas no fueron simples prototipos. Se emplearon en el campo de batalla y provocaron el hundimiento de decenas de barcos enemigos.

Como apoyo a la infantería se ideó el misil *Rheinbote*, empleado en la batalla de las Ardenas, intento desesperado de Hitler de recuperar el control sobre Francia.

Poco a poco, los ingenieros estaban llegando a su objetivo de diseñar un misil intercontinental con el que alcanzar núcleos urbanos de Estados Unidos. Lo que les faltó para tal logro fue tiempo, lo único que Hitler no estaba en disposición de proporcionarles.

Al final de la guerra los aliados descubrieron las instalaciones secretas en la isla de Peenemünde y en el interior del macizo montañoso de Hartz. Su sorpresa fue mayúscula cuando observaron atónitos plataformas de lanzamiento para misiles con una autonomía de vuelo de 750 kilómetros.

Sólo era el comienzo. Los proyectos para la construcción de las V9 y V10 habían sido aprobados. En los planos requisados se preveía la fecha de abril de 1945 para comenzar su construcción. Eso suponía disponer de un misil capaz de cruzar el Atlántico a una velocidad supersónica que le permitiría alcanzar las costas norteamericanas en un cuarto de hora.

Conscientes de lo que tenían ante sus ojos, oficiales de la inteligencia militar norteamericana requisaron los documentos, planos y diseños para llevarlos a su país. Junto a ellos viajarían los científicos nazis más importantes, entre los que destacó Von Braun.

Gracias a él, a su inteligencia y visión, Estados Unidos llegaría a pisar la Luna, y también a disponer de los primeros misiles balísticos intercontinentales.

Esto en cuanto a los misiles. El otro gran campo que revolucionaron fue el aeronáutico, donde sobresalió un apellido: Horten.

La promesa de las *wunder waffen*

Cuando la iniciativa en la guerra comenzó a cambiar de bando, el descontento entre la población fue en aumento. Se les había prometido una victoria fácil y rápida. La *blitzkrieg* se había diseñado con ese propósito. Pero la resistencia de Inglaterra y, sobre todo, la entrada de Estados

Unidos en el conflicto frustraron ese objetivo alargando una guerra que aún tenía visos de perdurar en el tiempo.

Las calles alemanas se fueron llenando de soldados que llegaban del frente con terribles heridas. Mutilados, pobres, gentes harapientas se mezclaron con una población que ya sabía lo que era el sonido de las sirenas, los refugios antiaéreos, las noches en vela... Los efectos de la guerra borraron la euforia del país, sustituyéndola por la tristeza, el miedo y la preocupación. Ante el crecimiento de la desmoralización popular Hitler recurrió nuevamente a los discursos acalorados. La gente le escuchaba por radio, pero necesitaban más que palabras. Algo en lo que creer.

De esta forma llegó la promesa de las *wunder waffen*, o armas milagrosas, término posiblemente acuñado por Goebbels. Hitler prometió a su pueblo la victoria final basada en una nueva generación de armamento tan revolucionario y destructivo que los aliados deberían sopesar si «les convenía continuar con el conflicto o capitular».

Parte de ese armamento lo formaban las bombas volantes ya mencionadas, pero otra parte importante residía en la fuerza aérea.

Y es aquí donde el apellido Horten brilló intensamente. Nacidos en Bonn, Reimar y Walter Horten fueron dos hermanos a los que les unió su pasión por la aeronáutica. Desde los quince y diecisiete años, respectivamente, construían maquetas de aviones con las que participaban en concursos locales. Fueron dos jóvenes prodigio que trabajaban basándose en la intuición y en la observación. No cursaron estudios de ingeniería, pero su creatividad e ingenio asombraban a personas con mucha mayor cualificación técnica.

Los Horten habían aprendido a pilotar alas delta y planeadoras y en su mente surgió la idea de crear un avión basado en la aerodinámica de tales artilugios. Trabajaron

en los salones de la casa de sus padres llenándolos de madera, planos, piezas a medio ensamblar... hasta crear el *Ho 2* y el *Ho 3*, llamados así en honor a su apellido.

La gran oportunidad llegó con el ascenso nazi al poder. Su trabajo no había pasado desapercibido y se les propuso trabajar para la *Luftwaffe*. Siempre teniendo como base la forma de las alas delta, en sus talleres fabricaron el *Ho 7*, un caza revolucionario en todos los sentidos capaz de alcanzar al enemigo a dos kilómetros de distancia. Pero los Horten querían más. El diseño aún podía mejorarse, también su capacidad de fuego, y ¡su sistema de propulsión!

Los dos hermanos se pusieron como objetivo traspasar la barrera del sonido, algo nunca conseguido. Para lograrlo fabricaron el llamado *Me 163*. A comienzos de 1941, el avión, con forma de cometa, fue probado por el piloto Heini Dittmar logrando alcanzar la increíble velocidad de 1.000 kilómetros por hora.

No se consiguió romper la barrera del sonido, pero sí pulverizar el récord mundial de velocidad. Tras el éxito llegarían más trabajos. Para Herman Göering, jefe de la *Luftwaffe*, idearon lo que él llamaba el cazabombardero «3por1000», capaz de transportar una tonelada de bombas a mil kilómetros de distancia y desplazándose a mil kilómetros por hora.

El «3por1000» nunca llegó a entrar en combate porque antes de que los Horten llegaran a pulirlo se les encargó una nueva misión: mejorar sus alas volantes *Ho 7*. Göering quería fabricarlas en serie y utilizarlas en un plazo de seis meses.

Siguiendo el protocolo, ambos hermanos trabajaron en el más absoluto de los secretos. Cumplieron su plazo y el diseño pasó a las fábricas de construcción y ensamblaje.

Mientras, Göering tenía más planes para ellos. En esta ocasión se trataba de fabricar el bombardero *Amerika*. Los dos genios desconocían ese nombre y también su finalidad. Sólo conocían las órdenes recibidas: construir un único aparato con autonomía para 11.000 kilómetros en un viaje de ida y vuelta, capaz de transportar una bomba de cuatro toneladas y que fuera invisible al radar enemigo. ¿Era una bomba atómica lo que pretendía trasladarse? Enseguida hablaremos de ello, pero antes volvamos al relato.

Con el tiempo supieron que su creación sería utilizada para bombardear en un solo vuelo Nueva York y regresar a Alemania. A pesar de tan monstruoso plan, los Horten siguieron con su trabajo. Éste se realizó en unos hangares de 300 metros de longitud creados al efecto en las montañas de Hartz. Desde allí debería despegar el artilugio, algo que nunca sucedió porque los aliados descubrieron las instalaciones a tiempo.

Su sorpresa llegó cuando observaron lo que los nazis estaban construyendo. Junto a los aviones, los americanos se toparon con armas dotadas de visión nocturna, los primeros camuflajes al radar, sistemas de infrarrojos, aviones-mina, aparatos para interferir las comunicaciones y la propulsión de aeronaves... y cientos de prototipos que permanecen guardados por diversos gobiernos tras ser incautados a los ejércitos de Hitler.

Y si aún se cree que tanto ingenio no puede superarse, autores como Renato Vesco hablan de investigaciones que superan la imaginación media. Armas tan extrañas como el «rayo torbellino» del doctor Zippermeyer, un mortero gigantesco con el que se lanzaban proyectiles de carbón pulverizado que explotaban incendiando el cielo, perforando aviones y cegando a los pilotos, que perdían el control de sus aparatos.

Otro ingenio fue el «cañón de viento» que disparaba pequeñas cargas de aire comprimido lo suficientemente potentes como para atravesar el fuselaje de los vehículos. También se idearon bombas generadoras de un frío tan intenso que congelaban todo en un radio de acción de un kilómetro con las que perecía la vida, pero se mantenían las estructuras intactas. Y a la inversa, reflectores que recogían y concentraban el calor solar para emitirlo a un punto concreto generando una ola calorífica intensa y penetrante con la que se derretían los metales.

Las *wunder waffen* fueron una realidad. Tras la contienda, los aliados —especialmente Estados Unidos— se llevaron a sus respectivos países todos los planos, bocetos, diseños y prototipos que incautaron. Y junto a ellos viajaron los científicos e ingenieros nazis responsables de tales proyectos, dejando que continuaran con sus investigaciones.

Sin duda alguna, el trabajo de aquellos hombres fue la base con la que Norteamérica sigue sustentando hoy la supremacía militar de la que tanto alardean.

España y la carrera nuclear

En la historia de las armas secretas España tuvo poco que decir, si no fuera por las materias primas que vendió a Hitler hasta que la presión aliada y el cambio de rumbo de la guerra obligaron a Franco a reconsiderar su actuación en el conflicto. Donde sí conectaron con fuerza ambas naciones fue en el empeño de dotarse de la bomba atómica.

El 16 de julio de 1945, a las 5 horas, 29 minutos y 45 segundos tenía lugar en el campo de tiro de Alamogordo

(Nuevo México) la primera explosión nuclear de la Historia. Fue la consecución a una larga investigación capitaneada por el doctor J. Robert Oppenheimer quien, en 1942, había recibido una orden nítida: fabricar la bomba atómica antes que los alemanes.

Un mes más tarde dos grandes artefactos arrasaron las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki, en esta última matando a la mitad de sus 200.000 habitantes en apenas unos segundos.

Estados Unidos conseguía la capitulación de los japoneses y ponía así fin a una guerra que se estaba alargando demasiado en el Pacífico con un elevado coste de vidas humanas. Norteamericanas, claro está, porque el número de muertos en el bando japonés no importó en absoluto.

Lo que aún resta por averiguar es si la creación de la bomba fue una proeza americana o nazi. Todavía siguen desclasificándose documentos que parecen avalar la teoría de que Alemania estuvo a punto de conseguir y utilizar tan poderosa energía en la guerra. Incluso algunos de ellos apuntan a que ya se habían producido ensayos atómicos en la isla de Rügen con éxito.

Según se desprende de su lectura, Hitler había dado luz verde al programa Uranium. Bajo tan esclarecedor nombre se agrupó a los físicos alemanes más brillantes del momento. Allí estaban nombres como el de Otto Hahn, Premio Nobel en 1944 por haber logrado realizar en 1938 la primera fusión de uranio y torio; o Werner Heisenberg, el padre de la física cuántica.

Nueve eran los laboratorios en los que estos hombres trabajaban sin descanso para lograr lo que Goebbels anunciaba como «el arma definitiva que cambiaría el signo de la contienda de un solo golpe, dando la victoria final a Alemania».

Hasta hace poco se pensaba que, a pesar de estos intentos, los nazis estuvieron muy por detrás de los americanos en el programa nuclear. Pero los hallazgos y las evidencias aportadas dan la vuelta a la idea colocando incluso a los alemanes por delante. Una de esas evidencias se produjo cuando los aliados penetraron en el pueblo de Haigerloch, un lugar montañoso de difícil acceso para aviones y vehículos.

No es de extrañar que fuera una de las sedes escogidas para desarrollar el proyecto Uranium. Y allí, en el interior de una gruta excavada bajo la iglesia, se descubrió el reactor experimental BVIII, prototipo de otro mucho mayor construido meses después.

Aun así, el dato más importante para creer en la bomba atómica nazi procede de una fuente italiana. Desde 1947 el periodista Luigi Romesà fue publicando en diversas revistas una serie de artículos en los que narraba cómo él mismo había sido testigo de una explosión nuclear en la isla báltica de Rügen el 12 de octubre de 1944.

Según sus escritos, el mismo Mussolini le permitió la entrada en Alemania desde donde fue trasladado en automóvil y motora a Rügen. Tras penetrar en una torre blindada y semienterrada, uno de sus tres acompañantes le anunció que iba a asistir a una prueba de la «bomba disgregadora», a la que no se le resistía «nada».

El relato continúa diciendo cómo a los pocos minutos se escuchó un «bramido tremendo», seguido de un «resplandor cegador» y de una «densa cortina de humo» que les engulló provocando la sensación de caer en el «abismo».

La narración se acompaña de varios elementos que hacen pensar en la realidad de una prueba nuclear como el empleo de escafandras, campos carbonizados y, sobre todo, las declaraciones de sus compañeros de experimento que

no cesaban de anunciar haber conseguido el arma definitiva con la que doblegar al enemigo.

De ser ciertos todos estos datos, ¿por qué los nazis no llegaron a utilizar tal prodigio de destrucción? Quizá porque el cerco aliado desbarató todas las tentativas incautándose de un material que sería llevado a los Estados Unidos y sobre el que trabajarían sus generaciones futuras de científicos.

Una teoría apenas difundida relata cómo en 1944 los norteamericanos no veían la luz en sus investigaciones atómicas. Así hasta que se toparon con el submarino nazi *U-234*. Interceptado en el Pacífico, en sus bodegas los militares hallaron planos para construir misiles y... una bomba atómica. Incluso localizaron varios envases metálicos en los que se guardaban 560 kilos de uranio enriquecido.

El submarino se dirigía a Japón, presumiblemente para que científicos nipones ensamblaran las piezas y atacaran a las fuerzas aliadas que aún luchaban en el Pacífico. Todo el material se trasladó a la base de Los Álamos, donde el 16 de julio de 1945 se produciría la primera detonación nuclear oficial de la Humanidad.

¿Sirvió ese material para que los Estados Unidos completaran su programa nuclear? Los archivos relativos al caso aún están pendientes de desclasificación.

Hasta aquí lo que dice esa teoría. Lo curioso es que la Historia se entronca perfectamente con ella, incluso en las fechas. En ese mes de julio se celebraba la Conferencia de Potsdam, donde emisarios de Estados Unidos, la URSS y Gran Bretaña se repartían el nuevo mundo surgido tras la guerra. En uno de los descansos, el presidente norteamericano Harry Truman informó a Stalin de estar en posesión de la bomba atómica. La respuesta de Stalin fue de total

indiferencia, al asegurar que le alegraba saberlo y que esperaba le dieran buen uso contra los japoneses.

Por supuesto, ese desdén era simulado, ya que hasta que la URSS no consiguió la suya, la bomba atómica fue un tormento para la mente de Stalin que siempre buscó dotarse de un arsenal nuclear propio.

España también lo intentó. Las explosiones en Japón mostraron al mundo dónde estaba el futuro de las guerras y del peso internacional. La posesión de esa fuerza artificial es lo que a la postre provocaría el respeto en el mundo. Franco así lo comprendió.

Su apoyo al Eje, y el título de «el último gobernante fascista de Europa», estaban ahogando a la población española acrecentando su miedo a una sublevación. Pero si España se dotaba de esa arma, entonces el trato hacia el país sería muy diferente. Nadie se atrevería a inmiscuirse en la política interna.

Quizá ese fue el principal pensamiento para que Franco decidiera adentrarse en la carrera nuclear. Suele argumentarse que fue en la década de los cincuenta cuando tal proyecto se puso en marcha, pero mucho antes científicos españoles ya habían tenido contacto con el programa atómico nazi.

En los años treinta médicos, neurólogos, químicos, ópticos y fisiólogos españoles viajaron a Alemania para colaborar con científicos alemanes en sus investigaciones. Ellos serían la base de la historia nuclear española. El ascenso al poder del nazismo estrechó aún más los lazos entre Alemania y España. Hitler sabía que su aliado comercial era el quinto productor mundial de uranio. Los yacimientos en la sierra cordobesa de Albarrana se estimaban en 850 toneladas, muy lejos de las 11.000 toneladas que poseía el Congo belga, pero junto a otras vetas locali-

zadas en localidades de Madrid y Segovia las convertían en vetas estratégicas.

El fin de la guerra supuso el cese del proyecto, pero España no cejó en su empeño por lograr su bomba. Ahora el máximo problema llegaba de los aliados. Alertados por las informaciones que les llegaban de la antigua colaboración hispano-germana en materia atómica, se imponía ser cautelosos en la materia. Para camuflar la naturaleza de los experimentos, el almirante Luis Carrero Blanco ordenó la creación de la Sociedad Física Aplicada u Óptica, bajo la supervisión del Instituto Juan de la Cierva del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Para su dirección se escogió al contraalmirante ingeniero y especialista en Óptica José María Otero Navascués. Este militar era, además, un apasionado germanófilo, amigo personal del científico nazi Werner Heisenberg y antiguo estudiante en la Politécnica de Zurich.

Desde 1948 y hasta 1974 presidió la Junta de Energía Nuclear. Los yacimientos de uranio españoles seguían siendo tan abultados que los Estados Unidos propusieron a España colaborar conjuntamente en un proyecto militar, teniendo la parte española que estudiar el comportamiento de los reactores nucleares para submarinos. Carrero Blanco aceptó exultante la propuesta.

Ya no era necesario investigar bajo tapadera ficticia, por lo que se instaló un reactor en el recinto de la Universidad Complutense, sede desde 1958 de la Junta de Energía Nuclear.

Como suele ocurrir en materia de alianzas, el trato ofertado por Estados Unidos tenía una trampa oculta. Además de los yacimientos de uranio españoles, lo que los norteamericanos deseaban era controlar la carrera nuclear española. Algunos informes aseguraban que si seguían

con ese ritmo de producción e investigación, a finales de los años sesenta España podría llegar a fabricar anualmente unas diez cabezas atómicas.

Pero Franco no se caracterizaba por su ingenuidad, y a pesar de aceptar la propuesta, a escondidas se continuó investigando de forma unilateral. Al frente de este nuevo equipo se encontraba el físico Guillermo Velarde, quien tras mucho sudor y horas perdidas de sueño reconoció que su equipo era incapaz de fabricar lo que se le pedía con tecnología únicamente española.

Fue entonces cuando la casualidad hizo acto de aparición en forma de accidente. En 1967 un avión que atravesaba el espacio aéreo español sufrió un percance en la escotilla de carga y las cuatro bombas nucleares que transportaba cayeron en Palomares. Su no activación impidió que explotaran.

Rápidamente se inició la búsqueda de los artefactos y es aquí donde nuevamente se entra en el mundo de la especulación. Ciertamente es que los militares norteamericanos localizaron las bombas, pero según algunas informaciones, espías españoles consiguieron hacerse con algunos de sus restos.

Siempre en base a esta teoría, el grupo de científicos de Velarde consiguió descifrar la tecnología incautada colocando a España en disposición de fabricar su propia bomba atómica. En 1969 se conseguía la primera remesa de plutonio y se daba luz verde a la «opción atómica militar», encaminada a probar el ingenio atómico. Y para ello nada mejor que el desierto del protectorado español en el Sáhara.

¿Por qué nunca llegó a producirse tal explosión? Parece ser que una visita en 1973 del secretario de Estado norteamericano Henry Kissinger tuvo la culpa.

En una reunión que mantuvo con el presidente Carrero Blanco, Kissinger le habló de la posición española en materia nuclear dando a entender que estaba al corriente de las investigaciones españolas. Algunos investigadores aseguran que Kissinger ofreció dinero y la promesa de la protección norteamericana a cambio del cese de la «opción atómica militar».

Cierto o no, tras esa reunión España abandonó la carrera nuclear de forma tácita, y de forma fáctica en 1987 cuando el presidente socialista Felipe González firmó el Tratado Internacional de No Proliferación de Armas Nucleares.

Capítulo IV

LA BATALLA DE LA INTELIGENCIA

«Juan Pujol García. 14-02-12/10-10-1988. Rdo. de su esposa, hijos y nietos.» Esta es la inscripción que puede leerse en una lápida del cementerio venezolano de Choroní. Una tumba más si no fuera porque allí descansan los restos de uno de los espías dobles más importantes de la II Guerra Mundial.

Y aun siendo una historia apasionante, fue una más de las cientos que se produjeron durante aquel período. Ya desde antes de la contienda los países europeos fueron preparando sus respectivos servicios de inteligencia en vistas al futuro que se avecinaba, pero que no supieron predecir.

Mientras Francia y Gran Bretaña poseían un espionaje operativo que informó sobre el rearme alemán ante la pasividad de sus gobernantes, Alemania tuvo que crear su red de espías casi desde cero. A su mando se situaría el almirante Canaris, una de las personalidades más complejas, ambiguas e interesantes del siglo XX.

Junto a ellos la Unión Soviética, que conseguiría infiltrar a sus agentes en todos los países, extendiendo por

Europa el miedo a la expansión del comunismo. No hay que olvidar al Vaticano y su servicio de espionaje llamado la Santa Alianza. Su amplísima red de espías proporcionó al Papa los datos más fidedignos del movimiento nazi, del auge del comunismo, de las pretensiones inglesas y francesas, de la política de Franco y Mussolini... hasta el punto de que el mismo Churchill sólo creía como seguros los informes que le llegaban desde esa fuente.

Con la llegada de la guerra, todos estos servicios de inteligencia se vieron envueltos en un entramado complejo de mentiras, engaños, misiones encubiertas, asesinatos, secuestros... Todo valía para dañar al enemigo, para conseguir información vital con la que tomar ventaja.

España fue un país crucial para instalar sucursales de espionaje. Hasta aquí llegaban los mejores agentes del MI6 británico o de la Abwehr alemana para intercambiar información o simplemente para descansar. De hecho, Madrid fue junto a Lisboa la ciudad que mayor número de espías albergó en los primeros años de la guerra.

Fueron los años de la máquina Enigma, de los agentes dobles, del superespía Philby, de las misiones inverosímiles y atrevidas, de la supremacía intelectual ante el escaso desarrollo tecnológico. La época en la que la audacia de un hombre podía cambiar el curso de la guerra, como sucedió con el español Juan Pujol, y en la que el espionaje se veía como la forma de servir a un ideal.

La complejidad del espionaje europeo

La II Guerra Mundial se libró en dos grandes frentes de batalla. El primero se encontraba en la línea de fuego, en los campos de Francia, en el desierto africano, en las

aguas del Pacífico, en las estepas soviéticas, en las nieves noruegas... y el segundo en los despachos de los servicios de inteligencia, en los bares de Madrid, en las calles de París y en los suburbios londinenses o berlineses.

Cuál fue más importante de los dos es difícil de dilucidar. Es indiscutible que la fuerza de las armas dio a la postre la victoria a los aliados, pero en muchas ocasiones las batallas estuvieron precedidas de arriesgadas misiones llevadas a cabo por espías. Sin la información precisa, sin el engaño previo al adversario, muchos episodios bélicos hubieran estado abocados al fracaso. Así ocurrió, por ejemplo, con la Operación Overlord —nombre en clave del desembarco de Normandía— en la que la clave del éxito fue el espía español Juan Pujol. Sin él, seguramente el desembarco hubiera fracasado.

Los gobiernos comprendían la necesidad de disponer de buenos servicios de inteligencia y no escatimaron dinero ni recursos humanos para conseguirlos.

En este campo Gran Bretaña y Francia parecían jugar con ventaja. Sus centrales de inteligencia eran más antiguas y aquí la experiencia era realmente un grado. Siglos de intrigas palaciegas y conspiraciones entre estos países habían provocado que el espionaje se viera como una labor cotidiana en los asuntos de gobierno.

El servicio más efectivo fue el británico. Se dividía en varios departamentos donde destacaban la sección de inteligencia militar, el MI5, dedicado exclusivamente al contraespionaje en el Reino Unido y sus colonias, y el MI6, dedicado al espionaje en el extranjero.

El MI6 dependía exclusivamente del Ministerio de Asuntos Exteriores —el Foreign Office— y su director fue en aquellos años el teniente coronel Stewart Menzies.

Junto a estas dos secciones hubo una tercera de especial relevancia: el Servicio de Operaciones Especiales, SOE.

Tenía como misión realizar operaciones de sabotaje tras las líneas enemigas. Trabajó conjuntamente con el MI5 y el MI6 actuando en base a los datos ofrecidos por ambas secciones.

La eficacia del organigrama y su buen diseño estructural posibilitaron el éxito en muchas de las misiones diseñadas desde los despachos de la inteligencia militar.

El servicio de espionaje alemán, por contra, era relativamente reciente. Si bajo el Imperio de Metternich Austria había percibido su importancia convirtiendo el espionaje en un arte, los prusianos lo habían desechado. En su imperio el recabo de información se producía de forma rudimentaria y en contadas ocasiones, e incluso el espía era visto como una persona de dudosa reputación. Sólo la llegada al poder de Bismarck cambió esta percepción negativa.

Hubo que esperar a las campañas contra Austria y Francia para que se aprobara la creación del primer servicio de inteligencia militar prusiano. Aun así, contaba tan sólo con un presupuesto inicial de 300.000 marcos, una plantilla asignada de doce oficiales y escaso personal de apoyo, lo que le distanciaba mucho de los modelos francés e inglés. Hoy sorprende que los dirigentes de Prusia pretendieran con este rudimentario esquema abarcar todo el territorio europeo. Por supuesto, lo intentaron sin éxito.

El Imperio alemán poseía la maquinaria bélica más poderosa del mundo, pero era incapaz de crear un servicio de espionaje a su altura que tuviera una buena colaboración con el estamento político.

La situación sólo cambiaría en 1912. El entonces coronel Ludendorff encomendó al joven teniente Nicolai la tarea de reformar todo el organigrama de la inteligencia militar y reconvertirlo en un servicio de espionaje. Luden-

dorff lo necesitaba para hacer realidad su concepto de «guerra total» imperante aún hoy.

Nicolai trabajó con ahínco en la mejora de todos los departamentos creando el IIIB, el primer servicio de inteligencia prusiano moderno. A finales de 1916 la organización se había infiltrado en la esfera política alemana provocando el desconcierto en las filas de la oposición. Con este éxito, y con Ludendorff como dictador, el IIIB vio incrementado enormemente su presupuesto. Se amplió la red de espías hasta convertirlo en un poderoso instrumento de Estado. Con el tiempo se rebautizaría con el nombre de Abwehr.

Cuando el almirante Wilhelm Canaris fue designado nuevo jefe del espionaje en 1935, con Hitler ya en el poder, Alemania estaba dotada de un eficaz y temible servicio de espionaje que extendería sus tentáculos sobre todo el territorio en conflicto. En 1937 llegó a disponer de unos mil agentes infiltrados en España, Francia, el Norte de África, la India, Gran Bretaña, la URSS, Italia, Portugal...

Ambos servicios, la Abwehr y el MI6 se enzarzarían desde ese instante en un juego de inteligencia cada vez más intenso y apasionante para el espectador.

El otro agente importante en el juego fue el NKVD soviético, sucesor de la temible Cheka. El NKVD era el órgano de seguridad e inteligencia exterior de Stalin y abarcaba los servicios de espionaje, la administración de las instituciones, los célebres gulags y las tropas desplazadas en las fronteras.

Durante la II Guerra Mundial su jefe fue Lavrenti Pavlovich Beria. Temido por el propio Stalin, Beria ejerció el cargo hasta 1946. Su personalidad fue aún más brutal que la de sus predecesores. Baste decir que uno de sus «pasatiempos» era el de secuestrar a adolescentes para vio-

larlas en su propia oficina. Si la muchacha lo denunciaba, Beria ordenaba el internamiento de ella y toda su familia en un campo de trabajo o simplemente su ejecución.

Este fue el hombre que dirigió el espionaje en aquellos años y que acabó siendo ejecutado el 23 de diciembre de 1953 víctima de sus propios excesos. Realmente Beria no estaba sino perpetuando el modelo de brutalidad iniciado por Stalin desde su llegada al poder. Ya en noviembre de 1920 Lenin había ordenado matar a cientos de oficiales de la inteligencia militar por haber fallado en sus análisis sobre Polonia. Y esa política la continuó Stalin.

La mayor purga en el estamento militar llegó en el verano de 1938. La URSS estaba perdiendo mucho terreno en su guerra con Finlandia. Stalin no estaba dispuesto a que se cometieran más errores y no le tembló el pulso al ordenar la ejecución de más de 35.000 oficiales del Ejército Rojo, incluyendo todo el Estado Mayor. El 90 por ciento de los generales murieron, con lo que la estructura militar soviética se vio durante un tiempo seriamente dañada.

La falta de mandos experimentados provocó que durante la II Guerra Mundial reinara el desconcierto y la desorganización en las filas soviéticas. Para remediarlo, Beria creó la Smersh. Sus integrantes tenían como orden disparar a todo aquel soldado ruso que intentase abandonar la línea de batalla o que hubiese conseguido escapar de los alemanes por «haberse dejado capturar debido a su cobardía», según palabras de Stalin.

Pese a tanta brutalidad, el NKVD fue un importante servicio de inteligencia a tener en cuenta en lugares como España, donde mantuvo con la Abwehr una guerra soterrada por el control del país. Allí destacó el coronel Vaupshasov, enviado para desempeñar operaciones de espionaje

y sabotaje tras las líneas de Franco. Fue condecorado con la Orden de Héroe de la Unión Soviética, falleciendo en 1976.

Este complicado mapa del espionaje europeo se completaba con redes de espías más pequeñas pertenecientes a partidos políticos, organizaciones terroristas, sindicatos... muchas de las cuales trabajaron con las grandes agencias al ver una oportunidad para lograr sus objetivos políticos a cambio de colaboración. En España cobró especial relieve el servicio de espías creado por el Gobierno vasco en el exilio de José Antonio Aguirre.

Los gobernantes vascos sabían que su existencia dependía del reconocimiento internacional y reubicaron su sede en París. Desde allí se mantuvo una intensa actividad cultural y de espionaje.

En un primer momento su labor principal fue la de organizar el exilio, atender a los prisioneros vascos en los campos de concentración, seguir la pista de los niños enviados a otros países para repatriarlos... A pesar de trabajar desde París, Francia no les reconocía como gobierno legítimo, por lo que Aguirre tomó la determinación de ayudar a los galos en materia de información.

Pocas personas lo sabían, pero los vascos disponían de un eficaz servicio de información llamado la Red Álava. Sus integrantes actuaban tanto dentro de Euskadi como en la zona fronteriza y consiguieron buenas informaciones sobre movimientos nazis e italianos en el norte de España. Esos datos se cedían posteriormente al Gobierno francés a cambio de apoyo político y otras ventajas.

La Red Álava había nacido en las prisiones franquistas para conectar a los prisioneros vascos con el Gobierno en el exilio. Tal conexión era sumamente importante porque muchos dirigentes se encontraban encerrados y era esencial contar con sus consejos.

Con el paso del tiempo la red se fue ampliando. El avance fascista empujó a los vascos a territorios cada vez más lejanos. En Londres se instauró la Eusko Etxea (Casa del Pueblo), lugar de encuentro para exiliados y espías.

Las relaciones entre Euskadi e Inglaterra venían de muy antiguo por los negocios en el metal, el carbón, el tráfico marítimo entre Bilbao y Londres... Las grandes fortunas vascas mantenían fuertes intereses en la City londinense y gracias a ellos, los hombres de José Antonio Aguirre contactaron con destacados miembros del Gobierno británico.

También con ellos colaboraron. Desaparecido Aguirre tras la invasión nazi de Francia y Bélgica, se le dio por muerto o preso. La verdad es que había conseguido refugiarse en un convento belga, pero nadie lo sabía y las riendas políticas las tomó el ex ministro de la República Manuel de Irujo. Desde Londres reorganizó todas las instituciones desbaratadas por la invasión y consiguió que Inglaterra reconociera el pasaporte vasco que emitía el Consejo Nacional de Euskadi. Irujo llegó incluso a negociar la independencia del País Vasco tras la guerra. Como muestra de buena fe, los espías vascos colaboraron intensamente con los aliados, dándoles informaciones vitales.

Cuando Aguirre reapareció vivo en Nueva York después de una odisea para salir de la Europa ocupada, su primer cometido fue reorganizar las redes de información al servicio de los americanos y extenderlas por toda Sudamérica, donde había una fuerte presencia vasca.

Los espías vascos colaboraron con el FBI y con la OSS, antecesora de la CIA. A cambio, Aguirre logró dinero y apoyo político para las actividades nacionalistas vascas en el exilio, pero la razón más importante por la que decidió colaborar con los norteamericanos fue su creencia en que tras la guerra los aliados reconocerían la ayuda vasca apo-

yándole en su lucha para acabar con Franco. Lo que a la postre no se produjo.

Así fue el entramado del espionaje en aquellos años. El tiempo convirtió a Europa en un tablero de juego en el que cada país quería conseguir sus objetivos. Todo valía para conseguirlo. Cada grupo, cada partido político, cada personaje era un aliado en potencia...

Mentiras, alianzas y buenas intenciones

Uno de los problemas más importantes a los que tuvieron que enfrentarse las centrales de inteligencia, principalmente la alemana y la inglesa, fue el de los espías dobles. Con este nombre se conoce a aquellas personas que figuran en la nómina de espías de un país, cuando realmente trabajan como tales para otro gobierno. Su existencia supuso un verdadero quebradero de cabeza para los jefes del espionaje, ya que instauró la incertidumbre sobre cualquier miembro de sus respectivos equipos.

Nadie estaba libre de la sospecha de trabajar realmente para el enemigo. Baste decir que sólo el Gobierno británico tenía en nómina al comienzo de la guerra a no menos de doce agentes dobles.

Inglaterra siempre fue a la cabeza en este aspecto. Se cuidó mucho de proteger sus fronteras ante la entrada de espías extranjeros y mantuvo un férreo control sobre los suyos. Cada uno de estos agentes actuaba de forma independiente y siempre contaba con la supervisión de un oficial británico. La idea era evitar en la medida de lo posible cualquier tentación de colaborar con el enemigo.

Muchos de estos agentes dobles británicos fueron infiltrados en las filas alemanas, y el mayor reto consistía

siempre en perpetuar el engaño. Para ello había que tener la mente despierta y no cometer una sola equivocación.

El problema residía en el suministro de información. Estaba claro que la Abwehr necesitaba datos fidedignos para seguir confiando en estos espías, pero a la par no se le podían ofrecer informaciones relevantes. A los agentes se les dictaban tres normas básicas: no enviar datos contradictorios, que fueran convincentes en sus informes y que no delataran movimientos de tropas o desenmascarasen operaciones secretas.

Para decidir qué podían dar a conocer y qué no, Inglaterra creó un comité especial de coordinación llamado Consejo Telegráfico. Sus integrantes daban el visto bueno a las informaciones que podían ser suministradas a Berlín y en qué condiciones. Más tarde este organismo pasaría a llamarse Comité de los Veinte o Comité de la Doble Cruz, presidido por John Cecil Masterman.

El otro campo de batalla fue la lucha contra los verdaderos espías alemanes que intentaban penetrar en suelo británico. Antes de la II Guerra Mundial, Inglaterra no entraba en los objetivos prioritarios nazis, pero con el inicio de las hostilidades esa percepción varió en redondo.

Hitler preparaba la Operación León Marino, con la que pretendía la invasión de la isla, y necesitaba datos fiables sobre las tropas desplazadas en las costas y el potencial aéreo inglés.

Canaris recibió la orden de introducir espías. Se utilizaron varios métodos para ello. En una primera oleada diecinueve hombres fueron lanzados en paracaídas o trasladados por mar a finales de 1940. Todos ellos fueron detenidos y juzgados.

Ante el fracaso de la operación se decidió infiltrar a espías entre los miles de personas que huían de Europa bus-

cando refugio en Gran Bretaña. Se les dotó de credenciales auténticas y una vez traspasaron el canal de la Mancha se diseminaron por las ciudades y los puertos más importantes. Algo semejante intentaron hacer los británicos en Holanda, pero con menor fortuna ya que de los 144 agentes enviados a ese país entre 1940 y 1944, los nazis ejecutaron a 116.

Paradigmático fue el caso del agente doble Arthur Owens, ingeniero galés y de nacionalidad canadiense que engañó a su gobierno trabajando realmente para el Reich.

Owens se presentó en 1936 ante el servicio de inteligencia naval británico ofertando la posibilidad de enviar informes periódicos desde Hamburgo, a donde viajaba constantemente por motivos de negocio. El MI5 aceptó la proposición para descubrir en septiembre de ese año que el canadiense trabajaba en verdad para la Abwehr.

Finalmente Owens invirtió las tornas y ante la amenaza de una posible condena a muerte terminó engañando a la Abwehr pasando información a los ingleses.

A Owens le corresponde el honor de ostentar el primer caso conocido de agente doble, pero al español Juan Pujol García le pertenece el derecho de ser considerado como el espía doble más importante de la II Guerra Mundial.

Pujol había nacido el 14 de febrero de 1912 en Barcelona donde en 1936 le sorprendió la Guerra Civil. Desde el comienzo rechazó el conflicto negándose a participar en él. Pujol creía en la paz, en la fraternidad y en el respeto por la vida.

El destino, sin embargo, quiso que este hombre viviera en un momento donde era difícil mantenerse neutral. Después de muchas vicisitudes para huir de la guerra española recaló en el Madrid de 1939.

En la capital frecuentó bares tan germanófilos como El Águila o el Café de Lyon. La fuerte sintonía entre España y Alemania motivó el surgimiento de locales de este

tipo en los que se debatía sobre el curso de la II Guerra Mundial y se aplaudían las victorias nazis.

Para el catalán, el fascismo, el comunismo... eran igual de intransigentes y opresores. Su modelo era la democracia occidental instaurada en Francia y Gran Bretaña. Fue entonces, al son de la invasión nazi en Dinamarca, Noruega y Francia cuando tomó la determinación de ayudar a los aliados en su lucha contra Hitler.

Su primer intento de ofrecerse como espía fue rechazado en la embajada británica de Madrid y sólo cuando supieron que los alemanes sí habían aceptado la misma propuesta hacia ellos, les comenzó a parecer interesante su personalidad. De esta forma es como Juan Pujol se convirtió en agente doble, aparentando trabajar para la Abwehr, pero perteneciendo realmente al engranaje del MI5.

Su fachada pasaba por ser la de un franquista radical dispuesto a morir por la causa nazi. El primer destino como espía fue Lisboa donde consiguió duplicar diversos documentos lo suficientemente importantes como para que la Abwehr confiara en su valía como espía.

Después de salvar los recelos iniciales vino un entrenamiento previo en el que se le enseñó el arte de los mensajes cifrados. Cuando se le consideró preparado se le envió a Inglaterra con la misión de recabar cuanta información fuera posible del armamento inglés, los movimientos en los aeródromos y puertos, cargamento de trenes, construcción en fábricas... Para mantener el engaño se inventó desde la nada una red de espías a la que llamó Red Arabal.

Periódicamente mandaba mensajes camuflados entre supuestas cartas que enviaba a su mujer en España. El correo llegaba a la embajada alemana, que a su vez enviaba la información a la central de la Abwehr para que ellos analizaran su relevancia.

El MI5 ayudó a Pujol a tejer el engaño ofreciéndole informaciones veraces que no pusieran en peligro la seguridad nacional, junto a otras totalmente erróneas, pero lo suficientemente camufladas como para que los nazis las creyeran ciertas.

Poco a poco sus informes escalaron posiciones hasta el punto de que Canaris lo consideró como el mejor y más importante agente de la Abwehr en el extranjero.

Los nazis nunca supieron del engaño y se le comenzó a conocer como Garbo, en honor a la célebre actriz cinematográfica. Sin embargo, su mayor aportación a la guerra llegó en las semanas previas al desembarco de Normandía. Era crucial que Hitler no sospechara nada sobre el día D, pero a la par, si Garbo no mandaba ninguna información al respecto, su red ficticia de espías quedaría en entredicho.

Para remediarlo se le permitió el envío de una nota seis horas antes del desembarco en la que informaba de la aproximación de buques aliados a las costas francesas. Los alemanes pudieron verificar la exactitud de la información, con lo que su credibilidad seguía siendo total. Lo que los nazis desconocían es que la segunda parte del mensaje estaba destinada a engañarles. En ella se decía que los buques formaban parte de una maniobra de distracción y que el verdadero desembarco se produciría en la zona de Calais.

Hitler ordenó concentrar toda la artillería pesada en el perímetro indicado, con lo que los soldados aliados se toparon con unas fuerzas hostiles muy inferiores a las que existían antes del mensaje enviado por Garbo.

La misión fue un éxito, pero el mayor logro de Pujol residió en el hecho de que los nazis nunca sospecharon de él, ni siquiera tras el fin de la contienda. Prueba de ello es que el propio Hitler le concedió la Cruz de Hierro de segunda clase en julio de 1944, mientras en Inglaterra se le entrega-

ba la medalla que le designaba como Miembro del Imperio Británico en diciembre del mismo año. Juan Pujol García, alias Garbo, se convirtió en la única persona en ser condecorada por los dos bandos en la II Guerra Mundial.

De cualquier modo, todas estas historias pueden quedar empequeñecidas si hacemos caso a las investigaciones de ciertos autores que sitúan al jefe de la Abwehr, Wilhelm Canaris, como el principal hombre de Inglaterra en Alemania.

Libros como el de Richard Bassett, *El enigma del almirante Canaris*, apuntan claramente a esta posibilidad y los propios diarios de Canaris ya son reveladores al respecto. Aunque la teoría parezca cierta, sobre la personalidad del jefe de los espías de Hitler planean muchas sospechas y dudas bien fundamentadas.

Como aproximación baste decir que Canaris pertenecía a una estirpe ya en desaparición caracterizada por el sentido del deber, el respeto al enemigo y el honor del soldado como guías en la carrera militar.

Ascendido por méritos propios a jefe de la Abwehr, Canaris revolucionó el esquema del espionaje alemán dotándolo de una eficacia desconocida hasta entonces. Sí es verdad que protagonizó grandes fracasos como el desembarco de espías en Inglaterra, pero a la postre los éxitos cosechados motivaron el reconocimiento del propio Führer.

Tal mención nunca se hubiera producido de haber sabido Hitler que Canaris participó activamente en el salvamento de polacos y judíos condenados a los campos de exterminio, gracias a los contactos políticos que tenía en países como España, Polonia o Checoslovaquia.

Sentía una gran admiración por Winston Churchill llegando a decir que los ingleses eran afortunados «por tener a un hombre de estado que los dirige». Y es que de

Canaris se dice que llegó a planear una conspiración para derrocar al Führer.

Diariamente llegaban a su despacho informes hablando de los desmanes provocados por las tropas nazis, el parte de bajas, las próximas políticas de ocupación y exterminio... El almirante debía estar al tanto de todo lo que sucedía en el conflicto para desarrollar eficazmente su trabajo. Quizá el conocimiento de tanta aberración chocó con su filosofía de soldado tradicional y llegó a la conclusión de que la única manera de acabar con tanto horror era eliminando a Hitler.

Existen entrevistas y documentos que avalan movimientos de Canaris para conseguir la fidelidad a su causa de importantes generales nazis. Su plan era esperar a que en el campo de batalla se produjera una derrota importante que socavara el prestigio de Hitler y aprovechar ese momento para dar un golpe de Estado. Derrotas las hubo, pero los generales no respondieron a la oferta de Canaris y la fe en ellos fue desapareciendo hasta negarse a recibirlos en su despacho a causa de su «cobardía moral».

Viendo Canaris que derrocar a Hitler desde el interior no iba a ser posible, se le ocurrió en 1940 la idea de colaborar soterradamente con el Gobierno británico hasta conseguir de Alemania un armisticio.

Poco a poco se fueron abriendo canales de comunicación entre Canaris y Menzies, jefe del espionaje inglés. En Suiza, España o en el Vaticano, los agentes de la Abwehr recibieron la orden de aparentar obedecer los designios de Hitler, pero manteniendo contactos con Gran Bretaña. Era un plan arriesgado ya que cualquiera de esos espías podía desvelar las órdenes recibidas, pero Canaris se las arregló para camuflarlas como parte de una gigantesca misión de desinformación.

Los intentos de contacto fueron recibidos por la inteligencia militar inglesa con el comprensible recelo inicial. Frases como la de Gómez-Beare, agregado naval de Gran Bretaña en Madrid, así lo atestiguan diciendo que «en aquella época parecía que Canaris estuviese invitando a la división de inteligencia naval a abrir negociaciones secretas con él». Resultaba del todo desconcertante que el jefe del espionaje nazi intentara colaborar con los aliados. Pero nadie quiso dejar una puerta cerrada a tal posibilidad porque de ser cierta significaba un regalo, un dulce que no volvería a encontrarse en el resto de la contienda.

Canaris inició en ese instante un camino peligroso. Para ganarse la confianza inglesa les hizo llegar informes de alto secreto. Tan importantes que muchos de ellos hablaban de los planes de invasión nazi y de movimientos de tropas y armamento. Realmente no existe certeza documental sobre este hecho, tan sólo conjeturas.

Así, se sospecha que fue Canaris la persona que filtró a Churchill los planes de Hitler para la invasión de Inglaterra con la Operación León Marino. Aquella aventura fue un fiasco absoluto para Alemania, en parte porque cuando se intentó llevarla a cabo, las defensas británicas estaban perfectamente preparadas en los puntos elegidos por los nazis para el desembarco. ¿Cómo pudo producirse algo semejante? El autor Ian Colvin sugiere que «en ese momento, la mano del señor Churchill parecía gozar de la guía de alguien a quien se habían revelado los pensamientos más privados de Hitler». ¿Era Canaris ese guía? Pocas personas conocían aquel plan de ataque; él era una de ellas.

La invasión se fue posponiendo. Canaris enviaba a Hitler informes engordando los datos sobre las defensas británicas y exagerando su potencia de fuego consiguien-

do intimidar al Führer hasta que la Operación León Marino fue descartada completamente.

También sobre el desembarco aliado en el Norte de África pareció flotar la sombra de Canaris. La mayoría de las fuentes basan el éxito de la operación en el factor sorpresa al coger desprevenida a la Abwehr. Para otros, en cambio, todo se debió a un «error» del jefe de los espías nazis al no transmitir los informes de sus agentes al alto mando en Berlín.

Con todos estos detalles Canaris estaba dando una ventaja crucial a los aliados en la guerra. Pero el fin de la contienda no se producía y su estrella iba en descenso. Los fallos en la inteligencia no pasaban desapercibidos para el Estado Mayor alemán y podía ser cuestión de tiempo que Canaris fuera relevado en el mando de la Abwehr.

Uno de sus últimos intentos de conseguir un entendimiento con Menzies sucedió poco antes del desembarco de Normandía. Según relata Bassett en su libro, una fuente de la inteligencia estadounidense le aseguró que Canaris les transmitió mucha información detallada sobre el plan de batalla de Alemania antes del desembarco, lo que posibilitó el éxito del día D.

Poco después se produciría el atentado contra Hitler el 20 de julio de 1944. Canaris fue una de las personas arrestadas. Se le encerró junto a otros presos en cárceles de la Gestapo donde fue torturado e interrogado hasta que se descubrieron sus diarios secretos. En sus páginas relataba todos los contactos mantenidos con los británicos y los intentos por alcanzar un acuerdo con Londres. El hallazgo se tradujo en una sentencia de muerte que fue ejecutada con su ahorcamiento el 8 de abril de 1945.

A pesar de todos los intentos por acercarse a Menzies, Canaris nunca logró un entendimiento con los británicos.

La razón sigue permaneciendo oculta porque el almirante realmente ofreció pruebas firmes que avalaban su verdadera disposición a la colaboración.

No se puede desechar tampoco la posibilidad de que Londres omitiera deliberadamente esa posibilidad y sólo quisiera utilizar a Canaris mientras éste continuara enviándoles valiosa información.

Madrid, base de operaciones

Pese a sus flirteos con el nazismo, España fue considerada durante la guerra como un país neutral. Calificativo que debe ser revisado ya que fueron tantos los vínculos con el Eje, que la neutralidad dio paso a un soterrado colaboracionismo.

No fue el único país mal llamado neutral. Los casos de Suiza y su banca, de Suecia y su apoyo a los aliados, de Portugal... indican que aquel conflicto influyó en toda Europa impidiendo vivir al margen de ambos bandos.

España se decantó por Alemania. No fue una decisión a meditar. Las semejanzas con el régimen franquista convertían la alianza en una consecuencia natural de ambas políticas. Además, también está el hecho de que ya el territorio español había sido aliado alemán hacía apenas tres décadas.

En 1915, en el marco de la I Guerra Mundial se vio la importancia estratégica de España como puerta de entrada al Mediterráneo. Al ostentar la bandera de la neutralidad, los puertos españoles eran muy codiciados para el repostaje de submarinos y el aprovisionamiento de víveres y municiones. Y tanto fue el entendimiento hispano-alemán, que en una nota enviada a Londres por el espionaje

británico en Madrid se podía leer: «La cuestión de los submarinos alemanes resulta especialmente grave. Están actuando a su antojo en el Mediterráneo.»

Una tupida red de espías británicos y alemanes se había ido tejiendo en las principales ciudades españolas informando a sus respectivas centrales del movimiento de buques y transportes de tropas a los escenarios bélicos.

Resultaba obvio que la sociedad española era germanófila, amante de las buenas maneras, del trabajo bien hecho y de la fuerza. Los alemanes siempre ostentaron esas cualidades y por ello lo tuvieron más fácil para instalarse en el país.

Mucho se debió al buen trabajo del entonces oficial Canaris, desplazado a la Península por su dominio del español y su amistad con importantes industriales y banqueros españoles como Horacio Echevarrieta, el hombre más rico de España y propietario de periódicos e industrias.

Canaris creó una red de espías efectiva y dinámica que se mantuvo activa hasta el fin de la Gran Guerra. Con el cese de las hostilidades, la red se disolvió, pero Alemania siempre tuvo en cuenta a España, sabedora de su valor estratégico. Esa visión les permitió reactivar sin esfuerzo la red durante la Guerra Civil para que informaran sobre la fuerza militar y el armamento de la República.

Franco no olvidó esa ayuda y la victoria no hizo sino consolidar la posición de los espías nazis, que actuaban con total libertad en España. No pudieron decir lo mismo los agentes soviéticos. Las bases de la Abwehr iniciaron una feroz persecución contra ellos aniquilando sin piedad sus apoyos en las ciudades y desarticulando brutalmente todas las redes de espionaje enemigas. En este punto contaron con la ayuda de la inteligencia británica, que les envió datos sobre los espías soviéticos identificados.

Uno de los agentes más perseguidos fue Kim Philby, corresponsal del *Times* para las fuerzas de Franco. Espía desde los veinte años, Harold Adrian Russell Philby estudió en Cambridge Historia y Economía. En ese ambiente universitario comenzó a frecuentar círculos comunistas, siendo captado por el NKVD que lo instruyó en las técnicas del espionaje.

Desde su posición de corresponsal en España mandó información de alto valor a las autoridades soviéticas aliadas de los republicanos. En España fue donde Philby comenzó a forjar su leyenda, aunque a punto estuvo de no ser así en Córdoba donde fue detenido por la Guardia Civil con el tiempo justo para tragarse los códigos de cifrado elaborados con papel de arroz que le hubieran delatado como agente del NKVD.

La tarea diaria de Philby radicaba en el envío de información, pero le había sido encomendada una misión mucho más importante: matar a Francisco Franco. La muerte del futuro dictador se había convertido en una de las obsesiones de Stalin desde 1936.

Para la tarea se eligió al inglés por sus buenas relaciones con la derecha española, de la que tan bien hablaba en las páginas del *Times*. Franco adoraba al periodista y, con paciencia, Philby fue adentrándose en su círculo de confianza. Por tales crónicas, y por el arrojo demostrado en la batalla de Teruel donde incluso acabó siendo herido al ser alcanzado por una bomba el camión en el que viajaba, el caudillo aprobó imponerle la medalla de la Cruz Roja al Mérito Militar.

La fecha elegida sería el 2 de marzo de 1938. En ese instante Philby tendría a Franco más cerca que nunca para completar su misión. Si el magnicidio no se produjo fue debido a que el espía no recibió las órdenes finales, ni

siquiera un plan de huida porque sus jefes inmediatos habían sido asesinados en Moscú, víctimas de las purgas. Stalin, la misma persona que ordenó la muerte de Franco, se convirtió en el mayor obstáculo para su consecución.

Volviendo a la situación del espionaje en España, la victoria franquista, la desaparición de los agentes soviéticos, el recelo hacia los extranjeros no alemanes que entraban en la Península, la amistad entre Canarias y Franco... motivaron que en la eclosión de la II Guerra Mundial el espionaje nazi estuviese formidablemente bien implantado en el territorio español en detrimento del resto.

Solamente en la embajada alemana en Madrid trabajaban 87 miembros de la Abwehr de un total de 315 personas. Desde esta sede se controlaban a los más de 1.500 agentes de primer nivel diseminados por la geografía peninsular. La red se conoció como la KO Spanien y en sus primeros años estuvo dirigida por el almirante Canarias, considerándose como la más importante y mejor dotada de cuantas Hitler tenía en Europa. Se estructuraba en tres secciones dedicadas al espionaje, a las acciones de sabotaje contra intereses aliados en España y al contraespionaje y desinformación. Muchos de estos agentes eran ex miembros de la Legión Cóndor, la fuerza aérea que ayudó a Franco, entre otros cometidos, a bombardear la población vasca de Gernika.

El único servicio de inteligencia capaz de rivalizar con la Abwehr en España fue el británico. Frente a los mil agentes nazis, el MI6 disponía apenas de un centenar. Los dirigía desde la embajada en Madrid el agregado naval Alan Hillgarth, gran conocedor del país y amigo personal de Churchill. Un especialista en criptografía y varios espías camuflados como responsables en el control de pasaportes completaban el equipo.

No es de extrañar, por tanto, que en las calles españolas sólo se respirara un ambiente pronazi. Sus simpatizantes y agentes camuflados podían disfrutar de tertulias y de intercambio de información a plena luz del día en locales como el Café de Lyon o el Café Correos, cercanos a la estatua de la diosa Cibeles. El más importante, sin embargo, fue El Águila, en la calle de Antonio Maura número 20, semejante a las cervecerías alemanas.

Fue en los bajos del Café de Lyon donde el principal enlace de Hitler en España, el barcelonés Juan Hunz, se reunió con un representante de Franco en julio de 1936 para hablar sobre el apoyo nazi a la causa franquista y el envío de armamento.

Todos estos ingredientes convirtieron a España en un foco de tensiones, a veces sustentadas por el propio Hitler quien siempre pensó que una victoria total franquista no era lo idóneo para sus pretensiones. Pero esa victoria se produjo y él se benefició de ello hasta el fin de la II Guerra Mundial.

Ese escenario de tensiones, la «neutralidad» española y la convivencia entre servicios de espionaje provocaron que en la Península se diseñaran o se ejecutaran algunas de las operaciones más sorprendentes de la guerra.

Grandes misiones de la II Guerra Mundial

En septiembre de 1939 Alemania invadió Polonia. Fue una invasión por sorpresa pero precedida de diversos actos de sabotaje perpetrados por agentes de la Abwehr.

Ya antes de aquella invasión, los dirigentes nazis sabían que tarde o temprano entrarían en guerra con Inglaterra, por lo que buscaron alianzas de todo tipo para menoscabar su poder. Así fue como surgió la idea de bus-

car la complicidad del Ejército Republicano Irlandés (IRA). A los nazis les habían impresionado ciertos atentados suyos en los que objetivos de alto nivel habían sido dañados, como el puente de Hammersmith.

Aprobado el plan, se buscó un primer contacto con la organización para proponerles el ataque a arsenales y blancos militares ingleses a cambio de dinero.

Sobre el papel parecía fácil que el IRA dijese que sí, pero la Abwehr se topó con una reacción adversa debido a una cuestión tan insignificante para ella como era la religión. Varios miembros del IRA se mostraron horrorizados cuando se les anunció la próxima agresión a Polonia, un país católico.

Su intención era luchar contra los ateos comunistas o protestantes, pero el dinero y el inicio de la II Guerra Mundial les llevó a aceptar la oferta nazi y explosionaron fábricas de armamento como la de Waltham Abbey en enero de 1940.

Este episodio demuestra la audacia de la Abwehr en aquel 1940, cuando los espías nazis se mostraron mucho más efectivos que los del resto de países. Su mayor ventaja fue conocer de antemano los movimientos que se avecinaban. Mucho tuvo que ver en ello la personalidad del almirante Canaris, al que Stalin consideró como el hombre más peligroso de Alemania.

El transcurso de la guerra, sin embargo, hizo cambiar las tornas. Quizá fuera por la necesidad de contar con un revulsivo al estar perdiendo la contienda, pero los aliados dieron luz verde a grandes operaciones de espionaje que socavaron de forma importante el prestigio de la Abwehr, dándoles de paso la victoria en batallas decisivas.

Uno de los reveses nazis más importantes llegó cuando sus enemigos consiguieron descifrar la famosa Enigma.

Con ese nombre se conocía a un aparato semejante a una máquina de escribir con la que se codificaban mensajes imposibles de ser interpretados por otra persona que no fuese el destinatario. Así, Enigma actuaba como codificadora y descodificadora, siempre que se supieran sus claves y el método de empleo.

Su creador fue el inventor alemán Arthur Scherbius y en 1923 la presentó en la Exposición Postal de Berlín con el nombre español de Enigma, simbolizando el misterio que ella representaba. Aunque se pensó para la comunicación entre empresas, su fin terminó siendo militar generalizándose su uso en 1933 con el ascenso de Hitler al poder. Modelos de ella se repartieron entre la Wehrmacht, la marina, la Luftwaffe, la Gestapo, el Ministerio de Asuntos Exteriores y las embajadas.

Su complejidad, el cambio diario de claves y la obligación de tener una máquina idéntica para comprender su funcionamiento minaban la moral de los aliados, que reconocían su incapacidad para descifrar las comunicaciones alemanas. De hecho interceptaron muchas de ellas, pero a los hombres de Hitler no parecía importarles porque sabían que nadie sería capaz de conocer su contenido. Siempre y cuando no se hicieran con un ejemplar de Enigma, claro.

Lo que los nazis desconocían es que los polacos se habían hecho con la copia de un prototipo rudimentario gracias a una carambola administrativa en la oficina postal de Varsovia. La máquina fue rápidamente llevada a la sede del servicio secreto polaco encomendándose a los jóvenes matemáticos Rejewski, Zygaliski y Rozcycki el estudio de su complejo entramado.

Los primeros meses estuvieron llenos de fracasos. El Gobierno les dio todas las facilidades posibles ya que esa misión se convirtió en una de las más importantes de la

guerra. Quien mayor empeño mostró fue Rejewski, que se marcó la tarea como un reto personal. El problema residía en que la información que se le suministraba a diario no se parecía a nada que él conociera y que las claves interceptadas habían dejado de tener validez mucho tiempo atrás.

Los años fueron pasando y el trabajo diario de Rejewski se alargó. Sólo él parecía ser capaz de conseguir tamaña empresa y los polacos continuaron confiando en su mente.

Hubo un instante en el que se le ocurrió aplicar determinadas soluciones matemáticas con las que logró descifrar el 75 por ciento de los mensajes nazis, pero en 1938 los alemanes variaron su método de cifrado de claves añadiendo dos rotores más y Rejewski debió comenzar casi nuevamente desde cero.

Estaba claro que se necesitaba ayuda y en una reunión secreta con los servicios de espionaje francés e inglés, Polonia les mostró los avances conseguidos. Sus colegas también habían investigado sobre Enigma aunque con tan escasa fortuna que llegaron a considerarlo como un sistema de cifrado perfecto.

Ahora los polacos les regalaban dos copias de la máquina para que cada país investigara por su cuenta y la ilusión volvía a florecer. Los más aplicados fueron los ingleses. El MI6 escogió a matemáticos de prestigio y a especialistas en juegos de lógica, maestros del ajedrez y a espías como Ian Fleming. Todos fueron alojados en la mansión victoriana de la Escuela Gubernamental de Códigos y Cifrados para que trabajasen por turnos en el desciframiento.

De todo el grupo, la persona más importante fue el matemático Alan Turing, al que sus compañeros calificaban de excéntrico, desaliñado, sucio y extravagante. Lo que importaba realmente era su mente prodigiosa con la que guió a sus compañeros. El 9 de abril de 1940 el grupo vio la

luz al conseguir descifrar determinados comunicados nazis previos a la invasión de Dinamarca y Noruega. La noticia llegó a oídos de Churchill quien decidió visitar la mansión definiendo a los inquilinos como «los gansos que ponían huevos de oro y nunca cacareaban».

Si el desciframiento de la máquina Enigma fue crucial para el devenir de la contienda, el desembarco en Italia marcó un punto de inflexión esperado por los aliados. En el marco de esa jornada, España jugó un importantísimo papel secundario, ya que en sus aguas se originó una de las mejores misiones de intoxicación informativa de la contienda.

Obsesionados los aliados por evitar que los espías de Hitler conocieran los planes del desembarco, creyeron que el mejor modo de proteger esa información sería ofreciéndoles otra totalmente diferente. El problema residía en que debía hacerse de un modo absolutamente convincente. La cuestión era de qué forma podían enviarse datos falsos al cuartel del Führer sin que levantaran sospechas sobre su contenido.

La clave la aportó Glyndwr Michael. Así se llamaba el hombre que se suicidó el 2 de febrero de 1943 bebiéndose una botella de matarratas harto de una vida sin alegrías, aunque existen otras versiones que atribuyen su muerte a una dolencia hepática o pulmonar.

Lo seguro es que Glyndwr falleció sin amigos ni familia que reclamara el cadáver. Su destino era la fosa común hasta que el servicio de inteligencia interior inglés, el MI5, se interesó por el cuerpo.

Buscaban el cadáver de un varón mayor de treinta años y sin familia que lo reclamase. Michael cumplía todos los requisitos.

Inmediatamente el cuerpo se conservó en hielo y en torno a él nació una nueva identidad. Se le crearon documentos oficiales pero con información falsa acompañada

de una fotografía y con el nuevo nombre de William Martin. Se le confeccionó un uniforme de mayor de la Marina Real en el que se le insertó una carta de su padre ficticio, una libreta de ahorro y las entradas del teatro al que había «llevado» a Pamela, su novia ficticia.

Lo que el MI5 estaba tramando era utilizar ese cuerpo para hacer creer a Hitler que el desembarco aliado en el sur de Europa se realizaría por Grecia y Cerdeña, y no por Sicilia como estaba previsto. Era la Operación Carne Picada. Para conseguirlo, Martin tenía en una bolsa una carta escrita a mano por sir Archibald Nye, subjefe del Estado Mayor Imperial en la que comunicaba al general Harold Alexander los planes para el asalto de Grecia; y otra en la que lord Mountbatten, jefe de operaciones combinadas, informaba al general Eisenhower del mismo propósito.

Dos meses después de la muerte, el cadáver fue transportado en un ataúd repleto de hielo dentro del submarino *Seraph* a aguas de Andalucía. La pretensión era dejarlo en el mar para que la fuerza de las corrientes arrojara el cadáver hasta la costa española. Allí, las autoridades españolas entregarían, sin duda alguna, el cuerpo y los documentos a los espías nazis.

La impresión sería que el avión en el que viajaba Martin habría sido hundido por las baterías antiaéreas alemanas diseminadas al otro lado del Estrecho.

El 30 de abril, a las cuatro y media de la madrugada el cuerpo fue arrojado al mar. Cinco horas después el pescador José Antonio Rey lo descubrió entregándolo a las autoridades españolas quienes tras examinar los documentos hicieron entrega de los mismos a Adolf Clauss, miembro de la Abwehr en Huelva.

Clauss fotografió todas las cartas y cerrándolas sin dejar huellas las devolvió, junto al cuerpo, a las mismas

autoridades españolas. Mientras William Martin era enterrado en el cementerio local con honores militares, las copias viajaban a Berlín donde se dictaminó que su contenido era auténtico. El mensaje que recibió Churchill en Londres decía así: «Se han tragado toda la carne picada.»

La conclusión fue que divisiones enteras alemanas recibieron la orden de traslado de Sicilia a Grecia y Cerdeña, dejando el paso despejado para las tropas aliadas comandadas por los generales Patton y Montgomery en su camino a Roma.

El Vaticano y la Santa Alianza

Demasiado poco se ha escrito sobre el servicio secreto del Vaticano. Apenas unos pocos ensayos como el del periodista Eric Frattini, titulado *La Santa Alianza*. Precisamente ese es el nombre con el que se conoce a la que muchos califican como la mejor agencia de espionaje del mundo. Sólo hay que pensar en la cantidad de curas, sacerdotes, monjas, obispos, seminaristas, cardenales... diseminados por pueblos y ciudades, por montañas y llanuras, por islas y selvas. Juntos conforman una vastísima red de información inalcanzable para cualquier otro país.

Durante la II Guerra Mundial, el Vaticano activó esa inmensa red recabando informes allá donde nadie más podía llegar.

Se cuenta que en febrero de 1939 Churchill fue invitado a comer a casa de un amigo en el número 112 de Eaton Square. Cuando llegaron a las copas comenzó una interesante charla en la que se informó al dirigente británico de que Hitler y Stalin estaban a punto de concluir un acuerdo. Ese tratado se produciría poco después, pero en aquel momento

era impensable tal hecho debido a la acérrima enemistad existente entre el fascismo y el comunismo.

La sorpresa de Churchill fue de tal calibre que excitado sólo pudo preguntar quién había informado de semejante hecho. La respuesta se la dio el conde Coudenhove-Kalergi: «Una fuente del Vaticano», dijo, a lo que Churchill replicó: «¿El Vaticano? Entonces debe ser cierto.»

La anécdota resume perfectamente la visión que todos los mandatarios han tenido sobre el espionaje vaticano.

La Santa Alianza se fundó bajo el pontificado de Pío V en el siglo XVI con la finalidad de combatir el protestantismo de Isabel I de Inglaterra. Su nombre proviene en honor al pacto secreto que firmó la Santa Sede con la reina católica escocesa María Estuardo.

Los espías debían recabar información y ofrecérsela a los monarcas católicos europeos, con especial atención a la reina de Escocia. Incluso se organizó una fuerza de choque conformada por un grupo de jesuitas escogidos por su fidelidad al Papa.

La primera misión que recibieron fue asesinar a Isabel I, pero la que murió realmente fue María Estuardo. Lo importante es que la red de espionaje tejida ya no dejaría de crecer, convirtiendo a la Santa Alianza en el servicio de espías más veterano.

Cinco siglos más tarde, sus enemigos eran el comunismo de Stalin y el fascismo de Hitler y Mussolini. Conscientes del peligro que entrañaba enfrentarse al Vaticano, los tres dictadores intentaron por todos los medios socavar su poder infiltrando espías en el mismísimo minúsculo Estado.

El primero que lo consiguió fue Mussolini, quien ya desde finales de la década de los años veinte intentaba infiltrar topos en las dependencias papales. El más importante se llamó Enrico Pucci, perteneciente al mundo del

periodismo. Actuaba extraoficialmente como portavoz del Vaticano, editando un boletín donde se seguían los últimos acontecimientos relativos al Papa. Desde esta posición Pucci tenía acceso a tan grandes y reservados caudales de información que los periodistas extranjeros acudían a él para corroborar sus datos.

Nadie sabía que trabajaba desde 1927 para la policía fascista italiana hasta la década de los treinta, cuando la Santa Alianza comenzó a sospechar de la presencia de un espía en el Vaticano. Como todo buen entramado de espionaje, el Papa también dispone de un servicio de contraespionaje. Se le conoce como Sodalitium Pinium y lo creó el cardenal español Rafael Merry del Val por encargo del papa Pío X a comienzos del siglo xx. Su cometido sería el de perseguir a los espías infiltrados en el Vaticano y a aquellos religiosos que defendiesen ideas modernizadoras sobre la Iglesia.

En el caso que nos ocupa, los agentes del contraespionaje idearon una trampa en la que cayó monseñor Enrico Pucci. Con él desapareció su red de agentes formada por funcionarios de nivel medio que fueron expulsados automáticamente.

Los nazis aprendieron de este hecho. Observaron la efectividad de la Santa Alianza y se afanaron en vigilar estrechamente a todos los religiosos residentes en Alemania. «O se es cristiano, o se es alemán», había sentenciado el Führer.

La labor de vigilancia fue dirigida por Reinhard Heydrich, jefe del servicio de espionaje del partido nazi. En el cometido le ayudó, irónicamente, el doctor Wilhelm August Patin, antiguo agente de la Santa Alianza y primo de Himmler, pero fue con su sucesor, Albert Hartl, con quien la persecución alcanzó su máximo exponente de crueldad.

Hartl inició una feroz persecución de todo aquel religioso que mostrase antipatía por el régimen. Todo obispo, clérigo, monja, diocesano, seminarista... era un peligro potencial que debía ser investigado. Descubrieron casos como el del padre Josef Rossberger quien desde un seminario distribuía propaganda antinazi antes de ser detenido y torturado durante una semana de forma continuada.

El hecho llegó a oídos del clero quedando horrorizados ante lo que eran capaces de realizar los hombres de Hitler. Tras el sacerdote otros miembros de la Santa Alianza fueron apresados y acusados de actos contra la moralidad.

Aun así, el mayor logro de los espías de Hitler fue infiltrar a uno de sus agentes en las dependencias del Vaticano durante la elección de Eugenio Pacelli como Pío XII.

El espía se llamaba Taras Borodajkewycz, estudiante de teología vienes, pero con buenos contactos entre la curia romana. Sus informes enviados a Berlín sobre quién iba a ser elegido como próximo Papa erraron en la predicción, y lo que resultó más perjudicial, pusieron al Sodalitium Pinium sobre su pista.

Se hacía necesario actuar con prontitud. La respuesta llegó de la mano del propio Borodajkewycz al asegurar a sus superiores que si se entregaban tres millones de marcos en lingotes de oro, varios cardenales estaban dispuestos a votar a alguno de los dos obispos favoritos de Alemania: Maurilio Fossati y Elia dalla Costa.

El plan tuvo el respaldo del Führer y el oro se cargó en un tren rumbo a la Ciudad Eterna. Durante el trayecto, agentes de la Santa Alianza supieron de la existencia del trato y del tren. Lo que ni ellos ni los espías nazis sabían, era que el plan de Borodajkewycz consistía verdaderamente en quedarse con el oro y desaparecer de las manos de las SS y de la Gestapo.

Cuando en la elección del 2 de marzo de 1939 Eugenio Pacelli se erigió como Pío XII, la sorpresa se instaló en el cuartel de Himmler. Rápidamente contactó con sus subordinados para localizar a Borodajkewycz y que devolviera el oro entregado, pero ni éste ni los tres millones de marcos aparecieron. Así hasta que la Policía italiana localizó su cadáver ahorcado de una viga en un parque de Roma.

Una versión dice que fue la Abwehr quien lo asesinó, aunque otra mucho más tenebrosa afirma que quien acabó con su vida fue una sociedad secreta vaticana llamada los Assassini, heredera de la Orden Negra, creada en el siglo XVII con el fin de asesinar a todo espía extraño a la Santa Sede. El oro jamás apareció.

Pero no sólo los servicios secretos nazis e italianos dirigieron sus espías hacia el territorio vaticano. La Santa Sede también hizo lo mismo, considerando el III Reich como zona prioritaria de acción.

En una reunión entre Albert Hartl y el antiguo sacerdote y profesor de Teología Josef Roth, se les informó de la presencia de un espía vaticano que entraba y salía de la zona nazi con mensajes y dinero de las altas jerarquías eclesiásticas. Lo único que se sabía de él es que hablaba perfectamente alemán y que recibía el nombre de «el mensajero».

En aquellas fechas estallaba la II Guerra Mundial tras la invasión de Polonia, y la Abwehr se marcó como meta prioritaria localizar y acabar con el espía. Les costaría, porque el hombre al que buscaban era uno de los mejores agentes de la Santa Alianza. Se llamaba realmente Nicolás Estorzi, y se cree que fue la persona que acabó con la vida de Taras Borodajkewycz de ser cierta la tesis de que fueron los Assassini quienes le ejecutaron.

«El mensajero» se convirtió rápidamente en un quebradero de cabeza por la calidad de sus informaciones sobre el armamento alemán. Sus informes no sólo llegaban a la Santa Sede, sino que también eran distribuidos entre los gobiernos aliados y los participantes del Eje.

Para capturarlo y de paso iniciar contactos con Pío XII, se eligió al agente alemán Josef Müller. Igual de misterioso que Estorzi, Müller fue designado por Canaris jefe de la estación del Abwehr en Roma.

Lo que nadie sabía es que Estorzi y Müller se profesaban una profunda amistad, tanta que el alemán le contó al italiano la misión que se le había encomendado.

A la vista de tantos fracasos, el propio Canaris quería lograr un entendimiento con Pío XII a finales de 1939. La mayor ventaja estribaba en que ambos mantenían buenas relaciones desde los tiempos de Pacelli como nuncio en Berlín. Su total conocimiento del idioma, la cultura y la idiosincrasia alemanas lo convertían en un hombre apto para la firma de acuerdos.

En este caso lo que se quería de él era que mediara con Londres para alcanzar una especie de paz tácita con los británicos. Pacelli, como hombre inteligente que era, comprendió inmediatamente de los peligros de la petición. Si aceptaba, los católicos alemanes perseguidos por el nazismo podían ver en él a un traidor, pero también estaba en su mano acabar con una sangría que seguiría afectando a buena parte de la Europa occidental.

Su respuesta fue leer todos los informes que le llegaban sobre la propuesta, evitando siempre recibir a miembros de la Abwehr en el despacho. Los documentos los pasaba después al ministro británico en la Santa Sede, sir Francis d'Arcy Osborne.

Las conversaciones nunca llegaron a buen puerto porque el espionaje francés se enteró de ellas con el miedo que les provocaba que Inglaterra se saliera de la guerra dejándoles a expensas de los nazis. También los soviéticos supieron de los documentos y comenzaron a boicotear las actuaciones de Osborne hasta que el plan fracasó irremediablemente.

Aún habría muchas más conspiraciones y persecuciones entre espías, pero el fracaso de las conversaciones hizo que la guerra entrara en una nueva fase y que el nazismo se extendiera sin freno por la Vieja Europa.

Capítulo V

EXPOLIO Y SAQUEO DE LAS COLECCIONES ARTÍSTICAS EUROPEAS

Uno de los aspectos más desconocidos relacionados con el nazismo y la II Guerra Mundial es el inmenso expolio de obras de arte que sufrieron museos y miles de particulares en los países ocupados.

Pero antes de comenzar a desgranar lo que hasta ahora se ha investigado sobre el tema se hace preciso realizar una aclaración. Aunque indudablemente corresponde a los nazis la mayor parte de la responsabilidad en el saqueo artístico, países como Estados Unidos, la antigua Unión Soviética o Suiza también se sumaron al mismo, a veces permitiendo el tránsito de esas mercancías, otras no aportando ni el tiempo ni el dinero necesarios para investigar el mercado negro que se formó en torno a ellas e incluso, en ocasiones, almacenando en los principales museos nacionales cuadros, figuras, grabados, esculturas, joyas... de valor ciertamente incalculable a sabiendas de su procedencia ilegítima.

España no fue un país especialmente importante en lo concerniente al robo y expolio de obras de arte, pero sí desempeñó un papel destacado respecto al tráfico de mercancías. La afinidad que siempre mantuvo el gobierno franquista con el régimen nacionalsocialista alemán y la posición geográfica de la Península permitieron a muchos contrabandistas el empleo de sus puertos y ferrocarriles como zonas de embarque y transporte. Tan valiosas mercancías eran trasladadas a otros países en los que compradores ansiosos esperaban la recepción de aquello que tanto habían soñado.

Pero no se debe olvidar que el pago de una mercancía no legitima su compra. Así ocurrió con las obras de arte expoliadas por el nazismo, muchos de cuyos verdaderos propietarios siguen esperando la restitución de lo que les fue arrebatado injustamente.

Asalto al coleccionismo europeo

Muchas personas siguen desconociendo aún que la política de terror instaurada por Hitler comenzó a ser aplicada incluso un lustro antes de que estallara la II Guerra Mundial.

Desde mediados de la década de los años treinta el gobierno nazi promulgó leyes relativas al control de cambios. En ellas se ordenaba a todos los residentes en Alemania vender su oro y cambiar la moneda extranjera por marcos alemanes. De esta forma el Reich se aprovisionaba de las divisas necesarias para sustentar la fuerte remilitarización y la guerra que Hitler tenía en mente.

Con el paso del tiempo y las conquistas del ejército alemán, las mismas medidas se extendieron a países ocupa-

dos como Checoslovaquia, Austria, Francia, Holanda, Bélgica...

Pese a la injusticia de su letra, el nazismo fue aún más allá con las tristes y famosas Leyes de Nuremberg del 15 de septiembre de 1935. Al aprobarlas quedaba patente lo que le esperaba a la comunidad judía y a los extranjeros que decidieran residir en Alemania. La ciudadanía alemana quedó exclusivamente limitada a aquellos que pudieran demostrar su origen ario y el resto de personas fueron consideradas de segunda, tercera e incluso de una clase inexistente. Se prohibió el matrimonio con judíos y a éstos participar en la vida política y militar. Tenían vetada la entrada a teatros o a cines; se les retiraron los permisos de conducir y se les obligó a portar la célebre estrella de David en color amarillo siempre en lugar bien visible para que quedara claro su origen racial.

La comunidad hebrea fue obligada a vender su oro y joyas; y lo más significativo, a inventariar sus propiedades. Se crearon listas en las que aparecían las cantidades de dinero depositadas en los bancos, los inmuebles, así como cuadros y otras obras artísticas de valor. Los listados fueron archivados y posteriormente sirvieron como base para expropiar ilegítimamente los bienes registrados. Quienes se oponían a esta medida o la incumplían eran castigados con penas elevadísimas de dinero y en ocasiones incluso con la muerte.

Daba la impresión de que cada nueva orden, cada nueva ley que se aprobaba formaba parte de un plan diseñado tiempo atrás. Y razón no faltaba a quien pensara de ese modo porque todo estaba perfectamente programado y organizado. Lo que se desconocía era la meta final.

La respuesta llegó tras la llamada «Noche de los cristales rotos». El 9 de noviembre de 1938, y sin previo aviso, agentes de las SS y de la SA rodearon los barrios judíos de

las ciudades más importantes internándose en sus calles y sembrando el terror. Tan sólo en aquella noche fueron asesinadas 91 personas y deportadas a campos de concentración 35.000. Se quemaron tiendas y comercios, sinagogas, templos, viviendas, escuelas...

Ese mismo día había fallecido el tercer secretario de la embajada alemana en París tras dos días de agonía provocada por los disparos de un judío polaco de diecisiete años llamado Herschel Grynszpan. Hitler utilizó el crimen como ejemplo del peligro que los judíos entrañaban para el país. Grynszpan le había proporcionado la excusa perfecta para dar inicio a un proyecto muy meditado que preveía la expulsión y aniquilación de toda la comunidad judía en suelo alemán.

Antes de esa negra jornada nocturna muchos judíos emprendieron el camino del exilio, y ni siquiera eso les resultaba fácil. En su afán por acumular todos los bienes posibles, las autoridades nazis vendían los visados de salida a precios asequibles tan sólo a unos pocos. Parecía estar viviéndose en una tremenda contradicción ya que las leyes nazis catalogaban la expulsión de los judíos como prioridad nacional, pero cuando éstos querían abandonar el país se topaban con todas las trabas posibles. Tal contradicción era sólo una apariencia. Alemania no sólo deseaba la expulsión de la comunidad judía, también su exterminio; pero antes quería sus pertenencias.

El precio de un visado de salida alcanzaba varios miles de marcos canjeables por cuadros, lámparas, piezas de oro, casas... lo que se tuviera de valor. Familias enteras se vieron desposeídas de todo bien antes de cruzar la frontera. Quien no podía costear el precio o se negaba a pagarlo entraba en una larga espera para recibir un visado que muy bien podía no llegar nunca.

La mayoría de los judíos decidieron emigrar a otros países, otros pidieron dinero a sus familiares en el extranjero, pero también los hubo que prefirieron quedarse al pensar que tanta locura era pasajera o simplemente porque no podían costear su salida.

Un cálculo estimativo indica que cuando Hitler llegó al poder, la comunidad judía alemana alcanzaba las 600.000 personas. Al inicio de la II Guerra Mundial la cifra se situaba en 210.000.

Quienes se quedaron pagaron su error o imposibilidad de marchar con la confiscación absoluta de sus bienes, pólizas de seguros, ahorros. El mismo Göering así lo había decretado, dándole legitimidad a la medida.

Fue en estos instantes previos al conflicto bélico cuando las arcas estatales comenzaron a atesorar las obras de arte que tanto costaría recuperar después y que desembarcarían en un saqueo bien urdido y organizado.

Cada país ocupado por las tropas nazis quedaba suscrito a las leyes y procedimientos alemanes. En Europa occidental las grandes víctimas fueron los coleccionistas privados, mientras que en la Europa oriental el expolio también lo sufrieron los museos nacionales.

Se encomendó a Alfred Rosenberg la tarea de organizar y dirigir la *Einatzastab Reichsleiter Rosenberg* —Brigada del Reichsleiter Rosenberg—. Su misión era identificar las obras de arte diseminadas por las casas, galerías y museos de los territorios ocupados. Después llegaba la venta obligada a un precio muy inferior al real o la simple expropiación.

La elección de Rosenberg se veía como la más adecuada ya que él había sido uno de los fundadores de la ideología nazi. Su libro *El mito del siglo XX*, publicado en 1930, se convirtió en un texto sagrado, junto al *Mein Kampf*, y sus

ideas sobre la superioridad de la raza aria y la exterminación del cristianismo le coronaron como ideólogo oficial del partido.

En 1937 llevó a cabo la depuración de las colecciones artísticas alemanas. Los nazis consideraban a artistas de la talla de Kandinsky o Kokoschka como degenerados, y todas las pinturas procedentes de las vanguardias de finales del siglo XIX y primer tercio del XX fueron retiradas de las colecciones estatales y transferidas al Estado alemán.

Hitler las odiaba tanto que ordenó la quema de cuadros pintados por Kandinsky, Picasso, Klee o Van Gogh. Si esas obras no sucumbieron en la hoguera fue porque su ministro de Propaganda, Goebbels, le convenció de que sería más provechoso guardarlas para ser vendidas posteriormente en el mercado internacional. No es que Goebbels amara el arte más que Hitler, ya que bajo sus órdenes se quemó cuanto escrito se encontraba de Proust, Einstein, Mann... y de todos aquellos autores considerados enemigos del nacionalsocialismo. Pero su mente práctica veía en ese «detestable» arte, una fuente importante de divisas.

Ahora Rosenberg tenía la tarea de capturar lo más valioso de las bibliotecas, archivos y museos europeos. Desde su despacho ordenó y supervisó la retirada de las grandes colecciones artísticas francesas y de las procedentes de Europa del Este.

Según sus propios informes de 1944, y solamente en Francia, la Einsatzstab Reichsleiter Rosenberg incautó 21.903 piezas entre cuadros, esculturas, tapices, muebles, figuras, orfebrería... Al igual que se hizo posteriormente en muchos países, Francia creó la Comisión francesa para la recuperación de obras de arte, y una investigación efectuada en su seno indicaba que el valor de lo robado por los nazis alcanzaba en 1945 los 110 billones de francos.

Por supuesto, este saqueo sistemático no se libró del oportunismo de soldados y oficiales de las SS y de la Gestapo que aprovecharon sus cargos para participar en el pillaje a título individual. La guerra agravó la situación formándose unidades descontroladas de ladrones de arte que en varias ocasiones chocaron con las autoridades de ocupación surgiendo fuertes tensiones.

El destino conocido del arte expoliado

Miles de obras viajaron todos los años al III Reich, de donde partieron para múltiples destinos. ¿Cuáles fueron? Pregunta difícil de contestar ya que en torno al paradero final del arte expoliado se han vertido muchas teorías, algunas de ellas apasionantes, en buena medida por lo fantástico de los argumentos.

Cierto es que la mayor parte de lo saqueado se transportaba, como se ha dicho, al interior del Reich en camiones. Muchas de las piezas quedaban como propiedad del Estado y el resto se vendían a coleccionistas de arte alemanes.

El propio Hitler se guardaba el derecho de adquisición sobre algunas de ellas. Sus artistas preferidos eran los viejos maestros alemanes, holandeses, italianos, flamencos y franceses. Hasta tal punto le apasionaban, que destinaba parte de los derechos de autor recibidos por la publicación de su *Mein Kampf* a la compra de cuadros.

Otro importante coleccionista de arte fue el mariscal y ministro del Aire, Herman Göring. Las obras por él adquiridas tenían como fin adornar su residencia de Carinhall, un lujoso palacio en medio del bosque donde podían contemplarse pinturas de los grandes maestros italianos y holandeses.

Hitler y Göering marcaron el camino para muchos otros «nazis de pro», que no dudaron en seguir esta falsa política de compraventa para engordar o inaugurar sus propias colecciones pictóricas.

Al margen de este mercado exclusivo, el otro gran destino para muchas de las piezas fue, como había sugerido Goebbels, el comercio internacional a fin de contribuir a sufragar el esfuerzo bélico. Las obras desechadas en primera instancia por los nazis se destinaban al exterior, por ser bien valoradas en el extranjero. Se vendían a precios elevados, aunque muy por debajo del real, o simplemente se cambiaban por otras más acordes a los gustos del nacionalsocialismo.

Los mayores beneficiados por este tráfico fueron los coleccionistas norteamericanos, especialmente antes de que Estados Unidos entrara en la guerra. Pese a sus críticas hacia el nazismo, no les faltaron escrúpulos para negociar, aún sabiendo que el dinero que entregaban serviría para sustentar todo aquello que afirmaban odiar.

No sólo fueron las obras calificadas como degeneradas las que salieron del Reich. También cuadros de maestros renacentistas y medievales siguieron ese camino. Así sucedió especialmente cuando se comenzó a prever la derrota de Alemania. Los coleccionistas nazis intentaron vender sus obras de arte para costear la vida que les esperaba en el exilio y el mercado negro se vio de pronto inundado de obras maestras de genios como Velázquez, Canaletto o El Veronés.

Muchas de estas obras posiblemente no vuelvan a recuperarse nunca, ya que las prisas y el terror ante el avance aliado provocaron que fueran traspasadas sin ningún documento acreditativo o archivo en el que quedara registrada la compraventa. Tan sólo la buena voluntad de quien las posea hoy en día puede romper esta situación, pero de momento...

El negocio sólo entrañaba un peligro consistente en el transporte de las obras hasta sus puntos de recepción. La salida del Reich no era problema, el inconveniente llegaba cuando se acercaba la frontera con los países aliados. Y fue aquí donde los denominados estados neutrales jugaron otro importante papel en el engranaje nazi, en esta ocasión ayudando al transporte de las mercancías.

España y Portugal fueron dos de las principales zonas de paso. El transporte de las obras podía hacerse directamente desde Alemania atravesando la Francia ocupada o embarcándola desde los puertos italianos. Una vez en la Península era tarea de los barcos mercantes llevar los cuadros hacia paraderos sudamericanos.

En esos países se daban cita representantes de museos, coleccionistas privados, oportunistas, aventureros... todos respondiendo a la llamada de un lucrativo negocio ilícito que pocas veces en la Historia alcanzó la dimensión de aquel período.

Famosos fueron cargamentos como el del navío *US Excalibur*, que en 1941 recaló en los Estados Unidos, tras embarcar en el puerto de Lisboa medio millar de pinturas expoliadas en Europa. Más tarde, cuando Estados Unidos entró en la guerra, el Atlántico se convirtió en una ruta peligrosa para el transporte por el bloqueo naval al que fue sometido el continente europeo. Pero el tráfico siguió funcionando gracias al uso de la valija diplomática entre Alemania y los países sudamericanos.

Este mercado negro era dirigido desde dos puntos centrales. El primero de ellos fue Suiza, país autoproclamado neutral a pesar de que a sus banqueros no les importara almacenar o realizar transacciones con el oro nazi procedente de los campos de exterminio. De ello se hablará en el siguiente capítulo.

Lo importante ahora es reseñar que desde el país alpino se redistribuía el arte que llegaba en camiones y que volvía a partir en el mismo medio de transporte o en ferrocarril.

La segunda zona importante fue la Francia de Vichy, ruta natural para la llegada a los puertos españoles o portugueses. La colaboración de este gobierno con los nazis contribuyó en gran medida a que el arte francés fuera uno de los más perjudicados. Mientras en otros países las autoridades intentaron salvaguardar sus tesoros, en Francia no ocurrió lo mismo porque desde el primer momento un sector de sus políticos mostró disposición a colaborar con las fuerzas de ocupación.

Se calcula que un tercio del coleccionismo francés de la época pasó a manos alemanas, lo que supuso en cómputos totales la pérdida nacional de unas 200.000 obras de arte.

Toda esta organización se vino abajo con el fin de la guerra. Entonces surgió un saqueo muy diferente: el de los museos nacionales. Cuando el III Reich se hundió y las tropas soviéticas y norteamericanas avanzaron libremente por Alemania, fueron encontrando a su paso las mansiones de los antiguos dirigentes nazis donde aún permanecían colgados cuadros valiosísimos, búnkeres con tesoros almacenados, camiones a medio cargar... Se les estaba ofreciendo la oportunidad de requisar las colecciones que cualquier museo querría para sí. Y la aprovecharon, especialmente los ejércitos soviéticos.

Está constatado que muchas de esas piezas acabaron en los museos estatales de la órbita comunista, donde aún hoy permanecen a pesar de las protestas de sus legítimos propietarios que no han cesado en su empeño de recuperar aquello que les fue arrebatado por partida doble.

El mayor hallazgo de arte expoliado lo protagonizaron

los norteamericanos y más concretamente el Regimiento de Infantería 358 de la Noventa División del III Ejército, comandado por el general George S. Patton.

Tras el sorprendente éxito del desembarco de Normandía el 6 de junio de 1944, se abrió una cabeza de puente hacia el continente por el que diariamente pasaban miles de soldados y vehículos de transporte.

La batalla de las Ardenas retrasó tan sólo unas semanas el avance aliado por el oeste, mientras que por el este eran las tropas soviéticas las que no detenían su marcha hacia Berlín.

Ambos ejércitos protagonizaron una lucha por ser los primeros en llegar al corazón del III Reich. En disputa estaba el privilegio de capturar a Hitler y la importancia de asentarse en territorio alemán cara al inminente reparto de tierras y riquezas que esperaba a los vencedores.

Una de las personas que más empeño puso en esta velada carrera fue el general Patton. Ya desde la campaña italiana sus tropas se caracterizaron por el rápido avance a través de las líneas enemigas. Entonces su «rival» había sido el general inglés Montgomery a quien superó en casi todas las facetas militares, pero que a la postre acabó llevándose la gloria del desembarco italiano.

Por su tremendo ego, Patton no estaba dispuesto a sufrir otra humillación semejante y en abril de 1945 sus tropas ganaban terreno más rápido de lo previsto cumpliendo con creces el plan marcado.

Fueron los primeros en atravesar el importante puente estratégico de Remagen y el 4 de abril se hicieron con el control de la ciudad de Meckers. Como era normal interrogaron a los habitantes para averiguar la ubicación y el movimiento de las fuerzas enemigas. Fue entonces cuando los soldados comenzaron a anotar indicaciones sobre

unas minas de sal en las que, según los residentes, se había advertido un importante trasiego de tropas y vehículos.

La clave de lo que esas minas guardaban la aportaron dos mujeres francesas. En su testimonio aseguraban haber presenciado cómo los nazis usaron los túneles de la montaña para almacenar objetos de valor y especialmente sacas y cajas repletas de oro.

La noticia se transmitió al cuartel general de la División y al coronel J. Russell, uno de los jefes del mando militar de la Novena División. Russell ordenó efectuar nuevos interrogatorios confirmándose que efectivamente en los días pasados soldados alemanes habían descargado ininterrumpidamente cientos de sacas y cajas de gran tamaño. A la vista de las informaciones se ordenó la vigilancia continua de los cinco accesos a la mina.

En la mañana del día 7 de abril el coronel Russell se internó con varios miembros de la División, dos oficiales alemanes y un fotógrafo militar en el interior de las cuevas de Kaiseroda. A pocos pasos de la entrada se toparon con 550 sacos repletos de monedas de oro abandonados por los soldados alemanes, sorprendidos sin duda por el rápido avance de las tropas de Patton.

¿Era ese el tesoro del que hablaban las dos jóvenes francesas? La respuesta llegaría al día siguiente. Aquellas minas estaban compuestas por 509 kilómetros de túneles, algunos tapiados, otros sin salida... un laberinto de difícil recorrido. El día 8 fue el general Ernest, comandante en jefe de la Noventa División, quien dirigió una nueva exploración del lugar acompañado por Russell, ingenieros militares y varios fotógrafos y periodistas.

Tras un día de recorrido, voladuras de muros y perforación de paredes, aquellos hombres se toparon con unas amplísimas bóvedas donde les aguardaba la mayor sorpre-

sa de sus vidas. La luz de las linternas reflejó el dorado de las miles de piezas de oro y plata que atesoraba Kaiseroda.

Ante ellos tenían sacos repletos de lingotes de oro, joyas, pedrería, piezas de orfebrería, cuberterías de plata, pinturas, esculturas, cuadros embalados, cerámicas... Todo el arte expoliado por el nazismo a los museos, a los judíos, a las víctimas de los campos de concentración que no había sido vendido, se encontraba en aquellos túneles.

Se cree que Hitler soñaba desde 1938 con la construcción de un gran museo en la ciudad de Linz y que todas las obras de arte encontradas en las minas iban a ser destinadas a llenar sus salas, pero que el revés de la guerra provocó su traslado a un lugar seguro. Y para ello nada mejor que una mina abandonada.

Informado Washington del hallazgo, se designó al coronel Bernard Bernstein como único responsable del tesoro. Bernstein se trasladó inmediatamente a Meckers para decidir qué hacer con el contenido de las minas. En un primer momento se barajó su envío a los Estados Unidos, pero la opción fue rechazada por el inmenso problema logístico que acarrearía el traslado.

Entonces se pensó en almacenarlo en los sótanos del Reichsbank —el banco central alemán— y cuando se desplazaron a la sede para sopesar la idoneidad de la elección, una nueva sorpresa les llenó de sobrecogimiento. Las salas del Reichsbank se encontraban abarrotadas de más muebles, figuras y cuadros sacados de los museos y galerías alemanas. No había apenas sitio para el tremendo tesoro de Kaiseroda que finalmente fue trasladado a las dependencias del Reichsbank en Francfort. El conjunto ocupó 32 camiones de 10 toneladas cada uno.

Ilusionado por el hallazgo, Bernstein tuvo la impresión de que quizá en otros lugares de Alemania se oculta-

ban mercancías similares. Propuso a sus superiores la creación de una unidad destinada a peinar el suelo alemán en busca de obras de arte y oro oculto. Pidió que se le asignase el Regimiento 358 al completo y una compañía de tanques más una batería de defensa antiaérea; pero lo único que consiguió fueron un par de jeeps y una reducida escolta.

Con tan escueta ayuda Bernstein recorrió más de 40.000 kilómetros interrogando a granjeros, comerciantes, artesanos, transportistas... sobre posibles paraderos de tesoros escondidos. Ciertamente consiguieron hacerse con las monedas y lingotes que aún guardaban en sus cámaras las sucursales del Reichsbank en las capitales de provincia; e incluso involuntariamente con las reservas en metálico del Banco Nacional de Hungría y las joyas de la corona húngara, pero jamás volvieron a experimentar un hallazgo tan espectacular como el vivido en Kaiseroda.

Otros probables destinos del tesoro nazi

La imaginación humana ha convertido el tema del tesoro nazi en una fuente de rumores y leyendas. No se sabe a ciencia cierta cuánto oro y arte permanece aún escondido. En lo que sí se está de acuerdo es en que no se han hallado todos los bienes que el Reich incautó. Y esto ha hecho disparar las conjeturas.

Las teorías que tratan de explicar su paradero giran desde la segura probabilidad hasta la más recóndita de las posibilidades.

Una de estas últimas se conecta directamente con la historia de las minas de Kaiseroda. Cuenta que al enterarse Hitler de que los aliados se habían hecho con el botín

oculto, aprobó el plan diseñado por Friedrich Josef Rauch, coronel de policía encargado de su seguridad personal.

Rauch había sugerido que el resto del oro y de las obras de arte guardadas en los sótanos del Reichsbank fueran enviadas a Baviera para ser escondidas en túneles alpinos. Se emulaba la práctica habitual dentro de la Gestapo y de la Wehrmacht para proteger sus propios bienes. El transporte se hizo principalmente por ferrocarril hasta Munich, donde las bolsas de billetes se traspasaron a los camiones que ya cargaban con monedas y lingotes de oro.

Después el convoy recorrió cientos de kilómetros en medio de árboles hasta un lugar llamado «Casa del bosque». Se dice que los billetes se dividieron en tres partes y fueron enterrados en tres montes diferentes. Hasta día de hoy no han sido localizados. Tampoco los lingotes y las monedas de oro que supuestamente llevaron consigo aquellos soldados. Éstos, además, fueron sucumbiendo a la tentación de hacerse con parte del botín, si bien algunos con escasa fortuna ya que al verse acorralados tras descubrirse su robo llegaron a suicidarse. Fue el caso del funcionario del Reichsbank Emil Januszewski, quien se hizo con dos barras del metal. Por respeto a su edad se le dejó optar por un honroso suicidio. Lo anecdótico es que los dos lingotes volvieron a desaparecer, sin que jamás se supiera su nuevo paradero.

Como ese oro, bolsas repletas de billetes fueron volatilizándose a medida que el convoy efectuaba paradas en su camino a la Casa del bosque.

Esta fantástica historia se conoció por un hombre apellidado Funk, quien supervisó toda la operación de traslado antes de ser apresado junto a otros oficiales nazis. En los interrogatorios narró los hechos citados, pero jamás dio la localización exacta del escondite.

La Casa del bosque se ha convertido en un lugar legendario que espera ser encontrado por excursionistas afortunados.

Puede que este episodio no sea más que una leyenda, aunque parece albergar un poso de verdad. La ubicación de los restos del tesoro nazi en las montañas alpinas encuentra su sentido si se tiene en cuenta la gran cantidad de cuevas y refugios subterráneos que salpican esos montes.

Además, al finalizar la guerra se observó una especial afluencia de militares alemanes en aquellos parajes, sin duda buscando un refugio seguro ante el avance aliado. El famoso y recientemente desaparecido cazanazis Simon Wiesenthal centró parte de sus investigaciones en los valles alpinos persiguiendo a individuos como el jefe de la Gestapo Ernest Kaltenbrunner, o a Hans Frank, «el verdugo de Polonia», quien se intentó cortar las venas de la muñeca izquierda con una cuchilla de afeitar mientras se le detenía el 6 de mayo de 1945.

Y es que la fácil defensa de sus aldeas debido a su orografía montañosa las convirtió en refugios ideales para salvaguardar papeles y documentos secretos, y quién sabe si también para el resto del tesoro nazi.

Otra posibilidad aún más fascinante sitúa el tesoro nazi en plena Antártida. Considerado como un continente por sus 14 millones de kilómetros cuadrados, la Antártida es un lugar inhóspito en el que se alcanzan temperaturas inferiores a los 50 grados bajo cero. Un lugar que comienza a ser interesante para los gobiernos mundiales por los enormes yacimientos de petróleo, oro, carbón y piedras preciosas que ocultan sus kilométricas capas de hielo.

Pero ya en 1938 un barco con bandera alemana consiguió fondear en sus heladas aguas cumpliendo una mi-

sión que aún está por desvelar. El navío se llamaba *Schwabeland* (Suecia) y se le consideraba un prodigio de la tecnología alemana. Capaz de romper las espesas barreras heladas del mar Antártico, el *Schwabeland* transportaba a bordo aviones que eran lanzados por medio de un sistema de catapultas.

El barco pertenecía a la compañía Lufthansa, pero fue cedido al Reich que lo destinó a este confín del mundo. Su partida se hizo en secreto. La tripulación la compusieron biólogos, geógrafos, cartógrafos, meteorólogos, fotógrafos, aviadores... Las sociedades geográficas y culturales alemanas se hubieran entusiasmado con tal viaje, pero ninguna de ellas fue avisada del proyecto. Estaba claro que la finalidad de la travesía era puramente militar. Pero... ¿cuál era la finalidad concreta?

Algunos investigadores piensan que el *Schwabeland* había recibido la orden de buscar nuevos y recónditos emplazamientos para futuras bases de la Wehrmacht ante el conflicto bélico que se avecinaba. De hecho, existen unas declaraciones realizadas a la prensa por el capitán del barco, Alfred Ritscher, que apuntan en esa dirección. «Es la primera vez que aviones alemanes vuelan sobre el continente antártico... Se ha descubierto una región de 600.000 kilómetros cuadrados de los cuales 350.000 han sido fotografiados...», dijo a los periodistas.

El nuevo territorio se llamó New Schwabeland y el capitán Ritscher recibió una condecoración del Führer a su regreso a Alemania. Desde entonces la Antártida sirvió como emplazamiento para bases militares nazis hasta que el desarrollo de la guerra las tornó inoperativas. Con la entrada de los Estados Unidos en la guerra el frente bélico se trasladó al occidente europeo y el sur antártico perdió sentido por su lejanía de la línea de fuego. Además, la

invasión de la Unión Soviética abrió un nuevo frente en el noreste al que debían dedicarse grandísimas cantidades de material.

Lo que opinan los defensores de la teoría antártica es que aquellas bases fueron despojadas de su carácter militar para convertirse en el refugio postrero a la derrota del Reich. Por ello, los submarinos nazis seguirían transportando material para crear un lugar confortable en el que vivir. En 1943 unas declaraciones realizadas por el almirante y jefe de las fuerzas navales Karl Doenitz podrían confirmar esta teoría. Sus palabras fueron las siguientes: «La flota submarina se siente orgullosa de haber construido un paraíso terrenal, una fortaleza inexpugnable para el Führer en alguna parte del mundo.»

Quizá todo lo dicho hasta el momento pueda parecer fantasioso, pero hay un dato muy interesante. La última voluntad de Hitler fue designar a Karl Doenitz como presidente a través de un escueto telegrama enviado por Martin Borman desde el búnker de la Cancillería. «Führer falleció ayer quince horas treinta minutos. Testamento del 29 de abril le confía el cargo de presidente del Reich...», era parte de su texto.

Los historiadores aún desconocen los motivos que impulsaron a Hitler a elegir para el cargo a una persona que no pertenecía al partido nazi, cuya experiencia política era nula y que tampoco brillaba intelectualmente.

Sin embargo, suya fue la tarea de firmar la capitulación y organizar la retirada y rendición de todos los ejércitos alemanes. Quizá Hitler buscara con su elección otra meta. Doenitz sabía el paradero de ese enigmático emplazamiento al que hizo alusión en su mensaje de 1943. ¿Estaba buscando en Doenitz un nuevo Moisés que guiara a sus elegidos a esa tierra prometida?

Si esa fue su finalidad, no la consiguió. Doenitz ordenó el regreso a sus bases de todos los U-Boot, que enarbolando un pendón negro y navegando en superficie fueron arribando a sus respectivos puertos. Pero no todos regresaron. Con el paso de los meses fueron apareciendo navíos como el U-530 o el U-977, demostrando que la navegación submarina del ya desaparecido III Reich seguía siendo una realidad.

¿Cuál era el destino de esas tripulaciones? Nuevamente ciertos investigadores hablan de la Antártida, de aquellas bases que quedaron obsoletas, de ese «paraíso terrenal» al que hacía referencia Doenitz, como el lugar al que tales submarinos se dirigían para transportar los últimos tesoros nazis.

La participación española en el expolio

A lo largo de 1996, y continuando con el 50 aniversario del fin de la II Guerra Mundial del año anterior, los medios de comunicación españoles publicaron una serie de reportajes en los que se hacía hincapié en el papel que España desempeñó dentro del expolio nazi.

Las informaciones eran tan novedosas e impactantes que el propio Gobierno decidió crear una comisión de investigación para que investigara principalmente las transacciones de oro procedentes del III Reich y su conexión con nuestro país.

La Comisión de Investigación de las Transacciones de Oro Procedente del III Reich durante la II Guerra Mundial vio la luz el 11 de julio de 1997 a través del Real Decreto 1131/1997 y aunque su fin era el oro nazi, también sirvió para averiguar la conexión española en el expolio artístico europeo.

La investigación estuvo dirigida por Pablo Martín Aceña, catedrático de Historia Económica en la Universidad de Alcalá y autor, entre otros, del magnífico libro *El oro de Moscú y el oro de Berlín*. La investigación principal sobre el saqueo de las obras de arte corrió a cargo del profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UNED Miguel Martorell Linares.

Los datos que se presentan en las siguientes páginas conforman básicamente el informe que Martorell elaboró para la comisión. La primera idea importante que se extrae de su lectura es que España no tuvo una especial relevancia en el expolio, si bien su territorio se convirtió en una de las principales rutas de contrabando. Así lo reseñaba ya en agosto de 1945 un informe estadounidense elaborado por la Foreign Economic Administration.

En noviembre de 1944 se creó la Art Looting Investigation Unit (Unidad de Investigación para el Arte Expoliado), sección enmarcada dentro del servicio central de espionaje norteamericano y que nació, como ocurriría en España cincuenta y dos años más tarde, para investigar las transacciones de arte saqueado por los nazis.

Esta unidad elaboró un informe en el que aparecían 2.000 personas relacionadas con el robo o la compra de arte confiscado por el III Reich. Entre ellos aparecen muy pocos españoles, y cuando se menciona el nombre de España es para hablar de los contrabandistas, espías y anticuarios que utilizaron la Península para sus negocios o como refugio ante la presión aliada.

También se reflejan los casos de marchantes y contrabandistas que utilizaron España de forma esporádica para sus compraventas y, lo que es más interesante, los de aquellos españoles que desempeñaron la labor de intermediarios en la venta de objetos procedentes del saqueo europeo

y de los robados en Rusia por miembros de la División Azul.

De entre todos estos supuestos, la historia mejor documentada es la de Alois Miedl, marchante de arte y amigo personal de Göering quien aprovechó la guerra para ampliar su ya de por sí vasto capital.

Miedl había nacido en Munich en 1903. Su principal profesión fue la de banquero, pero la pasión por el arte le hizo dirigir sus miras al mercado negro que se estaba generando tras el expolio nazi. De hecho, mantenía buenas relaciones con sus dirigentes, a los que proveía de obras de arte. Uno de sus mejores clientes fue el mariscal Göering que con las compras efectuadas a Miedl decoraba su castillo de Carinhall.

El negocio marchaba bien para este aventurero. Las piezas eran compradas a ciudadanos judíos a un precio muy inferior al real. A Miedl no le importaba estar casado con una alemana de origen judío. Su meta era el dinero y para conseguirlo creó una vasta red de enlaces en Francia y España que le permitía transportar las mercancías de forma segura.

Entre los miembros de la red destaca Eckart Kramer, general de división y agregado aéreo de la embajada alemana en España que le facilitó la entrada en el país. También le ayudaban los contrabandistas franceses Jean Duval y los hermanos Raymond, que le conseguían clientes y los medios para la entrada de las piezas en la Península. Otros nombres fueron los belgas Georges Koninckx y Adrien Otlet y el alemán Alfred Zantop.

Juntos formaban una de las tramas más importantes de contrabando de la época. Gracias a sus contactos en las altas esferas, los cuadros pasaban las aduanas sin excesiva dificultad hasta que Miedl decidió instalarse definitivamente en España en 1944.

Llegó con cuatro millones de pesetas en valores y 22 cuadros embalados en tres cajas. La sorpresa vino cuando todos estos bienes quedaron retenidos en el puerto franco de Bilbao. La embajada de Holanda en Madrid acusaba a Miedl de haber expoliado varias colecciones de arte en territorio holandés, concretamente se mencionaba la colección Goudstikker, y se inmovilizaban sus mercancías hasta descubrir la legitimidad de su origen.

Jacques Goudstikker fue un coleccionista judío que poseía más de mil cuadros pintados por maestros medievales y renacentistas de origen flamenco, holandés e italiano. Con el previsible ascenso de Hitler al poder, decidió escapar con su familia a Nueva York muriendo en el intento. Miedl aprovechó la ocasión para comprar la colección a su viuda, se sospecha que acompañado de coacciones.

Ahora el Gobierno holandés solicitaba al español que se investigara la procedencia legítima de esos cuadros guardados en Bilbao. En un principio el Ministerio de Asuntos Exteriores accedió a la petición requiriendo a Miedl aclaraciones sobre el origen de la mercancía. Éste contestaba con evasivas y con frases como «yo nunca he adquirido un cuadro por medios dudosos».

La presión aumentó hasta el punto de que los Estados Unidos y Gran Bretaña pidieron la repatriación de Miedl a Alemania. Fue entonces cuando la posición española cambió de rumbo. No es que hasta ese momento se hubiera comulgado con las tesis aliadas, porque fue la derrota alemana la que había obligado a España a reconsiderar su política internacional girando hacia el bando vencedor.

Pero si había algo que el titular del Ministerio de Asuntos Exteriores, Martín Artajo, no veía con buenos ojos era la repatriación de los súbditos alemanes. Su idea consistía en ir ganando tiempo con un juego de misivas en

las que solicitaba pruebas al Gobierno holandés de que la colección Goudstikker se había adquirido bajo coacción. Para los holandeses ese era un dato irrelevante, ya que consideraban ilegal la mera transacción basándose en la Resolución VI de Bretton Woods, la cual permitía invalidar todo intercambio entre ciudadanos holandeses y alemanes. Pero los españoles exigían que se demostrase la presencia de medidas coercitivas durante el negocio.

Lo que los aliados desconocían es que el Gobierno español estaba negociando con el propio Miedl la adquisición de los cuadros para ser trasladados y expuestos en el Museo del Prado. A punto se estuvo de completar con éxito la operación. Incluso se paralizó en el último momento el transporte por tren a Madrid desde Bilbao por una cuestión administrativa.

No es que los españoles fueran los más listos, porque también los holandeses actuaban a espaldas del resto de países en litigio ofreciendo a Miedl, según relató él mismo, «ser el propietario de las nueve décimas partes de la colección» a cambio de exponer las obras en suelo holandés.

Finalmente Miedl rompió las negociaciones y en octubre de 1945 las pinturas se encontraban en el Banco Exterior de España. Tras ello su pista se pierde. El paradero actual de la colección Goudstikker es un misterio y demuestra cómo diversos gobiernos dejaron aparcadas las políticas de restitución en cuanto vieron la oportunidad de hacerse con valiosos cuadros con los que llenar sus museos sin importar la procedencia.

Otra historia peculiar la protagonizó en primera instancia el español Juan Barri Massip, quien reclamó el 2 de febrero de 1947 la restitución de un retrato en miniatura de Fernando VII atribuido a Goya.

Los aliados tenían retenida la pieza en Lisboa. Había

sido incautada a un ingeniero civil brasileño llamado Guillermo da Silva. Pero cuando se revisó la documentación que Estados Unidos poseía sobre su persona, se descubrió que el nombre verdadero era Wilhelm Gessman, espía internacional. Trabajaba como representante de la librería Buchholz, famosa porque su propietario era un conocido colaboracionista de Goebbels y del ministro nazi de Asuntos Exteriores Von Ribbentrop.

La librería no sólo era un punto de encuentro para espías alemanes, sino que desde ella Buchholz traficaba con obras de arte expoliadas. En 1943 abrió una nueva sucursal en Lisboa para facilitar la salida de mercancías de Europa con vistas al mercado americano.

Ahora toda la trama estaba a punto de ser descubierta gracias a la denuncia de Barri, quien alegaba haber prestado la miniatura a Gessman para que él la vendiera. Sin embargo, el alemán desapareció con el retrato sin dar explicaciones y ahora la buena fortuna para el español había provocado la detención de Gessman.

El espía no estaba dispuesto a entregar la miniatura alegando que Barri se la había regalado como pago por diversas transacciones. Durante un año las autoridades españolas y aliadas mantuvieron un cruce de misivas para dilucidar el destino de la obra. Mientras, Gessman se había instalado clandestinamente en Madrid. El Gobierno español utilizó este hecho amenazándole con la deportación, por lo que Gessman no tuvo más remedio que reconocer a Barri como propietario de la pieza. El 26 de enero de 1951, Jorge Spottorno, cónsul español en Frankfurt, recibía la miniatura de manos de los aliados para ser devuelta a su legítimo propietario.

Entre tanto nombre alemán y extranjero, el informe aliado sobre el arte expoliado muestra la intervención de

varios españoles en el tráfico artístico. Es el caso de los galeristas vascos Ángel «el saldistista» y Martín «de Bilbao».

El primero traficaba desde su tienda sita en la calle Oquendo de San Sebastián y que, según se relata, se encontraba repleta de objetos saqueados. Las piezas procedían del expolio alemán y otras muchas las traían ex combatientes de la División Azul, robadas a su paso por tierras rusas y polacas. Igual origen tenían las obras con las que Martín «de Bilbao» negociaba desde la capital vizcaína.

Otro español era Apolinar Sánchez, considerado por los aliados como un «preeminente marchante de pinturas, antigüedades y objetos de arte». Tenía su negocio en la Plaza de la Cortes, frente al Congreso de los Diputados, y su continuo contacto con las embajadas alemana y japonesa despertó las sospechas de los norteamericanos.

Hubo también una pequeña categoría de españoles que desde sus residencias extranjeras comerciaron con obras del mismo origen. Entre ellos destacan los nombres de Aguilar-Lemonnier y Francisco Solá.

Amigo personal de Hitler y de Heinrich Hoffmann, Aguilar proveyó de valiosas obras a los altos jerarcas nazis y suministró muchas de las piezas pensadas para llenar el futuro museo de Linz.

Por su parte, Francisco Solá había abandonado su profesión de veterinario para introducirse en el contrabando. Con su inteligencia, contactos y perspicacia levantó una red de contrabandistas que le proveían continuamente de mercancía. Al finalizar la guerra se refugió en Suiza perdiéndose su pista, al igual que sucedió con muchos de los miembros de su organización.

Con estos ejemplos queda demostrado que el Gobierno español no mostró interés en el arte expoliado por los nazis ayudando incluso, en ocasiones, a los aliados en sus inves-

tigaciones sobre el saqueo artístico. Tampoco fue destino para el arte robado aunque, como se ha visto, sí lo fue de tránsito.

La política de restitución

Con el fin de la guerra llegó el momento de pedir responsabilidades. Aquellos que habían ejercido un control absoluto sobre millones de ciudadanos comenzaron a sentir miedo a la Justicia Internacional.

Los periódicos hablaban de la creación de un gran tribunal que habría de juzgar a los altos jerarcas nazis en la ciudad de Nuremberg, escogida por haber sido el centro espiritual del nazismo.

No sólo se pretendía sentar en el banquillo a los asesinos, deportadores, criminales... también quería llevarse el equilibrio a cuantas esferas fuera posible. Y entre ellas se encontraba la del arte expoliado.

El 5 de enero de 1943 las Naciones Unidas aprobaron la Declaración número 18 suscrita por Estados Unidos, la URSS, Gran Bretaña y otros 15 países. Por ella se declaraba nula «y sin ningún valor toda clase de transferencia y operación de bienes, propiedades, derechos e intereses de cualquier clase... situados en los territorios que sufren o han sufrido la ocupación o control directo o indirecto de los países con los cuales están en guerra...».

Esta declaración sirvió de base para uno de los programas más importantes de la posguerra: el Safehaven. Su fin primordial consistía en evitar que Alemania depositara en los territorios neutrales recursos con los que poder iniciar una nueva guerra o mantener vivo el nacionalsocialismo. De hecho se constató que muchas naciones autoproclamadas

neutrales ya habían recibido con agrado importantes inversiones procedentes del III Reich y que ex dirigentes nazis estaban buscando lugares seguros en los que esconder lo robado durante la contienda bélica.

Para evitarlo, el programa Safehaven pretendía ser la vía con la que restituir los bienes y capitales expoliados a sus legítimos propietarios. Y aquí entraban, por supuesto, las obras artísticas.

Conseguirlo pasaba, en primer lugar, por realizar un buen inventario de lo saqueado. Después correspondería averiguar su paradero, conseguir la obra, buscar al legítimo dueño y devolverla si la documentación presentada acreditaba al candidato como verdadero propietario. Los países aliados comenzaron a crear comisiones que desempeñaran estas tareas. Los Estados Unidos crearon la «Unidad de Investigación para el arte expoliado»; el Reino Unido, el «Comité británico para la preservación y restitución de las obras de arte, archivos y otros materiales en manos del enemigo»...

Eran diferentes entidades pero con una política común basada en que Alemania tenía la obligación de restituir los bienes saqueados. Toda persona que deseara recuperar un bien robado debía solicitarlo a través del gobierno de su país. Para evitar el movimiento de obras de arte que aún continuaba produciéndose, los países europeos se comprometieron a paralizar las exportaciones e importaciones de libros antiguos, obras artísticas y archivos históricos.

Esta política comenzó a dar sus frutos en países como Holanda, donde al año de su aprobación llegaron 24 cargamentos con 2.700 obras de arte y antigüedades de diverso valor.

Pero el paso del tiempo hizo aminorar la marcha. El programa Safehaven se encontró con diversos inconve-

nientes. Averiguar el paradero de las obras era relativamente fácil, ya que sólo una mínima parte de ellas habían salido de Europa. Los problemas llegaban a la hora de satisfacer las reclamaciones debido al complejo y largo proceso judicial que debía seguirse antes de efectuar la devolución. Además, la URSS negó la devolución de las obras robadas por sus tropas para ser expuestas en los museos nacionales.

La URSS no fue un caso aislado. Otros gobiernos aliados también se negaron a devolver las piezas expoliadas depositándolas en sus pinacotecas donde aún pueden contemplarse. Sin ir más lejos, en el Museo Nacional de Arte Reina Sofía se encuentra el cuadro de André Masson *La familia en estado de metamorfosis*. La obra fue confiscada por los nazis en 1940 al banquero judío Pierre David-Weill. El Reina Sofía lo compró en 1985 por un millón de dólares y la petición de restitución aún está pendiente de ser tramitada.

Como era de esperar, a España también llegó el programa Safehaven. De entrada, Franco no había querido promover ninguna comisión de investigación como se había hecho en el resto de Europa y tampoco existía una legislación expresa prohibiendo la entrada ilegal de obras de arte. Quedaba encuadrada dentro del delito genérico de contrabando hasta el 5 de mayo de 1945, cuando el Gobierno español firmó los principios de la Resolución VI adoptada en la Conferencia financiera y monetaria de Bretton Woods. Con ello España se obligaba a bloquear los artículos pertenecientes a extranjeros súbditos del Eje o de países dominados por el mismo.

Desde ese instante el Gobierno español comenzó a negociar con representantes de los países aliados sobre el destino de las propiedades expoliadas por el nazismo y que se encontraban en territorio español. Tales negociaciones

fueron de escasa entidad ya que al Ministerio de Asuntos Exteriores apenas llegaron listas de arte saqueado localizado en España.

Tan sólo se mencionaron tres casos sobre movimientos de piezas artísticas y todos quedaron resueltos sin mayor complicación a excepción del ya mencionado sobre Alois Miedl y la colección Goudstikker.

El saqueo personal de Franco

España no participó en el saqueo artístico europeo, pero Franco ya dispuso el suyo particular. En 1939, el país llegaba de una cruenta guerra civil en la que vecinos y hermanos habían peleado entre sí. El elevado coste de la contienda provocó que la República gastara casi todas sus reservas de oro en la compra de armamento, víveres, combustible, ropa... En el bando fascista, por contra, se encontraban los banqueros españoles, por lo que Franco disfrutó de un crédito casi ilimitado.

Cuando la guerra finalizó y el «generalísimo» pudo abrir las pesadas puertas blindadas del Banco de España se encontró con una desagradable sorpresa: estaban vacías.

De ser la cuarta reserva de oro más importante del mundo, se había pasado a la bancarrota. Ahora le tocaba a Franco solventar sus problemas económicos. Por un lado, pagar los créditos recibidos y, por otro, comprar los productos básicos indispensables para que la población subsistiera a la durísima posguerra que ya había comenzado.

Inexplicablemente, o quizá explicablemente conociendo la personalidad de Franco, el pueblo quedó en un segundo lugar y el dinero se destinó al pago de las deudas contraídas.

¿De dónde consiguió el dinero necesario para ello? Al igual que Hitler en la Europa ocupada, Franco dirigió sus miras al bando perdedor.

Se inició una feroz persecución de antiguos combatientes, comunistas, republicanos, anarquistas... Las represalias recayeron sobre familias enteras que fueron enviadas a los campos de concentración franquistas donde miles de personas murieron en condiciones infames.

Es una parte de la Historia de España apenas contada y que recuerda a la crueldad y sinrazón nazi. Los agentes franquistas entraban por la noche en las casas y las registraban mientras sus inquilinos esperaban en la calle semidesnudos. Localizar a un simpatizante de la República significaba el encarcelamiento casi seguro para todos sus allegados y la confiscación de sus bienes.

Las arcas del gobierno se llenaron de monedas, joyas, alianzas de matrimonio, divisas, obras de arte... de todo cuanto tuviera algo de valor. Los franquistas registraron y saquearon domicilios, sedes de partidos políticos, albergues, empresas, cajas de ahorros...

Todo sirvió para que Franco pagara a sus banqueros las ayudas recibidas. Y de aquellas personas nadie se acordó. En España no hubo comisiones de investigación sobre el patrimonio incautado, ningún país aliado interfirió en este robo, jamás se diseñaron políticas de restitución. Las familias que perdieron todo, lo perdieron para siempre.

Capítulo VI

LA HISTORIA DEL ORO NAZI

El tema del oro nazi es uno de los episodios que más fascinación ha provocado en el público. No en vano, en torno suyo aún queda mucho por decir, incluido su significado. Por esa razón, autores como Pablo Martín Aceña comienzan sus libros explicando qué es el oro nazi.

Básicamente, se entiende como tal las cerca de 550 toneladas de oro confiscadas por Alemania tras sus conquistas europeas. A medida que las tropas de la Wehrmacht avanzaban sin freno y ocupaban las capitales del continente, agentes previamente seleccionados penetraban en las cajas fuertes de los bancos centrales para incautarse de cuanto objeto de valor albergaran, con especial prioridad hacia los lingotes del preciado metal amarillo.

Austria, Checoslovaquia, Bélgica, Holanda... quedaron despojadas de sus reservas, ya fuera por la dejadez de sus dirigentes o porque no pudieron esquivar el largo brazo del nazismo. Pero otros países como Francia, Noruega o Dinamarca consiguieron poner su oro a buen recaudo.

Las barras y monedas de oro eran vitales para el desarrollo de la guerra. Con ellas se compraban las divisas necesarias a su vez para pagar las grandes cantidades de combustible y el material bélico que diariamente se utilizaba en los diversos frentes.

El conjunto de estos bienes recibe el nombre de oro monetario y se debe diferenciar del llamado oro no monetario, que es el perteneciente a los particulares. Para las SS y la Gestapo, esa distinción era irrelevante. El oro era oro, daba igual el origen.

Bajo el control de estos grupos se encontraban los campos de concentración y rápidamente se convirtieron en una fuente de dinero. Nada más entrar por las tétricas alambradas, los prisioneros eran despojados de sus ropas y objetos de valor. Y cuando morían, hasta sus dientes de oro eran arrancados sin miramientos.

Luego, el material se fundía o se vendía sin manipulación previa. Los mercados internacionales de compra-venta no miraron la procedencia del oro nazi, o si lo vieron no quisieron realizar objeciones. Como en las SS, el oro era oro.

Desde El Cairo hasta Madrid, desde Lisboa hasta Beirut, circularon las barras del preciado metal, posibilitando al III Reich continuar con el esfuerzo bélico. Estados Unidos supo de este comercio gracias a sus servicios de investigación económica, y en 1944 advirtió, mediante la «Declaración del Oro», que los aliados no reconocerían la legitimidad de las transacciones realizadas con el oro exproliado y que tras su victoria investigarían a los países que se hubieran aprovechado del botín de guerra.

Pero el aviso no sirvió de mucho, y países como Suiza, Suecia o España continuaron con el negocio.

Sólo al final de la contienda se inició una política de res-

titución en la que consiguieron recuperarse 270 toneladas. Por su parte, los bancos centrales sólo aceptaron devolver parte de lo recibido por el Reichsbank y, como suele ocurrir casi siempre, los particulares fueron los grandes olvidados, no volviendo a ver jamás aquello que les fue arrebatado injustamente.

La importancia del oro en la guerra

Desde que el 1 de septiembre de 1939 las tropas nazis entraran en suelo polaco, los líderes mundiales quedaron asombrados ante el poderío militar alemán.

Debido a la desidia europea, Hitler había ido aprovechando los años anteriores para incentivar una carrera armamentística que le situó como una de las potencias más poderosas del momento.

Aquella Alemania vencida y humillada tras los Tratados de Versalles dejó de existir. En su lugar se erigió una nación orgullosa, ambiciosa, peligrosa. Sólo cuando Hitler demostró no tener freno se reaccionó.

Las declaraciones de guerra se sucedieron y el mundo se enfrascó en la mayor guerra jamás conocida. La Wehrmacht parecía ser capaz de afrontar todas las situaciones. Su aviación competía con los mejores cazas del momento, las divisiones Panzer avanzaban bajo la batuta de la *blitzkrieg* o guerra relámpago, los submarinos causaban estragos en las aguas del Atlántico, la artillería atemorizaba a millones de personas y los ejércitos se presentaban disciplinados e imbatibles.

Con el transcurrir de los meses los frentes se fueron extendiendo. La fracasada batalla de Inglaterra perpetuó la lucha en el norte de Europa, en África las tropas inglesas

se enfrentaban al mariscal Rommel obligándole a retroceder, en Rusia se abría una línea de fuego de vastísimas dimensiones, y mientras, Hitler seguía penetrando en reductos tan difíciles de controlar como Yugoslavia.

Tamaño empresa sólo podía sustentarse en tres pilares. Uno era la disciplina del ejército. Heredera de la vieja guardia, la Wehrmacht se había construido con el trabajo de experimentados oficiales que supieron adaptarse a los nuevos tiempos y diseñar una nueva y novedosa política bélica que obligó al resto de ejércitos a seguir su batuta.

Otro de los sustentos capitales fue el poderío militar. Para doblegar al resto del mundo hacía falta contar con un armamento superior al de los demás. Y Alemania lo poseía.

Con Hitler en el poder, la industria armamentística vivió una nueva era. No sólo en lo relativo a la producción, también en lo referido a la investigación. El país entero se volcó en el esfuerzo bélico. El Reich reclutó a los mejores técnicos y científicos dotándolos de todos los medios necesarios para llevar a cabo sus investigaciones en materia aeronáutica, submarina, espacial, termodinámica...

Y en tercer lugar, como último pero más importante pilar, se encontraba la cuestión económica. Todo ese esfuerzo, todo ese desarrollo, necesitaba de un motor para hacerlo avanzar: el dinero.

La persona más importante en esta historia se llamaba Hjalmar Schacht. El 17 de marzo de 1933 fue nombrado gobernador del Reichsbank. Le avalaba haber conseguido la estabilización del país en 1923 tras la fuerte depresión ocasionada por la Gran Guerra.

Fiel seguidor de la política nacionalsocialista, Schacht conocía a Hitler desde 1931 cuando coincidieron en un almuerzo organizado por Herman Göering. En aquella conversación, el economista quedó convencido de que Hitler

encarnaba los ideales y la fuerza que el país necesitaba para recuperar su identidad y orgullo perdidos.

La confianza fue mutua y con Hitler en la Cancillería, Schacht compaginó el cargo de gobernador del Reichsbank con el de ministro de Economía. Desde ese instante, el nuevo ministro inició un plan secreto para comprar oro en los mercados internacionales y restaurar las reservas del país mermadas tras las sucesivas crisis económicas.

Las compras y las reservas nunca se registraron en los libros de contabilidad oficiales. Hacerlo significaba informar a Londres, París o Washington de que Alemania volvía a tener dinero suficiente para pagar las indemnizaciones exigidas tras la I Guerra Mundial. Ni siquiera los miembros del partido fueron informados de esta recuperación aurífera. Tan sólo Hitler estaba al tanto de lo que ocurría, aunque tampoco él conocía los detalles secundarios que quedaban en exclusiva para la mente de Schacht y su socio en la empresa, Emil Phul, vicepresidente del Reichsbank.

Phul respondió ante los tribunales de Nuremberg a cuanta cuestión se le formulaba, y gracias a ello sabemos los aspectos más importantes de este episodio. Pero no fue la única fuente.

Los servicios de investigación de la Reserva Federal de Nueva York detectaron extraños movimientos de capital y compras de oro y divisas en aquellos años recayendo las sospechas en el país germano. De hecho, ya habían constatado que las entradas de oro registradas en la frontera no se reflejaban posteriormente en los libros de cuentas, lo que demostraba que Schacht ocultaba el verdadero monto de las reservas. Sólo faltaba por averiguar a qué cantidad ascendía lo ocultado.

Hasta después de la guerra no se supo ese dato. Miembros especializados de la división de investigación de la

Oficina del Gobierno Militar de Alemania investigaron a fondo los libros de cuentas y el resto de registros del Reichsbank.

Al término de la investigación estimaron que en septiembre de 1939, justo al comienzo de la guerra, Alemania poseía la importante cantidad de 99 toneladas de oro, de las cuales 74 habían sido conseguidas por medios secretos y ocultadas en cinco cuentas secretas cuyas claves sólo conocía personal selecto.

La duda que siempre persistió es si ese oro se recabó para sostener el esfuerzo bélico inminente o para paliar las fuertes crisis sufridas por el país. En el juicio de Nuremberg, Phul siempre negó las acusaciones de haber conseguido esas reservas por mandato de Hitler para preparar al Reich ante la guerra.

Cabía la posibilidad de que no mintiese, aunque se mantenía la extrañeza del carácter secreto de las operaciones. Pero todo economista conoce que unas fuertes reservas constituyen la base para conseguir una moneda fuerte y son el aval para paliar períodos de escasez o eventualidades imprevistas. A esa idea se aferraron para desvincularse de la política económica del Reich.

De hecho, Hjalmar Schacht comenzó a discrepar con esa política económica al poco de acceder al cargo. Según su criterio, los amplios presupuestos destinados al rearme y la financiación de los planes cuatrienales a cargo de los fondos del Reichsbank, sólo ocasionarían inestabilidad en el marco.

Las críticas no gustaron a Hitler que decidió cesarle como ministro en 1937 y como gobernador en 1939. El Ministerio de Economía lo ocupó Walther Funk, mano derecha de Goebbels, quien más tarde también le sustituyó como gobernador del Reichsbank.

Schacht acabó siendo detenido por la Gestapo en julio de 1944 por complicidad en el atentado contra Hitler. Se le internó en diversos campos de concentración hasta que las tropas norteamericanas lo localizaron sentándole en el banquillo de Nuremberg. A pesar de que se le juzgó por crímenes de guerra, acabó siendo absuelto de todos los cargos. Su compañero Phul fue condenado a cinco años de prisión.

Phul se convirtió con el paso del tiempo en la persona clave de la economía alemana y en su verdadero artífice. Su nuevo jefe, Walther Funk, era básicamente un hombre de partido. Fiel seguidor de los altos jerarcas, nunca discrepó de sus decisiones y avaló con su firma cuanto requisito se pedía de él.

Carecía de formación financiera, por lo que Phul pasó a ejercer como gobernador *de facto* desde su puesto de vicepresidente. Sobre lo que no cabe ningún género de duda es que ambos personajes conocían perfectamente cuál era el origen del oro que gestionaban desde sus despachos.

Funk recibía informes periódicos sobre esa procedencia y el destino para el que se empleaba. Incluso llegó a firmar verbalmente un acuerdo secreto con Heinrich Himmler por el que el Reichsbank otorgaba dinero en metálico a cambio de joyas y valores confiscados a los judíos en los campos de exterminio. Por sus actos se le condenó a cadena perpetua en Nuremberg encontrándosele culpable de crímenes de guerra.

No era para menos. El mundo entero quedó horrorizado cuando trascendió el origen de parte del oro nazi y lo que los lacayos de Hitler habían sido capaces de realizar por unos cuantos lingotes.

El horror de los campos de exterminio

Como ya se ha comentado, desde el mismo momento en el que Hitler ascendió al poder se promulgaron una serie de leyes de control de cambios que obligaban a todos los residentes en Alemania a vender su oro, plata y divisas a cambio de marcos alemanes.

El órgano legitimado para comprar estos bienes era el Reichsbank, pieza clave en el engranaje nazi y verdadero corazón financiero del Reich. Las medidas se implantaron en los países controlados por las tropas de la Wehrmacht. La finalidad era tratar a los territorios conquistados como una extensión más de la Alemania hitleriana, la llamada Gran Germania.

La comunidad que más sufrió la represión nazi fue la judía. Estigmatizados desde mucho antes de que Hitler ganara las elecciones de 1933, los judíos se convirtieron en objeto continuo de saqueo. Y de forma más intensa desde la «Noche de los cristales rotos».

Göering ordenó la confiscación de sus bienes, lo que dio luz verde para que las SS y la Gestapo saquearan sin pudor viviendas, colegios, sinagogas, centros culturales...

Durante la guerra se creó la Oficina Central del Plan Cuatrienal, dirigida por el propio Göering para coordinar el robo sistemático a los particulares. Y en las zonas bajo administración militar los encargados de recoger el botín fueron los servicios económicos de la Oberkommando de la Wehrmacht, el Alto Mando de las fuerzas armadas.

Tampoco hubo rubor en involucrar a los organismos más importantes del Estado en la política de expolio, como el Ministerio de Finanzas, que ayudó en muchas ocasiones a los mandos del ejército en este cometido.

El saqueo se extendió a todos los niveles, incluso para

aquellos que intentaban huir de las garras nazis. A éstos se les exigía un pago que podía llegar a los 100.000 francos suizos por un visado de salida. Eran precios tan elevados que sólo los ricos podían permitirse costearlos, y en ocasiones ni ellos, debiendo pedir a sus familiares o a amigos en el extranjero la transferencia del rescate a determinados bancos de países neutrales como Suiza o Portugal.

Otras veces el dinero se pagaba directamente al Reichsbank o a la embajada alemana en el país correspondiente.

Los nazis vieron en ello un lucrativo negocio. El propio Hitler aprobó la venta de judíos por divisas. El plan inicial consistía en canjearlos por ciudadanos alemanes confinados en Palestina o en Estados Unidos, pero la merma de las reservas estatales viró la situación hacia ese nuevo negocio en el que participaron nombres como Himmler o Eichmann.

En diciembre de 1942, el Führer autorizó la liberación de determinados judíos si podían generar los suficientes ingresos como para considerar rentable la operación. Cuando la guerra se prolongó, esta medida sólo fue aplicable a los judíos que mantuvieran contactos con personas influyentes.

Se calcula que tan sólo en los Países Bajos se tramitaron 400 peticiones de este tipo arrojando unas ganancias para las arcas del Reich de 35 millones de francos suizos. En 1942 Eichmann ordenó la deportación de 40.000 judíos holandeses. Quienes no podían pagar por su vida acabaron internados en campos de concentración, el resto engrosaron la llamada lista Angebotsjuden, es decir, la de aquellos que podían costear su salvación.

Y esta situación no fue exclusiva de Holanda, también se produjo en Checoslovaquia, Polonia, Bélgica, Austria... El Ministerio de Guerra Económica de Londres intentó

sabotear el aparato extorsionador nazi identificando a las personas implicadas.

Se dieron nombres como los del abogado suizo Arthur Wiederkehr y los del embajador español en los Países Bajos, que expedía pases de tránsito a cambio de dinero, pero la iniciativa fracasó porque las propias autoridades suizas contemplaban estas actividades con tolerancia.

Llegó un momento en el que los judíos sólo poseían lo que podían llevar encima y hasta eso se les arrebató. El problema para las autoridades germanas no era la cultura hebrea, sino los judíos en sí mismos y para «remediarlo» se diseñó la llamada «solución final».

En la localidad de Wannsee, a las afueras de Berlín, se reunieron el 20 de enero de 1942 representantes de la Cancillería y dirigentes de las SS con Reinhard Heydrich al frente.

Heydrich era el lugarteniente de Himmler y a él le correspondió exponer a los presentes la intención de peinar Europa «sistemáticamente de oeste a este» para liberarla de judíos. Después, serían conducidos a campos de exterminio para morir en cámaras de gas o en los hornos crematorios diseñados para desintegrar los restos de sus cadáveres y usar las cenizas como material con el que fabricar superfosfatos.

La aprobación del plan llevó a la construcción de centros como el de Auschwitz, Treblinka, Mathausen, Chelmo o Bergen-Belsen. Durante años, millones de personas murieron en esos lugares, no sólo asfixiadas en las cámaras de gas, también de hambre, agotamiento, desesperación o víctimas de palizas, experimentos científicos o simplemente por elegir un suicidio que les evitara continuar padeciendo tanto horror.

Entre los internados los había de todas las nacionalidades, también españoles. Hitler negó a los republicanos y

comunistas españoles el estatuto de prisionero de guerra y, con el beneplácito de Franco, muchos acabaron muriendo en los campos de exterminio.

Se calcula que el número de españoles internados se situó entre los diez mil y doce mil, la mayor parte apresados en Francia donde colaboraban con la Resistencia. Primeramente se les utilizó como esclavos cortando leña, levantando carreteras en las montañas o haciendo carbón.

Posteriormente se les clasificó en función de su capacidad y su historial político. La Gestapo y las SS tenían muy claro a quién iban a matar, cuándo y cómo, y a quién iban a obligar a trabajar hasta la muerte. Al Norte de África fueron enviados tres mil republicanos considerados «extranjeros indeseables que no pueden ser expulsados ni repatriados», el resto acabaron entrando en los «centros de reeducación», según la terminología nazi.

Los niños eran los primeros en morir porque «no eran aptos para el trabajo» y a las mujeres se las internaba en campos femeninos como el de Sachsenhausen.

El mayor contingente de españoles acabó en Mathausen, de los que sobrevivieron menos de una cuarta parte. Sobre la entrada un cartel: «Vuestro destino es ser esclavos.» Al cruzar la verja se les colocaba un triángulo azul a la altura del corazón que los identificaba como «apátridas» y «rojos españoles». «España no os quiere, os ha arrebatado la nacionalidad, la razón de ser. Nadie saldrá vivo de aquí, estáis condenados a morir sin juicio previo», se les decía por la megafonía.

Los españoles fueron objeto de un odio especial por parte de las SS, aunque con el tiempo se ganaron su respeto debido a la solidaridad, a la cohesión que mostraban entre sí. Fueron los primeros en organizar la resistencia y en preparar el campo para recibir a los aliados. De hecho,

una de las fotografías más famosas de toda la guerra la realizó el fotógrafo comunista Francisco Boix. Retrata a los tanques norteamericanos entrando en Mathausen, rodeados de cientos de prisioneros y con una pancarta gigantesca sobre sus cabezas con la leyenda: «Los españoles antifascistas saludan a las fuerzas liberadoras.»

Mathausen se convirtió en una tumba gigantesca. Albergó a 206.000 hombres, de los que 110.000 murieron. Por parte española, tan sólo sobrevivieron 2.000 de los 9.000 internados, incluidos 54 niños que perecieron en experimentos de alimentación. La mayor parte de ellos cayeron en los 186 peldaños de la conocida escalera que llevaba a las minas de granito. «Cada escalón está manchado con la sangre de un español», se llegó a decir.

A lo que no estaban dispuestos los nazis era a desperdiciar los últimos bienes que tantos cientos de miles de almas podían reportarles antes de expirar.

A sus ojos, estas personas se convirtieron en simples objetos. Y como tales fueron tratados. El relato que hizo Rudolf Hess durante el proceso de Nuremberg muestra perfectamente cómo se llevó a cabo ese robo sin el menor atisbo de compasión ni de humanidad. Él habla desde su conocimiento como comandante en el campo de Auschwitz, pero la descripción que realizó puede extrapolarse al resto de centros de exterminio.

«La muerte de los presos en las cámaras de gas duraba, según las condiciones atmosféricas, entre tres y quince minutos. Sabíamos cuándo estaban muertos porque los gritos cesaban. Esperábamos normalmente una media hora antes de abrir las puertas y sacar los cadáveres. Una vez fuera, nuestros comandos especiales cogían los anillos y arrancaban el oro de los dientes postizos de aquellos cuerpos sin vida. Estas cámaras de gas tenían la ventaja de

que podían acoger a dos mil presos en cada operación», contó sin remordimiento.

En otras ocasiones, el despojo de los bienes se realizaba antes de entrar en las cámaras. Los prisioneros se desnudaban, entregaban las pertenencias a los soldados y entraban en pequeñas habitaciones simuladas como duchas donde morían asfixiados. Después se les arrancaban los dientes de oro.

Los anillos, relojes, pulseras, collares, diamantes, perlas, brazaletes monedas... se empaquetaban y se transportaban al Reichsbank de Berlín en camiones especiales. Allí los funcionarios clasificaban los objetos y los distribuían entre las diferentes organizaciones e instituciones estatales y del partido. Las piezas más valiosas se destinaban a la compra de divisas o lingotes de oro, mientras que las más pequeñas en tamaño se fundían en la ceca de Prusia almacenándose las barras resultantes en los sótanos del Reichsbank.

En total se contabilizaron 76 cargamentos procedentes de los campos de exterminio. Bruno Melmer, miembro de las SS, se encargaba de recibir los paquetes e inventariar su contenido en la llamada «cuenta Melmer». Un procedimiento ultrasecreto del que aún se desconocen datos porque la documentación pertinente fue destruida por los nazis en su huida al finalizar la guerra o simplemente se perdió.

Tampoco las autoridades aliadas se preocuparon de investigar estos hechos y los servicios económicos de inteligencia no dedicaron demasiado tiempo a estimar el valor de lo expoliado a los particulares en sus viviendas y posteriormente en los campos de exterminio.

Ni siquiera la Comisión Tripartita del Oro, creada para el proceso reparatorio y de la que se hablará posteriormente, se interesó en el saqueo sufrido por los particulares.

Sus miembros sólo se esforzaron en devolver a los bancos centrales europeos lo que les había sido robado.

Por estos motivos siempre ha constituido una incógnita saber a qué monto ascendió el valor del oro no monetario. La principal y más fidedigna estimación apareció publicada en el informe Bergier dado a conocer en el año 2000. En sus páginas se refleja la cantidad de 73 toneladas de oro.

De ellas, 64 toneladas procederían de la política de control de cambios iniciada a mediados de los años treinta y el resto, de los campos de exterminio, aunque otros estudios como el informe Eizenstat rebajan la cantidad a 3,5 toneladas.

Un baile de cifras que choca cuando se escucha la estimación que el Congreso Mundial Judío realizó sobre el expolio sufrido por el conjunto de comunidades judías europeas: 230 toneladas de oro.

El robo a los bancos centrales

La mayor parte de las riquezas que atesoró el Reichsbank en aquellos convulsos años procedieron de los bancos centrales europeos. El botín de guerra se convirtió en una cuestión prioritaria para financiar el esfuerzo bélico.

Las órdenes que recibía la Wehrmacht pasaban por anular el poder político y militar de los países ocupados y acto seguido entrar en las cámaras acorazadas de los bancos antes de que sus reservas se esfumaran de entre las manos.

Lo gobernadores de las entidades financieras sabían de los deseos de Hitler, y en muchos casos consiguieron eludir el robo de las joyas y dinero; pero en otros muchos epi-

sodios los nazis fueron más rápidos y astutos adelantándose a los intentos de evasión.

Los lingotes, joyas, monedas... apresadas corrían el mismo destino que el oro no monetario. En camiones o en tren se transportaban a la ceca prusiana donde se alteraba su aleación y fecha de fundición para eliminar todo rastro de su verdadero origen.

Después, las barras resultantes se vendían a los banqueros de los países neutrales a cambio de divisas. A pesar de los intentos de ocultamiento, esos banqueros conocían perfectamente que negociaban con oro robado, pero en ningún caso mostraron escrúpulos para tratar con los responsables económicos del Reich.

El primer país en sufrir el saqueo fue Austria. Antes de iniciarse la guerra sus reservas ascendían a 78 toneladas de oro y todas en su totalidad pasaron a engrosar las finanzas alemanas.

Desde el comienzo Austria se presentó como una presa fácil. El 12 de marzo de 1938 las tropas nazis penetraron en el país sin encontrar resistencia. Al día siguiente estaba programada la celebración de un referéndum para que los austriacos decidieran si deseaban o no unirse a Alemania. El Tratado de Versalles prohibía celebrar ese reencuentro, pero con la invasión, Hitler no dio oportunidad ni al voto ni a las represalias políticas.

Tras formalizarse la anexión, funcionarios del Reichsbank penetraron en el banco central y se llevaron el oro almacenado. Una parte del mismo se guardaba en una cuenta del Banco de Inglaterra a nombre del Banco Nacional de Pagos.

Sin temor, Hjalmar Schacht solicitó a su homólogo inglés la transferencia de ese oro a la cuenta del Reichsbank y el gobernador del Banco de Inglaterra accedió sin esgrimir impedimento alguno.

La moral nazi se vio incrementada al conseguir un país y sus reservas sin derramamiento de sangre ni violencia. La perspectiva europea se basaba en creer que la mejor política consistía en apaciguar a Hitler creyendo que éste detendría su marcha en cuanto hiciese volver a todos los ciudadanos de origen alemán a su patria.

La invasión de Checoslovaquia les hizo cambiar de parecer. De una población de 15 millones de habitantes, casi un tercio no eran checos ni eslovacos y sólo tres millones tenían origen alemán. El país gozaba del prestigio de ser uno de los más avanzados política y económicamente de Europa, con un nivel de vida comparable al de Suiza. Aun así, sus reservas de oro eran inferiores a las austriacas, contabilizándose en unas 30 toneladas.

Desde 1937 el país sufrió el acoso verbal de Hitler, lo que puso en alerta a los dirigentes del Banco Internacional de Praga que sabiamente diseminaron las reservas entre varios depósitos de Berna, Bruselas y Londres.

Mientras, las potencias europeas discutían con Hitler sobre su intención de anexionarse los Sudetes. A punto se estuvo de declarar la guerra a Alemania, pero Inglaterra y Francia decidieron proseguir con su política de apaciguamiento y el 29 de septiembre de 1938 se dio vía libre a Alemania para incorporar esa región gracias a los acuerdos de Munich.

Entre las primeras medidas que adoptaron fue la exigencia a las autoridades checoslovacas de entregar el oro correspondiente a los gastos originados por la emisión de moneda alemana en el territorio anexionado. En un principio respondieron con una negativa, pero las presiones políticas les obligaron a claudicar ante esa petición y 15 toneladas de oro viajaron a Berlín.

No sólo eso, enterados de que el Banco de Inglaterra

guardaba otras 9 toneladas de oro checo, se iniciaron conversaciones con sus representantes para transferirlo al Reichsbank. Los británicos mostraron alguna reticencia, pero aprobaron la operación por miedo a interferir en las operaciones del Banco Nacional de Pagos.

El mismo día de la petición el oro se transfirió al Reichsbank. Y aunque la Cámara de los Comunes criticó con severidad la operación, todas las reservas de Checoslovaquia se utilizaron para financiar el rearme alemán.

Diferente suerte corrió Polonia. El mismo día en que Varsovia capitulaba, el Banco Nacional de Polonia sufría el asalto de los funcionarios del Reichsbank.

Cuál fue su sorpresa cuando, al entrar, se toparon con las cámaras vacías. El director general de la entidad, Stefan Michalsky, había sido más rápido y en cuanto se enteró la invasión, ordenó la evacuación del oro. Sus 57 toneladas se cargaron en camiones en un tiempo récord y el convoy viajó a Líbano atravesando los territorios de Rumania y Turquía. De Beirut, las sacas se embarcaron rumbo a Francia donde acabaron siendo custodiadas en los sótanos del Banco de Francia.

Aun así, el peligro no cesó. En mayo de 1940 Alemania atravesaba con facilidad las líneas defensivas francesas y se dirigía sin freno a la capital. Ante la inminente llegada de las tropas germanas, el jefe del gobierno polaco en el exilio, Wladyslaw Sikorski solicitó al gobernador del Banco de Francia el traslado de las reservas a Canadá o Estados Unidos.

Lo más que se pudo fue transportarlas a Dakar, territorio que se encontraba bajo el control de los leales a Vichy. Las 1.208 cajas permanecieron escondidas durante años y siempre protegidas por el infatigable Stefan Michalsky que decidió viajar con ellas, hasta que el 8 de noviembre de

1942 los aliados desembarcaron en las costas marroquíes rompiendo la comunicación con Berlín y París.

Michalsky contactó entonces con las autoridades norteamericanas que accedieron a trasladar el oro a la Reserva Federal de Nueva York donde quedaron a salvo de la codicia nazi.

Parecida suerte corrieron las reservas de los países escandinavos. Al igual que en Polonia, el mismo día de la invasión de Noruega, el ministro de Hacienda del país, Oscar Trop, ordenó el ocultamiento de 78 toneladas de oro que viajaron desde Oslo hasta Londres bajo un fuerte bombardeo alemán y de allí se reenviaron a Estados Unidos. El mismo destino que tuvieron las 45 toneladas de Dinamarca, que tampoco cayeron en manos del Reich.

Pero todas estas cantidades resultaban irrisorias al lado de las francesas. Los sótanos del Banco de Francia albergaban 2.000 toneladas de oro, un tesoro sólo superado por Estados Unidos.

La gran suerte de los franceses consistió en no tener que trasladar esas reservas ya que la mayor parte se encontraba diseminada a lo largo y ancho del mundo. Nueva York, Canadá, Casablanca, Bombay, Londres, Sidney... eran solamente algunos de los lugares en los que se almacenaban cantidades significativas del oro francés.

Cuando la Wehrmacht comenzó su ataque a las defensas galas, el gobernador Bréart de Boisanger aprobó nuevos envíos de lingotes hasta dejar las cámaras casi vacías. Y así las encontraron los nazis cuando entraron triunfantes en París. Pese a sus protestas y peticiones de devolución, los funcionarios del Reichsbank no recibieron un solo lingote de oro francés. De haber conseguido capturar ese tesoro, el Reich hubiera contado con el triple de recursos en metálico de los que dispuso.

Ni siquiera el apresamiento de otras fortunas como las de los países bálticos de Letonia y Lituania palió esta decepción. En parte porque Hitler se había acostumbrado a que nada se le resistiera en su camino de conquista y saqueo.

Antes de que París capitulara, la Wehrmacht se hizo con el control de Bélgica, Holanda y Luxemburgo, y también con su oro.

El Banco Nacional de Bélgica intentó poner a salvo sus lingotes y sacas de monedas antiguas y modernas trasladándolas a Londres, París o Nueva York. Pero la fuerza del ataque alemán impidió seguir esas rutas teniendo que dirigirse los barcos con el preciado metal a otros puertos como el de Dakar. Aun así, los alemanes localizaron el oro y con mucho esfuerzo consiguieron que el Banco de Francia, custodio de los lingotes, accediera a entregarles las 5.000 cajas en las que se guardaba.

La misma suerte corrieron las reservas de Luxemburgo y Holanda. En total, unas 181,5 toneladas de oro que acabaron engrosando las cuentas secretas del Reichsbank para financiar el esfuerzo de guerra y las actuaciones de organismos tan siniestros como las SS.

Todas estas historias se conocen gracias a los informes realizados por los funcionarios norteamericanos de los departamentos de Estado, del Tesoro y de la Reserva Federal en cuanto concluyó la contienda.

Los servicios de inteligencia militar consiguieron recuperar la contabilidad completa del Departamento de Metales Preciosos del Reichsbank, encargado de recibir los cargamentos de oro, lo que sirvió para averiguar con exactitud la procedencia y la cuantía del oro monetario expoliado.

La persona más importante en el empeño fue Otto Fletcher, consejero especial de la División de Control Económico del Departamento de Estado. Su trabajo fue la base

que propició la posterior política de restitución al conseguir reconstruir los acontecimientos y estimar la cantidad de lingotes robados y vendidos a los países neutrales.

Un informe posterior del abogado James Mann arrojó datos como que la cantidad de oro que el Reichsbank tuvo a su disposición ascendió a 698 toneladas, de las que 516 tenían una procedencia ilegal. Estas cifras eran parejas a las mencionadas en otro dictamen aún más depurado realizado por Hans J. Dernburg. En sus páginas decía que al inicio de la guerra el Reich contaba con 100 toneladas de oro que ascendieron a 644 al finalizar las conquistas territoriales. De ellas, 544 procedían del expolio.

En lo que coincidían todos los estudios era en señalar a Suiza, Suecia, Portugal, España y Turquía como los grandes beneficiarios al haber comprado ese oro por divisas enriqueciendo de esa forma sus arcas y alargando la guerra en beneficio de Hitler.

El verdadero paradero del oro nazi

El botín apresado por los nazis en su época de conquistas se convirtió en la fuente de la que bebieron todos los organismos oficiales, el ejército y el propio pueblo para desarrollar sus actividades diarias durante aquellos difíciles años.

Pero aunque voluminosas, las reservas expoliadas a los bancos centrales no fueron suficientes. El gobierno, a través del Ministerio de Economía y del Reichsbank, se vio en la obligación de utilizar otro tipo de estratagemas para conseguir más activos. No fue un problema. Acostumbrado como estaba a manejar a su antojo la dinámica del país no hubo reparos en seguir utilizando a las naciones anexionadas en provecho propio.

Sobre esos territorios recayó el llamado «coste de ocupación», una estrategia por la que las haciendas públicas de cada país debían entregar al Reich una cantidad que se correspondía, según los economistas alemanes, al gasto que Alemania desembolsaba para asegurar el funcionamiento de la administración local y la seguridad ciudadana mantenida con los soldados de la Wehrmacht.

No sólo eso, también se obligó a los bancos centrales a otorgar créditos a bajo coste a las empresas alemanas, se manipuló el tipo de cambio y los mecanismos de compensación de pagos manteniendo un marco sobrevalorado que reportaba al Reichsbank importantes beneficios.

La intensidad de la explotación varió de un país a otro y siempre dependiendo de las circunstancias del momento. El punto de inflexión llegó con la derrota en Stalingrado. La retirada supuso el fin de la «guerra relámpago» y la percepción de que la contienda iba a alargarse más de lo previsto. Entonces se cesó con las confiscaciones masivas de los territorios ocupados para favorecer el buen funcionamiento de las fábricas y de las instalaciones necesarias para producir material bélico.

Lo que no varió fue el valor del oro, necesario para la compra de divisas en el extranjero con las que adquirir productos básicos y materiales de los que Alemania no disponía, como el famoso wolframio.

En aquellos años el único medio de pago universalmente aceptado era el metal amarillo. Por esto la urgencia de hacerse con las reservas de los bancos nacionales europeos. Los principales receptores del tesoro expoliado fueron los bancos centrales de Suiza, Suecia, Portugal y España, verdaderos beneficiarios de la delicada situación del mundo en aquellos años.

Por lo que respecta a Suiza, sus banqueros se convirtie-

ron en los principales compradores del oro nazi. Entre las ciudades de Berna, Zurich y Basilea se repartieron 400 toneladas, de las que 345 acabaron recalando en el Banco Nacional Suizo (BNS).

Desde esta entidad, los lingotes se distribuyeron por todo el mundo favoreciendo a Hitler la compra de divisas y el buen resguardo del oro robado. Los banqueros suizos no mostraron reparos en negociar con Emil Phul y en suministrarle todos los francos suizos que solicitara para pagar la importación de gasolina, acero, alimentos... o en cambiarle otro tipo de divisas por oro y monedas.

Los máximos mandatarios helvéticos en materia económica se llamaban Alfred Hirs, Paul Rossy y Ernst Weber. Todos ellos conocían la verdadera procedencia de las sacas que entraban y almacenaban en las cajas fuertes. Sus espías descubrieron que Alemania ya no poseía reservas propias y que el oro que entraba por la frontera era el que antes se guardaba en los bancos de los países conquistados.

Los responsables del BNS temieron que ese origen les impidiera al finalizar la guerra comerciar con lo comprado y se barajó la posibilidad de fundir todas las monedas, joyas y barras. La medida no se aprobó y las transacciones económicas con Alemania siguieron su curso. Ni siquiera la advertencia de los aliados de no reconocer legítimamente esos negocios les hizo variar de política aduciendo que, de lo contrario, se rompería la tradicional neutralidad suiza.

Las compras continuaron hasta casi el final de la guerra, incluso sabiendo que parte de los tesoros recibidos procedían de los campos de exterminio. Para los tres dirigentes el oro era oro, y los negocios quedaban al margen de cualquier otra consideración, incluidas las morales.

Algo semejante ocurrió con el Banco Internacional de Pagos (BIP), entidad fundada en 1930 en Basilea por varios bancos europeos para promover la cooperación entre ellos y asegurar el pago pendiente de Alemania por las reparaciones tras la I Guerra Mundial.

Sus estatutos declaraban que los activos y pasivos del BIP serían siempre intocables y que sus bienes no podían ser confiscados ni expropiados. Con el inicio de la guerra, su Consejo de directores decidió suspender las reuniones mientras no se alcanzase la paz, pero manteniendo una estricta neutralidad con todos los bancos centrales para seguir desarrollando sus actividades comerciales.

Estas medidas favorecieron principalmente al Reichsbank, al que cambiaron oro por divisas sin control alguno de órganos externos. Mientras los aliados se esforzaban por ahogar económicamente al Reich, su banco central disponía en el BIP de una cuenta abierta de forma permanente desde la que negociaba con países europeos y latinoamericanos, saltándose las barreras interpuestas por Estados Unidos y Gran Bretaña.

Los funcionarios del Departamento del Tesoro norteamericano no comprendían la situación. Uno de los enemigos más acérrimos del BIP fue el secretario del Tesoro, Henry Morgenthau, quien en la Conferencia de Bretton Woods propuso liquidar el BIP y abrir una investigación sobre sus actuaciones. La idea fue aceptada aunque con voces discrepantes que sólo cedieron a cambio de que el cierre se produjera al fin de la guerra.

En 1945 la situación cambió hasta el punto de que Morgenthau abandonó su cargo y el BIP logró sobrevivir a su disolución a cambio de entregar una parte del oro nazi que se repartió entre la comunidad internacional.

La otra nación tradicionalmente neutral, Suecia, tam-

bién mantuvo contactos con el Reichsbank a través de su banco central, el Riksbank. El país escandinavo colaboraba a nivel mercantil desde antes del inicio de las hostilidades. Sus tierras eran ricas en hierro y otros minerales imprescindibles para la industria bélica.

Con el oro, Suecia se cobraba las exportaciones que mensualmente partían hacia Berlín hasta conseguir hacerse con 60 toneladas. El negocio pareció torcerse cuando el gobernador de la entidad, Ivar Rooth, comenzó a sospechar sobre el origen del oro.

Él mismo puso en alerta a sus consejeros y se preocupó de averiguar cuál era el parecer de Washington y de Londres sobre los negocios que estaban realizando.

Gracias a su amigo y financiero Marcus Wallenberg, supo que los aliados no comprarían metal del que se sospechara una procedencia ilegítima y que tras la guerra se investigaría exhaustivamente todo negocio realizado con el Reich. Su parecer pasaba por cortar ese medio de pago, pero la presión de las autoridades suecas le obligó a continuar aceptando la llegada del oro expoliado.

Sólo el aviso aliado de 1943 hizo recapacitar al gobierno, que entonces sí aprobó la medida de Wallenberg de paralizar la adquisición de oro. Después, el gobernador escribió a los banqueros alemanes solicitándoles que el pago se realizase mediante oro legal o por otros medios, pero el ministro de Hacienda sueco se incautó de las cartas frenando la iniciativa.

Rooth no era un hombre que se amilanara fácilmente y envió a Wallenberg para que se entrevistara personalmente con Funk y Phul en Berlín y les transmitiera verbalmente el contenido de las misivas.

Los alemanes aceptaron la propuesta para calmar a los banqueros suecos, pero en la práctica siguieron enviando

oro expoliado. Así hasta que unos meses después, Rooth les advirtió seriamente de que sólo aceptarían desde ese instante francos suizos.

Finalmente, Phul se salió con la suya. La presión del Gobierno sueco obligó a Rooth a cejar en su lucha y, aunque Alemania ya no saldó sus deudas con lingotes robados, sí lo hizo con piezas amonedadas. Con ellas resultaba imposible distinguir su procedencia, algo ideal para el Reichsbank, que las utilizó para seguir desprendiéndose de las reservas robadas.

Menos objeciones pusieron las autoridades lusas. Hasta el final de la guerra Portugal se mostró como un aliado fiel a la política económica de Berlín. De este país se importaban alimentos y materias primas que surtieron a los ejércitos nazis y aliados.

El negocio supuso para las arcas estatales la llegada de 352 toneladas de oro sólo entre 1940 y 1945. La mitad de ellas llegaron del Banco Nacional Suizo.

Para Alemania, Portugal se convirtió en una nación vital. Su moneda les permitía comerciar en tierras brasileñas y en las colonias portuguesas de Asia y de África, por lo que no podían prescindir de su amistad.

Gran parte de ese oro llegó directamente desde Berlín cargado en trenes que atravesaban media Europa hasta recalar en Lisboa. En otras ocasiones llegaba a través de operaciones bancarias donde intervenían el BNS y el BIP. Los problemas surgieron en los últimos tiempos de la contienda, con Salazar como presidente.

Los aliados habían presionado tanto a su gobierno que finalmente se prohibió la venta de materias tan necesarias como el wolframio, dando por finiquitada la intensa relación comercial entre Lisboa, Berna y Berlín.

La política de restitución

La cuestión del oro nazi se convirtió en un asunto prioritario para los gobiernos aliados. Un informe redactado en 1942 por los servicios de inteligencia del Reino Unido demostraba que el Reich necesitaría a finales de ese año las reservas de los países ocupados para subsistir y que sus problemas con la balanza de pagos le obligarían a vender el oro robado en los mercados internacionales.

Alertados por estas noticias, 17 países aliados se adherieron para redactar el famoso «Aviso» del 5 de enero de 1943 en el que comunicaban que ninguna transferencia realizada por las potencias del Eje sería reconocida por ellos. Además, proclamaron su intención de restituir lo robado y notificaron a las cancillerías de toda Europa el verdadero origen de las reservas nazis para evitar que los países neutrales adujeran desconocer el origen del mismo.

Pero la situación, como se ha visto, no cambió, y Suiza, Suecia, Portugal... continuaron comerciando con Alemania. La impaciencia norteamericana provocó que el 22 de febrero de 1944 se proclamara la «Declaración del oro».

En ella se reincidía en el origen del oro nazi y, con un tono más duro, se aseguraba que Estados Unidos «no reconoce ni reconocerá las transferencias de oro robado efectuadas por el Eje en el mercado mundial». La declaración fue suscrita enteramente por el Reino Unido y la Unión Soviética.

A partir del texto surgió el programa Safehaven con un triple objetivo: ilegalizar la venta o transferencia de bienes pertenecientes a cualquier país ocupado por las potencias del Eje; entregar a las autoridades aliadas toda propiedad que se encontrase en el interior de sus fronteras

y cuyos titulares fuesen personas u organismos de los países del Eje; y, por último, evitar que los nazis ocultaran bienes con los que poder levantar un IV Reich.

La consecución de esos objetivos pasaba por identificar los bienes alemanes en el exterior, tal y como anunció Samuel Klaus, consejero especial de Morgenthau. Durante dos meses, personal del Foreign Economic Administration (FEA) —la agencia norteamericana encargada de supervisar el comercio de exportación e importación— y de la Office of Strategic Services —precursora de la CIA— viajaron por Europa y Sudamérica recabando datos sobre la penetración de la economía nazi en sus mercados. El informe resultante demostraba que ninguno de los países neutrales estaba dispuesto a cooperar con los norteamericanos para bloquear los activos alemanes y los flujos comerciales en su territorio.

A esas alturas, Estados Unidos tenía muy clara su intención de inmovilizar esos activos, de que se acabara de comerciar con el Reich y de restituir lo robado a sus legítimos propietarios. Sus enviados habían descubierto que los nazis planeaban repartir y esconder grandes cantidades de dinero en lugares seguros para ser utilizados con posterioridad en otra guerra.

Para conseguirlo, las autoridades aliadas sabían que tendrían que presionar a los países neutrales y que, si aun así no cooperaban, deberían aplicarles sanciones económicas.

El problema estribaba en que ni los representantes del programa Safehaven se ponían de acuerdo en qué sanciones debían aplicarse o de qué forma se podría presionar a los neutrales para que colaboraran.

Henry Morgenthau creía firmemente que los aliados económicos de Hitler debían recibir un castigo ejemplar y que la propia Alemania tendría que ver desaparecer su teji-

do industrial. Por contra, otros hombres del Departamento de Estado como Edward Stettinius o Cordell Hull preferían acercarse a los neutrales olvidando el pasado y contando con una nueva Alemania para la reconstrucción europea.

Pese a las buenas intenciones, el programa Safehaven fracasó estrepitosamente, ya que los neutrales continuaron negociando con Alemania y ninguno de ellos aceptó devolver el oro procedente del expolio con el que se les habían pagado sus servicios.

Esta situación se mantuvo hasta el final de la guerra. Tal y como se preveía desde 1942, los aliados resultaron ser los vencedores y entonces fue cuando el miedo comenzó a cundir entre los responsables económicos de Suiza, Suecia, Portugal, Argentina, Turquía y España, porque, tal y como habían advertido Gran Bretaña y Estados Unidos, llegó el momento de pedir responsabilidades.

Quienes ayudaron a alargar la guerra iban a tener que pagar por los costes económicos y humanos de su actuación, y también se preveía reubicar a los millones de desplazados y devolver lo robado en la medida de lo posible. Tales propósitos se sufragarían con los activos del Reichsbank aún disponibles y, si era necesario, se liquidarían las empresas alemanas.

Del oro nazi se habló en Yalta y en Potsdam, donde las cuatro potencias vencedoras se repartieron el país. A cada una de ellas le correspondió una zona de influencia, acordándose que todo lo comprendido en ella pasaba a ser responsabilidad del país aliado correspondiente.

Las suspicacias llegaron desde la Unión Soviética cuando Stalin afirmó que su único interés radicaba en «el oro alemán». Esta frase hizo pensar a Estados Unidos que sería imposible consensuar una política de restitución

común con los rusos, por lo que se decidió no informar más a Stalin de las negociaciones en esa materia.

En la Conferencia Interaliada sobre Reparaciones celebrada en París entre el 9 de noviembre de 1945 y el 14 de enero de 1946, la Unión Soviética ya no estuvo presente. Gracias a las recomendaciones del economista James W. Angel se aprobó crear un fondo de oro único —el Gold Pot—, para canalizar todas las reservas encontradas en Alemania y las que pudieran recuperarse de los países aliados. También se constituyó la Comisión Tripartita del Oro (CTO), con sede en Bruselas, cuya finalidad sería recibir las reclamaciones de las instituciones y de los particulares afectados por el expolio, y posteriormente coordinar el reparto del oro almacenado en el Gold Pot.

Como aún se desconocía el montante exacto de lo expoliado, la CTO remitió un cuestionario a todos los países que habían sufrido la ocupación nazi para que señalaran las cantidades de oro a devolver. El conjunto arrojó la cifra de 735 toneladas, pero los aliados sólo validaron 514.

Aun así, lo recuperado distaba mucho de la cifra final. Se inició un prorrateo con los países expoliados de acuerdo a lo perdido por cada uno de ellos y poco a poco se fueron emitiendo transferencias de dinero que se alargaron más de lo previsto. Se calculó el año 2000 como fecha límite para la conclusión de los trabajos de la CTO, pero al pasar de siglo aún quedaban 5,5 toneladas de oro por repartir.

Las mayores dificultades procedieron de las negociaciones con los países neutrales. Los aliados necesitaban averiguar las compras que éstos realizaron durante la guerra para equilibrar las cuentas y cumplimentar más o menos con exactitud las restituciones.

Se solicitó de ellos cooperación. Lo primordial era que entregaran los libros de contabilidad en los que quedaba

registrado el origen del oro recibido y su cantidad exacta. La CTO envió equipos de investigación a las sedes de los bancos centrales para recibir esos documentos a la vez que se les advertía de que Estados Unidos impediría que utilizaran las reservas de oro hasta que no hubiesen sido inspeccionadas.

Como se preveían unas negociaciones duras y difíciles, se creó un equipo formado por experimentados diplomáticos con un único objetivo: conseguir la mayor cantidad de oro posible de los neutrales. A la cabeza se situaron Randolph Paul, asesor del presidente Truman, F. W. McCombe, consejero económico de la embajada británica en Washington, y Paul Chargueraud, director general del Ministerio de Asuntos Exteriores francés.

Durante tres años el equipo de funcionarios estuvo investigando por tierras europeas siguiendo el rastro del oro nazi. Y éste les llevaba a Portugal, a Madrid, a Zurich... Su estrategia consistía en recabar la mayor y más exhaustiva información posible para poner contra las cuerdas a sus interlocutores y hacerles reconocer su culpa en el apoyo económico a Hitler.

Con lo que quizá no contaban es que sus oponentes eran tan duros como ellos y ninguno reconoció abiertamente su apoyo al III Reich. Tampoco cedieron fácilmente a las exigencias de restitución.

El primer país con el que se negoció fue Suiza. La persona que llevó el peso de las conversaciones se llamaba Lauchlin Currie, consejero de Roosevelt y antiguo miembro de la FEA.

En las primeras charlas con los dirigentes del Banco Nacional Suizo, producidas en marzo de 1945, se le prometió interrumpir las compras de oro a los nazis, pero siguieron produciéndose a sus espaldas.

Finalizada la guerra se retomaron las conversaciones y Washington les acusó de colaboracionistas al haber roto su neutralidad apoyando con su política los planes de Hitler.

Los suizos negaron las acusaciones esgrimiendo que ellos tan sólo se habían regido por motivos de política económica y por las fuertes presiones que recibían de los alemanes llegando a temer por su integridad territorial si no continuaban negociando con ellos. Lo más escandaloso para Currie llegó cuando escuchó a los suizos decir que todo ese oro procedía de las reservas que Alemania almacenaba antes de la guerra.

Nada de eso era cierto. Emil Phul aseguró durante el juicio de Nuremberg que los suizos conocían perfectamente la procedencia de los pagos. En cuanto Currie presentó esa declaración y les mostró los documentos recabados durante los tres años de investigación, los dirigentes del BNS no tuvieron más remedio que confesar.

Los aliados reclamaron la devolución de 200 millones de dólares —178 toneladas de oro—, pero Walter Stucki, jefe de la delegación suiza, sólo se comprometió a entregar 58 millones «para aliviar los sufrimientos humanos y la reconstrucción de los territorios europeos arrasados por la guerra». Las negociaciones prosiguieron y ante la resistencia de Suiza, se aceptó esa cantidad como pago.

Más duras fueron las conversaciones con el BIP, que de primeras se negó rotundamente a la investigación de sus archivos. Tuvieron que ser expertos de la Reserva Federal, del Banco de Francia y del Banco de Inglaterra los que constataran la participación del BIP en el negocio del expolio obligándole a entregar las reservas que aún guardaba a cambio de permitirle continuar con su actividad.

Los que menos objeciones pusieron a las negociaciones fueron los suecos. El 31 de mayo de 1946 Randolph Paul

recibió a la delegación sueca en Washington y enseguida se acordó la devolución de 13 toneladas de oro. Paul exigía que se cedieran 30, pero los suecos sólo estaban dispuestos a entregar las reservas que aún guardaban en las cámaras del Riksbank. El Departamento de Estado accedió a la propuesta para no alargar las conversaciones inútilmente como ocurrió con los suizos.

Las negociaciones con los portugueses se iniciaron el 3 de septiembre de 1946. Desde el primer día, el jefe de la delegación, Tomaz Fernandes, mostró su rechazo a entregar un solo gramo del oro existente en el Banco Nacional de Portugal.

Randolph Paul contraatacó con los informes recabados que demostraban el comercio de los lusos con el III Reich y su pleno conocimiento sobre el origen del oro que recibían. A Fernandes se le concedió un margen de tiempo para entregar las 38 toneladas que le reclamaba el CTO.

Tras el receso, las reuniones se reanudaron y el portugués prosiguió con sus argumentos de inocencia aunque aceptó devolver 3,9 toneladas. La delegación no mostró conformidad con el trato, pero sí el Departamento de Estado y el Foreign Office. Ambas entidades poseían intereses políticos en Portugal y no querían enemistarse con el régimen de Salazar. El primero por su deseo de instalar bases militares en las Azores y el segundo por no querer perder sus buenas relaciones económicas con el mercado portugués. El acuerdo se cerró en octubre de 1958 con la transferencia de esas 3,9 toneladas.

Verdaderamente escandalosas fueron las negociaciones con Turquía. La oficina de la OSS en Ankara detectó durante la guerra un tráfico inusual de oro y metales preciosos procedentes del Reichsbank. Se calculó en tres las toneladas que Ankara debía restituir. Incluso se averiguó que el paradero inicial de éstas habían sido las reservas belgas.

Los turcos adujeron su condición de aliados desde febrero de 1945 para eludir el pago, pero la insistencia de los negociadores les obligó a comprometer la restitución íntegra de la cantidad estipulada. Ambas partes firmaron el acuerdo, pero el oro jamás llegó al CTO porque Turquía hizo oídos sordos tras la rúbrica y siguió conservando los lingotes del Reich.

La conclusión es que las negociaciones fueron un rotundo fracaso. Los países neutrales devolvieron el oro nazi presentando todo tipo de objeciones, y cuando lo hacían, era con unas cantidades irrisorias.

La mayor parte de culpa recayó en los organismos aliados como el Departamento de Estado. Tras la guerra se iniciaba un nuevo período en el que la Unión Soviética se perfilaba como el enemigo a batir. Nadie quería enemistarse con posibles aliados y menos por un puñado de lingotes. Randolph Paul recibió la orden de zanjar su ronda de contactos de forma amistosa y finalmente sólo se consiguieron 69 de las 262 toneladas que se estimaba recibir.

El oro nazi en España

Hasta el momento poco se ha hablado de la participación que España desempeñó en la historia del oro nazi. La omisión ha sido consciente. El relato es tan completo y apasionante que se ha creído conveniente presentarlo de forma unificada.

El punto de inicio nos sitúa en el 18 de julio de 1936, una fecha que los españoles jamás olvidarán. En esa jornada las tropas acantonadas en África se levantaron contra un Gobierno elegido democráticamente. Mucho se tardaría en volver a los niveles de vida que se disfrutaban antes de ese día.

Aunque la situación política no gustase a una parte de la población, la economía española estaba saneada y las perspectivas eran halagüeñas. Las reservas almacenadas en el Banco de España alcanzaban la cifra de 707 toneladas de oro, situando a la entidad como la cuarta más rica tras la Reserva Federal de Estados Unidos, el Banco de Francia y el de Inglaterra.

El Gobierno de Indalecio Prieto confió en tal tesoro para alcanzar la victoria. «Si las guerras se ganan principalmente a base de dinero, dinero y dinero, la superioridad financiera del Estado, la del Gobierno de la República, es evidente», llegó a decir. El general Franco podría contar con el apoyo de los fascismos europeos y con unas tropas más experimentadas y disciplinadas, pero el dinero estaba en el bando republicano y con él se comprarían víveres, municiones, tanques, aviones, combustible, fusiles...

La verdad es que esa ventaja no lo era tanto. Franco no sólo disponía de un mejor ejército, sino también del beneplácito de los banqueros españoles, que le abrieron las puertas a sus fortunas y a sus contactos en el extranjero a cambio de favores políticos, con lo que la superioridad financiera que mencionaba Prieto en su discurso se inclinaba del lado nacional.

Las 707 toneladas sólo sirvieron para que la República aguantara el empuje de los sublevados durante los tres largos años que duró la guerra. Al caer Madrid el 1 de abril de 1939, los franquistas descubrieron que en los sótanos del Banco, situados a 30 metros de profundidad bajo la Plaza de Cibeles, sólo había cajones y estanterías vacías. Únicamente restaban tres toneladas por gastar.

El resto se había vendido al Banco de Francia y al Banco Central de la Unión Soviética, el Gosbank, a cambio de divisas con las que comprar los productos necesi-

rios. Los soviéticos fueron los mayores beneficiados con la recepción de 510 toneladas que se gastaron en su totalidad a cambio de municiones. La afinidad ideológica no era motivo de ventajas comerciales para Stalin. Sin oro no había armas, y su desinterés lo demostró enviando a la República armamento caduco y deficitario en cuanto recibió de Negrín el tesoro y el futuro del pueblo español.

Franco intentó, con la ayuda de Alemania, Italia y Portugal, frenar el flujo de capital. Calificó ante los tribunales de París a las exportaciones de lingotes como ilegales, presionó al Banco de Inglaterra para que bloquease los activos españoles en su país y al Banco de Francia le acusó de colaborar con «los rojos». Su táctica no dio resultado.

Para estos gobiernos los negocios con la República estaban revestidos de legalidad y en ningún instante se pensó en plegarse a las amenazas fascistas cesando el comercio con España.

En esta situación se encontró el dictador cuando se erigió como tal. El país estaba en ruinas, el tejido industrial destrozado, los campos arrasados y la población hambrienta. Había que partir casi desde cero. Y todo pasaba por hacer resurgir la economía nacional.

La II Guerra Mundial se presentó como una buena oportunidad para los negocios. España no podía embarcarse en una nueva contienda, pero desde su posición de neutralidad primero, y más tarde de no beligerancia, nada le impediría comerciar con sus aliados ideológicos.

Comenzaba otra etapa en la que uno de los principales protagonistas sería el Instituto Español de Moneda Extranjera (IEME). Con fama de organismo misterioso, sus funcionarios poseían todas las competencias en materia de moneda exterior. Desde su planta en el edificio del Banco de España administraba las divisas del país y no

siempre se redactaban actas de las reuniones que mantenía el Consejo de Administración.

Su director era Blas Huete, un hombre reservado e inteligente experto en el control de cambios que no mostró jamás filiación política pero sí competencia en su cometido. Huete contó con la ayuda de los subdirectores Manuel Vila y Alejandro Bermúdez quienes durante veinte años defendieron a ultranza las actuaciones del IEME hasta sus últimas consecuencias.

Como en el primer capítulo del libro ya se ha hablado de las intensas relaciones comerciales que unieron a España y Alemania antes y durante la II Guerra Mundial, el propósito de estas líneas es mostrar de qué forma se efectuaron los pagos y cómo se desarrollaron las negociaciones con los aliados para la restitución del oro nazi.

Todos los datos que se presentarán se conocen por la lectura de los «los libros de compra de oro en el extranjero» guardados en el archivo del Banco de España. Gracias a ellos se sabe, por ejemplo, que entre 1942 y 1945 España compró al Reich 67,4 toneladas de oro fino a través de diversas entidades bancarias.

Huete y sus ayudantes siempre evitaron tratar directamente con el Reichsbank. Lo hacían con el Banco Nacional Suizo, el Banco de Inglaterra, , el Banco de Portugal, el BIP o el Banco Alemán Transatlántico.

El metal no lo buscaban en Berlín sino en otras capitales europeas y acababa siendo almacenado, en su mayor parte, en la cámara acorazada del Banco de España.

Los traslados se realizaban principalmente desde Berna. El IEME esgrimió un acuerdo de transporte firmado con los helvéticos para que el Gobierno de Vichy y la Comisión Internacional de Armisticio le permitieran trasladar el oro en aviones de la compañía Iberia a través del cielo francés.

La propuesta contó con tanta oposición que finalmente se creyó más conveniente utilizar la vía terrestre y la ferroviaria.

Si el oro procedía de Lisboa los camiones atravesaban la frontera por Badajoz y si el origen eran las ciudades suizas de Berna o Basilea, entraban en España por la aduana de Canfranc, Port Bou o Hendaya.

El tráfico entre Suiza y la Península fue tan frecuente que mensualmente se recibían hasta cinco cargamentos, incrementándose incluso este número entre mediados de 1943 y principios de 1944.

Por motivos de seguridad y falta de espacio, la carga media por camión no excedía de las dos toneladas, mientras que el tren no presentaba ningún impedimento. Los vagones entraban por la estación de Canfranc donde un destacamento de las SS vigilaba el lugar las veinticuatro horas. Aún viven en el pueblo personas que recuerdan haber tenido entre sus manos las cajas con el preciado metal para transportarlo de los convoyes a los camiones con dirección a Madrid. En la edición de *El Mundo* del 19 de agosto de 2001 se podía leer el testimonio de Daniel Sánchez relatando aquellos instantes: «Yo he llevado mucho oro. Venía en cajas de 20 a 25 kilos, en lingotes pequeños, cuatro o cinco en cada caja. Al principio era sólo controlado por carabineros franceses y españoles. Pero en los últimos años de la guerra los hombres de la cruz gamada se instalaron en el pueblo para controlar los cargamentos.» Incluso en el año 2000 se descubrieron por casualidad en las dependencias vacías de Canfranc miles de folios olvidados donde aparecían anotaciones sobre las cantidades de oro que el puesto fronterizo vio pasar: 82,8 toneladas. El resto, 101,2 lo hizo por Hendaya.

Una vez en el Banco de España, los cargamentos se anotaban y se bajaban a la cámara subterránea donde se pesa-

ban y se almacenaban registrándose el número de cada una de las barras, el remitente, fecha de compra, peso bruto y fino, ley del metal, nacionalidad del lingote y su fecha de fundición.

Los aliados siempre creyeron que ese oro llegaba directamente desde Berlín, pero jamás ocurrió tal cosa. El procedimiento comenzaba con el Reichsbank vendiendo lingotes a entidades como el Banco Nacional Suizo a cambio de divisas. Y eran esas mismas divisas las que sí se entregaban a España para pagar los envíos de wolframio y alimentos.

Así, el IEME no dispuso nunca de oro nazi aunque sí incrementó sus recursos a través del comercio con Alemania y con los países aliados. El dinero que los negocios generaron se utilizó posteriormente en comprar lingotes no en Berlín, sino en Berna, Lisboa y Londres.

Esa procedencia no estaba del todo clara para la Comisión Aliada de Control (CAC), que incluyó a España en el programa Safehaven intentando averiguar cuántos lingotes había adquirido el IEME, para obligar a Franco a restituirlos íntegramente por considerarlos originarios del expolio nazi.

Los funcionarios españoles recibieron la notificación aliada y desde el comienzo se mostraron reacios a colaborar. Huete, Vila y Bermúdez sabían que el oro no procedía del Reichsbank, pero no querían perder aquello que tanto esfuerzo les había costado conseguir.

Las conversaciones entre ambas partes se iniciaron en un clima enrarecido por la cuestión política. La delegación estadounidense la formaban miembros del Departamento de Estado destinados en la embajada en Madrid y agentes de la Foreign Economic Administration.

El caso español era especial a sus ojos. Tras la caída del

Reich muchos ciudadanos de origen alemán eligieron este país como residencia, trasladando sus negocios y posesiones. La situación causaba enormes recelos en los aliados ya que temían que los nazis huidos utilizaran la Península como sede desde la que financiar una nueva guerra.

Por este motivo se pidió a Franco, además de la restitución del oro que ellos creían procedente del expolio, que se liquidaran todos los activos alemanes en España. Los representantes españoles mostraron disposición a la segunda propuesta si se les daban las compensaciones pertinentes, pero consideró inaceptable la devolución del oro.

Las conversaciones se alargaron indefinidamente. Los representantes españoles, encabezados por Emilio de Navasqués, diplomático hábil e inteligente, supieron ser inflexibles en su postura. Los años pasaban sin llegar a un acuerdo y el cansancio comenzó a hacer mella en los diplomáticos aliados. Estaba claro que iba a ser imposible doblegar a los representantes del IEME. Pese a su trabajo previo no podían demostrar que el oro del Banco de España procediera del expolio nazi y el comienzo de la Guerra Fría hacía imprescindible contar con España como aliado.

España vivía una terrible posguerra y la economía del país estaba al borde de la quiebra. La situación no tenía visos de mejorar debido al aislamiento en el que se encontraba el régimen franquista. Entre los vetos impuestos destacaba la prohibición de solicitar créditos a corto plazo.

Los ciudadanos se morían de hambre. Franco achacaba todos los males a la Guerra Civil, pero la causa residía en el fracaso de su política autárquica, del exacerbado intervencionismo administrativo y del rígido sistema de control de cambios. Se buscaron medidas para paliar la crisis, pero siempre sin querer perder el control del país y sin delegar poder en los empresarios y banqueros. Se desearon tan-

tas propuestas que finalmente sólo los créditos podían frenar el colapso del país. Y ni siquiera eso les resultó fácil.

Funcionarios del IEME y del Ministerio de Asuntos Exteriores se unieron para conseguir dólares con los que comprar trigo, combustible, fertilizantes... Cuando creían estar a punto para firmar las concesiones, el Departamento de Estado norteamericano intervenía recordando a la entidad respectiva que España no había cumplido con la Declaración del Oro de 1944 y el negocio se frustraba.

España disponía de 100 millones de dólares en oro, pero apenas divisas con las que comerciar. Además, para el Departamento de Tesoro esos 100 millones no tenían valor mientras no se demostrase su legítima procedencia. La situación se tornaba realmente desesperante y los responsables del IEME sabían que no podían cejar en su empeño.

El plan Marshall pudo haber traído algo de alivio, pero también éste pasó de largo. Franco estaba pagando su tardanza en haber llegado a un acuerdo sobre el oro nazi. El dictador así lo entendió y las negociaciones se zanjaron en mayo de 1948 con la entrega al CAC de las únicas ocho barras que se demostró procedían del saqueo al oro monetario europeo.

Tras el acuerdo, el IEME dispuso del oro almacenado como quiso. Las reservas acumuladas durante la II Guerra Mundial se utilizaron como garantía de créditos concertados en Nueva York. Para el 1 de enero de 1959 casi todos esos lingotes habían salido de la cámara del Banco de España en dirección al Banco de la Reserva Federal de Nueva York. De aquellas 67,4 toneladas sólo quedaban 2.275 kilos.

El oro nazi, el oro de Moscú, el oro de la República y el oro franquista se esfumaron con las ilusiones de muchos españoles que se preparaban para afrontar un futuro incierto y preocupante.

Capítulo VII

LOS REFUGIOS DEL NAZISMO

El 1 de mayo del 2006, los medios de comunicación españoles abrieron sus noticiarios con una información sorprendente. La Policía alertaba sobre la presencia en Cataluña del llamado «carnicero de Mathausen». Un individuo cercano al 1'90 de estatura y de unos 92 años al que también se apodó «el banderillero de Mathausen» por su afición a inyectar benzeno en el corazón de los presos.

La recompensa para quien ayudara a su localización era de 230.000 euros. La noticia extrañó a la opinión pública española. ¿Un nazi refugiado en España?

Tal extrañeza se disiparía de saber que la Península fue un paraíso para los criminales de guerra. Como en el caso del «carnicero de Mathausen», otros muchos oficiales de Hitler encontraron cobijo a la sombra de Franco. Su deuda por la ayuda nazi le obligaba a ello. La deuda, y el aprovecharse de los conocimientos, del dinero, de las empresas que se esfumaron de Alemania tras la guerra.

Pero España no fue el único país en ofrecer un asilo dorado al nazismo. Ya antes del fin de la II Guerra Mun-

dial se fueron creando redes de escape ante una derrota más que previsible y el conocimiento de las intenciones aliadas de crear un gran Tribunal en el que juzgar los crímenes de guerra.

Así fue como surgió la famosa ODESSA, aunque sobre ella existe mucha literatura y, también, demasiada fantasía. Baste decir que el propio término ODESSA se debe a la estupenda novela de Frederick Forsyth y aún se desconoce si existió realmente una organización tal y como se describe en esas páginas.

Sí es cierto, sin embargo, que se crearon múltiples redes de escape. La más importante enlazó Alemania con la Argentina de Perón, otro régimen dictatorial heredero en buena medida de aquel tiempo fascista. Chile, Venezuela, Brasil... alargaron la lista de los destinos exóticos que recibieron con los brazos abiertos a quienes millones de personas deseaban ver entre rejas.

Lo más sorprendente de esta fascinante historia es que el propio Vaticano ayudó en la evasión de los oficiales y médicos nazis. Lo hizo a través del llamado «pasillo vaticano», una estructura perfectamente elaborada por la que pasaron personajes tan siniestros como Carl Vaernet, «el Mengele danés», o Ante Pavelic, «el asesino de los Balcanes».

A este respecto, el mayor interrogante sigue siendo: ¿qué es lo que conocía la Santa Sede, y el Papa como máximo dignatario de la Iglesia católica, de la ayuda a los criminales de guerra nazis?

El hundimiento

A finales de 1943 el mundo percibió que la maquinaria bélica nazi no era infalible. La serie de conquistas inin-

terrumpidas chocaron contra muros consistentes. Por Oriente con el Ejército Rojo de Stalin y en Occidente con las tropas aliadas del general Eisenhower. Los americanos desembarcaron en Sicilia y de allí saltaron a Italia en una ofensiva relámpago que llevó al país de Mussolini a capitular y cambiar de bando en cuanto cayó el dictador.

Las estepas rusas se tiñeron de rojo con la sangre de los miles de soldados que perecieron en aquel terrorífico invierno. Porcentualmente, fueron muchos más los soviéticos caídos en combate, pero sus regimientos se completaban rápidamente con nuevos refuerzos, mientras que los alemanes quedaban desiertos al no recibir un solo soldado de refresco. Las líneas de abastecimiento se habían alargado demasiado y la nieve impedía el transporte de cualquier suministro ya fuese por tierra o aire.

El nuevo año no trajo mejores noticias para Hitler, todo lo contrario. El 6 de junio se producía en Normandía el mayor desembarco de la historia. Los combates duraron 48 horas, y a su término la coalición anglo-americana-canadiense desembarcaba 326.000 hombres, 54.000 vehículos y 14.000 toneladas de material.

La batalla por la liberación de Francia comenzó en esa jornada y durante su transcurso dieron la vida más de 5.000 soldados españoles. Otros muchos colaboraron con la Resistencia boicoteando el envío de suministros alemanes al norte francés, dinamitando puentes, almacenes, cortando carreteras y vías férreas. La aportación española al éxito de Normandía está aún pendiente de reconocimiento, aunque ya se ha erigido un monumento en agradecimiento a los voluntarios españoles que participaron en la liberación de París.

Alemania comenzaba a sentir el efecto tenaza con la aproximación de las tropas de Montgomery por el norte,

las de Patton por el sur, Bradley por el oeste y los soviéticos llegando desde el este. Los bombardeos se convirtieron en una constante y ciudades como Dresde o la propia Berlín se iban convirtiendo poco a poco en montones de ruinas.

Aun así, Hitler se afanó en buscar los aspectos positivos. Las líneas de abastecimiento aliadas se estiraban cada vez más y las cabezas de puente consolidadas en Normandía no eran suficientes para satisfacer la demanda de víveres, municiones, medicinas o gasolina. La clave residía en el control del puerto estratégico de Amberes. Los nazis habían perdido su dominio, pero la bocana se encontraba tan plagada de minas que era imposible la entrada de cualquier buque, con lo que su operatividad resultaba nula.

La mente de Hitler concibió un intento de romper ese abastecimiento a través de los bosques franceses de las Ardenas. Si conseguía su propósito, enormes bolsas de soldados aliados quedarían desprotegidos a merced de los cañones de la Wehrmacht y de los aviones de la Luftwaffe.

La operación se bautizó como Niebla de Otoño y para su consecución se destinaron las mejores divisiones acorazadas. Con ellas avanzando lentamente, se dio por comenzada la ofensiva el 16 de diciembre de 1944. Fue un ataque sorpresa que causó el desconcierto y el pánico entre las filas norteamericanas.

Las divisiones Panzer comandadas por Manteuffel se dirigieron a la estratégica ciudad de Bastogne. Y cuando todo parecía proclive para la victoria nazi, los tanques se fueron quedando parados por falta de combustible. Su avance había sido mucho más rápido que el de los vehículos de abastecimiento.

Ese error estratégico lo aprovecharon las tropas de Montgomery y de Patton que atacaron y persiguieron a los soldados de la Wehrmacht hasta el Rin, río que ya jamás

volverían a cruzar. Las pérdidas alemanas alcanzaron los 120.000 hombres, 600 tanques y 1.600 aviones.

El avance aliado prosiguió sin más contratiempos serios y el puerto de Amberes se limpió de minas permitiendo la entrada de decenas de buques diariamente. Comenzaba el ocaso de los dioses y la caída de Berlín era sólo cuestión de tiempo.

Por primera vez los cantos de la victoria se escuchaban en las capitales occidentales. Estados Unidos, Canadá, Francia, Inglaterra... veían el final cercano y claramente a su favor. Las conversaciones comenzaban a girar en torno a la posguerra y las diplomacias de los principales estados en guerra organizaban sus agendas para hablar de la repartición y reconstrucción europea.

Al corazón del III Reich también llegaban estas noticias a cuentagotas. La población recibía mensajes contradictorios. Desde la emisora del régimen se continuaba anunciando la victoria nazi, pero era en la BBC donde millones de oídos escuchaban el rápido avance aliado.

Incluso se hablaba de la creación de un gran Tribunal que debería juzgar a los máximos jerarcas nazis en la ciudad de Nuremberg. La elección no era arbitraria ya que fue en esa localidad donde surgió el nazismo y donde mayores muestras de poder recibió siempre Hitler con desfiles de las SS coreando consignas a favor del Reich.

Nuevamente la BBC emitía desde finales de 1944 listados actualizados con los nombres de personas consideradas criminales de guerra. Los soviéticos incluso habían juzgado por su cuenta a los nazis capturados e implicados en la muerte de judíos. Todos fueron ejecutados.

Aquellas emisiones impactaron en la moral de los altos oficiales de las SS. Así, desde antes del fin de la guerra oleadas de fugitivos intentaron salir de Alemania hacia

destinos más seguros como España, Portugal o Sudamérica. Criminales como Adolf Eichmann sintieron pavor ante la justicia aliada. Uno de sus colaboradores, Wilhelm Hoettl, hablaba de ese temor porque, como el propio Eichmann le había relatado, «tenía millones de vidas judías sobre su conciencia».

En un principio fueron los propios nazis los que buscaron sus rutas de escape. Los jefes de las SS empezaron a falsificar sus propios pases que repartieron entre el resto de oficiales y colaboracionistas. Cuando los agentes de aduanas los leían sólo veían ante sí a individuos con profesiones sin importancia y de apariencia inocente.

Llegó un momento en el que las peticiones desbordaron la capacidad de trabajo de los falsificadores y surgió la necesidad de buscar y diseñar rutas de escape seguras que les llevaran lo más lejos posible de Europa. La tarea recayó sobre la división de inteligencia exterior de la SD.

El país más solicitado fue España, que rápidamente se convirtió en el principal refugio del nazismo. Pero la política franquista ya giraba hacia Washington, que prometía dinero a cambio de colaboración.

El cerco al nazismo se cerraba. Aún había cientos, miles de nazis a los que sacar de Alemania y llevarlos a lugares más seguros que España. Tarea en la que serían ayudados por miembros de la política, del comercio e incluso del clero.

La política vaticana ante el nazismo

Desde sus mismos inicios el nacionalsocialismo y el catolicismo parecieron enemigos irreconciliables y frases como las publicadas en el semanario católico alemán *Der*

Gerade Weg (El camino recto) diciendo «nacionalsocialismo significa mentiras, odio, fratricidio y miseria», no ayudaban demasiado a calmar el ambiente.

La solución tenía que pasar por la firma de un acuerdo entre el Vaticano y Alemania con el que se llegara a un consenso sobre la situación de los católicos en el país y la administración religiosa por los vicarios de Cristo.

Desde los años veinte se buscó con ahínco ese acuerdo, pero no llegó a fraguarse. En aquel año Eugenio Pacelli fue nombrado nuncio en Berlín, lo que equivale a decir embajador de la Santa Sede. Nada más llegar contactó con su amigo y sacerdote Ludwig Kass. Esta persona, experto en Derecho Canónico y diputado del Reichstag, sería nombrado en 1928 jefe del Zentrum, un partido de centro.

Para entonces Pacelli había ascendido al cargo de secretario de Estado del Vaticano y responsable, por tanto, de toda la maquinaria diplomática de la Iglesia católica. Se iniciaron conversaciones con el jefe del Gobierno alemán, el católico Heinrich Brüning, pero tampoco se alcanzó acuerdo alguno.

Ahora, desde la nueva posición de Pacelli, con Kass como líder del Zentrum y con Hitler en la Cancillería desde el 5 de marzo de 1933, la tan ansiada firma parecía estar cercana. Tan sólo había que saber acercarse a Hitler y darle algo que él quisiera del Vaticano. Poco imaginaba Pacelli que el precio a pagar sería más elevado de lo estimado.

Mucho se ha escrito sobre los verdaderos motivos por los que el futuro Pío XII peleó por el Concordato. Algunos investigadores se han aventurado en afirmar que la ideología nazi no era de su desagrado, pero esa hipótesis no parece ser cierta.

El libro del historiador John Cornwell titulado *El Papa de Hitler* ha hecho mucho daño a la reputación del Pontífi-

ce, al situarlo cercano a las tesis nacionalsocialistas. La anécdota cuenta que desde el Vaticano se quería limpiar la imagen de Pío XII, por lo que se permitió a Cornwell la entrada en los archivos vaticanos. Cuando todos creían que saldría a la luz una obra desmitificadora, el título señalaba claramente la conclusión a la que había llegado el historiador.

Para defender su tesis, Cornwell se basó en citas como la del propio Brüning, quien escribió en sus memorias tener la sensación de que «el Vaticano se encontraría más a gusto con Hitler que con un devoto católico» como él.

Realmente parece ser que Pacelli no sentía ningún afecto por los nazis. Existen muchos datos y citas para percatarse del asco que le ocasionaban. Lo que sucedía es que había una política que detestaba aún más que la hitleriana: el comunismo. Ese era el motivo por el que buscaba la firma del Concordato, para contar con un aliado que frenara el avance comunista a la vez que se respetaran las instituciones católicas.

En aquellas elecciones, el Zentrum se consolidó como alternativa de gobierno con un 14 por ciento de los votos. Hitler, ambicioso y astuto, supo de inmediato que el Concordato le entregaría el dominio de los 23 millones de católicos del país y el control sobre las 400 publicaciones religiosas.

Pacelli no quiso o no supo ver esa posibilidad y en cuanto Hitler mostró su beneplácito al inicio de conversaciones, el Vaticano comenzó a deshacerse en elogios hacia su régimen, a pesar de que los judíos ya sufrían persecuciones y marginación. Voces críticas desde la Iglesia rechazaron las negociaciones, pero a comienzos de julio de 1933 el texto del Concordato estaba listo para ser firmado.

Existen informes que avalan la posibilidad de que Pacelli negociara el acuerdo a espaldas de Pío XI y de que

sólo cuando la Santa Alianza envió al Papa un sobre clasificado como «alto secreto» se percató de lo que sucedía. Para entonces ya sería demasiado tarde para una rectificación.

Pío XI se caracterizó siempre por su oposición firme ante el nazismo, pero aún así su rúbrica se estampó junto a la de Hitler el 20 de julio de ese año. Aún no había comenzado la persecución de los católicos y el temor a que ésta se llevara a cabo influyó en buena medida en la firma. Entre otras cuestiones, lo que el Concordato estipulaba era la renuncia de las autoridades eclesiásticas a criticar la gestión nazi y a que un clérigo entrara en la política alemana.

Hitler esgrimió el acuerdo como un triunfo, como un reconocimiento del Vaticano a su ideario, incluido el antisemitismo radical. Con las manos libres inició lo que tanto habían temido Pío XI y el nuncio Pacelli: la persecución del catolicismo. La prensa católica fue desapareciendo paulatinamente, los sermones en las iglesias sufrían la mano de la censura, se cerraron más de 1.500 colegios religiosos, se despidió a profesores católicos, se prohibieron manifestaciones de esta fe como las procesiones...

La Iglesia de Roma mandó sus propios espías, entre los que se encontraban los sacerdotes Gunther Hessner y Leon Brendt. Disfrazados de mayordomo y cocinero, respectivamente, fueron enviando informes a sus jefes de la Santa Alianza en los que detallaban, no sólo las palizas a católicos, sino cómo miembros destacados de las SS y del Partido Nazi mantenían relaciones sexuales con mujeres seleccionadas para crear la «raza aria». E incluso del asesinato y la esterilización de deficientes mentales en los hospitales.

Ante tanta barbarie, Pío XI publicó la encíclica *Mit brennender sorge* (Con profunda preocupación) que se difun-

dió de forma clandestina por parroquias, domicilios y comercios alemanes. La encíclica era un golpe directo al III Reich que sin nombrar a Hitler lo situaba como el centro de todo el mal.

Su respuesta no se hizo esperar. Ordenó la clausura de los talleres que imprimieron el texto, encarceló a sus propietarios y amenazó a los católicos con la misma persecución que estaban padeciendo los judíos.

Quizá fueron estas amenazas las que provocaron tibieza en la condena de Pío XI y Pío XII sobre la cuestión antisemita. Existe una teoría, sin embargo, que apuesta por una explicación diferente. Se basa principalmente en la figura de Pacelli, nombrado ya Pío XII desde el 2 de marzo de 1939.

Según ésta, a oídos de Pío XII había llegado la posibilidad de que se produjera un golpe de Estado en Alemania. Rápidamente se ofreció como mediador, perpetuando una larga tradición católica. La disyuntiva residía en que si intervenía en la política del Reich denunciando sus excesos o cobijando a los judíos, la alternativa de cambiar el régimen podía desaparecer.

Pacelli siempre fue un hombre de mirada global, él no atendía a los pequeños pasos, sino que analizaba la perspectiva en conjunto. Su planteamiento estaba más cercano al para qué arriesgar todo salvando una vida si con el tiempo podrían salvarse millones.

Sus allegados hablaban de una persona que combatía «día a día, semana a semana, mes a mes» por alcanzar una solución al problema judío sin cerrar puentes a la paz.

¿Fue Pío XII el Papa de Hitler tal y como afirma el libro de Cornwell? Si se hace hincapié en el caso omiso que realizó a cartas que le enviaban miembros de la comunidad judía como Edit Stein solicitando su ayuda, la respuesta será afirmativa. Si leemos el texto que mandó a Hitler cuando fue

proclamado Papa con frases como «al comienzo de nuestro pontificado deseamos asegurarle que seguimos comprometidos con el bienestar espiritual del pueblo alemán confiado a su liderazgo», la respuesta seguirá siendo afirmativa.

Pero si observamos cómo la víspera de la entrada en Roma de las tropas nazis miembros del Vaticano recibieron la orden directa del Papa de esconder a los judíos de la ciudad en casas seguras dentro del propio Estado, entonces la percepción nos llevará a responder de forma negativa.

¿Por qué Hitler ordenó el secuestro de Pío XII? ¿Por qué el Papa dejó estipulado que si los nazis entraban a apresarlo se abriera un sobre donde había dejado escrita su renuncia al cargo? ¿Por qué más de 10.000 religiosos sufrieron apaleamientos y torturas en Alemania? ¿Por qué se asesinó a millares de sacerdotes y monjas italianos y polacos?

¿Hubiera sucedido todo esto de haber sido Pío XII el Papa de Hitler? Parece ser que su gran error fue confiar en que un papel como el Concordato bastaba para frenar al demonio que llevaba el Führer en su interior. Y el alemán lo había dejado claro en 1941 cuando todavía la contienda le era favorable: «La guerra llegará a su término y yo, ante la solución del problema de la Iglesia, tendré la última gran tarea de mi vida».

Y, sin embargo, esa misma Iglesia que sufrió la persecución nazi fue la que posteriormente ayudó a sus propios verdugos a escapar de la justicia aliada. Aunque sobre este hecho también hay mucho de lo que escribir.

El «pasillo vaticano»

El 19 de abril de 2005, Joseph Ratzinger se convertía en el 264 sucesor del trono de San Pedro con el nombre de

Benedicto XVI. Desde varios días antes los medios de comunicación habían ido informando sobre los posibles sustitutos de Juan Pablo II, y cuando finalmente Ratzinger resultó elegido, todas las informaciones se volcaron en su persona.

Entre ellas hubo una que causó especial sorpresa. Decía cómo el nuevo Papa había formado parte de las juventudes hitlerianas, combatiendo incluso a su lado en una unidad antiaérea para proteger la factoría de la BMW en Ludwigsfield.

El Vaticano se apresuró en acallar ese dato del pasado, sabedor de que esa relación con el nazismo podía llevar, quizá, a sacar a la luz episodios que aún avergüenzan a muchos en el pequeño Estado. Relatos que cuentan cómo y de qué forma grandes criminales nazis encontraron la libertad gracias a la colaboración de sacerdotes y religiosos, y al llamado «pasillo vaticano».

Entre los historiadores no se discute si existió tal ayuda o no. Se sabe que sí. La única interrogante que aún no ha podido resolverse es si el Vaticano, como entidad, estaba al tanto de lo que sucedía.

Si se piensa fríamente, resulta hasta lógico que los criminales nazis buscasen el amparo de la Iglesia católica, ya que el camino desde la Alemania vencida hasta el exilio dorado pasaba por encontrar pisos francos, visados, pasaportes, dinero, comida, vestido, salvoconductos especiales, transporte, personas que no hicieran preguntas, creación de una identidad nueva... y en aquel tiempo tal infraestructura estaba al alcance de muy pocos, entre ellos el Vaticano que disponía de personal y domicilios en todos los lugares del mundo.

En esta trama, el nombre que suena con más fuerza es el del franciscano Krunoslav Draganovic. Profesor de un

seminario croata hasta su salida del cargo, el padre Draganovic llegó a Roma en 1943, supuestamente para trabajar con la Cruz Roja, aunque la Santa Alianza sospechó que su verdadera intención era establecer puentes con grupos fascistas de Italia.

En Croacia, Draganovic ostentaba el cargo de oficial del Ustasha, partido político que integraba a grupos pronazis y clerofascistas cuya meta era «convertir» a los serbios al cristianismo sin importar los métodos que debieran emplearse.

Cuando los nazis invadieron Yugoslavia el 6 de abril de 1941, el país quedó dividido entre la población católica y la ortodoxa. El poder pasó a ostentarlo Ante Pavelic, protegido de Mussolini y cuyo sueño era crear una nueva Croacia católica. Tal visión fue bien recibida por el Vaticano, que no escatimó en mensajes de bienvenida al nuevo líder político-religioso. El propio Pío XII recibió y bendijo a Pavelic y a su delegación de ustashi.

El componente trágico residía en el hecho de que para lograr la conversión deseada, 750.000 serbios fueron asesinados, y de entre ellos 60.000 de los 80.000 judíos que vivían en el país. Realmente no se buscaba un abrazo a otra fe, sino el exterminio sistemático de los que profesaban cualquier otra diferente a la católica.

Fueron tantos los excesos, tan sangrientos los asesinatos, tan numerosas las ejecuciones públicas, que las mismas autoridades nazis, con Himmler a la cabeza, ordenaron a Pavelic discreción en sus actividades por miedo a un levantamiento popular. Miles de personas habían sido testigos de cómo poblaciones enteras murieron degolladas o crucificadas o quemadas vivas en el interior de sus viviendas. Como muestra, baste decir que cientos de croatas ortodoxos murieron despedazados para después

colgar sus miembros en carnicerías bajo el cartel de «carne humana».

Sorprende leer en las anotaciones y en los informes de inteligencia el nombre de diversos monjes franciscanos como responsables de los campos de la muerte que se diseminaron por toda Croacia. Una de estas personas se llamaba Krunoslav Draganovic.

Ahora se encontraba en Roma, donde se hizo cargo del colegio de San Girolamo degli Illirici. Oficialmente el lugar servía como residencia para los sacerdotes croatas que debían viajar a la capital italiana, pero tras la guerra, el número 132 de Via Tomacelli sirvió de refugio para los criminales de guerra ustashi perseguidos por los aliados.

La justicia también les buscaba a ellos y aunque parece ser probable que los aliados supieran de la verdadera función de San Girolamo, no podían hacer nada porque era territorio de la Santa Sede.

Desde allí, Draganovic buscaba una vía de escape a sus antiguos camaradas. Según la literatura que se consulte, el nombre de la operación difiere entre los términos de «operación convento» y «operación caritativa», pero hoy se la conoce más acertadamente como el «pasillo vaticano», ya que con el tiempo la estructura creada por Draganovic sirvió para sacar de Europa a los criminales nazis.

En una reunión mantenida entre el franciscano y un emisario argentino de Himmler llamado Carlos Fuldner, el primero le hizo saber que su red de escape estaba a disposición del vencido nazismo.

Dos fueron las principales vías de evasión. La primera comenzaba en Suiza desde donde los prófugos eran recibidos en San Girolamo para ser trasladados al puerto de Génova desde donde eran embarcados rumbo a Argentina. En Génova los nazis entraban en contacto con dignatarios

católicos de alto rango, con el arzobispo de la ciudad, Giuseppe Siri, al frente. La inteligencia norteamericana dejó constancia en diversos informes de su conocimiento sobre que el arzobispo dirigía una «organización internacional para arreglar la emigración de europeos anticomunistas a Sudamérica, entre los que se encuentran fascistas y ustashi, y otros grupos similares».

La segunda vía también se iniciaba en Suiza, pero luego se adentraba en territorio francés y cruzando España llegaba a Gibraltar, donde un barco los llevaba a Marruecos y desde allí rumbo a Sudamérica.

La estructura montada por Draganovic incluía la entrega de documentos falsos, muchas veces expedidos por la Cruz Roja, o credenciales vaticanas, e incluso en ocasiones la búsqueda de un trabajo respetable en otro país y la entrega de una suma de dinero con la que poder iniciar una nueva vida. También se alcanzó un acuerdo secreto con la policía italiana por la que los carabinieri debían llevar a todo nazi que encontraran, a una serie de iglesias concertadas de antemano en lugar de ser arrestados.

Este procedimiento fue el que siguieron asesinos como Carl Vaernet, el llamado «Menguele danés». La fama le llegó cuando aseguró haber encontrado una cura para lo que él creía era una enfermedad: la homosexualidad. Sus teorías se difundieron en las publicaciones nazis y el propio Himmler le suministró hombres homosexuales para que experimentara con ellos. La mayoría falleció víctima de las terribles infecciones que sus operaciones en los campos de concentración les ocasionaban.

Las fuerzas británicas consiguieron encarcelarle al final de la guerra en una prisión danesa, pero antes del juicio logró evadirse y gracias al «pasillo vaticano» recaló en Argentina.

Otros de aquellos siniestros personajes que pasaron por las manos de Draganovic fueron Franz Stangl —comandante del campo de exterminio de Treblinka—, Eduard Roschamnn —el carnicero de Riga—, Joseph Mengele —el doctor muerte de Auschwitz— o el famoso genocida Klaus Barbie —responsable de la muerte de miles de judíos en Francia.

Lo que sorprende en la historia de Barbie es que fuera entregado por las autoridades norteamericanas a Draganovic en 1951. El caso del antiguo jefe de la Gestapo demuestra cómo los aliados no aplicaron su justicia en igual medida.

La inteligencia de Estados Unidos tenía un amplio conocimiento del «pasillo vaticano» al que bautizaron como Ratline (la línea de las ratas), y ahora ellos se servían de la red de Draganovic. Klaus Barbie no fue juzgado porque para los norteamericanos tenía más valor como informador anticomunista que como cadáver, y no hubo escrúpulos en colaborar con Draganovic porque su servicio era útil a los intereses del Cuerpo de Contraespionaje del ejército norteamericano.

Cuando relató todo lo que sabía, Draganovic lo recogió en la estación de ferrocarril de Génova con el encargo de llevarlo a Argentina previo pago de 1.400 dólares.

El propio Ante Pavelic se sirvió del «pasillo vaticano» para escapar hacia Sudamérica. Apresado por los norteamericanos cuando intentaba huir cerca de Salzburgo, el genocida obtuvo la libertad gracias a la intercesión del arzobispo de Salzburgo y del anterior primado de Croacia Alojzije Stepinac, quien había consentido todos los excesos y asesinatos de Pavelic en «defensa» de la fe católica. A pesar de este apoyo a las matanzas en Croacia y a que tras la guerra se le condenara a dieciséis años de prisión, Juan Pablo II lo nombró beato en octubre de 1998.

Momentáneamente a salvo, hasta mayo de 1946 el refugio de Pavelic fueron las paredes del Collegio Pio Pontificio. Después se le trasladó a una casa dentro del complejo residencial papal de Castelgandolfo donde se entrevistó asiduamente con el futuro Pablo VI, entonces cardenal Montini.

Cuando parecía que su huida iba a ser un hecho, agentes norteamericanos abortaron su embarque en el puerto de Génova y Pavelic tuvo que encerrarse en el monasterio de Santa Sabina.

No sería hasta el 11 de octubre de 1948 cuando el jefe de los ustashi lograra subir a un barco, el *Sestriere*, lo más probable rumbo a Sudamérica. Se especula con que Pío XII conocía que Pavelic se encontraba en el monasterio de Santa Sabina y que incluso concertó una entrevista con miembros del espionaje norteamericano y británico a través de un emisario suyo para que se les informara de su status de protegido de la Santa Sede.

Datos como éste hacen preguntarse a los investigadores hasta dónde llegaba el conocimiento del Vaticano sobre los entresijos de Draganovic. Realmente no hay documentos fehacientes que disipen las dudas, pero sí los hay indicativos de que altos miembros de la jerarquía eclesiástica en el Vaticano estaban al corriente de lo que sucedía. Y si ellos lo sabían, habida cuenta de la gran magnitud que alcanzó el «pasillo vaticano», es muy probable que el Papa tuviera conocimiento de todo. Y de no saberlo, sólo es excusa una alarmante ingenuidad para alguien que ostentaba semejante cargo, o una omisión irresponsable e interesada del espionaje vaticano al no informarle de nada.

Se da por probado que agentes de la Santa Alianza ayudaron a los nazis prófugos a escapar de Europa bajo órdenes de Draganovic. En diversos documentos aparecen los nom-

bres de los monseñores Heinemann y Karl Bayer. Heinemann sería el encargado de recoger las peticiones de los jerarcas nazis refugiados en diversas iglesias. Mucho más explícito parece ser el papel de Bayer. En una entrevista concedida a la escritora Gitta Sereny, él afirmaba que «el Papa proporcionaba el dinero necesario para ayudar a los nazis huidos. A veces llegaba con cuentagotas, pero llegaba».

También se cree que el máximo dirigente del «pasillo vaticano» no era Draganovic sino el cardenal Eugène Tisserant, lo que eleva en varios escalones la implicación del Vaticano en la trama.

Una de las vías de información más sustanciosas son los archivos de la Cruz Roja Internacional. No hay que olvidar que el propio Draganovic utilizó la excusa de colaborar con ella para entrar en Roma y que muchos de los documentos fraudulentos que se dieron a los nazis y a los usta-shi provenían de esa organización.

La conclusión a la que se llega al leerlos es que diversos cardenales, como Tisserant, dieron el visto bueno a la red de Draganovic, que obispos como Hudal —de quien se hablará en breve— agilizaron los trámites burocráticos para la entrada en Sudamérica, y que sacerdotes como Heinemann o Draganovic llevaron a cabo las operaciones básicas para conseguir la huida de miles de asesinos. La participación de la Iglesia católica en el «pasillo vaticano» queda así fuera de toda duda. Incluso se puede reseñar una curiosidad: todos los documentos y pasaportes que se entregaron a Barbie, Pavelic, Vaernet... tenían un dato en común. Cuando se leía qué religión era la que profesaba el titular, la respuesta era: católica.

¿Y el dinero? ¿De dónde salieron los fondos necesarios para sustentar tan magna empresa? ¿Son ciertas las palabras de Bayer involucrando al mismísimo Pío XII en el envío de dinero?

Que fuese el Papa quien les mandara los recursos económicos es una posibilidad bastante improbable, habida cuenta de la gran cautela con la que se llevan a cabo todas las acciones en el interior del Vaticano. Además, está demostrado que Draganovic exigía la entrega de un pago previo para iniciar todo el proceso de evasión. Es decir, eran los propios interesados los que sufragaban sus gastos.

Parte del pago se empleaba en lo acordado y otra engordaba los bolsillos del franciscano, si nos atenemos a documentos del Departamento de Estado estadounidense desclasificados en 1998 y que mencionan cómo Draganovic se enriqueció con su actividad ilegal. Así debió de ser hasta octubre de 1958 cuando se le expulsó del colegio de San Girolamo por órdenes de la Secretaria de Estado vaticana. Días antes Pío XII había fallecido en su residencia, lo que para muchos investigadores demuestra que el sacerdote contó con la protección personal del Papa.

Respecto al dinero solicitado a los criminales de guerra, éste no les faltaba porque lo más probable es que llegase de alguna de las siguientes dos fuentes según fuera el demandante de la ayuda: el oro ustashi o el oro nazi. Se calcula que sólo el montante robado por los ustashi alcanzaba los 80 millones de dólares de la época.

Ambos tesoros compartieron un mismo origen: las propiedades pertenecientes a los miles de hombres asesinados sin compasión en Croacia y en la Europa ocupada.

El paraíso argentino

El papel de Argentina como refugio de espías y otros agentes del ejército alemán se remonta a muchos años antes de la II Guerra Mundial. Quizá fuera por su fama de

país europeísta o por su estratégica posición geográfica, pero el hecho es que ya en la Gran Guerra diversos miembros de la Reichswehr —antecedente de la Wehrmacht— fueron acogidos por los argentinos.

Entre los más ilustres se encuentra el que sería el futuro jefe de los espías de Hitler, Wilhelm Canaris. En 1915 Canaris servía como capitán del *Dresden*, un barco legendario en el mundo de la navegación por ser el único superviviente de la batalla de las Falkland en la que la flota británica destrozó a la escuadra alemana. Sólo el *Dresden*, capitaneado por Canaris, consiguió mantenerse a flote y desde Alemania se le ordenó regresar a Europa por el Atlántico.

Canaris acató la orden, pero desde el inicio de la travesía sufrió la persecución del buque británico *HMS Glasgow*. Comenzó entonces una carrera entre ambas embarcaciones en la que se midieron la astucia de sus capitanes y la pericia de sus marineros.

Sólo después de tres meses de persecución, los británicos consiguieron acorralar al *Dresden*, cuyos marineros fueron apresados no sin haber provocado antes el estallido de la embarcación para que no cayera en manos enemigas. Entre los prisioneros se encontraba Wilhelm Canaris, quien consiguió escapar a Buenos Aires cruzando el continente de la costa pacífica a la atlántica en ocho meses. En la mente de Canaris siempre quedó presente la tierra argentina, sin saber hasta qué punto su país se hermanaría con el sudamericano debido a una serie de casualidades políticas.

Desde 1930 Argentina vio pasar por el Gobierno a dictadores militares y presidentes civiles elegidos de forma fraudulenta. Como hijos de su época, cada nuevo gobernante intentaba basar su autoridad en la defensa de la fe y

la raza. Modelos de política eran el general Franco, Mussolini... y Hitler.

Sus ideas pasaban por construir una nación católica hispánica que sirviera de contrapunto a los Estados Unidos. La Iglesia de Roma apoyó la visión soñando con un triángulo España-Argentina-Vaticano.

Al comienzo de la II Guerra Mundial la población se dividió en el apoyo al Eje o a los aliados, pero fue el presidente Ramón Castillo quien provocó el giro hacia el lado nazi. Como representante suyo mandó a Berlín al nacionalista católico Juan Carlos Goyeneche, nieto de un ex presidente de Uruguay y hombre de confianza del coronel Juan Domingo Perón.

Goyeneche consiguió entrevistarse con el jefe de las SS Heinrich Himmler, con el ministro de Asuntos Exteriores Von Ribbentrop y, según parece, con Adolf Hitler.

La misión del argentino era establecer vínculos entre ambas naciones y conseguir trasplantar la ideología nazi a tierras sudamericanas para combatir desde allí a los aliados.

Hitler no pudo negarse a semejante propuesta de colaboración y en poco tiempo decenas de espías nazis vivían diseminados por tierras sudamericanas conectados por radio con Berlín y teniendo como cuartel general la capital argentina. Aquel entramado de espionaje se conoció como «red Bolívar».

El acuerdo fue muy sustancioso para Argentina que conseguía, entre otras ventajas, comprar armamento de última generación a los alemanes a precios reducidos. El problema del transporte se solventaba con la ayuda secreta de España, que daba cobertura al transporte terrestre de las armas desde la Francia ocupada hasta los puertos de la Península donde se embarcaban rumbo a Argentina en barcos con bandera española.

Perón, como destacado miembro del ejército y de la inteligencia argentina, fue informado desde el comienzo de estos acuerdos y desde 1946, ya en el poder, procuró no perder las buenas relaciones con el régimen nazi.

Ni siquiera cuando la contienda se decantó del bando aliado se olvidó Perón de sus socios. Por ese motivo aterrizaba en Madrid el 10 de marzo de 1945 el ex capitán de las SS Carlos Fuldner. Su avión procedía de Berlín, donde Himmler le había encomendado la misión de crear una ruta de escape hacia Argentina para salvar a los criminales nazis de la horca.

Cientos de ellos habían atravesado ya las fronteras de Suiza, Francia, España, Italia... en una huida alocada que necesitaba buenos organizadores para asegurar el éxito. La tarea fue encomendada a la División de Inteligencia Exterior de la SD, en la que trabajaba Fuldner.

La elección de Fuldner como responsable de la misión tenía su base en su condición de argentino y en que, aunque poseía un acento marcadamente porteño, su vida había transcurrido principalmente en Alemania donde abrazó el credo nazi. Todos estos elementos le convertían en el candidato idóneo.

Cuando las intenciones nazis llegaron a oídos de Perón, la respuesta fue: ¡adelante! Durante años el dictador fue grabando en propia voz sus memorias en cintas magnetofónicas. Según se escucha, el principal motivo por el que decidió acudir en auxilio de los hombres de Hitler fue el deshonor que estaba suponiendo para su condición de militar los juicios de Nuremberg, «una deshonor para la Humanidad», según sus palabras.

«En Nuremberg se estaba realizando entonces algo que yo, a título personal, juzgaba como una infamia y como una funesta lección para el futuro de la Humanidad. Y no

sólo yo, sino todo el pueblo argentino. Adquirí la certeza de que los argentinos también consideraban el proceso de Nuremberg como una infamia, indigna de los vencedores, que se comportaban como si no lo fueran. Ahora estamos dándonos cuenta de que merecían haber perdido la guerra», decía en una de las cintas.

Las grabaciones se efectuaron durante su exilio en España, poco antes de regresar a su país en 1973 para iniciar otro mandato presidencial y acabaron en manos de Torcuato Luca de Tena, entonces editor de *ABC*.

Quizá fuera su forma de intentar excusarse ante la Historia, porque lo cierto es que ya antes de Nuremberg la ayuda argentina había comenzado a llegar.

Con el beneplácito de las autoridades argentinas al proyecto, Fuldner buscó los ayudantes necesarios para llevarlo a cabo. En España contactó con el periodista Víctor de la Serna, con Pierre Daye y con Charles Lesca, otro argentino con buenas relaciones entre los colaboracionistas nazis franceses y el Estado Mayor alemán.

Lesca se estableció en Madrid, en el número 4 de la calle Víctor Hugo. A través de la embajada alemana recibía grandes cantidades de dinero destinadas a sufragar los gastos de los prófugos que ya se encontraban en España y los de quienes debían llegar en el futuro. A Lesca se le encomendó la tarea de idear la huida hacia Argentina de cuantos miembros de la inteligencia alemana fuera posible cubrir.

Para ello necesitaría documentos y acreditaciones diversas que él por sí solo no podía proporcionar. Nuevamente fueron miembros de la inteligencia española los que le entregaron documentos de viaje hacia Argentina y refugios seguros en los que soportar la espera.

Los primeros alemanes partieron de España entre agosto y septiembre de 1946. El dato se conoce porque en

aquellas fechas la embajada estadounidense en Buenos Aires comenzó a recibir informes de sus agentes relatando cómo antiguos espías nazis estaban desembarcando en la ciudad disfrazados de sacerdotes y desertores, procedentes de España.

El disfraz de sacerdote no era una cuestión sin importancia, ya que también en esta red de escape colaboraron las autoridades eclesiásticas. El propio Perón eligió a un religioso para que organizara un servicio de inmigración desde Roma enmarcado en la Delegación Argentina de Inmigración en Europa (DAIE). La persona elegida era el salesiano José Clemente Silva, hermano de un amigo íntimo del dictador.

La idea era traer a territorio argentino a cuatro millones de europeos, con un promedio de 30.000 al mes. Perón justificaba la misión en la necesidad de potenciar la revolución económica y social iniciada en su país, pero los funcionarios de la DAIE sabían que aquellos hombres eran «nazis alemanes y no alemanes», como indicó uno de los ex funcionarios, José Otero, al periodista Uki Goñi.

Desde el comienzo, la DAIE trabajó en colaboración con la Iglesia católica de Italia. Los nazis prófugos que llegaban a Buenos Aires lo hacían a través de canales especiales, desembarcando por separado en lanchas antes de que se produjera el atraque en puerto.

Las autoridades argentinas se mostraron muy interesadas en buscar el apoyo católico en la trama, conscientes del tremendo poder, de los contactos y de las puertas que podían abrir los religiosos sin que nadie realizase preguntas incómodas.

Argentina también se ofreció a rescatar a los criminales de guerra franceses. La oferta se realizó a través de un nombre ya conocido por los servicios de inteligencia nor-

teamericanos: el cardenal Tisserant. En una reunión con Antonio Caggiano y Agustín Barrére, obispos de Rosario y Tucumán, respectivamente, Tisserant fue informado por éstos de la disposición de Perón para recibir a «los franceses cuya actitud política durante la guerra les expondría, en el caso de que regresaran a Francia, a rigurosas medidas o a la venganza privada».

Caggiano viajaba oficialmente a comienzos de aquel 1946 para ser investido cardenal por Pío XII y, extraoficialmente, para entrevistarse con Tisserant, el experto en asuntos religiosos de la Santa Sede. Tan obsesionado estaba con el comunismo que le dominaba el convencimiento de que en breve se iniciaría otra guerra contra la Rusia roja, cuyos integrantes, pensaba, no merecían ser enterrados en cristiana sepultura.

La oferta argentina no cayó en saco roto y en 1946 la embajada argentina en Roma ya recibía «recomendaciones» de visados para grupos de franceses a los que convenía enviar hacia Sudamérica. Todo partía de monseñor Tisserant y posteriormente debía ser el embajador quien tramitara los salvoconductos.

Algunos de aquellos personajes, entre los que se encontraban varios criminales nazis, portaban documentos expedidos por la Cruz Roja viéndose la mano del sacerdote Draganovic en su estampa. Y es que el «pasillo vaticano» y la «vía Argentina» se entrecruzaron desde entonces durante casi una década.

El primer criminal de guerra francés que desembarcó de forma documentada en Buenos Aires fue Émile Dewoitine. Los aliados lo buscaban por colaborar con el enemigo y por «poner en peligro la seguridad exterior de Francia». Dewoitine fue uno de los mejores diseñadores de aviones a reacción en Europa. Durante la guerra trabajó

para los nazis, Japón y España desde la planta que las SS le habían construido en Toulouse.

Tras la liberación de Francia en 1944 huyó a Madrid y allí entró en contacto con la red argentina. Curiosamente, en el barco que le transportó desde España a Buenos Aires viajaba también el recién nombrado cardenal Caggiano, que había estado en la Península entrevistándose con Franco para hacerle entrega de la ayuda en forma de alimentos que Perón enviaba a su querido pueblo español.

Caggiano regresó a Argentina cuando la red de escape ideada por Perón funcionaba a pleno rendimiento. La tarea por la que había viajado a Roma junto al obispo Barrère había concluido y desde la capital italiana el cardenal Tisserant continuó presentando peticiones especiales para lo que él definía como «ciertos compatriotas que han pasado de Alemania a Italia y ahora viven aquí en circunstancias difíciles».

ODESSA

En 1972 el escritor inglés Fredrerick Forsyth publicó su novela *ODESSA*. En ella, un periodista independiente alemán especializado en los bajos fondos y en el mundo del hampa, se topa con el diario de un viejo judío recién fallecido. Intrigado por sus páginas, el reportero descubre al leerlas que su autor ha identificado a uno de los nazis que le torturaron durante su estancia en un campo de concentración durante la II Guerra Mundial.

Investigando, descubrirá la existencia de una organización secreta llamada ODESSA (*Organisation der jehemaligen SS-Angehörigen*), creada por criminales de guerra de las SS para escapar de Europa y asegurarles una vida

cómoda y anónima en el extranjero desde la que luchar para traer un IV Reich al mundo.

El éxito internacional de la novela hizo creer a muchos otros periodistas e investigadores que tal red existía en verdad. Eran tantos y tan verosímiles los datos que Forsyth aportaba, que la lógica dictaba por la certeza de todo lo descrito.

Muchas personas se lanzaron a la búsqueda de la auténtica ODESSA, tal y como la novela la presentaba. Pero el tiempo y los documentos que se han ido paulatinamente desclasificando demostraron que nunca existió una estructura de ese tipo.

No obstante, esos informes han puesto de manifiesto que la pista seguida por estas personas difería tan sólo en el nombre y en la estructura, nunca en el fondo.

Como ya se ha narrado, realmente se buscaron vías de escape para los nazis que quisieran escapar de los aliados. Lejos de ser un grupo organizado por los propios miembros de las SS, la verdadera ODESSA se formó gracias a numerosos colectivos, a personas más o menos anónimas que trabajaron voluntariamente o a las órdenes de estados —como Argentina o España— que nunca olvidaron apoyar a sus antiguos socios.

También se ha visto que en el engranaje jugó un papel primordial el mismísimo Vaticano, con obispos, cardenales y sacerdotes trabajando diariamente en la búsqueda de contactos políticos, falsificación de documentos, alojamiento de los prófugos...

Lo más parecido a una ODESSA se vivió en España en los años posteriores al fin de la guerra. A mediados de 1947, el representante británico en Madrid ofreció datos sobre el origen de ciertas organizaciones de auxilio a nacionalsocialistas. Su principal cometido consistía en

canalizar la ayuda a los refugiados, pero no descartaba su otra finalidad de mantener viva la ideología nazi.

Una de las sociedades investigadas tenía su sede en Madrid y trabajaba en colaboración con el Auxilio Social de la Falange. La financiación les llegaba de empresas radicadas en España, pero con capital alemán. A través de su directora, Clarita Stauffer, los inmigrantes alemanes recibían papeles, trabajo y pasaportes gracias a sus contactos con la Falange.

Lo verdaderamente interesante era que esa sociedad se englobaba, presumiblemente, en una reorganización nacionalsocialista a gran escala dirigida por nazis y cuyo fin verdadero sería el de conseguir el apoyo de la colonia alemana diseminada por todo el mundo para que sus actividades se mantuvieran en el mayor secreto posible.

Grupos de esa red internacional serían, en España, *Töd oder Spain* (La muerte o España) que apoyaba la fuga de nazis al país latino y otra ubicada en Barcelona cuyo cometido era servir de enlace con los grupos diseminados por el resto de países europeos.

¿Es la unión de estos colectivos lo que realmente se debe entender como ODESSA? Parece ser que sí. Una de las máximas expertas en esta supuesta organización es la periodista Gitta Sereny. En su libro *Into that darkness* concluye asegurando que la existencia de ODESSA «nunca se ha demostrado».

De la misma opinión son los también periodistas Magnus Linklater, Isabel Hilton y Nel Ascherson. Los tres publicaron un libro sobre Klaus Barbie y la ayuda que recibió del Vaticano en su huida a Sudamérica. Durante meses siguieron pistas encontradas en libros, informes, documentos secretos y entrevistas. «Las investigaciones condujeron una y otra vez a callejones sin salida», llegaron a afirmar.

La imaginación popular, sin embargo, sigue dando por cierta la existencia de una estructura igual a la descrita en la novela de Forsyth, algo que pudo haber existido, pero de la que «no se ha encontrado ninguna prueba de que fuera una red única y coherente», dicen los tres autores.

España, cobijo de nazis

La especial afinidad que durante los últimos diez años había unido a españoles y alemanes puso en alerta a los aliados. Tras el fin de las hostilidades, el miedo ahora se concentraba en la posibilidad de que los nazis utilizaran España no sólo como refugio, sino como base donde trabajar para posibilitar la llegada de un IV Reich.

La derrota alemana provocó la huida de importantes dirigentes del partido. En diversos ámbitos su poder permanecía intacto y las ganas de revancha podían provocar que nostálgicos del nazismo decidieran continuar en la lucha desde la clandestinidad. Además, Franco permanecía en el poder y este hecho daba cobertura política a sus actividades.

Tales sospechas comenzaron a fraguarse en diciembre de 1943 con un discurso pronunciado por lord Chancellor en la Cámara de los Lores y se convirtieron en certezas cuando el embajador británico en Madrid, sir Samuel Hoare, envió a su ministro de Asuntos Exteriores un informe relatando la llegada de nacionalsocialistas al país. Los alemanes sabían que se les prohibiría todo intento de rearme, por lo que debían buscar un lugar seguro para llevarlo a cabo. Y España era la candidata idónea.

Comenzado 1944, lo único que podía hacer el Gobierno británico era alertar de la situación y mostrar su preo-

cupación en notas diplomáticas. Tampoco existía una necesidad urgente de intervenir. Los servicios de espionaje no detectaban llegadas de material ni grandes fugas de capital, pero el miedo seguía instalado. La germanofilia de la sociedad española, los guiños de Franco al recibimiento de cerebros nazis o la idoneidad de las bases ibéricas para el desarrollo de los prototipos aeronáuticos alemanes, preocupaban mucho cara a la época de posguerra.

El único consuelo residía en que se preveía la caída de la Falange y del propio Franco tras la victoria por la necesidad que entonces mostraría España de acercarse al mundo aliado para no acabar aislada.

Pero los cálculos fallaron y en 1944 ya se tenía constancia de la llegada de jóvenes alemanes con documentos españoles falsos que impedían identificar su verdadero pasado. Al mismo tiempo se registraron compras de naves industriales y edificios en diferentes partes del país.

La preocupación creció con las informaciones de la embajada británica en Madrid hablando de que diversas unidades paramilitares alemanas expertas en guerrilla urbana habían sido introducidas en España.

Cuando el *Financial Times* publicó en un artículo que estos inmigrantes controlaban 900 de las 4.800 empresas registradas, y en sectores tan importantes como la aeronáutica, la construcción de barcos o la industria química y minera, se decidió que era el momento de actuar. Los ámbitos dominados conformaban la médula espinal de la llamada economía de guerra y con ello los peores presagios parecían ir cobrando forma.

Alertados los servicios de inteligencia, se descubrieron las rutas que los nazis prófugos seguían para recalar en la Península. La vía más utilizada hasta mediados de abril de 1945 eran los vuelos de la Lufthansa que unían Berlín y Barcelona.

Los aliados presionaron a Franco para que suspendiera esta línea, pero el dictador les respondió que ya se seguían todos los controles necesarios para evitar la entrada de espías. La respuesta, por supuesto, caía por inconsistencia ya que los agentes nazis entraban sin ninguna dificultad en España a través de estos vuelos.

A lo que Franco se mostró dispuesto fue a sustituir su origen en Alemania por otro que comenzara en Suiza. Los aliados no parecían tener reparos a la propuesta, pero jamás se llegó a un acuerdo y la línea Berlín-Barcelona se mantuvo operativa hasta el 17 de abril de 1945.

Suprimida esa ruta, los nazis podían elegir entre otras alternativas. La primera era embarcar en alguno de los buques que recalaban en Canarias desde el protectorado de Marruecos o entrar a través de la frontera portuguesa. También sobre estos puntos presionaron los aliados para conseguir el cierre a los prófugos y a los capitales que seguían trasladándose desde el derrotado Reich.

En el caso de los barcos, las autoridades españolas aceptaron intensificar la inspección de los pasajeros para no aumentar las tensiones con los vencidos. En Portugal la situación era muy diferente. Con Salazar en el poder los británicos disfrutaron de excelentes relaciones ejemplificadas en el Acuerdo de las Azores y ahora buscaban el modo de no enojarle y de que sus pretensiones no sonasen a exigencias.

Se sabía que Sudamérica se convertiría en un paraíso soñado para la mayoría de los criminales nazis y que la forma de alcanzarlo pasaba por los puertos españoles y portugueses. Pero ¿cómo impedirlo sin enemistarse con Salazar?

La respuesta llegó con el acuerdo de que las medidas de control se aplicarían a todos los barcos mercantes con bandera portuguesa, aunque en la práctica sólo los realmente

sospechosos serían conducidos a Gibraltar para su inspección.

El cerco a los prófugos se iba estrechando, pero ante cada cierre de puerta, otra nueva se abría. Todavía podían escapar embarcando en navíos de países neutrales como Suecia o en los que partían desde Canarias al Caribe, en los vuelos que unían esas mismas islas con la Península Ibérica, en barcos privados...

Los aliados reconocieron finalmente fallos en sus sistemas de control por los que se colaron muchos personajes oscuros. Además, ¿qué medidas podían adoptarse ante personas que tenían sus pasaportes en regla aún sabiendo que posiblemente sus datos no fueran ciertos? Aquí entraría el caso mencionado de los visados expedidos por el Servicio de Migración argentino. El nombre, profesión, estado civil... descrito eran falsos, pero el documento era válido oficialmente y ante ello poco podía hacerse.

La única alternativa pasaba por limitarse a realizar controles selectivos y a confiar en las informaciones aportadas por los servicios de inteligencia. Inglaterra había diseñado un plan de control demasiado ambicioso para el personal del que disponía y la cooperación demostrada por países como España era casi nula. Gracias a estas fisuras siguieron llegando a territorio español personas de dudoso pasado que sorteaban las débiles barreras impuestas.

Ante semejante fracaso, la siguiente medida adoptada fue solicitar a Franco la no concesión de visados al personal procedente de Alemania. El dictador no estaba por la labor de aceptar tal instancia y se escudó en su desconocimiento sobre que persona alguna a la que se pudieran exigir responsabilidades quisiera refugiarse en su país. Algunos investigadores como Carlos Collado basan tal afirmación en una ingenuidad del dictador que podría creer realmente que

estas personas acabarían suicidándose o siendo asesinadas en su camino a España, pero quizá pesara más el deseo de dar cabida al dinero y los conocimientos científico-militares que traerían determinados exiliados.

Y no era para menos, ya que en aquel 1944 se rumoreaba que el ex ministro de Asuntos Exteriores alemán Ribbentrop o el mismísimo Mussolini pensaban en España como refugio. Esas llegadas nunca se produjeron, pero sí las de otros conocidos perseguidos como Pierre Laval, jefe del gobierno colaboracionista durante la ocupación de Francia, Léon Degrelle, jefe de la Legión valona de las SS, o Reinhard Spitzzy, consejero personal de Ribbentrop.

Sus nombres conformaron tan sólo una breve muestra de lo que se avecinaba y los aliados vieron resurgir su antiguo temor a que la colonia alemana residente en España ampliara su potencial técnico y económico para posibilitar un rearme. También se quería aprovechar la situación para eliminar la competencia tecnológica.

El siguiente paso consistió en la infiltración de espías en los grupos, empresas y colectivos sospechosos. Se querían solventar todas las dudas sobre actividades empresariales alemanas y se ordenaba comunicar al Departamento de Estado norteamericano o al Foreign Office cualquier dato, palabra o reunión que levantara alguna sospecha.

En esta materia también se solicitó la cooperación española pidiéndole especialmente datos sobre los alemanes que hubieran trabajado en instituciones oficiales.

El organismo que mejor respondió a esta llamada fue el Ministerio de Trabajo, aunque sus registros no poseían la fiabilidad deseada. Aparte de las 2.772 personas que, según sus archivos, tenían un permiso de trabajo, existían otros muchos cientos de refugiados no incluidos. Entre ellos los que más interesaban a los aliados eran aquellos a

los que les protegía la tarjeta roja que los identificaba como miembros del cuerpo diplomático y los de tarjeta verde, el personal del consulado.

La cifra real de alemanes alcanzaba fácilmente las 15.000 personas para el embajador de Estados Unidos y entre 8.000 y 10.000 para su homólogo británico.

En ambos casos se trataba de una cifra demasiado alta para los intereses de ambos países, que consideraron como prioridad absoluta la repatriación de tres mil de ellos. El criterio de selección se basaba en quienes no se hubieran destacado por su oposición al nacionalsocialismo.

No influía el tiempo que llevaran en España, ni la familia que tuviesen, ni los negocios... cuanto antes se les consiguiera repatriar más fortaleza y autoridad transmitirían las autoridades aliadas.

El primer plan estimaba que el grueso de la lista retornara a su país para finales de agosto de 1945, pero cuando llegó la fecha ni un solo contingente había pisado suelo alemán. La imprecisión de los datos, la coordinación entre las administraciones implicadas, la organización de los traslados y la escasez de personal imposibilitaron la misión y cuanto más tiempo corría, menor era el miedo de los alemanes a la repatriación y más alto el riesgo de que las autoridades españolas dejaran de cooperar.

A finales de septiembre de ese mismo año, el ministro español de Asuntos Exteriores recibió la notificación de que la repatriación comenzaría en breve. Tampoco ésta se produjo debido a que no se encontró el carguero idóneo para cruzar el Atlántico. La alternativa se encontró en vuelos directos.

El plan contó con el beneplácito de España aunque con una salvedad. Los alemanes a trasladar debían ser los que dijera su gobierno, especialmente 1.200 antiguos funcionarios de aduanas y soldados internados en campos de

concentración y cuyo mantenimiento acarreaba costosísimos gastos.

La medida, por supuesto, no agradó a los aliados, que trabajaron para confeccionar una lista del agrado de todos y que se envió al ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo en noviembre de 1945. Su reacción consistió en poner trabas e impedimentos ya que muchos de los nombres eran protegidos del Gobierno franquista. La contrapropuesta consistió en organizar la repatriación sólo para aquellos que decidieran abandonar voluntariamente el país, algo que los aliados consideraron inaceptable.

Las negociaciones prosiguieron y el 2 de febrero de 1946 partieron de Hendaya dos trenes con 1.253 alemanes a bordo. Los aliados dieron por iniciado el proceso de repatriación sin contar con que la ayuda española no iba a ser en ningún caso la esperada.

Siempre se trabajó sobre listas que confeccionaban uno y otro bando. Al despacho del ministro de Asuntos Exteriores llegaban diariamente cartas de recomendación de obispos, funcionarios, gobernadores civiles y militares, generales... con la petición de que se intercediera por algún alemán conocido suyo presentando los motivos por los que esa persona debía quedarse en España, entre los que destacaban los servicios a la patria o certificados médicos que avalaban su mala salud para viajar o cambiar de residencia. El propio Franco intercedió por algunos de ellos, aunque sólo si prestaron una ayuda decisiva durante la Guerra Civil o en el Alzamiento.

Los aliados se quejaron ante tales prácticas, pero poco podían hacer. El propio ministro Artajo creía en el hecho de que la colonia alemana era vital para el desarrollo del país y siempre tuvo tiempo para leer las cartas de recomendación.

El hartazgo de los aliados se hizo patente cuando se enteraron de que personajes como el general Eckart Krahmer, sobre el que pesaba una orden de búsqueda, estaba siendo protegido por un oficial del Estado Mayor español o de que varios alemanes que esperaban la repatriación en lugares de internamiento se fugaron con ayuda exterior. Incluso supieron que por 25 pesetas se podía conseguir una copia de la lista de repatriación que ellos consideraban como documento confidencial.

Lo paradójico es que ellos mismos trataron con diferente rasero a los exiliados que decidieran colaborar, prometiéndoles la estancia en España a cambio de información.

La situación ponía de manifiesto que el plan de repatriación se estaba convirtiendo en un fracaso total. Hombres tan requeridos como los jefes de la Gestapo, Ernst Hammes y Georg Vey-Baehr, se ampararon en certificados médicos donde constaba su imposibilidad para viajar; otros simplemente desaparecían en cuanto sabían de su inclusión en las listas, y dar con su paradero después se convertía en tarea complicadísima.

Hasta abril de 1946 sólo 74 personas de las 255 calificadas de urgencia por los aliados, habían abandonado España. Los ministros involucrados no se dejaron en ningún momento intimidar.

Aún hubo más intentos de proseguir con los planes previstos, como las salidas de los barcos *Highland Monarch*, *Marine Perch* y *Marine Marlin* del puerto de Bilbao. Pero nunca viajaron en ellos todos los alemanes requeridos y los aliados no tuvieron más remedio que revisar su política de repatriación.

Ni siquiera la condena de la ONU hacia Franco el 12 de diciembre de 1946 varió sustancialmente la política franquista, que sí mostró intención en aceptar el traslado

de los «más peligrosos agentes en España del régimen nazi» para lavar internacionalmente su imagen. Pesaban más los intereses nacionales y las relaciones de amistad que la cooperación.

Poco más se pudo hacer. En noviembre de 1948 España era el único país en el que no se había completado el programa de repatriación y la embajada británica en Madrid daba por hecho su inviabilidad. En marzo de 1949 quedó archivado de modo definitivo.

¿Qué sucedió con los nazis huidos?

Formularse esta pregunta ha sido para muchos periodistas el inicio de apasionantes investigaciones en pos de aquellos refugiados de los que se perdió su pista al tiempo de desembarcar en el Nuevo Mundo.

En algunos casos, tales investigaciones posibilitaron conocer el paradero actual de aquellos a los que se seguía su pista, y en muchos otros, sólo se encontró silencio o caminos sin salida.

Han transcurrido sesenta años desde el fin de la contienda. Si calculamos que la edad media de los criminales de guerra nazi rondaría entre los treinta y los cincuenta años, observamos que existe una posibilidad, aún bastante alta, de que muchos de ellos todavía permanezcan con vida. Además, se estima que no fueron menos de 30.000 los prófugos que consiguieron escapar de Europa.

¿Adónde fueron? ¿Cómo vivieron en sus países de acogida? Primeramente es imprescindible realizar una aclaración. Entre esos miles de huidos, tan sólo una ínfima parte la formaron los altos jerarcas nazis. La inmensa mayoría se corresponde con nazis de segunda fila que, si bien partici-

paron en el genocidio de judíos, católicos, gitanos y comunistas, sus nombres no tuvieron la relevancia de Barbie, Mengele, Eichmann... Durante la guerra ese anonimato les restó poder, pero tras ella fue el mejor salvoconducto posible.

El destino de estos personajes fueron países tan variados como Egipto, Siria, España, Brasil, Canadá, Australia...

De ellos es posible que nunca vuelva a saberse nada. En cuanto recalaron con identidades nuevas se confundieron con las poblaciones que les acogieron y que desconocían su pasado. Iniciaron una nueva vida sin preguntas embarazosas, sin sospecha, sin tacha.

Ha sido tal su triunfo que en cuanto cualquiera de nosotros piensa en los criminales de la II Guerra Mundial recuerda los grandes nombres del nazismo y olvida a los anónimos oficiales, a los que ayudaron a diseñar la «solución final», a los que violaron y humillaron sin necesidad de una orden...

Y de esos altos jerarcas, ¿qué fue de ellos? Sus nombres y sus caras eran tan conocidos que sólo pudieron refugiarse en aquellos países cuyos gobiernos les garantizaban protección vitalicia. Fue el caso de la ya mencionada Argentina, de Brasil o de Chile.

Sus ejércitos y servicios de inteligencia se mostraron ansiosos ante la llegada de tan «ilustres» personajes por sus conocimientos y métodos de actuación aplaudidos y admirados durante la contienda. Algunos de los prófugos no desaprovecharon la oportunidad que se les brindaba y aceptaron el ofrecimiento de trabajar para el Estado. ¿Qué mejor destino que el vivir cómodamente al amparo del poder!

La sombra de esta colaboración puede verse, por ejem-

plo, en los antiguos uniformes del ejército chileno, inspirados claramente en la línea nazi. El propio Pinochet se rodeó de algunos asesores procedentes del nazismo, al igual que hiciera Perón en Argentina. Algunos de ellos fueron Pierre Daye, criminal de guerra belga que en Buenos Aires creó la SARE desde donde se organizó la llegada de más nazis al país; Ferdinand Durcansky, eslovaco responsable de la muerte de decenas de miles de judíos y que pasó a ser confidente del servicio secreto peronista; Ivo Heinrich, criminal de guerra croata y asesor financiero de Ante Pavelic que se hizo rico en Argentina al vender parte del tesoro de los ustashi que fue arrebatado a los católicos croatas; René Lagrou, genocida belga y contratado por el espionaje argentino, o Carlos Schulz, quien organizó la primera ruta para la huida de los nazis hacia Argentina.

Por cierto, que fue en este país donde se les otorgaron mayores facilidades. Hasta 1949 los trámites de entrada en Buenos Aires pasaban por ostentar el permiso de desembarco que expedía el servicio de migración argentino. Con ese permiso podía obtenerse el documento de viaje que debía ser presentado en el consulado para que se le otorgara un visado tras someterse a la certificación de identidad.

Este trámite lo siguieron muchos criminales de guerra sin problema alguno gracias al «pasillo vaticano». A partir de 1949 Juan Domingo Perón decidió agilizar los pasos y aprobó una amnistía por la que todas aquellas personas que ingresaran con nombre falso en el país podían recuperar su verdadera identidad.

La medida se pensó para los colaboracionistas nazis y ustashi que pedían entrar en Argentina. Gracias a Perón, ya no necesitaron ni siquiera ocultar un pasado y un nombre manchados de sangre.

También Estados Unidos se sirvió de los conocimien-

tos científicos, militares, propagandísticos, biológicos... de aquellos a los que afirmaba perseguir con ahínco en cualquier rincón del mundo. El final de la guerra trajo consigo nuevos enemigos encarnados en los comunistas. La tensión entre la Unión Soviética y Estados Unidos preveía el estallido de un conflicto armado en un lapso breve de tiempo. Y ante tal perspectiva, cualquier ayuda era poca y los norteamericanos sabían de los tremendos avances conseguidos por el nazismo en el campo militar y científico. Fue en ese instante cuando se les ocurrió crear una red basada en el «pasillo vaticano» para traer a los Estados Unidos al personal que consideraban relevante ante la nueva crisis que se avecinaba.

Así nació la Operación Paperclip, cuyo éxito posibilitó la entrada de asesinos como Werner von Braun, candidato a sentarse en el banquillo de Nuremberg por sus experimentos con cobayas humanos en el centro de investigación aeronáutico de Peenemünde, donde se lanzaba a seres humanos desde cierta altura o se les sometía a aceleraciones extremas y a la falta de oxígeno para comprobar la resistencia del cuerpo humano en tales situaciones; o de Reinhard Gehlen por sus conocimientos sobre el comunismo antes de pasar a dirigir la inteligencia de la República Federal de Alemania. Gehlen ostentó el cargo de jefe de los servicios de inteligencia militar del ejército alemán y preparó la evasión de todo el Estado Mayor nazi por encargo de Martin Borman, además de ser considerado responsable de la muerte de cuatro millones de prisioneros en el frente del Este. Pero como Allen Dulles, primer director de la CIA, dijo en su momento: «Está de nuestro lado. Eso es lo único que importa».

Los norteamericanos se sentían rezagados en muchos campos tal y como afirmó el general Hugh Knerr en una carta dirigida al también general Carl Spatz en marzo de

1945. «La ocupación de los establecimientos científicos e industriales alemanes ha puesto de manifiesto el hecho de que estamos alarmantemente rezagados en muchos campos de investigación. Si no aprovechamos esta oportunidad para apoderarnos de la organización y los cerebros que los desarrollaron y ponemos esta combinación a trabajar de nuevo a la mayor brevedad posible, permaneceremos varios años retrasados mientras intentamos cubrir campos que ya han sido investigados», decía en la misiva.

Tan fuerte resultó esa necesidad, que entre 1948 y 1952 cerca de 10.000 criminales de guerra nazis entraron a través de la Oficina de Inmigración, desde donde se les proporcionaban documentos oficiales que les convertían automáticamente en ciudadanos estadounidenses.

Así entraron en el país Alfred Six y Emil Augsburg, diseñadores junto a Adolf Eichmann de la «solución final»; el barón Otto von Bolschwing, organizador del saqueo de los bienes judíos en Europa y responsable de la horrible muerte por desollamiento de miles de personas en Bucarest; el general Walter Emil Schreiber, que mató a cientos de prisioneros tras inocularles enfermedades como el tifus o someterles a cámaras de baja presión, o Arthur Rudolph, diseñador de cohetes, asesino de cientos de trabajadores esclavos y calificado por la inteligencia norteamericana como «cien por cien nazi de la clase más peligrosa».

A todos ellos se les buscó un realojo acorde con las actividades que habían desempeñado durante la guerra. Schreiber estuvo a cargo de la escuela de Medicina de la Fuerza Aérea en Randolph Field, Reinhard Gehlen entró como alto mandatario en la recién creada CIA, Arthur Rudolph trabajó en el programa de misiles y llegó a diseñar el Saturno V con el que los astronautas del proyecto Apolo lograron pisar la Luna.

La mayor parte de estos criminales tuvieron una exitosa vida profesional ajena a todo problema con la justicia norteamericana, aunque la acción de determinados periodistas obligó a alguno de ellos a huir hacia otros destinos como fue el caso de Walter Emil Schreiber, quien descubierto por el periodista Drew Pearson en 1952 emigró a Argentina con su familia y el apoyo de Estados Unidos.

La injusticia de estos retiros dorados provocó la ira de muchas personas, si bien no pudieron más que protestar al no encontrar otro modo para cambiar la situación. Sin embargo, hubo una persona que sí halló ese camino. Su experiencia de diez años en los campos de exterminio le forjó la decisión de dedicar el resto de su vida a perseguir a los criminales de guerra olvidados o evadidos de la Justicia.

Se trataba del recientemente fallecido Simon Wiesenthal, arquitecto de origen judío que llegó a denunciar en una Asamblea de la ONU la situación de los nazis prófugos en una búsqueda de apoyo internacional para sacarlos de sus cobijos.

Pero muchos años antes de aquella histórica sesión, Wiesenthal había instalado en una pequeña oficina de Viena un despacho desde el que organizó una red de recogida de datos. Judíos, simpatizantes de su causa y supervivientes del Holocausto le enviaban informes sobre el posible paradero actual de genocidas y colaboracionistas. Durante los años que funcionó la oficina, Wiesenthal llegó a almacenar 20.000 archivos.

Ante una buena pista, este hombre menudo se ponía en contacto con la policía o con los servicios de inteligencia de aquellos países que él sabía eran fieles a su causa y se rastreaba la información conseguida.

Así fue como se capturó en Argentina a Adolf Eich-

mann, responsable del exterminio de millones de judíos. A la oficina de Viena llegó una carta en la que un judío ciego afirmaba haberse topado en Argentina con un hombre con acento alemán cuya voz y olor le recordaron a Eichmann.

Wiesenthal decidió seguir la pista y ordenó a su central argentina que buscara al hombre descrito. La declaración del ciego les llevó hasta un tal Ricardo Klement, hombre casado y con tres hijos que trabajaba en la fábrica que Mercedes Benz poseía en Buenos Aires.

Rápidamente el servicio de inteligencia israelí, el Mossad, comenzó a seguir sus pasos. Los documentos decían que residía en el país desde antes de que Hitler comenzara con la invasión de Europa, pero fácilmente podía ser una mentira perpetrada durante el régimen peronista para dotarle de un pasado sin tacha.

Los agentes del Mossad esperaron un fallo que delatará la verdadera identidad de Ricardo Klement, y éste llegó el 21 de marzo de 1960 cuando aquel hombre de apariencia rutinaria celebró su aniversario de boda. Era la misma fecha en la que Adolf Eichmann habría celebrado la suya.

Aquel dato bastó para dar luz verde a una espectacular acción llamada «Operación Atila» en la que Klement fue secuestrado en plena calle y trasladado a un zulo. En su interior, los agentes le sometieron a un interrogatorio donde confesó su verdadera identidad. De forma clandestina, un avión lo transportó disfrazado de piloto a Israel donde se le juzgó y condenó a morir ahorcado. La sentencia se ejecutó el 31 de mayo de 1962 en Jerusalén. Después se incineró el cuerpo y las cenizas se esparcieron en el mar. Su casa en la calle bonaerense de Garibaldi 6067 fue derruida por orden de sus herederos y de aquel oscuro personaje no quedó nada constatable.

Pero el caso de Eichmann supuso sólo una excepción en el final de los criminales nazis. La mayoría de ellos vivió plácidamente hasta el fin de sus días. Incluso en España, donde el régimen de Franco les protegió sin escrúpulos hasta la llegada de la democracia.

Tras el cese de las hostilidades, como se ha visto, muchos nazis se exiliaron en España, entre ellos un tal Hans Hoffman. La inteligencia norteamericana siempre creyó que bajo ese nombre se escondía realmente el de Albert Fuldner, la persona que hizo la labor de intermediario entre Himmler y Perón para iniciar la huida de los nazis a territorio argentino.

Fuldner se convirtió en uno de los prófugos más buscados por los aliados, pero Franco nunca lo entregó. Al igual que hicieran otros gobernantes antes que él, incluidos los mandatarios norteamericanos, creyó que era de más utilidad contratarlo a su servicio. Fuldner-Hoffman intensificó las relaciones económicas entre Bonn y Madrid con tan buenos resultados que recibió el nombramiento de cónsul honorífico en Algeciras y más tarde se convirtió en el cónsul general honorífico con sede en Málaga.

En la costa española vivió sin sobresaltos y sin penurias económicas hasta su fallecimiento producido en 1998. Como reconocimiento a su «buen hacer», el colegio alemán en la Costa del Sol se bautizó con su nombre.

Cerca de Málaga, en Marbella, se situaba en 2001 a Wolfgang Juglar, escolta personal de Hitler y mucho más al norte, en Oviedo, se consiguió dar con el paradero de Hauke Bert Pattis Joustra, miembro de las SS y que hoy debe contar con 79 años de edad.

Otros nazis escondidos en la Península entraron presentando como aval sus conocimientos armamentísticos. Fue el caso de un grupo de ingenieros que trajeron consi-

go los planos de un fusil de asalto que estaba en fase de investigación cuando llegó la derrota alemana. El general Muñoz Grandes se interesó por el proyecto y se decidió ampararles y dotarles de los medios necesarios para continuar con las investigaciones. Así nació el fusil Cetme.

España se convirtió en una especie de campo de pruebas para muchos prototipos de armamento nazi. El ingeniero de aviación Willy Messerschmitt construyó en el país aviones de aplicación militar, las industrias armamentísticas españolas proveyeron de munición a la República Federal desde 1951 e incluso Bonn trabajó para que Franco les permitiera la construcción de bases militares de aprovisionamiento y entrenamiento para su ejército. La OTAN se enteró de tales planes y presionó hasta conseguir que el proyecto fracasara. En su mente aún persistía el miedo a que España sirviera de refugio para que grupos de nostálgicos del nazismo se unieran con el fin de traer un IV Reich y hacer realidad los sueños que Hitler no pudo ver cumplidos.

Se habló de la organización Ogro, bajo la que se refugiarían esos grupúsculos nazis, y durante años se creyó en su existencia dentro de España. El Ministerio de Exteriores español y los servicios de inteligencia de Londres y Washington constataron que algo semejante existía en el interior del país contando aún con seguidores activos.

Sus informadores eran, en muchos casos, alemanes que querían dejar atrás su pasado nazi colaborando con estos servicios de inteligencia. Gracias a su cooperación se conocieron los nombres de los líderes de Ogro y las fuentes monetarias que servían para sufragar sus tenebrosos fines.

Los denunciados fueron localizados y repatriados a Alemania, con lo que Ogro vio desmantelado su poder día a día. Entre los deportados se encontraba el último jefe del

Partido Nazi, Tómes, y el antiguo jefe de la Gestapo, Ernst Hammes.

Los aliados pidieron la repatriación de otros muchos sospechosos, pero ante la negativa de las autoridades franquistas sólo pudieron vigilarles a través de espías para controlar sus movimientos.

El recelo hacia estos grupúsculos persistió, pero el mundo había cambiado de forma radical. La Guerra Fría, los intentos de Franco por congratularse con los vencedores, la caída en Alemania de la ideología nazi, la presencia militar aliada en la República Federal, el acoso a los criminales huidos... impedía que la organización Ogro se convirtiera en una amenaza seria a tener en cuenta. Incluso la mayor parte de los nazis huidos buscaron mantener buenas relaciones con sus nuevos gobiernos para lavar su pasado.

Aun así, el miedo a un nuevo Reich persistió durante algunos años y España estuvo en el punto de mira de los países aliados condicionando su futuro y las negociaciones comerciales. Tal fue el pavor y el respeto que la Alemania de Hitler había sembrado en la mente colectiva.

EPÍLOGO

Una buena historia se caracteriza, entre otros rasgos, por poseer un buen final. Y la que se ha relatado en este libro realmente la tiene.

Hitler y Franco, dos personalidades dispares unidas por una parecida ideología, que les llevó a diferentes finales, quedaron íntimamente unidos por las dudas sobre las fechas respectivas de su muerte.

La más controvertida es la del dictador alemán. Oficialmente, sus últimas horas de vida transcurrieron en el interior del búnker de la Cancillería donde las tropas aliadas lo acorralaron en las semanas previas al fin del conflicto.

En su último día de vida, Hitler se levantó descansado tras cinco horas de sueño. Siguiendo su costumbre se afeitó personalmente y eligió como vestimenta una camisa verde y traje negro que hacían juego con los zapatos y los calcetines. Acto seguido recibió al general de brigada Mohnke, quien le informó de la marcha de los combates que se libraban en las calles de Berlín entre las tropas rusas y los fieles de las SS.

Era el 30 de abril de 1945. Las ilusiones de Hitler sobre la llegada de un milagro que rompiera el cerco soviético aún se mantenían, pero el parte de guerra no daba pie al optimismo. Él, que había decidido los designios de millones de vidas en Europa, que había dirigido operaciones militares en Rusia, Marruecos, Libia, Italia, Francia, Noruega... ¿debía rebajarse ahora a dirigir las escaramuzas de sus expertos soldados en las calles de Berlín? ¿A planificar el asalto de edificios en ruinas?

A mediodía volvió a reunirse con los generales Krebs, Burgdorf, Mohnke y Weidling, defensores del búnker. En aquella sala, en aquel momento, Hitler comprendió que todo estaba perdido. Los soviéticos alcanzaban los últimos reductos defensivos y la resistencia era inútil.

Ya a solas en la habitación, el todavía Führer informó a Goebbels y Borman que se suicidaría esa tarde. Sus órdenes eran que, a las tres en punto, el coronel Günsche entrara en su estancia privada y se cerciorara de su muerte y la de su esposa Eva Braun. En caso de duda, les remataría con un disparo en la cabeza. Después sacaría los cadáveres para incinerarlos en el jardín de la Cancillería con 200 litros de gasolina traídos la noche anterior. «No quiero que mi cuerpo se exponga en un circo o en un museo de cera o en algo por el estilo», fue la razón aducida para la incineración.

A las 14.30 Hitler comió acompañado de Eva, de las secretarias Trauld Junge y Gerda Christiany y de su cocinera vegetariana Manzialy. Durante la comida reinó el silencio más absoluto.

Tras despedirse en los pasillos del personal que había convivido con él aquellas semanas de encierro obligado, se introdujo en el despacho con su esposa. Cerca de las 16.00 un disparo resonó en el búnker. Cuando Günsche entró en el cuarto se topó con el cuerpo de Hitler sentado en el sofá,

frente al retrato de su admirado Federico el Grande. La cabeza yacía recostada contra el respaldo y de su sien derecha aún manaba sangre. En la mano izquierda oprimía con fuerza el retrato de su madre. Eva Braun estaba a su lado, con la cabeza inerte apoyada sobre el hombro de su marido. El cuerpo no presentaba signos de violencia porque la muerte le había llegado desde dentro al morder una cápsula de cianuro potásico. Ambos cadáveres fueron transportados a la salida de emergencias y allí se les roció con gasolina y se les prendió fuego.

Un día y medio después, miembros del cuerpo soviético Smersh —encargado del descubrimiento de traidores y desertores del ejército— entraban en la Cancillería arrestando o asesinando a los últimos defensores del búnker. Aun así, quedaron los suficientes testigos con vida como para reconstruir aquel día de forma fidedigna. Entre ellos destaca Trauld Junge, la secretaria que sirvió a Hitler desde finales de 1942 y que falleció el 10 de febrero de 2002 habiendo dejado constancia de aquellos sucesos en su libro *Hasta la última hora*, publicado un mes antes de su fallecimiento.

Sobre lo que no existe unanimidad es en certificar qué ocurrió con los restos mortales de Hitler. Unos dicen que jamás aparecieron y otros aseguran que fueron los soviéticos quienes los recogieron y trasladaron a Moscú para realizarles la autopsia. El hecho de que Stalin nunca mostrara inquietud sobre la muerte del dictador o que en Nuremberg se diese por hecho su muerte, hace pensar que el resultado de la autopsia fue afirmativo.

En el año 2000 se organizó una exposición conmemorativa sobre el 55º aniversario del fin de la guerra y en ella podía verse un fragmente de cráneo y cinco piezas dentales de oro que supuestamente pertenecieron a Hitler. Tal

situación contradecía en cierta forma las informaciones aparecidas en el semanario alemán *Der Spiegel* en su edición del 3 de abril de 1995 que publicaba nuevos datos en los que se aseguraba que tras la identificación soviética, los restos fueron enterrados secretamente cerca de Magdeburgo, junto al río Elba. Pero no contentos con eso, los sucesores de Stalin en el Partido Comunista ordenaron la exhumación y destrucción de los cadáveres para evitar cualquier intento de culto por parte de los neonazis.

Hasta aquí la versión más oficialista. Otras líneas de investigación apuntan a la posibilidad de que Hitler sobreviviera a aquella jornada y lograra huir a Sudamérica en alguno de los aviones que en aquellos días seguían trayendo personal y armamento a Berlín, utilizando la gran Avenida de la Victoria como pista de aterrizaje.

De ser así, la pregunta sería la siguiente: ¿A quién pertenecía entonces el cadáver fotografiado y posteriormente incinerado en el jardín de la Cancillería? Quienes defienden esta teoría hablan de los famosos dobles de Hitler. Está demostrado que el Führer los utilizaba como protección en determinados momentos o como táctica de despiste ante espías extranjeros. Otra cuestión diferente es que uno de esos dobles se dejara matar o fuera asesinado a traición.

Para apoyar la hipótesis del doble, sus defensores esgrimen como prueba cierta frase escrita en el libro de la mencionada secretaria Trauld Junge relativa al momento de su despedida con Hitler: «Estoy segura de que era el Führer, pero estaba muy cambiado. Puede que le hubieran inyectado drogas, porque sus ojos estaban vidriosos y no podía mirar fijo. Su mente estaba lejos.» Nada extraño en alguien que está a punto de morir.

Todavía hoy la controversia sobre el verdadero final de Adolf Hitler sigue manteniéndose viva. Informes desclasi-

ficados del antiguo KGB, supuestas fotografías de Hitler vivo en Sudamérica, cartas sospechosas remitidas desde la CIA... sirven para acrecentar la leyenda sobre la fecha de su muerte.

También sobre Franco planea, en cierta medida, una duda semejante. El 20 de noviembre de 1975 el presidente del Gobierno Arias Navarro informó al mundo, con voz compungida, de la muerte de Francisco Franco.

Con 83 años de edad y la enfermedad de Parkinson en estado avanzado, la familia había sido informada de que la muerte del dictador podía llegar en cualquier momento. Su reciente internamiento en la Ciudad Sanitaria Francisco Franco por un acceso de flebitis fue el primer aviso del delicado estado de salud en el que se hallaba.

Aun así se le sometió a un fuerte tratamiento a base de fármacos anuladores del dolor que no hicieron sino alargar la dura y larga agonía que padeció en los meses finales.

Días antes celebraba su último Consejo de Ministros en el que los médicos le mantuvieron constantemente monitorizado. Según dijo a sus allegados, él se sentía bien, y como quedó constatado en numerosas ocasiones, su permanencia en el cargo se desarrollaría hasta que la muerte lo imposibilitara.

Mientras pudo, se le mantuvo con vigilancia constante en El Pardo, pero llegó un momento en el que la situación obligó a su internamiento en la Residencia Sanitaria de La Paz, donde la versión oficial aseguró que encontró la muerte.

Franco quería morir en su hogar, pero no lo consiguió. Los médicos ya sabían lo que era operarle en aquella vieja camilla de los tiempos de la I Guerra Mundial instalada en un anexo del palacio y decidieron sabiamente ingresarle en el hospital. Una hemorragia intestinal les había obligado aquella noche a transportar hasta allí su

exiguo cuerpo en una alfombra bajando escaleras y atravesando pasillos dejando un rastro de sangre.

En el transcurso de la operación se llegó a ir la luz, por lo que no es de extrañar que el dictador dijera con una voz apenas perceptible: «¡Qué duro es morir!»

Ahora en el hospital la situación era mejor, aunque su situación no presagiaba nada bueno. Su vida dependía de una máquina y apenas mostraba consciencia. Fue su hija quien pidió la desconexión de los tubos.

A las 11.15 de la noche del 19 de noviembre Franco perdía el hilo que le mantenía atado a la vida. El parte oficial habló de su fallecimiento producido a las 05.25 de la madrugada del día 20 motivada por paro cardíaco con shock endotóxico provocado por una peritonitis bacteriana aguda.

Las horas que separan el momento de la desintubación con la hora oficial del fallecimiento son importantes porque según dónde nos movamos estaremos en un día u otro, y eso, a efectos simbólicos se muestra crucial para la visión mesiánica del personaje.

Curiosamente, si sumamos la fecha de inicio y final de la Guerra Civil nos dará el momento oficial de la muerte del dictador:

- Comienzo de la Guerra Civil: 18 de julio (7º mes del año) del 36.
- Fin de la Guerra Civil: 1 de abril (4º mes del año) del 39.
- $18 + 1 = 19$
- $7^\circ + 4^\circ = 11^\circ$, o lo que es lo mismo, noviembre.
- $36 + 39 = 75$

El resultado total de las operaciones da la fecha del 19 de noviembre de 1975. Estas operaciones, que quizá sean

para algunos rebuscadas, son importantes para los seguidores franquistas, ya que vendrían a demostrar que efectivamente Franco fue un elegido de la providencia.

En esta afirmación residiría el motivo del posible engaño al que se sometió a la opinión pública mundial al informar de la desaparición del dictador.

¿Falleció realmente el 20 de noviembre o lo hizo el 19?
¿Perteneían a Hitler los restos que encontraron las tropas soviéticas al llegar a la Cancillería?

Al margen de la seriedad o no de ambos planteamientos, lo que éstos demuestran es la importancia que ambos personajes tuvieron en la Historia de la Humanidad. Que esa aportación histórica fuera beneficiosa es otro cantar.

BIBLIOGRAFÍA

- ALOMODÓVAR, Miguel Ángel: *El hambre en España*, Oberon, Madrid, 2003.
- ALY, Götz: *La utopía nazi*, Crítica, Barcelona, 2004.
- BACHAUD, Andrée: *Franco*, Booket, Barcelona, 2005.
- BASSETT, Richard: *El enigma del almirante Canaris*, Crítica, Madrid, 2006.
- BEEVOR, Anthony: *Stalingrado*, Booket, Barcelona, 2004.
- *La caída: 1945*, Crítica, Barcelona, 2003.
- CALLE, Emilio, y SIMÓN, Ada: *Los barcos del exilio*, Oberon, Madrid, 2005.
- CAMACHO, Santiago: *Las cloacas del Imperio*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2004.
- *Biografía no autorizada del Vaticano*, Martínez Roca, Madrid, 2005.
- CARDENOSA, Bruno; CANALES, Carlos; CALLEJO, Jesús, y CEBRIÁN, Juan Antonio: *Enigma*, Temas de Hoy, Madrid, 2005.
- COFFEY, Michael: *Días de infamia*, Salvat Editores, Barcelona, 2006.

- COLLADO, Carlos: *España, refugio nazi*, Temas de Hoy, Madrid, 2005.
- CORNWELL, John: *El Papa de Hitler*, Planeta, Barcelona, 2000.
- COX, Simón: *Diccionario del Código Da Vinci*, Edaf, Madrid, 2004.
- DE MADARIAGA, María Rosa: *Los moros que trajo Franco*, Martínez Roca, Barcelona, 2002.
- ESLAVA, Juan: *Una historia de la guerra civil que no va a gustar a nadie*, Planeta, Barcelona, 2005.
- FEST, Joachim: *Hitler, una biografía*, Planeta, Barcelona, 2004.
- FRAGUAS, Rafael: *Espías en la Transición*, Oberon, Madrid, 2003.
- FRASER, David: *Rommel*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2004.
- FRATTINI, Eric: *KGB*, Edaf, Madrid, 2005.
- *Secretos vaticanos*, Edaf, Madrid, 2005.
- *La Santa Alianza: cinco siglos de espionaje vaticano*, Espasa, Madrid, 2004.
- *CIA*, Edaf, Madrid, 2005.
- *MOSSAD*, Edaf, Madrid, 2006.
- GARCÍA, Javier: *Historia negra de los Papas*, Espejo de Tinta, Madrid, 2005.
- GARRIDO, Fernando, y GARRIDO, Miguel Ángel: *Nieve roja*, Oberon, Madrid, 2002.
- GONZÁLEZ, Enrique: *El miedo en la posguerra*, Oberon, Madrid, 2003.
- GOÑI, Uki: *La auténtica Odessa*, Paidós, Barcelona, 2002.
- GRIMALDOS, Alfredo: *La sombra de Franco en la Transición*, Oberon, Madrid, 2004.
- HERNÁNDEZ, Jesús: *Breve historia de la II Guerra Mundial*, Nowtilus, Madrid, 2006.

- *Enigmas y misterios de la II Guerra Mundial*, Nowtilus, Madrid, 2005.
- HEYLEN, David: *Mentiras oficiales*, Nowtilus, Madrid, 2004.
- HITLER, Adolf: *Mi lucha*, M. E. Editores, Madrid, 1994.
- JIMÉNEZ, Pablo: *La estrategia de Hitler*, Nowtilus, Madrid, 2004.
- JUÁREZ, Javier: *Juan Pujol, el espía que derrotó a Hitler*, Temas de Hoy, Madrid, 2004.
- KERSHAW, Ian: *Adolf Hitler*, ABC, Madrid, 2003.
- KISSINGER, Henry: *Diplomacia*, Ediciones B, Barcelona, 2000.
- LEBOR, Adam: *Los banqueros secretos de Hitler*, Grijalbo, Barcelona, 1998.
- LESTA, José:, *Las claves esotéricas del III Reich*, Edaf, Madrid, 2005.
- *El enigma nazi*, Edaf, Madrid, 2003.
- MARTÍN, Julio, y CARVAJAL, Pedro: *El exilio español*, Planeta, Barcelona, 2002.
- MARTÍN, Pablo: *El oro de Moscú, el oro de Berlín*, Taurus, Madrid, 2001.
- *Informe para la comisión de investigación de las transacciones de oro procedente del III Reich durante la II Guerra Mundial*, Madrid, 23 de diciembre de 1998.
- MARTORELL, Linares: «España y el expolio de las colecciones artísticas europeas durante la Segunda Guerra Mundial», *Informe para la Comisión de Investigación de las Transacciones de Oro procedente del III Reich durante la II Guerra Mundial*, Madrid, 11 de julio de 1997.
- MOA, Pío: *Los mitos de la Guerra Civil*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.
- MURRAY, Williamson: *La guerra que había que ganar*, Crítica, Barcelona, 2005.

- NERÍN, Gustau, y BOSCH, Alfred: *El imperio que nunca existió: la aventura colonial discutida en Hendaya*, Plaza & Janés, Barcelona, 2001.
- NÚÑEZ, Mirta: *Mujeres caídas*, Oberon, Madrid, 2003.
- PEDRERO, Miguel, y LESTA, José: *Franco, Top secret*, Temas de Hoy, Madrid, 2005.
- PRESTON, Paul: *Franco: caudillo de España*, Grijalbo, Barcelona, 1998.
- *La guerra civil española*, Debate, Madrid, 2005
- RAINER, Hans: *Los médicos asesinos*, Gassó Hermanos, Barcelona, 1973.
- REES, Lawrence: *Auschwitz*, Crítica, Barcelona 2004.
- REY, Mar: *Magos y reyes*, Edaf, Madrid, 2004.
- RODRÍGUEZ, José Luis: *Los esclavos españoles de Hitler*, Planeta, Barcelona, 2002.
- ROMAÑA, José Miguel: *Nazismo enigmático*, Seuba, Barcelona, 1996.
- RUEDA, Fernando: *Operaciones secretas*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2003.
- SÁNCHEZ, Clemente: *En las cárceles de Franco*, Oberon, Madrid, 2003.
- SÁNCHEZ, Mariano: *Los banqueros de Franco*, Oberon, Madrid, 2005.
- SEVILLANO, Francisco: *Exterminio*, Oberon, Madrid, 2004.
- SOLAR, David: *El último día de Adolf Hitler*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2002.
- *La caída de los dioses*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2003.
- *El proceso de Nuremberg, 50 aniversario*, Historia 16, Madrid, 1996.
- TORRES, Rafael: *Víctimas de la victoria*, Oberon, Madrid, 2002.

- *Desaparecidos de la guerra de España*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2002.
- TUSSELL, Javier: *Franco y Mussolini*, Group62, Barcelona, 2003.
- *Franco, España y la II Guerra Mundial*, Temas de Hoy, Madrid, 1995.
- VACA DE OSMA, José Antonio: *Grandes generales de la Historia*, Espasa, Madrid, 2005.
- VIDAL, César: *Enigmas históricos al descubierto*, Planeta, Barcelona, 2002.
- *Nuevos enigmas históricos al descubierto*, Planeta, Barcelona, 2003.
- VIÑAS, Ángel: *En las garras del águila*, Crítica, Barcelona, 2003.
- *Franco y Hitler y el estallido de la Guerra Civil*, Alianza, Madrid, 2001.
- *El oro de Moscú*, Grijalbo, Barcelona, 1979.
- *La financiación exterior de la guerra civil*, Crítica, Barcelona, 1984.
- *El plan Marshall rechazó a Franco*, Crítica, Barcelona, 1984.
- ZINGLER, Jean: *El oro nazi*, Planeta, Barcelona, 1997.
- ZURDO, David, y GUTIÉRREZ, Ángel: *La vida secreta de Franco*, Edaf, Madrid, 2005.